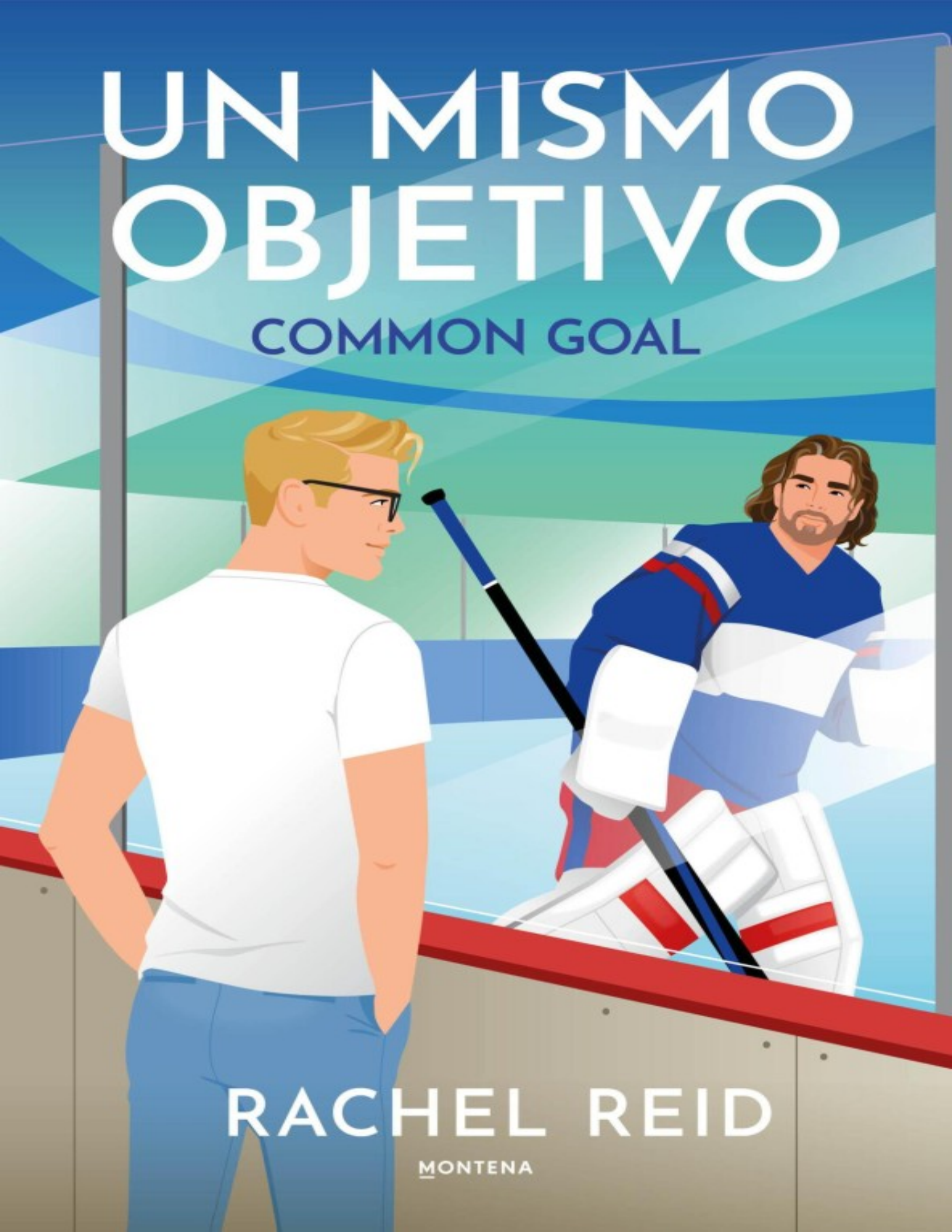
UN MISMO OBJETIVO

COMMON GOAL



RACHEL REID

MONTENA

UN MISMO OBJETIVO

COMMON GOAL

Traducción de Anaís Badilla y Ana Mata Buil

RACHEL REID

MONTENA

Advertencia de contenido:

En este libro podrás encontrar escenas y conversaciones sexuales explícitas, consumo de alcohol y lenguaje malsonante.

Este libro es para Matt, Mitchell y Trevor.
Gracias por darme espacio para escribirlo.
¡Siento haber tardado tanto!

Capítulo 1

—No voy a quitármelo de la cabeza en toda la noche —confesó Eric Bennett—. Tendría que haberlo parado.

Los postes de la portería, como siempre, no respondieron.

Eric cogió la botella de la parte superior de la red y la apretó para meterse un chorro de agua en la boca antes de alzar la mirada hacia la pantalla del marcador, donde mostraban el gol que acababa de pasarle por delante de las narices. A cámara lenta todavía era más penoso.

—El siguiente lo paramos, ¿vale?

Eric dio un golpecito a cada uno de los postes con el *stick* y luego sacudió los hombros. Ahora iban 3-1 con ventaja para el equipo contrincante y aún estaban en el primer tiempo. El partido era un desastre. Eric se imaginaba qué estarían diciendo los comentaristas sobre él en aquel preciso momento. Que últimamente Eric Bennett no podía seguir el ritmo de la NHL. Que ya se le había pasado su época dorada y estaba listo para retirarse.

A la mierda. Llevaban casi diez años diciendo eso sobre Eric. Cada vez que tenía un mal partido o una lesión menor, insistían en que era hora de que dejase el hockey y se dedicara a pescar. Como si Eric no hubiera tenido algún mal partido cuando tenía veintiséis años y ganaba todos los premios al mejor portero. Como si, a la tierna edad de treinta y ocho años, no hubiera tenido un papel decisivo en la victoria de la Copa Stanley con los New York Admirals tres temporadas antes.

El capitán de los Admirals, Scott Hunter, patinó hasta él y le dio una palmada en las protecciones de los hombros.

—Iba como una flecha, Benny. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Y ahora cierro la puerta. ¿A que estás para

marcar un par de goles?

—Por supuestísimo.

Eric inclinó el cuerpo hacia delante, preparado para retomar el juego.

—Ya no pienso dejar pasar ni una mosca —se prometió.

La promesa duró exactamente un minuto y cuarenta y tres segundos. Entonces fue cuando Shane Hollander, el maldito idiota delantero superestrella de Montreal, lanzó un tiro perfecto, de manual, que voló por encima del hombro de Eric.

«Mierda».

Eric miró hacia el banquillo y no se sorprendió en absoluto al ver al entrenador Murdock haciéndole señas para que se acercara. También vio al otro portero de Nueva York, Tommy Andersson, poniéndose la máscara.

«¡Mierda!».

—Lo siento, tíos —les dijo Eric a sus postes—. Creo que veré el resto desde el banquillo. Portaos bien con Tommy.

Patinó hacia el banquillo con la cabeza gacha. Oyó el tímido aplauso del público, que podía ser una forma de mostrar su apoyo a Eric, o quizá su alivio por que lo hubieran sustituido.

Tommy le dio un par de golpecitos en las protecciones a Eric al pasar por delante de él.

—No te preocupes, Benny.

Eric no respondió porque era evidente que sí iba a preocuparse. Y no solo ese partido, sino todo lo que quedaba de temporada.

Que tenía muchos puntos de ser la última de toda su carrera. Los compañeros de Eric lo recibieron con cautelosas palabras de apoyo cuando se desplomó en el banquillo. Se arrancó la máscara de la cara y se la dio al encargado de equipamiento, quien le entregó a cambio una gorra de los Admirals para que se la pusiera. Eric aborrecía llevar gorras. Le quedaban raras.

Se reanudó el partido y Tommy, que apenas había calentado, tuvo que parar dos tiros rápidos. Interceptó los dos, lo que le valió la aclamación del público, que estaba encantado. Tommy era buen portero. Demasiado bueno para ser el suplente de Eric, y todo el mundo lo sabía. Eric estaba seguro de que solo se había quedado

tanto tiempo en los Admirals porque estaba esperando a que Eric se retirase. Puede que el equipo entero estuviera esperando a que eso sucediera.

Su mujer se había cansado de esperar.

Eric frunció el ceño. No era justo decir eso, ni siquiera pensarlo. Holly había tenido un montón de motivos para romper y él los comprendía todos. Hacía años que sabía que su matrimonio no funcionaba; la chispa que los había unido en la juventud se había apagado hacía años. Eric intentaba convencerse de que había sido culpa de sus horarios y de que Holly y él tendrían oportunidad de recuperar el amor una vez que dejase de jugar. Quizá ella también hubiese confiado en eso durante un tiempo, pero lo cierto era que, al final, ambos habían reconocido que lo más probable era que no recuperasen nunca el amor. Sus mejores años como pareja se habían esfumado y era hora de pasar página. Eric sabía que el divorcio era la mejor opción para los dos. Pero saberlo no hacía que se sintiera menos solo.

Sus compañeros de equipo no hablaron mucho con él durante el resto del partido, ni siquiera durante los descansos en el vestuario. Sabían que en esos momentos prefería que lo dejasen tranquilo. Tommy hizo un partidazo y paró todos los tiros a portería de Montreal, pero aun así los Admirals perdieron por dos goles al final.

Mucho después de que terminara el partido y de que el entrenador Murdock hubiera hablado con el equipo —entre otras cosas, para alabar el esfuerzo de Tommy—, Eric estaba sentado junto a su taquilla con la mitad del traje azul marino de Ted Baker puesto. Llevaba el cuello de la camisa desabrochado y la corbata le caía sin atar a ambos lados del cuello inclinado. Daba vueltas abstraído a la alianza de boda, que aún no había tenido ánimo de quitarse.

—Hey.

A Eric no le hizo falta levantar la cabeza para saber que Scott Hunter se había sentado junto a él.

—Hola.

—¿Qué te pasa? Me refiero, aparte del partido de esta noche. ¿Te preocupa algo?

«Qué va. Haberme divorciado y ver que voy a cumplir cuarenta y uno dentro de nada es maravilloso».

—No. Solo un mal partido, nada más.

Scott le dio una palmada en el hombro.

—Seguro que en el próximo partido lo clavas.

Eric asintió con la cabeza. Se aseguraría de que fuera así.

—Te apuntas mañana por la noche, ¿verdad? —preguntó Scott.

Por muy poco que le apeteciera a Eric ir a la fiesta de compromiso de Scott y su prometido, Kip, se obligó a sonreír y dijo:

—Pues claro. Allí estaré. Me muero de ganas.

Scott le sonrió de oreja a oreja. De hecho, Scott había sonreído mucho durante el último par de años, desde que se había enamorado de Kip Grady. Había llevado una vida triste en el armario hasta que había decidido arriesgarlo todo por tener la oportunidad de ser feliz con el chico que había conocido en el local de *smoothies*. Eric era una de las primeras personas con las que Scott había salido del armario y no se lo tomaba a la ligera. Estaba contentísimo por Scott, aunque en los últimos tiempos no fuera un superfán de la institución del matrimonio.

—Muy bien —dijo Scott sin dejar de sonreír—. Vamos a olvidarnos del partido, ¿vale? Y mañana por la noche vamos a divertirnos todos.

Eric le sonrió con amargura.

—¿Incluso yo?

Scott soltó una carcajada.

—Incluso tú, Benny. Yo me ocuparé de que así sea.

Kyle Swift miró al otro lado de la mesa por millonésima vez aquella mañana. No podía evitarlo. Esas quedadas para estudiar con Kip siempre le resultaban totalmente improductivas. Se pasaba más tiempo estudiando la cara de Kip que los apuntes.

Su amigo estaba enfrascado en algo que tenía en el portátil y sus ojos color avellana iban como el rayo adelante y atrás mientras leía. Una barba de tres días le cubría las mejillas y la mandíbula, cosa que a Kyle le encantaba, aunque así se le notaran menos los hoyuelos. Y,

uf, Kyle había pasado demasiadas horas del último par de años contemplando aquellos hoyuelos.

Kip levantó la mirada y Kyle bajó la suya a toda prisa para dirigirla hacia el portátil.

No estaba seguro de por qué se torturaba así. Que tanto Kip como él estuvieran haciendo un máster en Historia no significaba que tuvieran que quedar para estudiar de esa forma tan ridícula. Ni siquiera iban a la misma universidad. Kyle se pasaba la mayor parte de la primera hora de estudio que compartían mirando de reojo a Kip y luego Kip se aburría y empezaba a hacerle preguntas a Kyle sobre cosas que no tenían nada que ver con sus obligaciones académicas. Lo que hacía que Kyle se derritiera eran las conversaciones. La facilidad con la que hablaban el uno con el otro, cómo se rían, porque tenían muchas cosas en común. Porque Kip era divertido y cariñoso, y un amor total. Porque era absolutamente perfecto para Kyle en todos los aspectos en los que la gente con la que acostumbraba a salir Kyle no lo era.

Qué pena que Kip tuviera novio.

—¿Kyle?

Kyle levantó la mirada y quedó hechizado por una de las preciosas sonrisas con hoyuelos de Kip.

—Eh, una cosa. Voy a rellenarme esto. —Kip sacudió en el aire la taza de café vacía—. ¿Quieres uno?

—En realidad, debería ir tirando —dijo Kyle despacio.

—Vaya.

Kip frunció el ceño.

—Pero nos vemos en la fiesta por la noche.

Kip recuperó la sonrisa.

—¡No me puedo creer que esté prometido!

—No sé qué ves en ese tío —dijo con sequedad Kyle.

Kip suspiró con dramatismo.

—Ya lo sé. Pero hay un momento en la vida en el que un hombre llega a cierta edad y a veces tiene que sentar la cabeza, ¿sabes?

—Veintiocho. ¿A esa edad te refieres?

—No quiero ser un solterón.

—Qué detalle por tu parte casarte con ese fabuloso deportista

millonario.

—Ya lo sé —dijo Kip con aire solemne—. Soy muy valiente.

Ambos se rieron, y Kyle hizo todo lo que pudo por desoír el dolor de su corazón.

—A lo mejor conoces a tu futuro marido está noche —insinuó Kip juguetón.

—Ajá… Luego nos vemos.

Kyle metió el portátil en la mochila de cualquier manera y se la puso al hombro.

—¡Puede que el hombre de tus sueños esté allí! Ve con la mente abierta.

«¡Te juro que el hombre de mis sueños estará allí! Digamos que ese es el problema». Algo que, por supuesto, Kyle no dijo. En lugar de eso, contestó:

—Me pondré guapo por si acaso.

—Tú siempre estás guapo.

A Kyle se le encogió el corazón.

—No pongas celoso a Scott.

Kip resopló como si fuera la idea más descabellada del mundo. Kyle supuso que sí lo era. Cualquiera —incluso Scott— se daría cuenta de que Kip solo tenía ojos para su futuro marido.

Kip se subió la capucha de la sudadera para protegerse el pelo y las gafas de la llovizna. Supuso que la fiesta de esa noche podía servirle de inspiración para cerrar de una vez por todas la puerta de ese cuelgue inútil por Kip Grady. Kyle se había ofrecido a trabajar en la barra esa noche, sobre todo porque así tendría algo que hacer aparte de presenciar cómo su corazón se marchitaba y moría mientras Kip y Scott fundían sus caras perfectas.

Sería el punto final, decidió Kyle mientras bajaba las escaleras del metro a toda prisa. Esa noche dejaría de suspirar por Kip y quizá se divirtiera poniendo incómodos a algunos jugadores de hockey heteros al flirtear con ellos. Y después concentraría todos sus esfuerzos en encontrar a un hombre simpático, soltero y, lo más importante, adecuado con el que vivir felices para siempre jamás.

O un tío mono con un buen culo. Lo que fuera.

Capítulo 2

Kyle nunca se había sentido tan decepcionado en un bar gay lleno de tíos buenos.

Había pasado muchas horas en bares gais. Y muchas horas en ese bar en concreto. El Kingfisher había sido su principal fuente de ingresos durante varios años, y había ligado con un amplio abanico de tíos buenos en ese mismo local a lo largo de todos esos años. Se había ido a casa con un porcentaje considerable de ellos. Esa noche se celebraba en el Kingfisher que dos hombres gais iban a casarse, pero estaba hasta arriba de hombres hetero. Jugadores de hockey, en su mayor parte.

Jugadores de hockey increíblemente atractivos. Y sus mujeres.

«Agua, agua por todas partes/ pero ni una gota para beber».

Kyle suspiró y sirvió una cerveza de barril por enésima vez esa noche. Los jugadores de hockey no se arriesgaban demasiado al elegir bebidas alcohólicas. Dejó la pinta de cerveza en la barra y ofreció una sonrisa al deportista millonario alto y desaliñado que cogió la bebida sin mirar siquiera a Kyle.

Bah, heteros. Qué cruz.

En otro tiempo, haber conocido siquiera a una estrella de la NHL habría sido emocionante, pero, desde que Scott Hunter había pasado a frecuentar el Kingfisher y desde que Kyle se había hecho amigo de Kip, los jugadores de los New York Admirals habían pasado a ser algo habitual en la vida de Kyle. Algo aburrido, incluso.

—¿Qué, te diviertes?

Aram, el compañero de trabajo de Kyle, le dio un golpe en broma con la cadera mientras iba a coger otra pinta.

—A ver, me divertiría más si alguno de estos tíos supiera ligar —refunfuñó Kyle.

—Ya lo sé. Qué desperdicio, ¿eh? Está el bar lleno de tíos perfectos, y no valen para nada.

—Perfección de chichinabo —coincidió Kyle.

Aram apoyó los dos brazos enormes en la barra y se inclinó hacia delante, sonriendo a la multitud atractiva y agitada.

—Pero aun así… Es divertido mirarlos. ¿Tú has visto a Matti Jalo de cerca?

—No tan de cerca como me gustaría.

Aram se rio cuando un tipo que desde luego no era el buenorro del defensa finlandés de los New York Admirals fue con calma hasta la barra y pidió un par de cervezas. Aram se puso a servirlas mientras intentaba en vano flirtear con él. Kyle se dedicó a mirar por la sala.

Oooh. Eric Bennett.

El portero estrella de los Admirals estaba apoyado en la barra, y al parecer se dedicaba a mirar más que otra cosa. Kyle no lo conocía mucho, pero lo había visto alguna que otra vez en el bar con Scott y Kip, y era justo el tipo de hombre que le gustaba. O, mejor dicho, era justo el tipo de hombre del que ya no se podía permitir pillarse. Pero mirar no hacía daño a nadie. A Kyle siempre le había gustado el pelo oscuro y rizado de Eric y la barba corta y bien cuidada que llevaba, ambos entrecanos. Era alto y esbelto y siempre parecía muy maduro y elegante en comparación con otros jugadores de los Admirals.

Ahora Eric estaba solo y «técnicamente» estaba en la barra, así que «técnicamente» Kyle podía ir a preguntarle si quería algo. ¿Y si durante todo ese rato había estado esperando con paciencia para pedir una copa? Aunque de espaldas a la barra…

—¿Te pongo algo?

Kyle se inclinó sobre la barra y torció la cabeza para que Eric lo viera por el rabillo del ojo.

El jugador se dio la vuelta de inmediato.

—No, gracias. Estoy bien —dijo con una sonrisa educada.

Estaba mejor que bien. Llevaba una camisa de cuadros azules y blancos, con las mangas recogidas para dejar al descubierto los fuertes antebrazos. Tenía la mirada fija en Kyle, con expresión

segura y decidida.

Uuuf. Si Kyle tuviera una única debilidad —y no tenía una, tenía muchas— serían los hombres atractivos y seguros de sí mismos mayores que él. Y también los hombres atractivos y seguros de sí mismos más jóvenes que él. Y también los hombres en general.

—Kyle, ¿verdad? —le preguntó Eric—. Eres amigo de Kip.

—Ese soy yo, sí.

—Soy Eric.

Le tendió la mano y Kyle se la estrechó.

—Ya sé quién eres. —Kyle habló en tono pícaro, como si flirteara con él, porque casi siempre hablaba de esa manera—. Eres el que siempre oculta esa cara tan preciosa detrás de una máscara.

Esperaba que el portero heterosexual se apartara de la barra y pusiera cualquier excusa para marcharse. O que se fuera sin más. Pero, en lugar de eso, esbozó una sonrisa y dijo:

—Así es como se mantiene tan preciosa.

Kyle se permitió disfrutar del centelleo juguetón en la mirada de Eric durante un instante.

—¡Oye, Kyle! Tengo que ir a cambiar el barril de cerveza. ¿Te encargas tú solo de la barra un minuto?

Kyle se volvió hacia Aram.

—Claro. Ve a usar esos músculos.

Aram le mandó un beso soplando y se metió en el almacén.

—Un detalle por parte de Scott el reservar el local en el que trabaja Kip para la fiesta —dijo Eric con sequedad.

Kyle se rio.

—Estaba pensando justo lo mismo que tú. ¿A quién se le ocurre, eh?

Eric negó con la cabeza.

—Pues a Scott Hunter, ya ves. Le gusta este sitio y se siente cómodo aquí. Seguro que es en lo único en que se ha fijado.

Kyle distinguió a Scott entre la multitud; no era difícil, porque medía casi dos metros y era clavadito a como Kyle se había imaginado siempre a Aquiles. Scott se reía con unos amigos y Kyle no pudo evitar sonreír. Dos años antes, Scott estaba totalmente en el armario y solo y le habría aterrorizado entrar en un bar gay como

el Kingfisher. Ahora era asiduo —el bar tenía incluso un cóctel en su honor— y celebraba allí su megafiesta de compromiso gay. Kyle se alegraba por él. También se alegraba por Kip, aunque sus sentimientos en ese frente fuesen un poco más complicados.

—¿Seguro que no quieres que te ponga nada? —insistió Kyle—. Llevo toda la noche sirviendo birras y me encantaría poder poner en práctica mis dotes para los cócteles.

—No bebo alcohol.

—Ay. Perdona. No debería tentarte.

Eric sacudió la mano.

—No me refiero a eso. No me tientas.

—Ah. —Kyle cruzó los brazos encima de la barra y se inclinó hacia delante—. Así que eres un niño muy bueno, ¿eh?

Eric sonrió con picardía.

—Casi siempre.

Espera. ¿Acaso Eric estaba intentando ligar con él? La conversación parecía ir en esa línea, pero Kyle tenía un largo historial de presuponer deseo cuando no había ni una sola muestra por parte del otro.

Los hombres hetero. Otra de sus debilidades.

—Estás de suerte, porque resulta que hago los cócteles sin alcohol más alucinantes del mundo.

Eric lo miró con expresión divertida.

—Anda, ¿en serio?

Kyle le guiñó un ojo.

—No te creerás que no llevan alcohol, te lo aseguro. Fíjate si los hago bien.

—En realidad no puedo comparar.

—¿Tanto hace que no bebes nada?

Antes de que Eric pudiera responder —si es que iba a responder —, los interrumpió un exaltado Kip Grady.

—¡Eric! —Kip rodeó a Eric por los hombros, luego se inclinó hacia delante claramente borracho y se acercó junto con el otro hacia donde estaba Kyle. La nariz de Eric casi le rozó la mejilla a Kyle—. ¡Estabas aquí!

—Sí —dijo Eric, y se separó con calma del brazo de Kip. Se irguió

y dio un paso atrás, pero mantuvo la cara relajada y el aire divertido —. ¿Te lo estás pasando bien?

—¡Voy a casarme!

Kip tenía las mejillas sonrojadas y los ojos le brillaban de amor y ebrio éxtasis. Kyle apartó la mirada.

—Enhorabuena —dijo Eric.

Se inclinó sobre la barra y luego levantó la mano izquierda para agarrarle de la muñeca. Entonces fue cuando Kyle se fijó en que llevaba una alianza de boda en el dedo anular.

Casado. Claro. Por supuesto.

Parpadeó al darse cuenta de que Kip trataba de llamar su atención. Apartó la mirada a regañadientes del anillo para dirigirla a la cara radiante de Kip.

—¡Este es Eric! —dijo Kip con voz pastosa—. ¡Es, tipo, el mejor portero de la historia!

—Eso he oído.

—¡Y además es listo! Colecciona obras de arte. —Kip abrió mucho los ojos para expresar que acababa de caer en la cuenta de algo—. ¡Eric! ¡Kyle estudia arte!

—¿En serio? —le preguntó Eric a Kyle.

—Bueno, Historia del arte —aclaró Kyle—. En su mayoría, arte antiguo. Si en tu colección hay mosaicos de tres mil años de antigüedad, soy el experto que buscas.

Eric sonrió de forma tan efusiva que Kyle estuvo a punto de caerse de culo. Ese hombre era fabuloso.

Mientras Kyle se perdía en la bonita cara de Eric, Kip se coló a toda prisa detrás de la barra y le dio un golpe sin querer a Kyle. Agarró un vaso y empezó a servirse una cerveza, pero Kyle lo paró.

—Sal de aquí. Estás borracho.

Kip puso los ojos en blanco con mucho dramatismo.

—Vale. Me la pones tú.

Cuando Kyle le entregó la cerveza que desde luego no le hacía falta, Kip se acercó para darle un beso en la mejilla.

—Te quiero.

Kyle tensó los hombros.

—Yo también te quiero —dijo en voz baja.

Frustrado, siguió a Kip con la mirada mientras este se alejaba con su bebida.

—¿Dónde estudias arte antiguo? —preguntó Eric, con lo que logró que Kyle volviera a prestarle atención.

Kyle consiguió sonreír con timidez. «¿Lo ves, Kyle? No hay motivos para estar triste. Tienes a un hetero guapo y casado para hacerte compañía».

—Columbia. Estoy haciendo un máster.

—Impresionante.

—Bueno, antes de que te deslumbre demasiado, te aclararé que lo hago a paso de tortuga. Ahora mismo solo tengo una asignatura.

—Sigue siendo impresionante. Creo que nunca había conocido a nadie que estudiase arte antiguo. ¿Qué te llevó a elegir esa especialización?

Eric lo miraba de forma atenta y afectuosa. Kyle tuvo la impresión de que tenía interés genuino en su respuesta.

—Siempre me ha interesado, desde que era pequeño. Tenía un libro ilustrado de mitos griegos que me leí un millón de veces. —Se echó a reír—. De mayor me enteré de que las versiones reales de esos mitos eran mucho más violentas. Y más picantes.

—¿Más zoofilia de la que esperabas?

Kyle sacudió una mano.

—Eso es lo de menos. A ver, obvio que las versiones para mayores de dieciocho hicieron que me atrayese todavía más la mitología. Lo que me llevó a interesarme por la gente que había creado esos mitos y creía en ellos. Los narradores de esas historias, ¿sabes?

Eric asintió pensativo.

—¿También estudiaste Historia del arte en la carrera?

—En el grado me centré en Latín y en Historia antigua, y luego me decanté por un máster en Arte y arquitectura de la Antigüedad.

—Suena fascinante. Qué genial estudiar eso.

Kyle se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea de para qué va a servirme luego, pero me gusta aprender.

—A mí también.

Kyle se apoyó en la barra.

—¿Ah, sí? ¿Lees mucho?

Quizá Eric fuera uno de esos deportistas cultos que iban a clases virtuales o escuchaban un montón de pódcasts educativos.

—Me gusta leer. En la universidad estudié Literatura inglesa.

Kyle se quedó un momento sorprendido, pero, al mirar bien al hombre que tenía delante, reconoció que le pegaba más estudiar literatura que ser jugador de hockey.

—¿Dónde estudiaste?

Eric torció los labios de un modo que insinuaba que le daba vergüenza contestar a esa pregunta.

—En Harvard.

Kyle parpadeó incrédulo.

—¿Te has graduado en Harvard?

—Sí.

Kyle se rio. No pudo evitarlo. Se tapó la boca a toda prisa e hizo una mueca de apuro por lo desconsiderada que había sido su reacción.

—¡Perdón! No esperaba esa respuesta.

Por suerte, Eric no se había ofendido.

—No eres la primera persona que se sorprende. Pero puedes mirarlo en mi página de Wikipedia si no me crees.

—Te creo.

Lo que Kyle no podía creer era lo cruel que era el universo por ponerle delante a aquel hombre absurdamente perfecto y absolutamente prohibido. ¿Un hombre mayor que él, atlético y seguro de sí mismo que había estudiado literatura en Harvard? ¡Vamos, no me jodas! Kyle se sintió tentado de decir algo provocador para ver si podía sacudir las aguas tranquilas de Eric. Solo para ver si sus ojos mostraban incomodidad o deseo.

Una mujer despampanante con el pelo rubio y un don de la oportunidad impecable salvó a Kyle de llevar a cabo algún experimento inapropiado. Pese a todo, notó la mirada de Eric clavada en él durante todo el tiempo que dedicó a prepararle un vodka con gaseosa a la clienta.

—Estás trabajando en la fiesta de compromiso de tu amigo —

comentó Eric después de que la mujer se fuera con la bebida.

—Sí. Muy observador, ¿eh?

Dio la impresión de que Eric se quedaba evaluando a Kyle un momento, como si tratara de descifrar de qué palo iba. Había algo en cómo lo miraba Eric que hacía que Kyle se sintiera muy vulnerable. Casi se puso a temblar.

—Bueno, en realidad no estoy trabajando en serio. Es un evento privado y todo el mundo que trabaja aquí está también en la lista de invitados, porque así funciona Kip, pero, como no conozco a casi nadie, pues prefiero echar una mano detrás de la barra.

—Mejor que hablar por hablar con los jugadores de hockey.

Eric esbozó una sonrisilla mientras lo decía.

Kyle se inclinó hacia él.

—Casi siempre.

Eric se quedó callado un momento. Se limitó a mirar con intensidad a Kyle, como si intentara desvelar todos sus secretos con los ojos. Todavía tenía los labios torcidos en aquella sonrisilla divertida, y Kyle no tenía la menor idea de qué estaba pasando. Pero su polla quería sumarse a la fiesta. Su polla siempre se animaba delante de hombres inalcanzables, así que podía irse a la mierda.

—Vale, pues un cóctel sin alcohol —dijo Kyle para romper la tensión que probablemente solo sentía él. Dio una palmada—. ¿Tienes alguna alergia?

—A los gatos —dijo Eric.

Kyle frunció el ceño.

—Vaya. Entonces tendré que cambiar la receta.

Eric se rio de la broma. Tenía una risa cálida y maravillosa. Kyle sintió ganas de arroparse en esa risa como si fuera una manta. «Hetero. Casado», se repetía Kyle. «Hetero, casado y jugador profesional de hockey. Y, además, por lo menos quince años más viejo que tú».

—No tienes que prepararme nada. De verdad —dijo Eric—. De todas formas, enseguida me iré.

Kyle no debería haberse sentido tan decepcionado como se sintió al oírlo.

—¿Estás seguro?

—Sí, eh… —Eric bajó la voz—. Entre tú y yo, quiero mucho a Scott. Y a Kip. Pero creo que llevo celebrando su relación como tres años seguidos.

Kyle sonrió encantado.

—Ah, ya lo sé… Tipo, «Ya lo hemos pillado. Sois perfectos y estáis enamorados».

—Qué asco —coincidió Eric.

Se echaron a reír.

—Ahora en serio —dijo Eric, algo avergonzado por haberse burlado de sus amigos—, me alegro muchísimo por ellos. Sobre todo, por Scott. Hace mucho que lo conozco y…, bueno, digamos que se ha ganado a pulso la felicidad.

Kyle distinguió a Kip y Scott entre la multitud. Scott había pasado el brazo por encima de los hombros de Kip y los dos estaban radiantes.

—Ha encontrado un buen novio —dijo Kyle melancólico.

Cuando volvió a mirar a Eric, advirtió empatía en sus ojos. Lo desconcertaba.

—Estoy de acuerdo —coincidió Eric.

Kyle puso los ojos en blanco, que era el gesto inmaduro que hacía cuando no quería plantearse lo que sentía.

—En fin. Será mejor que recoja los vasos vacíos.

Agarró una bandeja y le guiñó el ojo a Eric a modo de despedida antes de entrar en la marabunta de borrachos.

Eric observó a Kyle mientras se abría paso como podía por el bar abarrotado. Observó sus caderas estrechas, que se deslizaban por aquí y por allá, esquivando mesas y personas. Observó sus dedos largos que retiraban botellas y vasos vacíos de las mesas. Observó cómo se estiraban los labios de Kyle en una sonrisa juguetona cada vez que alguien le hablaba.

Era probable que se hubiera quedado embobado observándolo. Hasta que una mano en el hombro sacó a Eric del trance.

—¿A quién has echado el ojo? —Carter Vaughenn, su compañero de equipo y amigo, había logrado llegar hasta él, aunque no era

tarea fácil—. No hay muchas chicas solteras por aquí esta noche, pero no descartaría que Matti fuera un buen candidato.

—Pero ¿qué se te ha pasado por la cabeza?

—A ver, soy hetero. Cien por cien. Y estoy comprometido con Gloria al millón por ciento, pero lo admito: a veces Matti Jalo me llama.

—No estaba mirando a nadie —mintió Eric—. Solo me había quedado empanado un momento.

—Bueno, eso me lo creo. Mientras no pensaras en el partido de anoche, vamos bien. ¡Estamos en una fiesta, Benny!

—No pensaba en eso.

Carter levantó las cejas y luego dio un sorbo a la cerveza.

—Que no —insistió Eric.

—Vale, vale. ¿Te diviertes un poco?

Eric se encogió de hombros.

—Claro. Me alegro de que por fin se casen, ¿sabes?

—Tendrían que haberlo hecho hace un año.

—Creo que esperar es sensato. Primero hay que asegurarse de que alguien es la persona con la que quieres pasar el resto de tu vida.

—Estoy convencido de que Scotty lo sabía a la semana de estar juntos.

Eric no podía llevarle la contraria. Su propio matrimonio le había enseñado que apresurarse a comprometerse con alguien era mala idea, pero incluso él veía los corazones en los ojos de Scott y Kip cuando se miraban el uno al otro.

—¿Qué tal lo llevas? —preguntó Carter. El brillo pícaro en sus ojos se suavizó y dio paso a algo parecido a la preocupación—. ¿Se te hace duro?

Eric dedicó un momento a reflexionar. Le gustaba plantearse bien cada pregunta antes de responder.

—Un poco. Tal vez. No es que no me alegre por Scott, pero supongo que me ha hecho pensar en mi propia boda.

El toque pícaro reapareció en la mirada de Carter.

—¿Aún te acuerdas después de tanto tiempo?

—Cállate.

—Siempre se me olvida. ¿Conociste a Holly en la guerra? ¿Fue la enfermera que te cuidó cuando te dispararon los alemanes?

—Vale, me voy a casa.

Carter le dio un codazo.

—Ahora en serio. Siento mucho si se te hace duro.

—Ha pasado casi un año. Ya lo he superado. De verdad. No echo de menos a Holly, pero sí echo de menos…

Eric negó con la cabeza.

—¿El sexo frecuente? —intentó adivinar Carter.

—La compañía. —Eric terminó la frase mirando a los ojos a Carter—. Estos últimos años, Holly y yo no hacíamos muchos planes chulos juntos, pero aun así era agradable tener a alguien con quien hablar por la noche. Cuando los dos estábamos en casa, claro.

—Apuesto a que podemos encontrar a alguien a quien no le importaría hacerte compañía… —dijo Carter en un tono que enfatizó el sentido sexual de la palabra.

Eric volvió a mirar a Kyle, cuya bandeja se bamboleaba por el peso de tantas botellas y vasos vacíos. El jugador advirtió el bulto del bíceps que tensaba la tela de la camiseta blanca. Tenía una constitución atlética, no hinchada como la del otro camarero, sino delgada y tonificada. Eric se preguntó si haría deporte o si se dedicaba a ir mucho al gimnasio.

—Creo que me voy a casa —dijo Eric, porque no quitar ojo de encima al chico jovencísimo que trabajaba en el bar sin duda era una señal de que debía marcharse.

—Claro, el vejestorio tiene que descansar —bromeó Carter.

—Sí, eso.

Eric recogió el abrigo largo de lana negra y la bufanda de cachemir en verde oliva del respaldo de un taburete alto.

Mientras él se abrigaba la garganta con la bufanda, Kyle regresó y plantó la pesada bandeja encima de la barra. Se apartó los mechones rubios que le caían sobre la cara y le tapaban un ojo y se los recolocó con los dedos.

—¿Te vas?

—Sí.

Eric miró el reloj, como si la hora fuese la justificación para

marcharse de la fiesta en ese momento. Ni siquiera eran las once.

—¿Se te ha pasado la hora de ir a la cama?

Kyle bajó la voz para darle un tono grave y ronco que Eric sabía que pretendía ser provocador, pero que hizo que él diera un respingo.

—No me gusta mucho salir de fiesta.

Lo que Kyle estaba haciendo justo entonces, inclinado contra la barra con los brazos cruzados y un hombro levantado lo justo para que el bajo de la camiseta dejase al descubierto apenas un dedo de estómago plano, probablemente habría funcionado con muchos tíos. Daba gusto verlo, desde luego. Eric apartó la mirada de la línea de piel pálida y negó con la cabeza mientras se abrochaba el abrigo.

—Recuerdo cuando eras divertido, Benny —dijo Carter.

—No es verdad —dijo Eric tajante.

Carter se echó a reír.

—Ya. En realidad, no me acuerdo.

—Buenas noches, Carter. —Entonces, Eric se dirigió a Kyle—. Me ha encantado hablar contigo, Kyle.

—Lo mismo digo.

Las palabras se escaparon de la boca de Kyle, pomposas y rayando casi en lo ridículo. A Eric le dio vergüenza el calor que se despertó por debajo de su estómago como respuesta. Se dio la vuelta y caminó a paso ligero hacia la puerta antes de que nadie se diera cuenta de lo nervioso que se estaba poniendo. Tenía la obsesión de parecer seguro e inquebrantable en todo momento.

En la calle lo recibió una fría llovizna de noviembre y Eric se arrepintió de no haber llevado algo impermeable en lugar del abrigo de lana de Burberry. Aunque la lluvia fría fue como un baño de hielo, porque apagó las chispas que recorrían las venas de Eric desde que había puesto los ojos en Kyle esa noche. La verdad era que hacía un tiempo que se había… fijado en Kyle. Eric había ido al Kingfisher un puñado de veces a lo largo del último par de años. Siempre iba cuando Kip trabajaba, en teoría para no dejar solo a Scott, pero en la práctica para quedarse aburrido mientras Scott se dedicaba a contemplar a su novio servir tragos.

La segunda vez que había accedido a ir, Kyle trabajaba en el

mismo turno que Kip, y Eric se había sentido atraído por él por motivos que seguía sin saber explicar.

Bueno. En parte sí sabía explicarlo. Desde luego, algo tenía que ver con los ojos azul invernal de Kyle, con sus sonrisas espontáneas y seductoras. Parecía confiado y divertido, muy distinto de los compañeros de equipo de Eric. Era arrollador.

Eric se fijaba en la gente. Siempre lo había hecho. Su capacidad para observar todo y a todos los que lo rodeaban era parte integral de su carrera de portero. Pese a eso, no solía sentirse atraído por otras personas. Aunque, sin duda, Kyle sí le atraía.

Había transcurrido más de un año desde la última vez que Eric había follado, pero no lo echaba de menos. Las pocas necesidades sexuales que tenía se habían visto satisfechas de un modo u otro. Pero habían bastado unas cuantas palabras y sonrisas pícaras por parte de alguien joven detrás de la barra para que la libido de Eric reclamara su atención de repente.

En otros tiempos, el hecho de que la persona en cuestión que estaba detrás de la barra fuera un hombre habría aterrado a Eric. Durante muchos años, había elegido pasar por alto la parte de él que se sentía atraída por los hombres. Al fin y al cabo, estaba casado con Holly, así que no había motivos para pensar en eso. O eso era lo que se repetía.

Sin embargo, desde que Scott Hunter había salido del armario como gay, las cosas habían cambiado. Eric había tenido la suerte de ser testigo de primera mano de la felicidad de Scott cuando por fin se había permitido vivir y amar de un modo que siempre le había dado miedo. Él no era como Scott. Se había enamorado de Holly y nunca se había sentido forzado a ocultar quién era en realidad. O, por lo menos, no del mismo modo. Simplemente había elegido no mostrarse por completo, porque no le había hecho falta.

Pero desde el divorcio, y ahora que vivía en un mundo feliz en el que sentirse atraído por los hombres no era algo tan impensable para un jugador de hockey, Eric se había permitido fijarse en esa faceta que había enterrado tanto tiempo atrás. Airearla un poco. Era algo que tal vez le apetecería explorar, ahora que tenía la oportunidad. Pero ¿cómo? ¿Dónde narices empezaba uno con esas

cosas?

¿Con un camarero ligón?

No. Desde luego que no. Kyle era jovencísimo —poco mayor que los *rookies* del equipo—, así que no era nada apropiado. Y, peor aún, sería humillante. ¿Hasta dónde quería ser Eric el estereotipo de un tío con la crisis de los cuarenta? No pensaba salir con un chico que tenía casi la mitad de años que él. Seguro que había opciones más sensatas y seguras.

Por primera vez en su vida, lo sensato y seguro no le pareció lo más apetecible.

Capítulo 3

El olor del café animó a Kyle a salir de la cama ya entrada la mañana. Llevaba despierto unos veinte minutos, valorando los beneficios de quedarse tumbado para siempre. Pero entonces olió el café.

Su compañera de piso, Maria Villanueva, hacía un café riquísimo. Era camarera en un Starbucks desde hacía dos años —el último de ellos a media jornada, porque había retomado los estudios— y Kyle estaba encantado de aprovechar toda su experiencia.

—Siéntate —le indicó Maria, aunque intimidaba muy poco con su bata de estar por casa de pelillo morado y unas pantuflas de oso panda. De todos modos, Kyle obedeció. Su amiga dejó con contundencia una taza de café humeante en la mesa de la cocina y esperó a que él diera el primer sorbo para preguntar—: ¿Qué tal lo lleva tu corazoncito?

Kyle se frotó los ojos con los puños por debajo de las gafas.

—No tengo ni idea de qué hablas.

—Venga ya. Sabes muy bien de qué te hablo. ¿Quieres un *bagel*?

—Solo si no son…

—No son de los que llevan jalapeños, mi amor. ¿Las semillas de sésamo también te parecen demasiado picantes?

—Me gusta la comida picante. Pero no cuando acabo de levantarme. ¿Tenemos de canela y pasas?

—No, porque son asquerosos. ¿Quieres que te lo tueste?

Le mostró un *bagel* con semillas de sésamo.

—¿Son recién comprados?

Maria lo fulminó con la mirada y luego señaló la ropa que llevaba.

—¿De verdad tengo pinta de haber salido de casa hoy por la

mañana?

—Tostado, por favor.

Observó a Maria mientras preparaba el desayuno de los dos con la misma actitud que lo hacía todo: con movimientos rápidos y eficientes, moviéndose por la diminuta cocina del piso como si fuera un Starbucks en la hora punta.

—Entonces ¿estás bien? —le preguntó a Kyle—. Porque, de los dos, la que se emborrachó fui yo, pero el que está hecho una mierda eres tú.

—Gracias.

Maria dejó un *bagel* con queso cremoso muy bien presentado delante de él y se sentó a comer el suyo.

—¿Qué tenías pensado hacer hoy?

—Poca cosa, la verdad.

Maria lo miró con cara de sospecha, a la espera de que Kyle admitiera que necesitaba a una amiga con urgencia.

—Vale, sí. —Kyle suspiró—. De acuerdo. Anoche acabé hecho polvo. ¿Era eso lo que querías oír?

—Si quieres hablar del tema, sí, quiero oírlo.

Kyle fue picando de las semillas de sésamo del *bagel*.

—Es una bobada. No sé. Tampoco es para tanto.

—¿El qué? ¿Tampoco es para tanto ver al chico del que estás enamorado celebrando que va a casarse con otro?

—No estoy enamorado de Kip —se defendió Kyle—. Solo pillado, ¿vale? Y nunca he tenido posibilidades con él, así que me he pillado para nada.

—Ojalá pudiera llevarte la contraria, pero no puedo. Tienes razón. Te hace falta otra persona con la que obsesionarte.

—Oye, no estoy obsesionado con Kip. Solo… me gusta la idea de Kip. Y de mí. Juntos.

Apartó el *bagel* y cruzó los brazos encima de la mesa. Luego enterró la cara en ellos.

Maria alargó un brazo por encima de la mesa y le dio unas palmaditas en el suyo.

—Lo sé. Pero ya sabes lo que tengo que decir ahora, ¿no?

Kyle negó con la cabeza, sin despegarla de los brazos.

—No hace falta que lo digas.

—Sí voy a decirlo. Kip y tú no vais a estar juntos. Nunca. ¿Vale?

—Ya lo sé.

—Si a Scott y a él les fueran los tríos o quisieran abrir su relación de algún modo…

—Ay, dios.

—Entonces te diría que igual te proponían algo. Pero esos dos solo tienen ojos el uno para el otro. Tipo, mis padres han renovado los votos de matrimonio dos veces y dudo que sean una pareja tan sólida como Scott y Kip.

Kyle se rio con la cabeza agachada.

—Vale, ya lo pillo.

Maria siempre le hacía reír. Habían entablado amistad a través de Kip, que antes trabajaba con ella en el local de *smoothies* en el que había conocido a Scott. Kip había invitado a Kyle a tomar algo con algunos colegas una noche hacía más de dos años y este había adorado a Maria desde el primer momento. Unos meses después, Kyle se había enterado de que ella tenía que buscar piso y le había ofrecido quedarse en la habitación libre del suyo. Se suponía que iba a ser algo temporal, pero se llevaron tan bien que Kyle insistió en que se quedara.

—¿Te lo imaginas? —reflexionó Maria—. ¿Cómo sería meterse en medio de ese sándwich?

—Me lo he imaginado tanto que podría escribir una tesis sobre el tema.

—Apuesto a que Scott es un amante muy generoso.

—Para —gruñó Kyle—. Así no me ayudas.

—Supongo que no. Oye, hablando de pillarse de gente imposible, anoche hablé con Matti Jalo durante, tipo, seis minutos enteros.

—¿Los dos solos? —Kyle suspiró—. ¡Ay, madre, la cosa va en serio! ¡Ahora tendrá que pedirte matrimonio!

—Ojalá. Joder… O sea, entiendo que está varias ligas por encima de mí, pero uf. Soñar no hace daño a nadie, ¿no?

—¡No está por encima de ti! Eres maravillosa y muy guapa. Él no es más que un jugador de hockey viejo y grandullón.

—Con genes perfectos y millones de dólares.

—Bueno, sí. Tendría suerte de estar contigo.

—Y hablando de jugadores de hockey ricachones… —Maria se chupó un poco de queso cremoso del dedo y lo soltó con un pop—. Anoche te vi hablando con Eric Bennett, el papi de ensueño.

—Ah, ¿te refieres al tío hetero con una alianza de boda en el dedo? Sí, la cosa prometía. Seguro que me llama en cualquier momento.

—Hetero, mayor y casado. ¿No es así como te gustan?

Kyle le tiró una semilla de sésamo.

—También me gustan gais, jóvenes y comprometidos. Soy muy abierto de mente.

—¿Por qué no le tiras fichas a Aram? Es un amor y está buenísimo.

—Porque es uno de mis mejores amigos y trabaja conmigo.

—Acabas de describir a Kip.

—Sí, pero… —Kyle no tenía claro cómo terminar de forma elegante esa frase, así que en lugar de eso soltó lo primero que se le pasó por la cabeza—: Kip me gustaba antes de trabajar juntos. O sea, lo vi una noche en el Kingfisher con sus colegas y me quedé hechizado. Tonteamos un poco y de verdad que pensé que me lo iba a llevar a casa aquella noche. Pero entonces se fue. Tú estabas la siguiente vez que pasó por el bar. Creo que era su cumpleaños.

—Ay, sí. Esa noche iba superborracha.

—Todos ibais mamados. Y, una vez más, pensé que nos iríamos juntos al acabar la noche. Aunque, claro, resultó que en aquella época él salía en secreto con Scott.

—Y luego está la vez que lo besaste.

Kyle dio un golpe con la cabeza sobre los brazos doblados.

—Sí, luego está la vez que lo besé. —Levantó la cabeza—. Pero en mi defensa diré que su comportamiento me llevó a creer que él también quería. Se presentó solo, se sentó en la barra y se pasó la noche ligando conmigo.

—Emborracharse solo. Signo inequívoco de estabilidad emocional.

—Ya lo sé… Tendría que haberme dado cuenta de que algo no iba bien. Y, si te soy sincero, lo más probable es que me diera

cuenta, pero elegí pasar porque era mi oportunidad. ¡Se fue conmigo! Y entonces lo besé y… —Cerró muy fuerte los ojos, como si así pudiera borrar el recuerdo—. En fin, me alegro de que ahora seamos amigos.

—Yo también. Pero sobre todo me alegro de que tú y yo seamos amigos.

—Total. Todo el sufrimiento y el bochorno han valido la pena a cambio de que me prepares el café por las mañanas.

—Es lo mínimo que puedo hacer.

Era cierto que Kyle le había ofrecido a Maria un trato bastante tentador. Como sus padres ricos pagaban el apartamento, Kyle no tenía que cobrarle alquiler a su amiga. Bastaba con que le ayudara a pagar la comida y las facturas. Al principio, Kyle pensaba que preferiría no compartir piso, pero se sentía culpable por tener tanto espacio solo para él. Además, se sentía solo.

—¿Qué plan tienes para hoy?

—Esta tarde he quedado con unos compañeros para un trabajo en grupo.

Un año y medio antes, Maria había hecho las pruebas de acceso al cuerpo de policía y las había pasado de sobra. Al cabo de nada había decidido que quería, según sus propias palabras, «ayudar a la gente de verdad». En concreto, a las personas inmigrantes, como sus padres. Así que se había puesto a estudiar Trabajo social en una facultad de la ciudad.

—¿Y tú?

—Puede que me envuelva en una manta y haga una maratón de esa serie de Alyssa Edwards.

Maria se levantó y le dio una palmadita en el hombro mientras iba a dejar los platos en el fregadero.

—Te lo has ganado, colega.

Eric luchó contra el temblor que le recorría el cuerpo al estar en equilibrio sobre los antebrazos. Respiró de forma profunda y controlada y mandó a su cuerpo que se relajara. Su cuerpo, como siempre, le obedeció.

A Eric le encantaba la sensación cuando su cuerpo aceptaba el dolor e iba más allá. Había empezado a practicar yoga quince años antes para aumentar la fuerza y la flexibilidad en la pista, pero ahora consideraba la práctica diaria un regalo que se hacía a sí mismo. Le encantaba estar en perfecta sintonía con todo lo que hacía su cuerpo. Todo lo que le daba cuando él se lo pedía y todo lo que pedía su cuerpo de él. Había días en los que era capaz de mantener una postura vertical como aquella durante más de un minuto. Pero hoy su cuerpo se resistía.

«Tres respiraciones más», le dijo a su cuerpo. Últimamente había notado una contractura en el hombro izquierdo (que le habían operado dos veces a lo largo de su carrera deportiva), pero ahora mismo no le molestaba. Había forzado mucho el cuerpo durante las décadas de parar *pucks* y sabía que no podría salir airoso sin llevarse algunos regalitos permanentes, pero podía intentar minimizarlos al máximo. Podía tratar a su cuerpo con el respeto que merecía y controlar lo que se metía dentro y lo que hacía entre partidos.

Una inspiración y espiración más y Eric recogió las piernas estiradas hacia el torso y salió de la invertida. Acabó la práctica, disminuyendo el esfuerzo que le pedía al cuerpo en las últimas posturas y esforzándose por escuchar lo que este le decía.

Eric sabía lo que necesitaba su cuerpo. Ahora se lo pedía con un gemido, pero por la noche prácticamente le gritaba. Hacía un montón que no follaba.

Mientras bajaba a la cocina, no pudo evitar que sus pensamientos volvieran a Kyle. Estaba seguro de que Kyle tonteaba con muchísimos tíos (su trabajo consistía prácticamente en eso), pero Eric no podía evitar que Kyle hubiera absorbido la parte cachonda de su imaginación que casi nunca usaba.

Era absurdo. Kyle era joven y, aparte del coqueteo, lo más probable era que no le interesara en absoluto un viejo como él. De hecho, Eric estaba seguro de que Kyle estaba coladito por Kip, a juzgar por cómo se había pasado toda la fiesta mirándolo con nostalgia. La felicidad de Scott y Kip parecía atacar a Kyle como un cuchillo. Si a Kyle le gustaban los chicos como Kip, Eric no tendría la menor oportunidad.

La menor oportunidad. Dios mío. ¿Oportunidad de qué? ¿Podía saberse qué quería Eric?

Llenó un vaso de agua y se lo bebió deprisa. Lo rellenó y volvió a meter la jarra en la nevera antes de coger un bol con quinoa para el desayuno que había dejado en remojo toda la noche. Se puso junto a la ventana de la cocina y miró el tráfico matutino de la calle Treinta y seis mientras comía. La enorme casa que había compartido con Holly estaba en Long Island y tenía unas vistas espectaculares del río. Pero Eric prefería esto: un asiento de primera fila para ver el ajetreo de Manhattan. Esta casa adosada de Murray Hill pegaba más con él en todos los sentidos.

A decir verdad, era una burrada que Eric tuviera una casa adosada de cuatro plantas toda para él. Se había planteado ir a un piso —quizá un ático, como Scott—, pero la casa estaba en venta en el momento adecuado y Eric no había podido resistirse. Había trabajado con un diseñador para crear un hogar que transmitiera serenidad y comodidad, a la vez que servía de telón de fondo complementario para su colección de arte. Eric tenía que admitir que el resultado final era admirable. Pero nada lo había preparado para lo solo que se sentiría al tener únicamente el arte y los muebles de diseño como compañía.

El móvil, que estaba en la encimera de la cocina, se iluminó. Eric dejó el bol de quinoa vacío junto al fregadero y lo cogió. Era un mensaje de Jeanette, su amiga y marchante de arte. Le había entrado una colección de cuadros de un artista nuevo que pensaba que podía interesarle.

Bueno. Quizá ahí estuviera el cuadro con el que conseguiría tener una vida plena.

Eric: ¿Cuándo puedo verlos?

Acordaron que Eric fuera a la galería el martes, su día libre. Como siempre, Jeanette no le mandó fotos de ningún cuadro. Insistía en que la primera impresión del arte debía ser la que se tenía al ver la obra en directo. Sin embargo, nunca se equivocaba con los gustos de Eric, así que estaba emocionado por ver lo que

tenía que ofrecerle.

Kyle estudiaba historia del arte, que era algo en lo que Eric no podía dejar de pensar. Había cometido el error fatal de conocer datos sobre ese chico. Ojalá pudiera retroceder al momento en el que no sabía que Kyle estudiaba Historia y arte de la Antigüedad, o que le encantaba la mitología y era genial y fascinante en muchos sentidos.

Una cosa era que tonteara con él un camarero mono y otra muy distinta cuando el camarero mono resultaba ser listo y compartía los intereses de Eric…

Bueno. Había sido una grata sorpresa.

Pensó que podría intentar ligar con Kyle la siguiente vez que se vieran. Parecía que al chico le gustaba tontear por naturaleza y seguro que a Eric le iría bien practicar con él. No haría daño a nadie y luego Eric podría utilizar lo que aprendiera cuando por fin se decidiera a ligar otra vez en serio.

Sí, lo único que le hacía falta era práctica, se dijo mientras subía corriendo los dos tramos de escaleras que lo separaban de su dormitorio. Como deportista, lo tenía comprobado. Practicar algo una y otra vez acababa por dar resultados. Podría mejorar su habilidad para ligar igual que había mejorado el control de los rebotes en la pista. Practicaría a ligar, practicaría a salir, practicaría a enrollarse con otra persona.

Con un hombre.

Tal vez.

Pero, primero, a ligar.

Capítulo 4

Si Ilya Rozanov no quitaba el culo de delante de la cara de Eric en ese preciso momento, Eric iba a cortarle las piernas.

El portero lo empujó fuerte en la espalda con la almohadilla de bloqueo.

—Vete a la mierda, Rozanov.

Pero Rozanov —un jugador central espectacular que había sido un quebradero de cabeza para Eric y cualquier otro portero de la NHL durante casi una década— mantuvo la posición.

—Deja de dar por el culo, Rozanov —gruñó Eric mientras estiraba el cuello para ver por encima del hombro de Rozanov.

—Me he enterado de que Hunter se casa —dijo Rozanov como si nada, como si estuvieran comiendo juntos y no en mitad de un partido de hockey en el que iban empatados a uno.

—¿Quieres que te inviten? —preguntó Eric, y le dio otro empujón.

—¿Al evento más aburrido del siglo? No.

Rozanov era un tiarrón y costaba moverlo. Pero Matti Jalo era aún más grande y al final fue a rescatar a Eric.

—Has tardado un huevo —se quejó Eric, pero Jalo ya se había ido detrás de Rozanov.

Al cabo de unos segundos, Rozanov voló hacia la red con el *puck*. En lugar de volver a meterse en la portería, Eric se desplazó hacia la parte externa de su zona, temerario y retador. «Ponme a prueba, hijo de puta».

Rozanov soltó un tiro de muñeca rápido como el rayo que fue directo a la esquina superior de la portería. El *puck* iba rápido, pero Eric lo fue más aún y lo paró, probablemente con más aspavientos de lo necesario. Ya no le quedaban muchas oportunidades de

aumentar su recopilación de momentos memorables.

—Buena parada —dijo Rozanov con tranquilidad cuando pasó patinando por delante de él.

—Pues me quedan muchas más en la recámara.

Rozanov volvió la cabeza y sonrió.

—Lo dudo. Tienes cien años. He oído cómo te crujían los huesos.

—No es eso lo que me dijo tu novia.

Eric sintió vergüenza al instante por haber hecho un comentario tan inmaduro. Pero Rozanov se echó a reír.

—Tendré que preguntárselo —contestó antes de alejarse patinando, sin dejar de reír.

Eric frunció el ceño. Ni siquiera sabía si Rozanov tenía novia.

El partido acabó con un resultado de 3-1 y con victoria de los Admirals sobre Ottawa. Por norma general, ganar a un equipo que iba tan bajo en la clasificación no habría conseguido que Eric se sintiera tan bien, pero, después de su penosa actuación en el partido anterior, ganar le dio un subidón increíble. Cuando sonó la bocina del final del partido, levantó los brazos por encima de la cabeza mientras primero Jalo y luego el otro defensa que había en la pista, Brisebois, lo enterraban en abrazos de júbilo.

Carter llegó patinando y golpeó con la parte delantera del casco en la frente de la máscara de Eric.

—Esta noche lo has hecho de puta madre, Benny. Van a volver llorando a Ottawa.

—En realidad se quedan un par de días más por aquí —comentó Eric, porque no podía relajarse y dejar pasar las cosas—. Juegan contra Brooklyn el sábado.

Carter pasó un brazo por encima de los hombros inmensos y cubiertos de protecciones de Eric.

—Puede que les recomiende un bar en el que ahogar las penas.

El vestuario estaba eufórico y con ganas de celebrar después del partido. Siempre era un alivio ganar el último encuentro en casa antes de salir de ruta; con un poco de suerte, el chute de confianza les duraría hasta el partido de Nashville que tenían dos días más tarde.

Eric se sentó a la izquierda de Scott, como siempre, y escuchó

cómo le contaba a Carter emocionado la idea de ir a ver a Kip al trabajo esa noche. A Scott le gustaba de verdad ir a tomar algo al Kingfisher. Quizá después de esconderse durante treinta años quería recuperar el tiempo perdido saliendo sin miedo a bares *queer.* Había sido gracias a Kip. O, mejor dicho, gracias al amor que Scott sentía por Kip. Este había sido lo bastante intenso para empujar a Scott a salir de su zona de confort y emprender una vida mejor.

El portero se preguntó cómo debía de ser el amar tanto a una persona que te volvías más valiente. Te volvías mejor. Ahora Scott se reía continuamente, mientras que antes siempre había sido callado, reservado y estoico. Apenas había tenido vida social, siempre ponía excusas para no salir de fiesta. Y, por supuesto, nunca se liaba con nadie. Nunca compartía su vida.

¿En qué se diferenciaba de cómo vivía ahora Eric? Él había compartido la vida con Holly ante todos durante dos décadas, pero, al echar la vista atrás, se había dado cuenta de que en realidad no habían compartido muchas cosas. Una casa. Una cuenta bancaria. Una cama de vez en cuando.

La verdad era que, de entrada, Holly le había gustado mucho. Venía de buena familia, pero Eric había descubierto que era exageradamente modesta y divertida. Al principio se habían hecho amigos y luego habían pasado a algo más cuando ella le había preguntado medio en broma si pensaba besarla algún día. Eric llevaba mucho tiempo dándole vueltas al tema, así que había aceptado la invitación, la había besado y habían formado una pareja que había durado veinte años. Los padres de ella no se habían emocionado mucho con el novio que había elegido —un jugador de hockey de origen pobre de Canadá—, pero habían cambiado de actitud cuando Eric firmó su primer contrato en la NHL.

Eric todavía dudaba de si había estado enamorado de verdad de Holly. Incluso cabía la posibilidad de que en el fondo no tuviera la capacidad de amar. No como Scott amaba a Kip o Carter amaba a Gloria. El amor que sus compañeros sentían por sus parejas emanaba de ellos, les iluminaba la cara cuando hablaban de esas personas. Tal vez fuera muy poco frecuente encontrar un amor así y

a lo único que pudiera aspirar Eric fuera a una chispa de atracción hacia alguien, a una conversación entretenida.

La charla de Scott sobre el Kingfisher hizo que Eric se preguntara si otro camarero en cuestión también trabajaría aquella noche. Y pensó que quizá le iría bien salir a despejarse un poco.

—¿Vas directo al bar desde aquí? —preguntó Eric.

—Sí. Está más cerca del estadio que de mi casa.

Eric le dio vueltas. Cuando saliera del estadio iría vestido de traje, pero Scott también. Siempre podía quitarse la americana y la corbata antes de entrar en el bar.

—A lo mejor te acompaño —dijo Eric—. Si te parece bien.

Scott pareció sorprenderse, pero luego sonrió de oreja a oreja, con un brillo ilusionado en los ojos azules.

—¡Sería genial!

En realidad, seguro que era una idea pésima. La semana anterior Kyle había rechazado a Eric de forma bastante obvia y lo más probable era que no le hiciera mucha gracia verlo en su lugar de trabajo. Pero Eric no pensaba molestar a Kyle; no era tan tonto. Se limitaría a disfrutar de una noche de tragos con Scott, y, si miraba de vez en cuando a Kyle, no haría daño a nadie.

Eric y Scott compartieron un taxi de una aplicación que les gustaba a los dos. En cuanto el coche se puso en marcha, Scott empezó a quitarse la ropa. Primero la americana, luego la corbata, y Eric hizo lo mismo. Pero, mientras este comenzaba a remangarse la camisa, Scott se la quitó entera y dejó a la vista una camiseta ajustada de color carbón. Entonces fue cuando Eric se dio cuenta de que los «pantalones de traje» de Scott eran en realidad unos vaqueros negros brillantes.

Cuando lo miró levantando una ceja, Scott sonrió con aire inocente.

—De todas formas, el código de vestimenta es una chorrada.

Eric negó con la cabeza sonriendo.

—¿Cuándo te has vuelto tan rebelde?

—Supongo que cuando Kip se pasó veinte minutos dándome la

brasa sobre que a los deportistas profesionales nos exigen que llevemos trajes tradicionalmente «masculinos» para reprimir la creatividad y reforzar las normas de género.

—De acuerdo. —Eric se dejó la camisa puesta, pero se desabrochó un par de botones del cuello—. Es curioso que nunca hablemos de esas cosas en el vestuario.

—Ya llegará —dijo Scott con confianza.

Eric sabía que Scott creía de verdad en que en un futuro no tan lejano el hockey sería tan inclusivo y defensor de la comunidad *queer* como los bares que frecuentaba. Eric no estaba seguro de si el futuro de su deporte sería tan de color de rosa, pero si la cultura del hockey cambiaba en algún sentido sería en gran parte gracias al hombre que tenía sentado al lado.

Eric estaba orgulloso de ser su amigo. Y estaría aún más orgulloso de acompañarlo como padrino el día de la boda de Scott. Pero esta noche Eric estaba nervioso porque en secreto tenía la esperanza de que Kyle trabajara y no acababa de tener claro qué significaba eso. O qué esperaba conseguir en concreto. De momento, lo único que sabía Eric a ciencia cierta era que quería mirar a Kyle. Desfrutar de cómo le burbujeaba un poco la sangre cuando Kyle le sonreía. Tal vez fuera triste que la vida sexual de Eric hubiera decaído tanto que ahora sobreviviera de guiños pícaros de un chico que no tenía ningún interés en él, pero algo era algo.

—Esto, eh… —La incomodidad en la voz de Scott captó la atención de Eric—. Creo que esta noche se nos unirá alguien más.

—¿Ah? ¿Quién?

—Rozanov. Me ha escrito después del partido. Me ha preguntado qué hacía esta noche y se lo he dicho.

Eric se quedó de piedra.

—¿Ilya Rozanov quiere salir contigo esta noche? ¿Para ir a un bar gay?

Scott se encogió de hombros.

—Eso parece.

—Qué tío tan raro.

Scott se rio.

—Es misterioso, no lo niego. Pero creo que es de fiar. ¿Recuerdas

cuando se presentó en aquella disco gay de Las Vegas para salir con nosotros de fiesta?

Eric lo recordaba, sí. En una discoteca habían hecho una noche temática de Scott Hunter para celebrar que Scott había salido del armario de forma pública. La fiesta había sido la misma noche que los Premios NHL, después de la ceremonia. Scott había ampliado la invitación a todo el público en su discurso durante la gala, pero, salvo el puñado de compañeros de equipo de Scott que estaban en la ciudad, Rozanov había sido el único que se había presentado. Eric se había sorprendido tanto como Scott de ver a Rozanov —un tipo que llevaba metiéndose con Scott siempre que tenía ocasión desde hacía años, que se había ganado a pulso una reputación de mujeriego, que era un famoso jugador de hockey de Rusia, ¡no me jodas!— aproximarse a ellos tan tranquilo en una discoteca de ambiente. Eric seguía sin poder creérselo.

—Está en Nueva York, donde hay algunas de las mejores discos del mundo, y ¿quiere salir de fiesta contigo?

—Sí. Porque ahora soy guay y muy divertido. ¿No te has enterado? —Scott le dio un codazo en broma.

Eric se obligó a sonreír, pero tener a Rozanov por allí… complicaría las cosas. Eric todavía no estaba del todo preparado para contarle a Scott la verdadera razón por la que quería acompañarlo esa noche, y mucho menos a Ilya Rozanov. Eric quería salir del armario ante Scott (incluso pensaba que querría salir del armario con todo el mundo), pero preferiría no mover ficha hasta que tuviera todos los cabos atados. Por la razón que fuera, para Eric tenía sentido probar antes a flirtear con un hombre. Incluso tener un par de citas o besar a un hombre; cualquier cosa que pudiera hacer que su bisexualidad pareciese «auténtica». Si hacía esas cosas, tal vez fuera capaz de contarle a su mejor amigo, con confianza, que era bisexual.

Lo ridículo era que le parecía oír la voz de Scott mentalmente echándole la bronca por creer que necesitaba demostrarse su propia sexualidad. Pero, aun así, Eric quería estar seguro y no le apetecía que Scott adivinase que estaba en el bar para pipear a Kyle. Por

desgracia, le parecía que Rozanov era mucho más observador. Y también mucho más propenso a dar por el saco a la gente.

El coche paró delante del bar, y Scott y Eric dieron las gracias mientras bajaban de los lujosos asientos de cuero y salían al paralizante frío de finales de noviembre. Entraron a toda prisa con las mochilas llenas de toda la ropa que se habían quitado colgadas del hombro.

Como siempre, el Kingfisher era acogedor y estaba animado, aunque si mirabas de cerca tenía cosas un poco hechas polvo. Casi todas las sillas y mesas tenían trozos en los que el barniz de la madera se había desgastado. El empapelado de las paredes estaba rasgado y se pelaba en algunos sitios. Los altavoces de las esquinas que llenaban el local de música pop pedían a gritos que les sacaran el polvo. La televisión gigante del rincón en la que transmitían un partido de la Costa Oeste de la NBA era un modelo antiguo. Era un tugurio, pero tenía algo reconfortante y que animaba a quedarse.

La mayor parte de las mesas estaban ocupadas, pero Kip fue directo en cuanto localizó a Scott y le hizo señas hacia una mesa vacía que había cerca de la barra. Tenía un cartelito de «reservada» que Eric estaba seguro de que solo se usaba cuando iba Scott.

Kip saludó a su novio con un beso, que duró tanto que Eric tuvo que apartar la mirada.

—Amor, esta noche has estado impresionante —dijo Kip con los brazos todavía alrededor del cuello de Scott—. Hemos puesto el partido en la tele. Tú también has estado fantástico, Eric.

—Gracias.

Eric peinó la sala y distinguió una silueta esbelta que le resultaba conocida con vaqueros descoloridos y una favorecedora camiseta blanca. Estaba junto a una mesa en la otra punta y de espaldas al jugador, pero a Eric no le costó nada reconocerlo.

—Sentaos —dijo alegre Kip—. ¿Os traigo una cerveza y una gaseosa con lima?

Miró a Eric con las cejas levantadas, comprobando en silencio si recordaba bien la bebida habitual de Eric.

—Gaseosa con lima, sí. Gracias.

Kip se fue a preparar las bebidas y Scott no le quitó ojo de

encima ni un instante. Eric miró con disimulo a Kyle y se permitió quedarse unos segundos así antes de apartar la vista. Kyle sonreía a un joven atractivo que estaba de pie junto a la barra, en el mismo sitio en el que se había puesto Eric la otra noche. El brillo malicioso en los ojos de Kyle mientras hablaba con ese hombre era el mismo que había desprendido al tontear con Eric aquella noche.

Una fuerte y absurda punzada de celos se le clavó en el pecho a Eric. En eso consistía el trabajo de Kyle. Se pasaba el rato tonteando así con un millón de hombres. Eric no había sido más que uno de ellos. No era especial.

Pero entonces la mirada de Kyle se topó con la de Eric y abrió mucho los ojos a la vez que dejaba de sonreír. Fue solo un segundo y luego Kyle salió de ese trance y dirigió de nuevo la atención hacia su cliente, con los labios curvados en una sonrisa, igual que antes.

Ay, no. ¿Qué hacía allí otra vez?

Kyle podía aceptar que Eric Bennett estuviera en el Kingfisher para acompañar a su amigo. Seguro que no tenía nada que ver con Kyle. Pero, entonces, tendría que pasar de la forma en la que Eric lo miraba a los ojos sin parar mientras trabajaba. La forma en la que fruncía el ceño cada vez que Kye flirteaba con otros clientes, aunque mientras tanto Eric no dejara de dar vueltas al puto anillo de casado.

Kyle conocía muy bien a los hombres como Eric. Hombres a quienes les gustaba pasar las tardes lejos de sus mujeres para poder acercarse a un abismo del que no se atreverían a decir ni una palabra jamás a ninguna de las personas que les importaban de verdad. Hombres a los que les encantaba follar con Kyle, hombres que a veces incluso aseguraban que querrían algo más que polvos furtivos con él, algún día. Pero todos esos hombres eran iguales. En cuanto existía la menor posibilidad de que el secreto saliera a la luz, de que alguna de las personas importantes para ellos pudieran enterarse de su deseo por los hombres, se largaban.

A la mierda los hombres así. Kyle ya había desperdiciado demasiada parte de su vida —y de su corazón— en ellos. Que Eric se lo comiera con esos magníficos ojos oscuros tanto como quisiera.

Kyle no pensaba morder el anzuelo.

—Me da mucha rabia cuando viene Scott —refunfuñó Aram mientras llenaba unas pintas de cerveza—. Todo el mundo lo mira a él hasta que se va.

—Vaya —dijo Kyle—. Creo que por lo menos hay una persona que no te quita ojo de encima, corazón.

Señaló con la cabeza a un chico alto y musculoso que sin duda trataba de llamar la atención de Aram por algo más que porque quisiera otro trago.

Aram se animó.

—Mira qué bien. Deja que vaya a ver de qué tiene sed. —Kyle se rio. Aram terminó de llenar la bandeja de pintas de cerveza y le guiñó un ojo—. Anda, veo que Scott ha traído a su papi buenorro esta noche.

Kyle siguió la mirada de Aram hasta donde estaba sentado Eric. En cuanto Kyle lo miró a la cara, Eric volvió la cabeza a toda velocidad. Maldita sea.

—Ah, ¿te refieres al Marido del Año que está ahí? No, gracias.

Aram arrugó la nariz.

—Mierda. Se me había olvidado. Puaj.

Se alejó con la bandeja llena de cervezas y Kyle tomó nota a un tío regordete con barba muy mono.

—Ese es Scott Hunter, ¿no? —preguntó el chico mientras Kyle le preparaba un gin-tonic.

—El mismo que viste y calza.

—En persona está todavía más bueno. Mierda.

—Ah, ya.

—Y el tío que está a su lado también es atractivo, en plan profesor sexy.

Kyle tuvo que contenerse para no poner los ojos en blanco.

—Ajá.

Cuando el chico de la barba se marchó con el cóctel, Kip ocupó su lugar de inmediato.

—¿Por qué no te acercas a la mesa para saludar?

—Estoy ocupado.

—¿Ocupado con ese leñador tan guapo?

Kyle entrecerró los ojos mientras lo miraba.

—¿Ese leñador tan guapo que se ha pillado fuerte de tu prometido?

Por un momento, Kip puso cara de ofendido, pero luego sonrió.

—Bueno, no lo culpo. O sea, mira a Scott… A veces me cuesta creer que sea mío.

«Auch».

—Qué suerte tienes.

—Esta noche estás que muerdes…

—Estoy bien. Solo… tengo hambre. Y supongo que necesito follar.

—Mira, perfecto que trabajes en un bar que tiene tanto comida como tíos cachondos.

Kyle no pudo evitar reírse del comentario, lo cual hizo que Kip sonriera de oreja a oreja. Sus horribles hoyuelos aparecieron en escena para atormentar a Kyle.

—Voy a echar un vistazo a mis mesas —dijo Kyle— y luego me paso a saludar a Scott. Y a Eric. Y a…, espera. ¿Quién es ese?

Kip se volvió para mirar la mesa de Scott y abrió los ojos como platos.

—Hostia puta.

—Es…

—Ilya Rozanov. —Kip soltó un suspiro—. La noche acaba de ponerse mucho más interesante.

—¿Por qué? ¿Vais a hacer un trío o algo?

—Uf, qué va. A Rozanov le gustan las mujeres, fijo. Y digamos que odia a Scott.

—¿Está en una relación seria?

—No, que yo sepa.

—Entonces igual voy a ver si a alguna parte de él le gustan los hombres.

Kyle sonrió con picardía a Kip y luego se fue a toda prisa con una bandeja vacía.

Saltaba a la vista que Kyle estaba evitando a propósito la mesa en la

que se habían sentado. Ya fuera por Eric, ya fuera porque no quería estar cerca de Scott y Kip en plan pareja, Eric no lo sabía. O a lo mejor estaba atareado sin más y Eric se estaba poniendo en plan paranoico. Ojalá Kyle se pasara por allí por lo menos un momento, aunque solo fuera para ahorrarle a Eric tener que elegir entre mirar a Kip acurrucado sobre las piernas de Scott o al puñetero Ilya Rozanov.

El jugador ruso estaba tranquilo, observaba la sala con la misma sonrisilla divertida que tanto enfurecía a sus contrincantes en la pista. Tenía que ser ensayada, porque era una obra de arte. Una sonrisa que decía a la vez «Estoy decidiendo cómo torturarte» y «Me importas una mierda».

—Vaya, así que has venido… —dijo Eric.

—Sí —corroboró Ilya.

—¿Por algún motivo o…?

—Este sitio da buen rollo.

El modo en que lo dijo —el modo en que decía cualquier cosa— hizo que costara saber si quería burlarse de Eric.

—Está bien —dijo Eric con pies de plomo.

—¿Vienes mucho por aquí?

—No mucho. A veces vengo con Scott.

—Tu mujer te dejó, ¿sí?

Joder, qué bruto era.

—Nos separamos.

Ilya sonrió burlón.

—Vale. Pero ¿se divorció de ti?

—Fue de mutuo acuerdo.

—Sí. ¿Y ahora sales por sitios como este?

Eric no se ruborizaba casi nunca, pero en ese momento estuvo a punto.

—Para acompañar a Scott, como te he dicho.

Ilya señaló con la cabeza a Kyle, que ahora se hallaba detrás de la barra.

—Hay mucho que ver.

Eric apretó la mandíbula. ¿Cómo cojones era tan perspicaz Rozanov? De entrada, parecía que se la sudaba todo lo que le

rodeaba, pero su capacidad de observación era mucho mayor que la de Eric.

—Supongo.

Por desgracia, Kyle eligió justo ese momento para ir por fin a saludarlos.

—Buenas noches, chicos. Kip, cuando hayas acabado de restregarte por tu novio, el cubículo del fondo que llevas tú necesita otra ronda.

Kip se levantó del regazo de Scott con las mejillas sonrosadas.

—¡Oye, que no me estaba restregando!

—Seguro que a Hunter le ha parecido que sí —comentó Ilya.

Scott lo fulminó con la mirada.

—Vete a la mierda, Rozanov. Sé lo que es restregarse y lo que no…

Kip se alejó a toda prisa para ver si su mesa quería algo y Kyle dirigió la atención hacia Rozanov.

—Creo que no he tenido el placer de conocerte.

A Eric no le gustó el brillo en los ojos de Kyle mientras se perdía en el cuerpo y la cara de Ilya, indiscutiblemente atractivos.

—Kyle —dijo Scott—, este es Ilya Rozanov. Ilya, este es mi amigo Kyle.

Ilya alargó el brazo por encima de la mesa y le dio la mano a Kyle.

—Kyle.

A Eric le pareció que le aguantaba la mano más tiempo del necesario.

—¿Qué te pongo, guapo? —preguntó Kyle en ese tono coqueto que le salía tan natural.

Ilya señaló una pizarra que había junto a la barra, en la que se anunciaba el cóctel especial, que no había cambiado en más de dos años.

—Me apetece un Scott Hunter. Por favor.

Scott gruñó.

—Tráele una cerveza y ya está, Kyle. Solo quiere tocar los cojones.

—¿Lo has tomado alguna vez? —le preguntó Ilya a Eric.

—No.

—Pues yo quiero probarlo. Y trae otro para Bennett.

Eric miró a los ojos a Kyle y negó con la cabeza.

—No…

—Puedo hacerte uno sin alcohol —se ofreció Kyle.

Ilya parecía encantado.

—¡Sí! ¡Un Scott Hunter virgen!

—Joder. Cómo estamos… —refunfuñó Scott.

—No hace falta —dijo Eric—. Estoy bien.

—La otra noche no llegué a hacerte el cóctel sin alcohol. —Kyle apoyó la mano en el hombro de Eric—. Hace un rato te he visto alardeando en la tele. Deja que ahora chulee yo y te enseñe qué se me da bien…

Eric tragó saliva de forma tan exagerada que seguro que el resto de la mesa lo oyó. Notó ese burbujeo por dentro que había estado buscando.

—Vale.

Kyle recogió los vasos vacíos y le guiñó un ojo a Ilya al marcharse. A Eric le dio rabia sentirse tan celoso de ese guiño. Ilya ni siquiera reaccionó más allá de su irritante sonrisilla.

Scott se levantó.

—Voy al lavabo.

Se quedó un momento quieto de pie antes de irse, lo que lo convirtió en un blanco fácil para el ataque de Rozanov.

—¿Quieres que te acompañe?

Scott frunció el ceño.

—No.

Se dio la vuelta y se fue, y Eric tuvo que morderse la mejilla para contener la risa. Pero su diversión duró poco, porque, en cuanto Scott desapareció, Ilya la tomó con Eric.

—Kyle parece majo.

Eric mantuvo la expresión lo más neutra posible.

—Pues sí.

Durante unos segundos eternos, Ilya no dijo nada más. Se dedicó a escudriñar a Eric, como si buscara un punto débil.

—Es atractivo.

—Supongo.

—Se parece un poco a Hunter. Pero más joven. —Hizo una pausa y sonrió con malicia—. Muuucho más joven.

La expresión de Eric dejó de ser tan neutra. No respondió, así que Ilya volvió al ataque.

—Es como si Scott Hunter tuviera un hermano menor. Y su hermano tuviera un hijo.

A Eric no le gustaba nada de lo que estaba insinuando Ilya.

—Parece que le gustas —contratacó, enfadado al saber que era verdad.

Ilya negó con la cabeza.

—Esta mesa es un desastre.

—¿A qué te refieres?

Ilya se inclinó hacia delante, tan cerca de Eric que le resultaba incómodo.

—Tú quieres tirarte a Kyle. Kyle quiere tirarse al novio de Hunter, aunque puede que también a ti, porque Hunter y su novio no tienen ojos para nadie más.

—¡No quiero! —soltó Eric, aunque estaba bastante seguro de que todo lo que había dicho Rozanov era cierto. Joder, qué observador era aquel capullo—. Si casi no lo conozco. Y no estoy… He venido con Scott, nada más.

—Sí. —La mirada de Ilya se clavó en la mano izquierda de Eric, que tenía sobre la mesa—. Además, llevas un anillo de casado, pero no tienes mujer.

Eric se tapó la mano izquierda con la derecha en un gesto protector.

—Me gusta llevarlo. Lo he llevado toda mi carrera en la NHL y no me parece bien quitármelo ahora. No cuando solo…

Se detuvo justo a tiempo. O, por lo menos, eso pensó.

—No cuando solo te queda una temporada —terminó la frase Ilya.

Dios, Eric no se lo había contado a nadie aún. Tenía intención de anunciarlo después de las vacaciones de Navidad, quizá.

—No digas ni una palabra a nadie, Rozanov.

Ilya se reclinó en la silla.

—Nadie se sorprenderá, Bennett. Eres muy viejo.

—Gracias.

—Tommy Andersson estará contento.

Eric vio que Scott volvía del baño.

—Chist. Lo digo en serio.

Ilya apretó los labios, pero tenía un brillo en los ojos y Eric no estaba del todo seguro de si mantendría el pico cerrado o no. Se le hizo un nudo en el estómago ante la posibilidad de que el puñetero Ilya Rozanov desvelara allí mismo dos de sus mayores secretos.

Sin embargo, Ilya no dijo ni una palabra, y, poco después de que Scott se sentara, Kyle volvió con las bebidas.

—Un Scott Hunter travieso —dijo mientras dejaba un cóctel azul delante de Ilya—. Y un Scott Hunter bueno.

Dejó una bebida idéntica delante de Eric y luego se largó corriendo antes de que Eric pudiera darle las gracias siquiera.

Ilya levantó la copa.

—¿Brindamos por Scott Hunter y su futuro marido?

—Creo que ya brindamos bastante por eso la semana pasada —dijo Scott con cara de bobo.

—Pues, por el amor. Y… —miró a Eric— por ser valiente.

Todos chocaron las copas e Ilya le guiñó un ojo, con una expresión que Eric tradujo por «tu secreto está a salvo conmigo».

Ilya dio un sorbo al cóctel y arrugó la cara.

—Puaj. Sabe igual que Scott Hunter. Demasiado dulce.

Eric pensó que la bebida estaba bien equilibrada, pero, por supuesto, la suya tenía otros ingredientes.

—¡Kyle! —gritó Ilya—. ¡Ayúdame!

Eric vio que Kyle se detenía en el trayecto de la barra a una mesa. Llevaba una bandeja llena de copas.

—Déjalo en paz. Está trabajando.

—Soy un cliente —se defendió Ilya—. Y necesito una cerveza o algo para quitarme este sabor de la boca.

—Una vez te vi beberte tres Coca-Colas Cherry en una comida del fin de semana del All-Star, así que no finjas que no te gustan las bebidas dulces.

Ilya se quedó algo perplejo ante el comentario burlón de Eric. Luego sonrió.

—No sabía que te fijabas tanto en mí.

—No me fijo. En absoluto. Me pareció una cantidad brutal de Coca-Cola para un deportista profesional. Fue memorable.

—¿Sabes qué? —comentó Ilya con una sonrisita extraña—. No fuiste el único que pensó eso aquel día. —Dio otro sorbo a la bebida y puso cara de asco—. ¿Dónde está Kyle? O el otro, el chico de Hunter.

Eric suspiró.

—Espera. Voy a buscarte una cerveza.

La sonrisa de Ilya fue demasiado descarada.

—Sí. Ve a hablar con Kyle. ¿Quieres que te guarde el anillo?

Eric no le respondió. Se dio la vuelta y caminó con paso decidido hacia la barra antes de que Ilya pudiera ver que se había puesto colorado.

Kyle volvió a la barra justo cuando llegó Eric.

—Hey, hola —dijo Kyle.

Definitivamente, era un saludo frío.

—Ilya quiere una cerveza y yo quería estirar las piernas —dijo Eric.

—Ajá. ¿Qué tipo de cerveza?

La conversación no iba en absoluto como a Eric le habría gustado. Intentó poner en práctica sus dotes de seducción. Se inclinó un poco hacia delante y apoyó el codo en la barra.

—Puede que necesite tu opinión experta sobre ese tema.

Kyle se lo quedó mirando con una expresión tan distante que Eric sacó el codo de la barra y dejó los brazos colgando junto al cuerpo. Entonces Kyle contestó, con un bufido irritado:

—A mí me gusta la *red ale*.

—Vale. Pues ponme esa.

Kyle cogió una pinta y la llenó de cerveza *ale* sin decir ni una palabra. Eric la aceptó con gesto torpe, pero no hizo ademán de volver a la mesa. Debía irse, era consciente de eso, pero también deseaba la atención de Kyle a toda costa, aunque fuese un momento.

«¿Por qué ha venido?».

Kyle empezaba a desear que Eric se lanzara de forma descarada para poder rechazarlo y así dar por zanjado el tema.

«Quizá no quiera nada contigo».

Cabía esa posibilidad, claro. Kip había dicho que a Eric le iría bien tener un amigo, alguien con quien hablar de arte e historia y otras cosas ajenas al hockey. De hecho, era más que probable que Kyle se estuviera comportando como un capullo porque estuviera proyectando el dolor de que le hubieran roto el corazón en el pasado en un hombre mayor que él, atractivo y totalmente inocente.

Un hombre mayor y atractivo que ahora mismo parecía perdidísimo, con la cerveza de otro en la mano e intentando a toda costa dar con algo que decir para que Kyle fuera amable con él.

Kyle decidió darle un poco de cancha.

—¿Mañana tienes el día libre?

A Eric se le iluminó la cara, y Kyle se sintió muy culpable.

—Sí.

Kyle fingió estar ocupado limpiando la barra.

—¿Y qué hace Eric Bennett en sus días libres?

El jugador pareció pensárselo un momento.

—Practico mucho yoga intensivo en casa los días que no tengo partido ni entrenamiento.

—Guau. —Kyle se rio—. ¿Así es como te liberas y te relajas? ¿Con el yoga intensivo?

—Sí.

No había nada juguetón en el tono de Eric, así que Kyle lo dejó correr. Tal vez el yoga fuese divertido para Eric. Tal vez una sesión de yoga intensivo podía transformarse en una mañana de sexo flexible e intensivo con su mujer.

—También iré a ver la galería de arte de una amiga —dijo Eric—. Está preparando una exposición y quiere enseñarme los cuadros antes. Cuando la inauguren estaré de viaje.

—¡Ah, es verdad! Eres un mecenas…

Kyle lo dijo como si se hubiera olvidado por completo de que Eric coleccionaba arte. Era una de las numerosas cosas encantadoras sobre Eric Bennett en las que Kyle procuraba no pensar.

—Compro obras de arte que me gustan —le corrigió Eric—. Es más bien un acto egoísta.

—¿Hay muchos jugadores de hockey que hagan eso? ¿Coleccionar obras de arte?

Kyle ya suponía que no.

—No muchos que yo conozca. No tengo nada en contra de mis compañeros… De hecho, algunos de ellos son mis mejores amigos. Pero no son las personas más cultas del mundo, que digamos.

Por cómo lo dijo, Kyle tuvo la impresión de que cuando Eric iba a galerías de arte y a inauguraciones probablemente fuera en solitario.

—¿Dónde está la galería?

—En Chelsea. Es la galería Saint-Georges.

—¡La conozco! —exclamó Kyle—. O sea, no he entrado, pero soy fan del local de empanadas que hay al lado.

Otra de sus sonrisas anchas y cautivadoras cruzó la cara de Eric.

—¡Córdoba Bakery! Me encanta.

¿Es que no podía parar de ser perfecto?

—Voy muy a menudo. Vivo a una manzana de allí. Las empanadas de ternera picante son como el sexo, por dios…

—Si tú lo dices, me lo creo.

Kyle no pudo contenerse.

—¿Por lo del sexo?

Eric chasqueó la lengua.

—Por la ternera. Soy vegetariano.

Claro, cómo no.

—¡Es fantástico! O sea, fantástico para… el medio ambiente. ¡Y para ti! Y, eh, para los animales. Yo también estoy intentando comer menos carne.

La cara de Eric adoptó esa expresión de tranquila diversión que tanto había encandilado a Kyle en la fiesta de compromiso.

—No me ofende que comas carne. La mayor parte de mis amigos comen.

—Ah.

Eric llevaba la camisa ancha blanca y de tejido arrugado abierta por el cuello, de modo que Kyle tenía una panorámica excelente de su garganta, que era más sexy de lo que debería estar permitido.

Unos cuantos rizos de pelo oscuro en el pecho se veían justo por encima del primer botón que llevaba abrochado. A Kyle le encantaba el pelo en el pecho. Y estaba convencido de que Eric debía de tener la cantidad perfecta, y quizá tuviera algunos canosos. Dios, sería irresistible.

—Si quieres, claro —dijo Eric, y Kyle se dio cuenta de que se había perdido por completo lo que le había dicho antes.

—Perdona. ¿Si quiero qué?

—Ir conmigo. A la galería mañana. Jeanette, la dueña, está muy emocionada con esos cuadros y he pensado que igual te apetecía verlos.

Sería tan fácil que Kyle dijera que sí a eso. Era algo normal que dos personas con intereses comunes podían hacer. No tenía por qué significar algo más. Podía ser algo… inocente.

Pero Kyle se conocía. No estaba seguro de cómo era Eric, pero se conocía bien. Pasar un rato agradable a solas llevaría a que Kyle volviera a las andadas. Así pues, en lugar de decirle que sí, respondió:

—Mañana no puedo. Aunque intentaré ir a la inauguración. ¿Qué noche es?

Eric le dio la información, con la palabra decepción escrita por todo el rostro, y Kyle fingió que lo memorizaba.

De pronto, apareció Kip por detrás de Eric. Sonreía de oreja a oreja.

—Sabía que os llevaríais bien, tíos. ¿De qué hablabais?

—De arte —dijo Kyle, y se apartó un paso de la barra y de Eric.

—¿Lo veis? Mejores amigos —dijo Kip—. Pero, esto, Rozanov espera la cerveza.

—Mierda, se me había olvidado —dijo Eric. La cogió de la barra —. Supongo que será mejor que se la lleve.

—¿Quieres hacer mi trabajo? —bromeó Kyle.

—Lo hago fatal, ya ves.

Se dio la vuelta para marcharse, pero Kyle soltó de pronto:

—Eh, oye… —Eric se volvió con expresión de interés—. Si tienes hambre, que sepas que hacemos unas alitas de coliflor buenísimas. Cien por cien vegetarianas.

Eric sonrió como si Kyle acabara de ofrecerse a cumplir su mayor deseo.

—Gracias. Por decírmelo.

Ay, dios. Kyle se moría de ganas de comerse a ese hombre. Era la mezcla perfecta de confianza y timidez. Con seguridad en sí mismo, pero tímido sobre lo que quería. Tanto si deseaba la amistad de Kyle como si deseaba que Kyle cumpliera todas las fantasías gais secretas que pudiera tener el jugador, saltaba a la vista que Eric no tenía la menor idea de cómo pedirlo. Necesitaba que alguien se pusiera al mando y Kyle estaba más que dispuesto a ser esa persona.

Pero no podía. Por supuesto. Eric estaba casado, seguro que todavía en el armario, y seguro que lleno de remordimientos. Todo lo que Kyle no necesitaba en absoluto en su vida.

Capítulo 5

Cuando repasaba mentalmente lo ocurrido, Eric no acababa de decidir qué había sido más humillante: el hecho de que hubiera estado a punto de pedirle tema a Kyle o el modo tan eficaz en el que Kyle le había dado calabazas. Porque ¡cómo no iba a hacerlo! Eric era un vejestorio y aburridísimo.

Incluso si la atracción era mutua, no bastaría para que Kyle hiciera algo tan ridículo como salir con un hombre que probablemente ya iba al instituto cuando él había nacido.

«Salir». Madre mía.

Si Kyle buscaba algo con Eric —y casi con total seguridad no buscaba nada— sería un polvo. Un rollo de una noche. No era el estilo de Eric, pero llevaba tanto tiempo sin ligar que la verdad era que ya no sabría decir cuál era su estilo. A lo mejor ahora le encantaban los polvos rápidos. Desde luego, parecía que sus compañeros de equipo sí se divertían follando sin más.

Y, si Eric no quería un rollo de una noche con Kyle, entonces ¿qué quería? ¿Un novio? No, claro que no. Pero tal vez sí… un amigo. Eric no podía negar que se había sentido muy solo, más allá del tiempo que pasaba con sus compañeros, sobre todo en los últimos meses.

Apartó esos pensamientos mientras entraba en la galería de arte de Jeanette. Quería tener la mente despejada en el momento de contemplar los cuadros.

Cuando entró, Jeanette estaba al teléfono. Lo saludó con la mano y levantó un dedo. Él asintió y empleó el tiempo en quitarse los guantes y sacudirse el frío de encima. Al cabo de un minuto, su amiga se acercó a él con paso decidido.

—¡Eric! —Lo abrazó deprisa y luego se apartó para

inspeccionarlo—. Cada vez que te veo estás más guapo. Dime que estás con alguien.

—Nadie.

Jeanette chasqueó la lengua.

—Qué lástima. ¿Has revelado alguna foto hace poco? Creo que las últimas que vi eran las de Gales.

—No. No me queda mucho tiempo para la fotografía durante la temporada de hockey.

Eric se había aficionado a la fotografía hacía años. Se había dejado un dineral en una cámara de calidad profesional y había pasado buena parte del tiempo libre entre temporadas viajando y haciendo fotos. No podía decirse que fuese un artista, pero creía que tenía buen ojo y sacaba partido de la misma atención para los detalles que tanto le ayudaba en la pista.

—Desperdicias tu talento —suspiró Jeanette.

Eric chasqueó la lengua al oírlo.

—Hay mucha gente que piensa que mi mayor talento es parar goles.

—Pues qué tontos. —Jeanette movió la mano para indicarle que la siguiera—. Ven. Los cuadros están en la otra sala.

—¿Un joven artista? —preguntó Eric mientras la acompañaba.

—En realidad, no. El artista ya tiene cincuenta y tantos, pero ha entrado hace poco en el mundo del arte. —Le dio un codazo—. Puedes hacerte artista a cualquier edad, Eric.

—Me lo apunto.

—Era técnico electricista, ¿te lo puedes creer?

—Eso le daría una perspectiva distinta del mundo, supongo. ¿Es de Estados Unidos?

—Sueco.

Entraron en la segunda sala, que tenía algunos cuadros apoyados contra la pared, a la espera de que los colgaran. Pero Jeanette lo condujo hasta la pared más alejada, que tenía ya instalados cuatro cuadros más pequeños.

—Pinta paisajes abstractos, y sé que verás al instante lo especial que es su obra.

Eric miró con detenimiento los cuatro lienzos. Eran magníficos,

sobre todo contenían tonos oscuros con toques de color más claro, como amarillo y verde. Eran en su mayoría puramente abstractos, pero tenían la estructura suficiente para insinuar un paisaje.

—Son preciosos —dijo el deportista.

—¿A que sí? Pero este de aquí es el que quiero que veas.

Le puso las manos en los hombros y le hizo darse la vuelta para que quedase frente a la pared que tenía detrás. En ella había un lienzo más grande tapado con una tela.

—Prepárate para enamorarte —dijo la galerista antes de retirar la tela.

Eric casi suspiró. El cuadro era una intensa avalancha de azul y negro que parecía decidida a tragárselo en sus profundidades.

—Guau.

—Sobrecogedor, ¿a que sí?

—No puedo dejar de mirarlo.

Jeanette le tocó el brazo.

—Puedo dejarte un rato a solas con el cuadro. Tengo que hacer una llamada. Pero te advierto que tengo a otra persona interesada…

—Lo compro —dijo Eric con la mirada aún fija en el cuadro—. Ya he decidido dónde voy a colgarlo. Es perfecto.

—Maravilloso. La exposición dura hasta enero, pero después es todo tuyo.

Eric no pudo evitar preguntarse, mientras estaba a solas en la galería, qué habría pensado Kyle de los cuadros. Apenas lo conocía y nunca se había molestado demasiado en buscar una segunda opinión sobre las obras que había comprado, pero de pronto le entraron ganas de que Kyle estuviera allí en ese momento. ¿Habría suspirado Kyle cuando Jeanette había descubierto el cuadro? ¿Se habría puesto tan cerca de Eric que tal vez sus brazos se habrían rozado sin querer? ¿Habría dicho algo provocador y juguetón que habría hecho que a Eric le burbujeara la sangre?

Dios, ¿por qué se había pillado tanto Eric de él? Quizá sí fuera la típica crisis de los cuarenta. Faltaba una semana para que cumpliera cuarenta y uno, lo que equivalía a tener cien años en edad de hockey. El año anterior le había resultado raro cumplir cuarenta justo después de que Holly y él se separaran. Los cuarenta eran un hito,

pero no había tenido muchas ganas de celebrarlo a lo grande. Sus amigos habían hecho un esfuerzo, pero, cuando un colega está deprimido por una ruptura y no bebe, los jugadores de hockey no suelen saber muy bien qué hacer con él. Así pues, Scott y Carter habían tenido que aguantar lo que seguro que había sido una cena de cumpleaños muy aburrida y triste con Eric en su restaurante indio favorito.

No confiaba en que la celebración de sus cuarenta y uno fuera mucho mejor. Ya no estaba tan hecho polvo por el divorcio, pero aún se sentía solo y estaba ansioso por el inminente final de su carrera deportiva.

Además, llevaba más de un año sin follar. Incluso con su libido relativamente baja, empezaba a notar la urgencia. La necesidad de contacto humano: un beso, una caricia, lo que fuera. Alguien con quien viajar o, maldita sea, con quien ir al cine.

Alguien con quien ir a galerías y museos. Alguien con una sonrisa hechizadora y unos ojos azules pálidos.

Eric se deleitó algunos minutos más con su cuadro, encantado de haber sido capaz de obtener por lo menos una de las cosas bellas que había deseado esa semana.

Kyle estaba en el sofá viendo *Guy's Grocery Games* cuando Maria salió de su habitación la mañana del Día de Acción de Gracias.

—Oh, oh. Emergencia nivel Triple G —comentó—. ¿Te han llamado tus padres o algo?

Kyle se encogió de hombros y fingió estar concentrado en alguien que intentaba preparar una cena de Acción de Gracias solo con artículos de la sección de cereales. La única razón por la que se había levantado de la cama era porque le había despertado de sopetón la llamada de su madre. La llamada obligatoria de Acción de Gracias. Como siempre, había sido tensa y rara; su madre le había hecho algunas preguntas básicas sobre la uni y el tiempo, y Kyle había respondido con cero entusiasmo. Al principio, se había desesperado por saber de sus padres, la confianza crecía en su pecho cada vez que lo llamaban, pues esperaba que esa fuera la vez

en que… ¿lo perdonaran? ¿Le pidieran disculpas? ¿Lo escucharan? Y luego Kyle había dejado de preocuparse y fin.

Pero las llamadas telefónicas todavía desenterraban toda clase de sentimientos desagradables.

Maria se sentó con él en el sofá.

—Lo siento —dijo.

—Gracias.

No hacía falta decir más. Maria ya se sabía la historia.

—Por suerte, hoy tienes la oportunidad de disfrutar de la mejor celebración de Acción de Gracias de la historia —comentó contenta.

Kyle esbozó una sonrisa al oírlo. Sin duda, los Villanueva daban las mejores cenas de Acción de Gracias del mundo.

—Comeré hasta reventar.

—¡Muy bien! ¡De eso se trata!

Kyle se acurrucó junto a ella y vieron el resto del programa juntos.

—Quiero cambiar mi vida entera —dijo Kyle cuando hubo terminado.

—Guau, sé que *Guy's Grocery Games* es inspirador, pero…

—Hablo en serio. Además, ¿qué es mi vida? Estudio una carrera que ni siquiera sé si me gusta. Me he pillado de mi mejor amigo, que tiene novio. No he estado en una relación sana desde… ¿nunca?

—Vale, pero vamos a concentrarnos en lo positivo.

—¿Como qué? ¿Que trabajo en un bar?

—O sea, claro. Tienes un empleo que no odias. ¡Eso ya es mucho!

—En parte sí lo odio. A veces.

En realidad, le encantaba su trabajo. Era, de calle, lo que más le gustaba de su vida. Era solo que a veces se frustraba con la gestión del Kingfisher.

—Sigues estando mejor que la mayoría. Y tienes unas amistades geniales, incluida una compañera de piso de ensueño.

Kyle sonrió.

—Cierto. Continúa.

—Te codeas con jugadores de la NHL.

—Sí, claro. Vale.

—Puede que dependas de la generosidad de tus padres, pero tienes un apartamento de dos habitaciones en Chelsea, tío. Eso no es poca cosa.

—Ya lo sé. Mierda, pues claro que lo sé. Soy un puto privilegiado y es horrible que me queje.

Dios, era muy desconsiderado por parte de Kyle lamentarse de su vida ante alguien que estaba estudiando para aprender a ayudar a algunas de las personas más desfavorecidas de Nueva York. Nunca sería tan buena persona como Maria.

—No pasa nada por quejarse, pero ahora estamos intentando ser positivos. Y eso me lleva al siguiente punto: estás buenísimo. Basta con que vuelques esa virtud en el hombre adecuado.

—Genial. Si alguien quiere decirme quién es el hombre adecuado, le echaré el lazo encantado.

Maria apoyó las manos en los hombros de Kyle y lo miró con fijeza a los ojos.

—No es Kip.

—Ya lo intento, ¿vale? Casi… lo he superado.

—¿Sabes qué te ayudaría? Un chico que no sea Kip.

—Que ya lo sé…

Maria le clavó un dedo en el brazo.

—¿Sabes qué? Rafael estará hoy en casa de mis padres. Creo que sigue soltero.

—Ajá. ¿Y sigue fijándose solo en osos?

Maria juntó las cejas.

—¿A Raf le gustan los osos?

—Sí. ¿Recuerdas la última vez que intentaste emparejarme con él? Creo que fue en tu fiesta de cumpleaños, ¿no? Me rechazó con delicadeza, pero no pienso volver a intentarlo.

Era una pena, porque el primo de Maria estaba bueno.

—Vale. Pues Raf no. Pero puede que Raf tenga un amigo que…

—Basta, por favor. Además, el día de Acción de Gracias no es momento para seducir. Es momento de comer una montaña de comida y luego desplomarse en el sofá.

Maria tiró de la cintura del pantalón.

—Yo me he puesto mis pantalones más elásticos. Estoy más que preparada.

—Qué guapa.

Había empezado otro episodio de *Guy's Grocery Games*. Lo vieron en silencio un momento y luego Maria dijo:

—Oh, no.

—¿Qué?

—He visto un minuto de este capítulo.

Kyle sonrió al darse cuenta del problema.

—Vaya, pues la hemos cagado.

—Sip. Tenemos que verlo entero.

Se inclinó contra él y dobló las piernas encima del sofá.

—¿Traigo algo de picar?

—¡No! Es Acción de Gracias. ¡Está prohibido comer antes de la cena!

Kyle se rio y decidió dar gracias por la familia que había encontrado en Nueva York en lugar de recrearse en la vergüenza y la rabia que sentía cada vez que hablaba con sus padres.

—No sé cómo se me ha ocurrido, la verdad.

—Voy a dar una fiesta. —La gente recibió la noticia de Eric con un silencio asombrado. Se lo esperaba, así que se apresuró a aclarar —: El jueves es mi cumpleaños, el viernes tenemos el día libre y quiero montar una fiesta. En mi casa. El jueves por la noche.

La idea se le había ocurrido al despertarse esa mañana. Él, Eric Bennett, celebraría su cuarenta y un cumpleaños —su último cumpleaños como jugador de la NHL— con una fiestaza superdivertida. Porque, si no lo hacía ahora, ¿cuándo? Tenía una casa para él solo, tenía amigos a los que quería como a su familia y, había que admitirlo, se había pillado un poco de alguien. Alguien a quien podía apetecerle la fiestaza.

El vestuario de los Admirals siguió en silencio durante unos cuantos segundos más, y entonces Carter dio una palmada.

—¡Fiesta en casa de Benny! —exclamó—. Vamos, chicos, cumple noventa. ¡A desfasar!

La sala se llenó de risas, vítores y bromas.

—¡Genial, Benny!

—¿Aún estarás vivo la semana que viene?

—¿A qué hora es la fiesta? ¿De cinco a siete?

—¿Qué llevamos? ¿Leche con cacao?

Eric fingió enfadarse, pero no pudo ocultar la sonrisa.

—A la hora habitual de las fiestas, capullos. Y tendré un arsenal de bebidas. Traed a vuestra pareja, a vuestros amigos. —Luego, por alguna ridícula razón, añadió—: Traed a los amigos de vuestra pareja.

Los jugadores silbaron y vitorearon. Al equipo le encantaba la fiesta, desde luego.

—Bueno, ¿a qué viene todo esto? —le preguntó Scott en voz baja mientras se quitaba los patines.

—¿A qué te refieres?

—Te conozco desde hace mil años y creo que nunca has montado una fiesta. Pero si casi no vas cuando te invitan.

Eric se desabrochó las tiras del protector del pecho.

—A lo mejor quiero probar algo nuevo.

Era una respuesta absurda teniendo en cuenta que casi todas las puñeteras facetas de la vida de Eric habían cambiado en los últimos tiempos. Su casa era nueva, vivir solo era nuevo, estar soltero era nuevo, enfrentarse a dejar el deporte era nuevo.

Permitirse fantasear con los hombres era nuevo.

Querer hacer algo con eso definitivamente era nuevo.

—Vale, Kip y yo iremos seguro. Y quizá Kip pueda invitar a Maria. Es divertida. Ah, y a Kyle. Vive con él, conque si no trabaja, quizá…

—Claro. Sería guay —lo interrumpió Eric, tal vez con demasiado entusiasmo—. Si no está ocupado. Claro que puede venir. Me gustaría. O sea… Cuantos más seamos, más reiremos, ¿no?

Se estremeció por dentro. «¿Cuántos más seamos, más reiremos?». Por dios, parecía su madre.

—Tenemos que levantarnos medio pronto el viernes —añadió Scott—. Me refiero a Kip y a mí. Vamos a hacer una entrevista para un documental sobre deportistas *queer*. Van a peinarnos, maquillarnos y todo eso. Kip está muy emocionado.

—Suena genial. —Eric lo decía en serio.

Scott y Kip habían dado muchas entrevistas, habían ido a actos y habían hecho muchas sesiones de fotos desde que su relación había salido a la luz. Casi se había convertido en un segundo trabajo para Scott y le ocupaba casi todo su tiempo libre. Pero Scott le había contado una vez a Eric que, antes, invertía ese tiempo en hacer encargos remunerados para sus patrocinadores, y representar y dar apoyo a la comunidad LGBTIQ+ era mucho más gratificante que anunciar cuchillas de afeitar y bebidas energéticas.

—No me ofenderé si tenéis que marcharos pronto de la fiesta. Yo me he ido pronto de un montón de fiestas sin tener motivos, así que…

Scott sonrió.

—Tampoco es que yo fuera un fiestero que digamos antes de conocer a Kip. O sea, sigo sin serlo, pero por lo menos salgo sin estar siempre con miedo a que se me caiga la máscara, ¿sabes?

Buf, vaya si lo sabía. Su situación no era la misma que la de Scott, pero comprendía qué era vivir con un secreto. Amar jugar al hockey, pero odiar tener que soportar las interminables burlas homófobas. Tener que fingir que no te las tomabas como algo personal. Por lo menos, Eric había estado con Holly durante la mayor parte de su carrera profesional. No se había negado el amor o la compañía por miedo, pero no había sido del todo sincero acerca de quién era.

Scott nunca había tenido ese lujo. Antes de que Scott saliera del armario por fin con sus amigos, Eric ya sospechaba que Scott podía ser gay. No solo era porque nunca mostrase interés en quedar o follar con mujeres, era la incomodidad que siempre transmitía Scott en las situaciones sociales. En las conversaciones sobre mujeres en los vestuarios. Era la tristeza que siempre acechaba bajo su exterior seguro y heroico. Seguro que la mayoría de los jugadores no se había fijado, pero Eric se había pasado años advirtiéndolo.

Nunca le había preguntado a Scott nada más allá del típico «¿Estás bien?». Madre mía, qué mal amigo se sentía Eric. O quizá no era eso, sino solo un jugador de hockey, condicionado para interesarse únicamente por los sentimientos que nacían del deporte

o tenían que ver con él. Fuera como fuese, Eric no había hecho nada para ayudar.

Casi le pareció un acto egoísta el plantearse salir del armario ante Scott en ese momento. Después de que Scott hubiera hecho todo el trabajo duro él solo. Habían transcurrido dos años y medio desde que Scott había salido del armario de forma pública como el primer jugador gay de la NHL, y ahora, después de ver cómo su amigo cargaba con ese peso sobre sus hombros, ¿qué quería Eric? ¿Un consejo? ¿Recomendaciones para ligar?

Tenía que encontrar la manera de contárselo a Scott sin sentirse gilipollas.

—Me gustas más cuando te quitas la máscara. —Es lo que dijo en ese momento.

Scott le sonrió de oreja a oreja.

—A mí también.

Le dio una palmada a Eric en el hombro.

—¡Me apetece mucho ir a tu fiesta, Benny! Será genial.

Eric asintió con la cabeza. No le iría mal ser un poco más atrevido. Ser la clase de tío que daba fiestas divertidas y que tal vez abría la puerta, aunque fuera una rendija, para dejar que el caos entrara en su vida.

Capítulo 6

Ir al gimnasio con Aram era como ir una noche al karaoke con Jennifer Hudson. Kyle se sentía superado y ridículo cada vez que aceptaba ir a entrenar con su compañero de trabajo con cuerpo de Atlas. Aram era quizá unos cinco centímetros más alto que Kyle, pero tenía por lo menos quince o veinte kilos más de músculo. Sus brazos parecían arcos de globos.

Kyle observó cómo Aram añadía más peso a la barra antes de colocarse en el soporte.

—¿Por qué no salimos a la calle y cargas un autobús? —sugirió Kyle—. Sería gratis.

—Porque ahí hay menos chicos guapos en camiseta de tirantes —respondió Aram.

Kyle se puso cerca de su compañero, en teoría, para ayudarle mientras hacía sentadillas, pero, si Aram llegaba a perder el control de la barra, esta atravesaría a Kyle, el suelo y, casi con total seguridad, acabaría cerca del centro de la Tierra.

Aram era sin duda uno de los chicos en tirantes que estaban más buenos del gimnasio. Alto, musculoso y con una belleza cautivadora, con la melena larga y oscura, la barba bien recortada, unos intensos ojos marrones y una sonrisa de infarto. Resultaba extraño que Kyle y él nunca hubieran tenido nada, pero Kyle pensaba que, si aún no había pasado, ya no iba a ocurrir. Y, aunque Aram estuviera cañón, Kyle no pensaba en él de ese modo.

Kyle había desviado casi por completo la mirada hacia una de las cintas, donde un hombre mayor con aspecto elegante llevaba media hora corriendo. Tenía el pelo canoso, pero lo más seguro era que tuviese cuarenta y algo. Parecía un ejecutivo; un hombre acostumbrado a conseguir lo que quería. Kyle se permitió un

momento para fantasear con tener a ese hombre debajo de él, suplicando por su polla.

Uuuf. En fin.

Aram terminó la serie y llevó a Kyle hasta unas esterillas donde pudieran estirar un poco antes de ir al vestuario.

—¿De verdad Kip va a seguir trabajando en el Kingfisher? —preguntó Aram mientras se tumbaba bocarriba—. Ahora que está con Scott, digamos que necesidad no tiene.

Kyle se tumbó de lado y ambos se volvieron el uno hacia el otro para hacer los mismos estiramientos de rotación torácica.

—No lo sé —dijo Kyle siendo honesto—. Quizá no.

—Si yo me casara con un millonario, te aseguro que no estaría puto trabajando ahí, te lo aseguro —respondió Aram.

—Él es orgulloso, ¿sabes? No quiere ser un mantenido.

—Dios, pues yo sí. Creo que sería muy feliz si me ganara la vida gastando el dinero de mi marido.

Kyle negó con la cabeza. Sabía lo que era gastar dinero que no era suyo. Sus padres le habían dado mucho dinero a lo largo de los años (dinero que sabía que podían permitirse sin problemas, pero aun así). Sin duda, era consciente de la suerte que tenía, pero tampoco podía sentirse orgulloso de ello. En muchos sentidos, eso le hacía sentir como si no hubiera madurado del todo.

—Algún día llegará tu príncipe, Aram.

—Bueno, puede tomarse su tiempo —dijo Aram mientras sonreía —. Que, de momento, me lo paso bien disfrutando de todo lo que me ofrece la ciudad.

Como si fuera a propósito, un chico joven, en forma y con los brazos completamente tatuados, pasó junto a sus esterillas, lo que hizo que Aram se incorporara y le sonriera.

—Quizá es millonario —bromeó Kyle.

—Igual debería ir a averiguarlo. —Aram rodeó con su sudoroso y musculoso brazo los hombros de Kyle y lo abrazó con fuerza—. Nos vemos luego, ¿vale?

—Buena suerte.

Kyle se dirigió a la fuente para rellenar la botella de agua. Mientras caminaba, sacó el móvil del bolsillo. Tenía un mensaje de

Kip.

Kip: Eric Bennett va a hacer una fiesta el jueves. Deberías venir.

Ay, ni de putísima coña. Lo último que Kyle necesitaba era ir a una fiesta organizada por el hombre que no estaba disponible con el que había fantaseado como invitado del tío que tampoco estaba disponible y del que llevaba dos años enamorado en secreto. Eso sonaba a una tortura.

Kyle: Estoy ocupado.

Kip: ¿Haciendo el qué? Sé que no trabajas.

Kyle frunció el ceño al móvil. ¿Qué excusa podía dar? Tampoco era que le debiera nada.

Kyle: He quedado con alguien.

A ver, había soltado una mentira y gorda. Pero le había sentado bien. Lo más probable era que tampoco fuera sano.

Kip: ¡¿QUÉ DICES, en serio?! ¡Qué genial!

Kip: ¡Pues impresiónalo llevándolo a la fiesta en casa de un jugador de la NHL!

Kyle se guardó el móvil en el bolsillo.

Cuando Kyle llegó a casa, había cuatro mensajes más de Kip.

Kip: ¿Con quién has quedado? ¿Lo conozco?

Kip: ¿Lo has conocido en el trabajo?

Kip: Quizá si no os va bien puedes pirarte y venir a la fiesta.

Kip: Maria vendrá. Y creo que a Eric le gustaría que vinieras.

Kyle suspiró y respondió:

Kyle: Quizá para la próxima.

Un minuto después, le sonó el móvil.

—No habrá una próxima —dijo Kip—. ¿Sabes cada cuánto celebra fiestas Eric? No había pasado antes, básicamente. O eso es lo que me ha dicho Scott.

—Entonces supongo que me perderé el evento del siglo. Lo siento.

—Tiene una colección de arte increíble. Deberías verla. Scott y yo fuimos a su casa nueva hace como un mes. Hostia puta, Kyle. Su casa es una pasada. Es tan… sofisticada… Pero no en plan mal, ¿me explico? Es minimalista y bonita. La verdad es que pega con su personalidad. Solo fui una vez a su antigua casa y era como una mansión en Long Island. No pegaba con él. —Hizo una pausa, seguro que necesitaba coger aire, y luego dijo—: Supongo que su mujer tampoco pegaba con él.

—¿Su mujer?

—Sí. Se separaron hace como un año o así. Está divorciado. Por eso creo que esa fiesta es tan importante. Puede que se sienta solo.

Eric estaba divorciado. Ajá. Bueno, eso era algo.

—Y —continuó Kip— no bromeo cuando digo que quiere que vayas. Creo que le caes muy bien. Tenéis cosas en común.

—Ya.

Eric estaba divorciado.

—Ya sé que es, bueno, mayor. Pero suele salir con jugadores de hockey de veintitantos años. Es guay.

—¿Está divorciado? —preguntó Kyle para asegurarse.

—Sí… Ni siquiera acabaron mal. Creo que se distanciaron y ya. Pero Eric es un buen tío. No es la alegría de la huerta, pero es muy buena persona.

—Pues todavía lleva el anillo de casado.

—¿Qué? ¿Ah, sí?

—Sí. Lo llevaba puesto la otra noche en el bar. Y en tu fiesta de compromiso.

—¿En serio? Qué raro. Quizá Scott sepa por qué.

—No se lo preguntes.

—¿Por qué?

—Porque no me interesa. —Kyle suspiró—. ¿Y por qué estoy invitado a eso? ¿Van a ser todo jugadores de hockey?

—¡No! O sea…, casi, sí. ¡Pero Maria irá!

—Para poder mirar a Matti Jalo.

—A ver, la verdad es que todos miraremos a Matti Jalo. Seamos sinceros.

—Yo no, porque no voy a ir.

—Ay, claro. ¿Y con quién has quedado?

—Con un tío. No lo conoces. Da igual. Lo más probable es que ni se presente.

Hubo un silencio y entonces Kip dijo:

—No has quedado con nadie, ¿verdad?

—Que sí. ¿Por qué no me crees? Si soy un partidazo.

Kip se rio.

—Lo sé. Si te soy sincero, espero que sea verdad. Y que sea con el hombre más estupendo del mundo.

—Gracias.

—Pero si no has quedado con nadie…

—Dios, ¿quieres parar? Pásame a Scott. Prefiero hablar con él.

—No puedo. Está en St. Louis.

—Ah.

—Oye, ¿te apetece venir a casa? Estoy superaburrido y solo, podríamos ver una película o algo.

«Hostia puta, ni de coña».

—Ay, no puedo. Lo siento.

—¿Has quedado hoy también?

—Sí. De hecho, ahora mismo estoy montado encima de él. Así que mejor te dejo.

—Qué raro —dijo Kip—. Sobre todo, porque justo estábamos hablando de otra cita tuya para otro día.

Kyle resopló y luego fingió susurrarle al tío al que supuestamente se iba a tirar:

—Perdona si lo de antes te ha molestado. —Luego bajó el tono

de la voz y dijo—: Ni siquiera me había dado cuenta de que estás con el móvil, cariño, porque se te da genial montarme.

Kip soltó una carcajada.

—¿Por qué tiene la voz mucho más grave que la tuya?

Kyle también se echó a reír, pero luego se recompuso lo suficiente como para decir con la misma voz grave:

—Porque soy una puta bestia.

—¡Suena como Groot!

Después de eso, ninguno de los dos pudo decir nada durante un minuto. Y, entonces, Maria volvió a casa.

—A ver, ¿qué es tan divertido? —preguntó.

—¿Es Maria? —preguntó Kip, que todavía se reía—. Hostia puta, ¿ha estado en tu habitación todo el rato?

—Oye, que he dado un espectáculo formidable.

—Ajá. —Kip bromeaba, pero sus palabras hicieron que a Kyle se le moviera la polla—. Pásale el móvil a Maria. Quiero hablar con ella.

—No. Que vas a decirle que me convenza para que vaya a la fiesta.

—¿La fiesta de Eric? —preguntó Maria mientras se quitaba las botas—. Eeeh, sí, vas a ir.

—Cuéntale lo de que has quedado —dijo Kip.

—No.

—Venga. Quiero oírte decirle a Maria a la cara que has quedado con alguien de verdad el jueves por la noche.

—Adiós, Kip.

Kip seguía riéndose cuando Kyle colgó. Se volvió hacia Maria, que sujetaba su móvil en alto.

—Kip me ha escrito —comentó—. Dice que te pregunte por qué no puedes ir a la fiesta.

Kyle soltó un suspiro exagerado.

—Le he dicho que había quedado con alguien. Pero no es verdad. —Lo aclaró antes de que Maria pudiera empezar a acribillarle con preguntas—. Se me ha escapado sin pensar. Quizá intentaba ponerlo celoso, lo cual es tan triste que me voy a ir a comer una bolsa entera de empanadillas congeladas ahora mismo.

Se dirigió a la cocina y Maria lo siguió.

—En primer lugar —dijo ella—, solo te vas a comer la mitad de las empanadillas porque estoy muerta de hambre. En segundo lugar, ¿por qué no quieres ir a la fiesta?

—No lo sé. Porque no quiero pasarme la noche viendo a Kip mirando con ojos de enamorado a su prometido. Y no quiero estar cerca de Eric.

—¿Por qué no? Espera. ¿Está intentando engañar a su mujer contigo? Menudo cabrón de mierda. Le voy a…

—No. Me refiero a que no está casado. Ni ha intentado nada conmigo. Pero… Me conozco, y, si me tomase unas copas y él me dijera cualquier tontería, acabaría haciendo algo de lo que me arrepentiría.

—Anda ya. No eres tan fácil.

—¿Con hombres así? Ya te digo yo a ti que sí.

—¿Y qué tiene de malo que te gusten los hombres mayores? Ya sé que tuviste una mala experiencia.

—O tres.

—Sí, pero ya sabes a cuál me refiero. Ese tío de Vermont era un puto mierdas. Pero eso no significa que esté mal sentirse atraído por hombres mayores. A mí me gustan altos y he estado con cuatro que eran unos putos asquerosos. Eso no significa que no vaya a seguir intentando encontrar a ese príncipe perfecto, alto y, probablemente, finlandés, que puede que juegue o no en los New York Admirals.

Kyle sonrió al oír eso.

—Ian era un mierdas, pero yo tomé mis propias decisiones. Y esas decisiones siempre son malas cuando se trata de cierto tipo de hombres.

Maria se lo quedó mirando seria.

—Kyle. Tenías dieciocho años. No seas tan duro contigo mismo.

—¿Por qué? Si todo el mundo lo fue.

Joder, no debería haber dicho eso. Esbozó una sonrisa que seguro que no parecía real porque él no la sentía.

—En fin. Todo salió bien al final, ¿no? Tenemos este precioso apartamento gratis en Manhattan y yo puedo vivir mi vida de gay lejos de los cotilleos de Shaw, Vermont.

Maria había oído la historia poco después de mudarse con él.

Durante el último año de instituto de Kyle, su padre le había conseguido un trabajo en las oficinas de la Asociación Empresarial y Turística del Área de Shaw. El director de la asociación, Ian, tenía entonces unos treinta y cinco años, estaba casado y tenía dos hijos, y era un miembro muy querido y respetado en la comunidad. También estaba, a los ojos del adolescente y virginal Kyle, extremadamente bueno.

Kyle llevaba trabajando con él alrededor de un mes cuando Ian le pidió que se quedara hasta tarde para ayudarle a pensar en nuevas ideas para un festival. No paraba de acercar su silla a la de Kyle y siempre encontraba formas inocentes de tocarlo. Y luego los roces dejaron de ser tan inocentes.

Kyle sabía que estaba mal, pero nunca se había acostado con nadie, y estaba demasiado cachondo y halagado como para que le importara. Había permitido que su relación secreta continuara durante el verano porque creía todo lo que Ian le decía: que era infeliz en su matrimonio. Que estaba enamorado de Kyle. Que dejaría a su familia por él. Que sería lo mejor para todos porque Ian estaba viviendo una mentira.

Kyle, como era joven e ingenuo, creía que aquello era un romance de cuento de hadas. Que su amor era tan fuerte que aguantaría cualquier cosa. El secretismo solo hacía que su relación pareciera más importante, como si nadie más pudiera saberlo porque nadie más entendería lo perfectos que eran juntos. Ian le había hecho creer que Kyle era quien tenía el control. Que Ian estaba indefenso a su lado, y a Kyle eso le encantaba. Quería ser irresistible. Quería ser como Helena de Troya y que los hombres importantes se pisotearan unos a otros para ganarse su favor.

Todo se vino abajo cuando la mujer de Ian se enteró. Había contratado a un detective privado, porque, claro, tenía sospechas; ser director de la asociación empresarial de un pueblecito no era un trabajo que exigiera quedarse trabajando hasta tarde muchos días. El detective había instalado una cámara oculta en la oficina de Ian, y Kyle e Ian habían dado mucho que grabar.

A Ian lo habían confrontado con las imágenes más explícitas de las grabaciones, junto con la noticia de que su mujer se había ido

con los niños. El chisme se extendió por el pueblo como la pólvora. Era lo más interesante que había pasado en Shaw en mucho tiempo: una aventura gay. Con un adolescente.

Y así fue como se reveló que Kyle era gay. Ante el pueblo, ante sus amigos y, lo más devastador, ante su familia.

Sus padres le habían asegurado en repetidas ocasiones que no tenían ningún problema con que fuera gay. Pero él los había avergonzado al provocar un escándalo, y ellos habían considerado que lo mejor era que se marchara del pueblo. Kyle siempre había sido un estudiante excepcional y lo habían admitido en varias universidades prestigiosas. Decidió ir a Columbia porque la ciudad de Nueva York le parecía el lugar por excelencia para reinventarse a uno mismo, o para dejarse llevar por la corriente y ya. Ambas opciones le parecían bien a Kyle en aquel momento. Sus padres le encontraron un apartamento en Chelsea y le pagaron el alquiler, y Kyle encontró un trabajo a tiempo parcial como camarero en un restaurante para cubrir los gastos. Nunca volvió a ver ni a saber nada de Ian, y solo veía a sus padres en las contadas ocasiones en que lo visitaban en Nueva York.

—Me dan tantas ganas de darle una paliza a ese tío… —dijo Maria, devolviendo a Kyle al presente—. Debería estar en la cárcel por lo que te hizo.

—Era mayor de edad —replicó Kyle por alguna razón.

—Por los pelos. Es que debería haber una ley contra ese tipo de… manipulación, ¿sabes? Además, era tu jefe. Eso no está bien.

—Ya.

De pronto, ella lo abrazó, algo bastante inusual en Maria.

—Te merecías algo mejor.

Kyle le devolvió el abrazo.

—Es solo que creo —dijo con cuidado— que el desamor y la tentación son una mezcla peligrosa. Si voy a esa fiesta, sé lo que podría pasar.

Maria se apartó para mirarlo.

—Pero ¿qué es lo peor que puede pasar exactamente? Si Eric no está interesado en ti, no vas a, ya sabes, engañarlo para que se líe contigo.

—Me preocupa más el escenario en el que él sí esté interesado en mí.

Ella se apartó y empezó a contar con los dedos.

—No está casado. Al parecer, es un encanto. Y está buenísimo. No veo por qué lanzarte a por él sería malo en tu peor escenario posible.

—Porque al principio siempre va genial con este tipo de chicos. Luego se asustan o lo que sea y salen corriendo. Y entonces yo tengo que volver a recoger los pedazos de mi corazón. No, gracias.

—Bueno, si cambias de opinión…

—No voy a cambiar de opinión —dijo Kyle con firmeza—. Por una vez en mi vida voy a tomar una buena decisión.

Capítulo 7

El jueves por la noche, Kyle siguió a Maria por la escalera de entrada de la casa adosada de Eric. Porque, evidentemente, había decidido ir a la fiesta.

La cuestión era la siguiente: al intentar tomar las decisiones correctas, Kyle se había dado cuenta de que, en realidad, estaba tomando decisiones terribles que lo alejaban de sus amigos. Y le impedían hacer nuevos amigos. Se recordó a sí mismo que no todo tenía que girar en torno al sexo. Kip era un amigo maravilloso y Eric parecía un tío muy agradable, inteligente y con quien daba gusto hablar. No había ninguna razón para evitarlo.

Y Kyle se había convencido por completo de todo eso hasta el momento en que Eric abrió la puerta. Porque, joder, estaba muy bueno. Eric, quien, por lo que Kyle sabía, nunca vestía nada menos formal que pantalones de sastrería y camisa de vestir, llevaba unos vaqueros oscuros y una camiseta gris carbón que se ceñía a su amplio y musculoso pecho y se agitaba sobre su abdomen plano. Cuando la mirada de Kyle volvió a posarse en la cara de Eric, se encontró con que este lo estaba mirando antes de que sus ojos se abrieran de par en par al reconocerlo.

—¿Kyle?

—Sorpresa —dijo Kyle con un tono suave.

Parecía que Eric se estaba dejando crecer un poco la barba, lo que sin duda le quedaba muy bien.

—Casi no te reconozco.

Kyle sonrió.

—Ya. Me veo distinto cuando no estoy trabajando.

—Sí. Me ha costado reconocerte. —Eric se tocó la ceja—. Llevas gafas.

—Sí, eeeh, nunca me las pongo cuando estoy en el bar, pero así es como voy casi siempre.

Eric lo miraba a la cara como si no pudiera creer que Kyle fuera la misma persona que le servía refrescos con lima.

—Te ves bien —dijo por fin—. Con las gafas, me refiero.

A Kyle le gustó la breve y tímida sonrisa de Eric.

—Gracias.

—Déjame que te ayude con esa bolsa —dijo Eric—. Y el abrigo.

Kyle dejó en el suelo la pesada bolsa que llevaba y se quitó el abrigo.

—Buen intento, pero en la bolsa hay una sorpresa.

Se había prometido a sí mismo ser juguetón, agradable y no coquetear de forma explícita esa noche.

—No me suelen gustar las sorpresas, pero admito que me intriga.

Eric mantuvo la mirada fija en Kyle mientras cogía el abrigo y se lo colgaba del brazo. Le brillaban los ojos, aunque el resto de la cara se mantenía impasible. Era injusto lo sexy que resultaba.

—Holi —dijo Maria—. Maria también ha venido.

Al oírla, Eric se puso rojo.

—Lo siento. Me alegro de verte de nuevo, Maria. Déjame cogerte el abrigo.

Maria se lo quitó y Kyle contuvo una risa cuando Eric abrió mucho los ojos al ver su atuendo. Maria había ido a divertirse esa noche. Se había puesto un *push-up* para que se le marcara más el pecho sobre el pronunciado escote en V de su vestido de punto negro. Estaba fantástica, con el vestido ceñido a las curvas y su impecable peinado y maquillaje. Puede que solo midiera metro cincuenta y cinco en una casa llena de hombres altos y en forma, pero Kyle estaba convencido de que destacaría esa noche.

Por su parte, Kyle había optado por un look informal que dejaba claro que no estaba allí para seducir a nadie. Llevaba sus vaqueros desgastados más cómodos con una camiseta azul de manga larga, una bufanda enrollada alrededor del cuello, y completaba el look con sus segundas gafas favoritas. Iba vestido para pasar desapercibido y no ser la tentación de nadie.

Kyle estaba increíble. A Eric se le había acelerado el corazón en cuanto había reconocido al tipo que se escondía tras las gafas. Le encantaba esa faceta de él: el estudiante de posgrado dulce y artístico. Si tenía que ser sincero, le gustaban todas las facetas de Kyle, pero con esas gafas estaba monísimo.

Y le había traído una sorpresa a Eric.

Observó cómo Kyle cogía la bolsa misteriosa del suelo, incapaz de apartar la mirada de él.

—¿Dónde está la cocina? —preguntó Kyle.

—Te la enseño.

Le hizo un gesto a Kyle para que lo siguiera. Maria, que estaba espectacular esa noche, ya se había dirigido al sótano, donde se encontraban la mayoría de los invitados. La cocina estaba un piso más arriba, así que Eric llevó a Kyle a la escalera. Y, cuando Eric encendió las luces, Kyle se quedó boquiabierto.

—¡Son impresionantes!

Eric tenía tres cuadros colgados en la pared que conducía al piso de arriba. Eran abstractos, todos del mismo artista y de la misma serie.

—¿A que sí? —asintió Eric—. Estos fueron los primeros cuadros que Jeanette me enseñó. En ese momento supe que había encontrado a mi marchante.

Kyle se apoyó contra la pared de enfrente con los pies puestos en dos escalones diferentes. Sonreía ante las obras de arte, con el rostro iluminado de la misma forma que lo había estado el de Eric cuando él había visto los cuadros por primera vez. De la misma manera que se le iluminaba a Eric en ese momento al mirar a Kyle.

—Me encanta el naranja de este —dijo Kyle mientras señalaba el que Eric había colgado en el centro.

—Ese es uno de mis favoritos.

Eric se dio cuenta de que ambos estaban hablando en voz baja. Todo el mundo estaba en la primera planta o en el sótano, así que en la de arriba no había nadie. De golpe, la situación parecía muy íntima.

Kyle se volvió para mirarlo y su expresión cambió. Fue como si la luz se hubiera apagado de repente, las comisuras de su boca se

curvaron hacia abajo y sus ojos parecían casi asustados. Eric se movió para no estar tan cerca.

—Bueno —dijo Kyle. No era el susurro ronco que había utilizado hacía un momento. Ahora su voz sonaba clara, fuerte y disonante—. ¿Dónde está la cocina?

Sin esperar respuesta, se dio la vuelta y subió el resto de las escaleras.

Pues claro. Lo más seguro era que la atracción que Eric sentía por Kyle se le notara en la cara. En su cara de hombre mayor, divorciado y aburrido. No se podía culpar a Kyle por sentirse incómodo.

«Relájate», se dijo Eric a sí mismo. «Tienes el control de tus sentimientos, de tu cuerpo y de tu libido». Respiró hondo para centrarse y luego siguió a Kyle por las escaleras. Kyle había encontrado la cocina, lo cual tenía sentido, ya que ocupaba la mayor parte de esa planta. Dejó la bolsa en una de las encimeras y miró a su alrededor.

—¿Vas a dar una fiesta y tu cocina está así de impecable?

—La comida la trae un catering. Lo he pedido en un restaurante con barbacoa que les gusta a los chicos.

—Ajá. ¿Y tú qué vas a comer?

—Tienen una ensalada de kale que me gusta.

Kyle sonrió, pero no dijo nada al respecto mientras empezaba a sacar botellas de la bolsa y a colocarlas en la encimera. Lo último que sacó fue una coctelera.

—No estaba seguro de que tuvieras una —dijo mientras la sujetaba.

—Sí tengo. Pero ¿para qué es todo esto?

—Un regalo de cumpleaños. Tú espera.

Eric sintió ese burbujeo en la sangre cuando Kyle le guiñó un ojo.

—¿Necesitas hielo?

—Sí, por favor.

Kyle lo preparó todo en la isla de la cocina como si fuera una barra, así que Eric llenó un cuenco con hielo y luego se sentó en uno de los taburetes del otro lado.

—Tengo un amigo que hace unos zumos y refrescos fermentados

increíbles —dijo Kyle mientras abría una botella de cristal alta llena de un líquido amarillo brillante—. Mira, huele esto.

Le tendió la botella y Eric la olió. Tenía un aroma cálido, especiado y familiar.

—¿Jengibre? —preguntó.

Kyle asintió.

—Es una tónica fermentada de jengibre y cúrcuma. Deliciosa, saludable y el ingrediente principal de tu cóctel sin alcohol de cumpleaños.

—¿Cóctel sin alcohol de cumpleaños? —preguntó Eric, conmovido.

Tenía pensado beber agua con gas esa noche.

—Pensé que te gustaría el zumo fermentado. Pareces, ya sabes…

—¿Un friki de lo saludable?

—Alguien que se cuida —dijo Kyle con otro guiño.

Eric observó cómo medía con cuidado los ingredientes y los iba añadiendo a la coctelera. Era extraño ver al Kyle camarero y al Kyle de día fundirse en una sola persona en la cocina de Eric. Echaba de menos las mangas cortas de las camisetas blancas ajustadas que Kyle solía llevar en el trabajo. Ahora mismo podría ver el ligero bulto de los bíceps mientras agitaba la coctelera.

Kyle levantó un dedo y se dirigió a los armarios de Eric, abriendo las puertas hasta que encontró lo que buscaba. Volvió a la isla con un vaso alto y echó unos cubitos de hielo dentro.

—Espero que te guste. Esta mañana me he preparado uno de prueba.

—No tenías por qué tomarte tantas molestias.

—No es ninguna molestia. Me encanta inventar cócteles, con o sin alcohol. Estoy intentando convencer a mi jefe, Gus, para que introduzca una carta de cócteles artesanales en el Kingfisher. Aunque él está bastante contento sirviendo solo cerveza y cócteles básicos.

—¿Y lo del cóctel Scott Hunter?

Kyle sonrió mientras colaba el contenido de la coctelera en el vaso.

—Esa fue mi creación. Lo puse en la pizarra una noche y ahí

lleva desde entonces. Gus es pésimo en marketing, pero incluso él tuvo que reconocer el valor de promocionar la conexión del bar con la estrella de hockey gay favorita de Nueva York.

—¿Sabía Kip lo del cóctel? Me refiero a antes de que lo pusieras en la carta.

—Se lo comenté. Le encantó la idea. Sugirió hacerlo con zumo de arándanos. Creo que es algo entre ellos dos. —Vertió un poco de esa tónica especial por encima y luego deslizó el vaso hacia Eric—. Quizá a este podamos llamarlo «Eric Bennett».

Eric levantó el vaso y admiró el color amarillo turbio del líquido que contenía. Dio un sorbo y notó el toque picante del jengibre, el calor de la cúrcuma y algo dulce que lo equilibraba todo. Estaba riquísimo.

—Está increíble —dijo Eric—. ¿Lleva algo dulce o es la tónica?

—Es un sirope de piña que he preparado yo. ¿Te gusta?

Eric tomó otro sorbo mientras cerraba los ojos esta vez y saboreaba la mezcla perfecta. Tragó y dijo:

—Sí, mucho. Gracias.

Kyle sonrió de oreja a oreja.

—Con lo que he traído me da para preparar unos cuantos más. Te mantendré bien servido toda la noche, si quieres.

—No hace falta. Pero, si uno acaba en mis manos, sin duda me lo beberé. —Ladeó la cabeza hacia las escaleras—. Hay un minibar abajo. Y una nevera llena de cervezas.

Kyle lo siguió hasta las escaleras.

—¿Por qué tienes un minibar y una nevera de cervezas si no bebes?

—Porque todos mis amigos son jugadores de hockey.

—¿Excepto las que son marchantes de arte?

—Los amigos que no son de hockey son un grupo reducido y muy aparte. Esta noche me temo que solo habrá jugadores y gente relacionada con el hockey.

—¿Me incluyes a mí? ¿Relacionado con el hockey?

Eric se detuvo en el rellano, a mitad de las escaleras, y se volvió hacia Kyle.

—Técnicamente te conocí a través del hockey, pero…

Se detuvo porque no había forma de terminar esa frase sin que sonase intensa. Si hubiera respondido con la mayor sinceridad posible, la frase habría terminado con algo así como: «Creo que contigo podría ser yo mismo al completo».

—¿Pero? —preguntó Kyle. Sus ojos azules brillaban bajo las gafas.

Eric negó con la cabeza, tratando de parecer tranquilo y sereno, aunque su corazón cada vez latía más rápido.

—Nada. Vamos a buscarte algo para beber. ¿Te gusta la barbacoa?

—Solo si hay ensalada de kale.

Eric se rio. Le encantaba cómo Kyle se burlaba de él. Era algo juguetón y casi cariñoso, como si fueran amigos de siempre.

—Seguro que quedará mucha ensalada.

Kyle no tenía ni idea de qué hacía en aquella fiesta, pero el rato a solas que había pasado con Eric en la cocina había sido… agradable. Se había sentido a gusto y con cierto cosquilleo desde que se habían unido a la fiesta en el sótano, aunque al poco le habían quitado a Eric un par de mujeres, que lo más seguro es que fueran las esposas o novias de sus compañeros de equipo.

Ahora Kyle estaba sentado en un sofá modular con Scott, Kip, Carter y un atractivo jugador de hockey sueco cuyo nombre Kyle no paraba de olvidar. Parecía tener la edad de Kyle.

Kyle conocía a Carter Vaughan porque solía acompañar a Scott cuando iba a visitar a Kip al Kingfisher. Carter y Eric eran los mejores amigos de Scott en el equipo, pero los dos no podían ser más distintos. Carter era ruidoso y divertido, siempre el alma de la fiesta. Le encantaban la comida y las bebidas de primera calidad, y a menudo se burlaba de Kyle por la mediocre selección de whisky del Kingfisher.

Carter, como la mayoría de los invitados a la fiesta, se acercaba más a la edad de Kyle que a la de Eric. Era tan guapo que parecía una estrella de cine, con piel morena y una mandíbula marcada que solía llevar bien afeitada. Eric era espectacular, pero de una forma

más distinguida, con su barba canosa y su pelo rizado y espeso que pedía a gritos que se lo despeinaran.

Lo que tenían en común era que tanto Carter como Eric eran buenas personas y que apoyaban y querían de todo corazón a Scott. A Kyle le caían bien los dos.

—¿Cuándo os vais a comprometer Gloria y tú, Carter? —preguntó Kip.

—Cuando ella quiera —respondió Carter, lo que hizo reír a todo el mundo—. Lo digo en serio. Ella sabe que yo estoy listo cuando ella lo esté. Es solo que ahora mismo estamos muy liados. Los dos viajamos mucho.

Carter salía con una actriz famosa, Gloria Grey. No estaba en la fiesta, pero había venido al Kingfisher unas cuantas veces y era muy guay.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Kyle.

—En Atlanta. Está rodando una película de acción con Rose Landy en la que Gloria es una asesina y Rose es la agente especial que intenta detenerla. Y al final acaban trabajando juntas.

—Buuu. Spoilers —se quejó Kip de broma.

—Suena guay —dijo Carter.

—¿Se enamoran? —preguntó Kyle—. ¿La asesina y la agente especial?

—No de forma oficial. —Carter sonrió con picardía—. Pero Gloria me dijo que ella y Rose van a interpretarlo como si estuvieran locas la una por la otra. A ver si alguien se da cuenta.

—Me encanta —dijo Kip.

Carter se levantó.

—Voy a la barra. ¿Alguien quiere algo? —Se volvió hacia Kyle—. ¿Te traigo una cerveza para variar un poco?

Kyle se rio.

—Estoy bien. —Quizá fuera una tontería, pero saber que Eric no bebía hacía que a Kyle tampoco le apeteciera hacerlo—. Quizá intente echar un vistazo a más obras de la colección de arte de Eric.

—Es bonita, ¿verdad? Tengo que conseguir que ese hijo de puta me enseñe esa mierda algún día.

—No servirá de nada —bromeó el misterioso sueco.

—Que te den, Tommy.

«Tommy. Eso era». Kip y Scott estaban perdidos en los ojos del otro en ese momento, así que Kyle centró su atención en Tommy.

—Creo que no nos conocemos. Soy Kyle.

Le tendió la mano y Tommy se la estrechó.

—Tommy. Andersson.

—¡Ah! Tú eres el otro portero. Siento no haberte reconocido.

Tommy sonrió. La verdad es que era guapísimo. Parecía uno de los Skarsgård.

—No te preocupes.

No había nada de coqueteo en la forma en que Tommy hablaba o miraba a Kyle, pero pensó que era bastante guay que ese jugador de hockey, lo más seguro heterosexual, compartiera con total naturalidad un sofá modular con tres hombres gais. No es que mereciera un trofeo ni nada por el estilo, pero por lo que Kyle sabía de los deportes de equipo, sobre todo del hockey, no era un gesto insignificante. Se preguntó qué impacto habría tenido Scott en la forma en que sus compañeros de equipo veían a las personas *queer*.

—Así que a ti también te gusta que te golpeen con *pucks*, ¿no?

—La mayoría de las veces, sí.

Era mucho más joven que Eric. Kyle se preguntó si era la competencia de Eric o si Eric era más bien su mentor. Quizá fuera un poco de todo.

—¿Te gusta Nueva York? —preguntó Kyle. Quizá fuera la pregunta más aburrida que podía hacer, pero al menos rompía el silencio.

Tommy, por suerte, parecía entusiasmado cuando le respondió:

—Sí, tengo mucha suerte. No solo porque sea Nueva York, sino porque puedo jugar con Benny. Quiero decir, con Eric. Era mi héroe cuando era pequeño.

—Anda, ¿en serio? ¡Qué pasada!

Kyle no podía imaginarse cómo debía de ser eso para Eric. Seguro que le hacía sentir viejo.

—Sí —dijo Tommy serio—. Es uno de los mejores. Ha sido un gran mentor.

Kyle sabía que a Eric se le consideraba uno de los mejores

porteros que jamás habían jugado al hockey, pero se le había olvidado un poco mientras hablaba con él. No acababa de vincular al hombre detrás de la máscara con el hombre tranquilo e intenso que coleccionaba obras de arte.

En ese momento, Maria se dejó caer en el sofá junto a Kyle, y una mujer rubia, muy alta y guapa, se acurrucó junto a Tommy. Empezaron a hablar entre ellos en sueco, así que Kyle supuso que se trataba de su novia o esposa.

—¿Cómo vas? —le preguntó Kyle a Maria—. ¿Cómo va la «operación Finlandia»?

Maria exhaló con tanta fuerza que los mechones de pelo que le caían sobre la cara salieron volando.

—Fatal. ¿Tú has visto las mujeres que hay en esta fiesta? —Movió con sutileza la cabeza en dirección a la mujer a la que Tommy estaba besando en ese instante—. ¿Cómo se supone que voy a tener alguna oportunidad?

La mirada de Kyle se posó en su pecho.

—Podrías intentar enseñar más escote.

En lugar de mandarlo a la mierda, tal y como él esperaba, se rio y se acurrucó contra él.

—Dios, parezco ridícula. Y desesperada.

Kyle le besó la coronilla.

—Estás espléndida. ¿Jalo ha sido un imbécil contigo? Le puedo dar una paliza. Puede que tenga que estar unos días pegándole, pero al final lo acabaría notando. Creo.

—Ni siquiera he intentado hablar con él —dijo Maria contra su hombro—. No sé qué esperaba que ocurriera.

—Bueno, lo que debería haber pasado es que te viera al otro lado de la habitación y luego se abriera paso entre la multitud con sus enormes hombros y muslos para poder llegar hasta ti. Después debería haberte levantado en volandas y llevado a su casa para pasar seis días y siete noches haciendo el amor.

—¿Tan difícil era? Es que… Los hombres. En fin. —Suspiró—. Voy a morir sola.

—No es verdad. Morirás montándote un trío con Oscar Isaac y Michael B. Jordan.

—Que me digas eso es un detalle por tu parte.

—¿Quieres ver cuadros conmigo?

Levantó la cabeza.

—Creo que prefiero mirar esa barra de ahí.

—Tómatelo con calma, chica.

—Que te den, chico.

Le dio un golpecito travieso en el brazo antes de levantarse y dirigirse a la barra. Él centró su atención en Kip, que de verdad de la buena le estaba dando golpecitos en la nariz a Scott, así que Kyle se levantó y se largó de ahí.

Salió del abarrotado sótano y subió las escaleras hasta la zona de la entrada principal. Se había fijado en algunos cuadros y esculturas que había allí expuestos y que no había tenido ocasión de examinar antes. Pensó que podría echar un vistazo, quizá prepararle otra copa a Eric, y luego largarse. Esa noche no estaba mucho para fiestas.

Sin duda, Eric tenía una casa preciosa, pero Kyle se preguntaba cómo sería cuando no estuviera llena de invitados tan animados. Las paredes de un blanco inmaculado y el mobiliario moderno y minimalista eran ideales para exponer obras de arte, pero Kyle imaginaba que debía de ser un lugar frío para vivir solo.

En una de las paredes colgaba un lienzo solitario que ya le había llamado la atención a Kyle. Era difícil no fijarse en él, la verdad: un enorme óleo abstracto repleto de frenéticos trazos angulares en marrón oscuro, índigo, negro y blanco puro. En algunos puntos había salpicados llamativos toques de fucsia. Kyle se quedó absorto en él durante varios minutos.

—Impone, ¿verdad? —La voz susurrante de Eric retumbó a sus espaldas. Kyle no lo había oído acercarse, así que se volvió rápido, sobresaltado. Eric levantó las manos—. Lo siento. No quería asustarte.

—No pasa nada. —Volvió a mirar el cuadro—. Es muy bonito.

—Se llama *Guardián*. Me enamoré de él en cuanto lo vi, pero el nombre fue lo que acabó de cautivarme.

Kyle tardó un momento en entenderlo.

—Porque ese es tu trabajo. Proteger la portería.

—Exacto.

Eric estaba tan cerca de Kyle que solo tendría que inclinarse un poco hacia atrás para notar el pecho de Eric contra su espalda. Tuvo que cerrar los ojos un momento para luchar contra el deseo de que Eric lo abrazara por detrás. De que le besara el cuello y le mordisqueara la oreja. De que Kyle presionara su culo contra la entrepierna de Eric y sintiera cómo se le ponía dura contra él.

Todo eso eran pensamientos malos. Kyle dio un paso adelante con la excusa de querer ver el cuadro más de cerca.

—Me gusta la energía que desprende. Se puede sentir la urgencia del artista.

—¿Urgencia?

—En crear al guardián. Para bloquear aquello que fuera que temiera u odiara.

—¿Entonces crees que el guardián es bueno?

Kyle se volvió hacia él.

—¿Tú no?

Eric frunció el ceño ante el cuadro.

—No estoy seguro. Pensaba que quizá el guardián fuera un obstáculo para algo mejor. Las manchas rosas —señaló un par de ellas— podrían ser el bien intentando abrirse paso.

—Ajá. —Kyle le dio una vuelta a esa reflexión. Tenía sentido—. Entonces eso te convierte en el malo.

—En cierto modo, lo soy. Impido que la gente marque goles. Que gane. Me interpongo entre ellos y la victoria.

—O proteges a tus compañeros de la derrota.

—La perspectiva es importante —asintió Eric con una sonrisa irónica—. Me alegro de que te guste la obra. Cuando se la enseñé a Carter, dijo que debería llamarse *Rectángulos*.

Kyle se rio.

—Por lo menos se sabe las formas.

—Ya es algo.

La sonrisa se desvaneció de los labios de Eric en el mismo instante en que Kyle sintió que el corazón se le encogía en el pecho. No podía pasar por alto la forma en que la mirada de Eric se había posado en la boca de Kyle.

¿Qué pasaría si Kyle se inclinara, solo un poco? ¿Lo besaría Eric?

¿Se apartaría? ¿Estaba Kyle malinterpretando el deseo que estaba seguro de que oscurecía los ojos de Eric?

Se oyeron pasos apresurados subiendo las escaleras y Eric se apartó rápido de Kyle. Kip, seguido de cerca por Scott, apareció en el umbral y se detuvo sorprendido al ver a Eric y a Kyle.

—Ah, hola, chicos —dijo Kip—. Tenemos que irnos.

—Mañana nos toca madrugar —dijo Scott disculpándose.

—Claro —respondió Eric. Su voz tranquila no delataba que casi lo hubieran pillado besando a Kyle, así que quizá Kyle se lo había imaginado—. Me lo dijisteis, es verdad. Gracias por venir. Dejadme que vaya a por vuestros abrigos.

—Ya voy yo a por ellos —dijo Kip levantando un dedo antes de volver al sótano.

Scott cruzó los enormes brazos frente a su imponente pecho y sonrió a Kyle y Eric.

—¿Qué? —preguntó Eric.

—Kip y yo llevamos meses intentando que vosotros dos os juntéis.

—¿Qué? —balbuceó Kyle.

—¿Juntarnos? ¿Por qué? —preguntó Eric, con mucho más tacto.

—Pensábamos que podríais haceros amigos. Ya sabéis, con lo del arte y esas cosas.

Movió la cabeza mirando hacia el cuadro.

Así que quizá el balbuceo de Kyle había sido injustificado. Volvió la vista hacia el cuadro para ocultar su vergüenza mientras Eric decía:

—Es agradable hablar de algo que no sean videojuegos y fútbol *fantasy*.

Kip salió del sótano con su abrigo puesto y con el de Scott en la mano.

—Hay al menos tres tíos jugando al *Fortnite* con el móvil ahí abajo. Voy a escribir un libro de cotilleos sobre lo poco molones que son los jugadores de hockey profesionales.

—Más te vale que no —bromeó Scott.

—Uy, voy a dedicar un capítulo entero a tu pasión por las sopas de letras.

—¡Son relajantes!

Kip rodeó a Eric con los brazos.

—Feliz cumpleaños, colega.

—Gracias.

A continuación, abrazó a Kyle, algo que siempre hacía que Kyle tuviera que esforzarse por no acariciarle el cuello. Era más fácil resistirse con el prometido de Kip mirando.

—Me alegro de que hayas salido esta noche. Pásalo bien, ¿vale?

Le dio a Kyle un apretón extra y luego lo soltó. Kyle aún podía sentir los brazos de Kip rodeándolo mientras veía cómo Kip cogía la mano de Scott y lo acompañaba hacia la puerta principal.

Cuando Kyle se volvió hacia Eric, vio en su rostro esa misma mirada comprensiva que había visto la noche de la fiesta de compromiso de Kip y Scott. Lo odiaba.

—Bueno —dijo Kyle con tono alegre, negándose a reconocer que sus sentimientos por Kip eran tan puto obvios que incluso ese casi desconocido los había notado—. ¿Te traigo otra copa?

El rostro de Eric adoptó esa expresión de divertida indiferencia que tanto le gustaba a Kyle.

—Claro.

Capítulo 8

La fiesta duró hasta las tantas. Hacía ya mucho que había pasado la hora a la que Eric solía acostarse. Intentó mezclarse con los demás, yendo y viniendo entre el sótano y el salón de arriba, pero Kyle y él seguían sintiéndose atraídos el uno por el otro como imanes.

No estaba seguro de si Kyle lo hacía a propósito o si solo era que no conocía a mucha gente, pero, casi cada vez que Eric lo veía, estaba solo. A veces estaba admirando una obra de arte y otras se limitaba a observar la fiesta. Un par de veces había sacado el móvil. Eric no había podido resistirse a ir a ver cómo estaba cada vez.

Los invitados por fin empezaron a irse y Eric pensó que quizá Kyle se hubiera marchado mientras él estaba arriba, pero cuando volvió al sótano lo encontró recogiendo botellas de cerveza vacías.

—No tienes por qué hacerlo —dijo Eric.

Kyle levantó la vista de donde estaba agachado junto a una mesita auxiliar y sonrió.

—Es costumbre. Y alguien tiene que hacerlo. Tus amigos son unos marranos.

Kyle se había quitado la bufanda y ahora Eric podía admirar las largas líneas de su cuello.

—No son precisamente los más considerados —asintió Eric mientras ayudaba a Kyle a recoger las botellas.

Oyó que la puerta principal se abría y se cerraba un par de veces arriba mientras recogían, y al poco rato dejó de haber indicios de que hubiera alguien más en la casa aparte de ellos dos.

—¿Dónde está Maria? —preguntó Eric.

—Se ha ido hace como una hora. Una de las parejas se ofreció a llevarla a casa. No recuerdo sus nombres, pero la mujer está embarazada.

—Entonces eran Breezy y Martine.

—Gente decente y no asesinos, entiendo, ¿no?

—Son estupendos. Y son de Montreal, así que no tienen problema alguno para conducir por Manhattan.

—Está bien saberlo. ¿Hay que llevar esto a la cocina?

Kyle tenía los brazos ocupados con una docena de botellas vacías. Era evidente que tenía mucha práctica en el arte de llevar grandes cantidades de envases de cristal.

—Sí. Las podemos enjuagar arriba. O las enjuago yo, vaya. Tú puedes irte a casa. —Eric se rio con nerviosismo—. No tienes ninguna obligación de ayudarme a limpiar.

—De verdad que no me importa. —Kyle se dirigió hacia las escaleras, luego se detuvo y miró hacia atrás por encima del hombro —. Tú eres el cumpleañero. No deberías tener que limpiar.

Le guiñó un ojo y Eric deseó de verdad que dejara de hacerlo.

—Mañana vendrán a limpiar —dijo Eric mientras lo seguía por las escaleras, intentando sin mucho éxito no admirar el culo de Kyle que se movía delante de su cara.

—¿Así que pensabas irte a la cama con este lío de botellas por todas partes?

Era una pregunta, pero parecía que Kyle ya sabía la respuesta.

—No —admitió Eric.

Al menos habría enjuagado los envases vacíos, como estaba haciendo Kyle. Odiaba el desorden. Era algo por lo que sus compañeros de equipo se habían burlado de él durante años, pero Eric se preguntaba por qué Kyle había sido capaz de adivinarlo tan rápido. Quizá por haber visto su cocina. O quizá porque Eric se mostraba como el maniático del orden que era.

—Por cierto —dijo Kyle al entrar en la cocina—, por si no lo había dicho aún, tu casa es increíble.

—Gracias. Me gusta mucho.

—¿Tienes terraza en la azotea?

—Sí.

—Maldito seas.

Eric se rio.

—Lo siento. Puedes usarla cuando quieras.

Se dio una patada mental por decir algo tan raro, pero Kyle sonrió.

—Quizá espere hasta que sea primavera.

—Sí. Claro.

Kyle se remangó y empezó a enjuagar las botellas en el fregadero de Eric, algo que Eric no podía permitir.

—De verdad —dijo mientras colocaba una mano sobre el brazo de Kyle—, puedo hacerlo más tarde.

Kyle miró la mano de Eric y luego lo miró a los ojos.

—¿Más tarde cuándo? Son casi las dos de la madrugada.

—Exacto. Deberías irte a casa a dormir.

—La mayoría de las noches estoy trabajando hasta pasadas las dos —dijo Kyle—. No es nada. Déjame ayudarte.

Eric se rindió y se quedó allí de pie, incómodo, observando a Kyle trabajar, con la cabeza llena de pensamientos que sabía que no debía decir en voz alta. Eligió uno de los más inofensivos.

—Me ha gustado pasar tiempo contigo esta noche. Me alegro de que hayas venido.

Kyle no levantó la vista del fregadero.

—Casi no lo hago.

—¿Por qué?

Vio cómo se tensaban los hombros de Kyle y pensó que no respondería, pero dijo:

—Creo que sabes por qué.

Eric se hacía una idea, aunque le sorprendió que Kyle sacara el tema.

—Por Kip. Y Scott.

—Soy demasiado puto obvio. Y patético.

Dejó la última botella en la encimera y se volvió, apoyándose con ambas manos en el borde del fregadero a su espalda.

—En fin. Tengo que superarlo. Quiero decir, lo estoy superando.

—Lo siento.

Kyle se rio sin ápice de humor.

—¿Sabes qué es lo más ridículo de todo? Se supone que Kip iba a ser el fin de mi fijación con los hombres que no eran los apropiados. Se suponía que él iba a ser una buena elección.

—¿Hombres que no eran los apropiados?

Kyle negó con la cabeza.

—No debería estar hablando de esto contigo. Ni con nadie. No pasa nada. Olvida lo que he dicho.

—No, me… —La mano de Eric volvió a posarse sobre el brazo de Kyle— me gustaría escucharte. Si quieres hablar.

—Estoy demasiado sobrio para hacerlo.

Eric le estudió el rostro.

—Estás sobrio, ¿verdad? ¿No has bebido esta noche?

Kyle se encogió de hombros.

—No me apetecía.

La idea de que Kyle se hubiera abstenido porque Eric no bebía le reconfortó. Pero quizá a Kyle de verdad no le había apetecido y Eric no debería darle más vueltas al asunto.

—¿Por qué no voy a por agua para los dos y nos sentamos un rato en el salón?

—Vale.

Unos minutos más tarde, Kyle estaba acurrucado en una esquina del sofá modular y Eric estaba sentado a una distancia segura y platónica. Kyle dio un sorbo a su agua y dijo:

—¿Qué quieres saber?

Había muchas preguntas cuidadosas y sencillas que Eric podría haber hecho. De esas que no habrían sido del todo egoístas. Pero lo que preguntó fue:

—¿Kip no es el tipo de hombre que te suele atraer?

Kyle arqueó las cejas por encima de la montura de las gafas y esbozó una sonrisa.

—No. En general, no. O sea, no tengo un tipo concreto, pero…

Eric se desplazó hasta el borde del cojín del sofá.

—¿Pero…?

—Tengo cierta debilidad por… los hombres mayores.

Tragó saliva.

—¿Cuánto mayores?

—Ay, no lo sé. Quizá cuarenta. O… —Kyle le sonrió con picardía — cuarenta y uno.

La polla de Eric se unió a la fiesta en ese instante. Llegaba tarde,

pero con muchas ganas de celebrar su cumpleaños. Sabía que tenía que responder a Kyle, pero tenía la mente borrosa.

Kyle le hizo un gesto con la mano.

—No te tomes demasiado en serio mis comentarios de tonteo. Para mí es como un mecanismo de defensa.

—Defensa —repitió Eric con voz pastosa—, ya. —Sacudió la cabeza para despejarse un poco de la neblina de la lujuria—. Claro. Ya sé que no hablas en serio.

—Vale. Pero avísame si en algún momento te hago sentir incómodo, por favor. De verdad que no quiero que ocurra.

—Te lo diré.

Decir que se sentía incómodo sería quedarse corto. Aunque era difícil saber si se debía a que no sabía cómo responder a los comentarios de Kyle insinuándose o a la repentina opresión que sentía en los vaqueros. ¿Sabía Kyle que a Eric le atraían los hombres? ¿Era tan obvio para él como la incapacidad de Eric para dejar el sótano hecho un desastre?

—Pero eres guapísimo, ¿eh? —dijo Kyle con naturalidad—. Por si no lo sabías.

—Gracias.

«¡Devuélvele el cumplido, Eric!». ¿O quizá no? ¿No haría eso que las cosas se volvieran aún más raras? La situación sería más fácil de controlar si el coqueteo iba solo en una dirección. Pero tenía que responder algo, así que dijo:

—Me gustan tus gafas.

Kyle se rio.

—¿En el sentido de que quieres comprarte unas o en el sentido de que quieres verme sin nada más que eso puesto?

Antes de que Eric pudiera responder, Kyle dijo rápido:

—Perdona. Me he pasado.

Eric cruzó las piernas con la mayor naturalidad posible mientras luchaba por borrar de su mente la imagen de Kyle con solo las gafas puestas. Quizá estaría tumbado con elegancia en la cama de Eric, arqueando la espalda mientras Eric le besaba el interior del muslo…

—Al menos lo estoy intentando —dijo Kyle.

¿Lo estaba intentando? ¿Intentando el qué? Ay, dios, Eric no

había entendido nada de lo que Kyle acababa de decir.

—Perdona, ¿intentando… qué? —dijo Eric con la mayor elegancia posible.

Kyle sonrió.

—Ser bueno. O listo. Intentando no salir con tipos que den asco.

—¿Que den asco? —La ira se encendió dentro de Eric al pensar en un hombre haciendo daño a Kyle—. ¿A qué te refieres?

—Ay, ya sabes. Casados en secreto. Que no hayan salido del armario y no vayan a hacerlo. Manipuladores y egoístas. Cualquier combinación de esas cosas. Al parecer, ese es mi tipo.

Eso no parecía en absoluto el tipo de hombre con el que Kyle debería estar. Kyle debería estar con alguien que valorara cada una de sus sonrisas pícaras y sus guiños traviesos. Alguien que apreciara lo inteligente que era Kyle y lo fácil que resultaba hablar con él.

—Esos tíos parecen unos capullos.

—Sí, bueno. —Kyle se llevó las rodillas al pecho y apoyó la cabeza ladeada sobre ellas—. ¿Quieres oír algo gracioso? Pensaba que ibas a ser uno de ellos.

—¿Uno de ellos? ¿Qué quieres decir?

—Pensaba que estabas casado. Por el anillo. Y pensaba que eras…, bueno. Da igual.

—¿Pensabas que era qué?

Joder. El anillo. Carter tenía razón. Tendría que habérselo quitado hacía mucho tiempo.

—Lo más seguro es que ahora lo proyecte en cualquier hombre mayor y guapo, pero pensaba que eras otro hombre casado que estaba en el armario y buscaba divertirse un poco en secreto con un chico gay.

A Eric se le hizo un nudo en el estómago al pensarlo.

—Jamás… Eso es…

—Lo sé. Me he equivocado. Lo entiendo. Como te he dicho, lo proyecto. Pero me pareces un tío estupendo y me gustaría que fuéramos amigos.

«Amigos».

—A mí también.

No era mentira.

A Eric le gustaba hablar con Kyle y le encantaría ir a algunas galerías con él. Quizá compartir alguna comida. Quizá…

Entonces, Kyle bostezó y Eric recordó lo tarde que era. Y el hecho de que Kyle vivía en Chelsea, que estaba bastante lejos.

—Deberías quedarte aquí esta noche —dijo Eric. Era una propuesta clara y debería haberla hecho antes.

—Ay, no. Puedo pedir un taxi.

—Quédate. Tengo dos habitaciones de invitados. Incluso puedo prepararte café por la mañana.

Kyle levantó la cabeza de las rodillas.

—Eso es muy tentador.

—Hay cepillos de dientes extra y demás. No tengo que ir a ningún sitio por la mañana. Así que puedes dormir hasta la hora que quieras.

Kyle volvió a bostezar y luego se rio.

—Venga. Me has convencido.

Eric sonrió de oreja a oreja, demasiado contento con cómo estaban pasando las cosas. Se levantó y le tendió la mano a Kyle, un gesto natural que habría hecho con cualquiera de sus compañeros de equipo en la pista o en el gimnasio. Pero, cuando Kyle le cogió la mano, de golpe nada de aquello le pareció natural ni familiar. Los dedos de Kyle estaban fríos, lo más seguro de haber lavado las botellas de cerveza, y su piel era más áspera de lo que Eric esperaba. Ayudó a Kyle a ponerse de pie y entonces la cara de Kyle quedó a pocos centímetros de la suya. Sus pechos casi se rozaban mientras Kyle lo miraba con sus ojos azules y somnolientos.

Eric seguía cogiéndole la mano.

—Te… Eeeh… Te enseño la habitación. Puedo prestarte unos pantalones de pijama, si quieres.

Kyle le rozó los nudillos con el pulgar y luego le soltó la mano.

—Gracias.

Eric se volvió antes de hacer algo imperdonable, como invitar a Kyle a compartir su propia cama. Llevó a Kyle a la habitación que estaba en la misma planta que la cocina. Era la que más le gustaba a Eric de las de invitados.

—Vaya —dijo Kyle cuando Eric encendió la lámpara de la mesita

de noche.

La habitación estaba en la parte delantera de la casa y tenía un gran ventanal que daba a la calle. La pared donde estaba la ventana era de ladrillo visto, algo que a Eric le encantaba, y el resto de las paredes eran de un blanco puro, igual que la ropa de la cama, el sillón de la esquina y la alfombra. Sobre el cabecero de arce claro de la cama colgaba una gran fotografía en blanco y negro enmarcada de una playa rocosa envuelta en niebla.

—Hay una máquina de ruido blanco —dijo Eric mientras señalaba el pequeño aparato que había junto a la lámpara—. Por si la necesitas.

—Quizá sí —dijo Kyle—. Llevo más de seis años en la ciudad y todavía no he conseguido que no me afecte el ruido por la noche.

—¿Dónde está tu casa?

—En Vermont. Estaba mi casa, en pasado.

A Eric no le gustó cómo sonaba eso, pero también sabía que las tres de la madrugada no era el momento para adentrarse en historias tristes. Así que se limitó a decir:

—Me encanta Vermont.

—A mí también. Esta foto es bonita. ¿Sabes de dónde es?

—Gales. —Eric se lo pensó y entonces dijo—: La hice yo.

Kyle volvió la cabeza con los ojos muy abiertos bajo las gafas.

—¿La hiciste tú?

—A veces hago fotos. No soy profesional ni nada así.

—Podrías serlo. Joder. —Le guiñó un ojo—. ¿Qué otros talentos escondes?

Eric sintió cómo le subía el calor por el cuello. Kyle no le estaba poniendo fácil tener pensamientos castos.

—Lo siento —dijo Kyle—. Ese es el último. Te lo prometo. Es que tengo sueño y estoy un poco tonto. Y hace mil años que no follo.

—Claro. No pasa nada —respondió Eric algo tenso—. Voy a traerte el pijama. Y un cepillo de dientes. ¿Necesitas algo más?

—No se me ocurre nada.

Eric se marchó rápido. No le gustaba con qué facilidad se ponía nervioso en compañía de Kyle. En su habitación, se tomó un momento para recomponerse, luego cogió los pantalones de pijama

más suaves y una camiseta antes de ir al baño a buscar un cepillo de dientes nuevo y dentífrico. Cuando regresó a la habitación de Kyle, casi se le cayeron todas las cosas que llevaba encima.

Kyle estaba tumbado en la cama, sin camiseta y con el botón de los vaqueros desabrochado. Tenía el cuerpo delgado y tonificado; el cuerpo de un atleta hecho para la velocidad.

Kyle se irguió apoyándose en los codos mientras flexionaba los abdominales y se incorporaba para mirar a Eric.

—¿Esta funda nórdica es de lino?

—Sí —dijo Eric con la voz débil—. Las sábanas también.

Kyle se dejó caer de nuevo sobre la cama y soltó un largo y gutural gemido de placer que hizo que Eric bajara las manos para cubrirse la entrepierna.

—Joooooooder. Y estas almohadas… —continuó Kyle, ajeno al alarmante aumento de la excitación de Eric—. Estoy cachondísimo por esta cama.

«Venga ya, Universo. Esto no es justo».

—He traído el pijama. Y un cepillo de dientes. Lo… —A ver, Eric no podía dárselo. No con esa erección a punto de romperle los pantalones—. Lo dejo aquí. —Los dejó sobre la silla de la esquina y se volvió rápido hacia la puerta—. Buenas noches.

—Oye —dijo Kyle.

Eric se detuvo, pero siguió de espaldas a Kyle.

—Dime.

—Ha sido una buena fiesta. Todo el mundo se ha divertido.

—¿Tú crees?

Eric volvió la cabeza hacia un lado para intentar no parecer tan desconsiderado con Kyle.

—Claro. Veo a gente bebiendo y divirtiéndose varias veces a la semana en el trabajo. Soy un experto en distinguir quién se lo está pasando bien y quién no. La fiesta ha sido un éxito.

—Me alegro de oírlo. —Se quedó de pie otro segundo esperando a ver si Kyle tenía algo más que decir y luego añadió—: Que duermas bien.

—Voy a dormir muy bien en esta cama.

Eric sonrió para sus adentros y cerró la puerta tras de sí. Cuando

ya estaba casi cerrada, oyó a Kyle decir:

—Feliz cumpleaños.

Eric ya se había desabrochado los vaqueros antes incluso de llegar a su habitación, en la planta superior. No recordaba cuándo había sido la última vez que había tenido tantas ganas de tocarse.

En cuanto cerró la puerta de su habitación detrás de él, los vaqueros cayeron al suelo junto con el ruido fuerte del cinturón. Metió la mano en los calzoncillos y gimió tan fuerte al agarrarse la polla que se metió los nudillos de la mano desocupada en la boca para amortiguar el ruido. Se dejó caer sobre la cama y se bajó los calzoncillos hasta los tobillos, apartándolos de una patada mientras se quitaba la camiseta de un tirón y la tiraba al suelo.

Eric nunca había comparado, ni de forma directa ni indirecta, su forma de masturbarse con las de otro hombre, pero suponía que estaba en el porcentaje más alto en cuanto a eficiencia. Eric era eficiente en todo; eficiente, disciplinado y con práctica. Había convertido hacerse una paja en una ciencia.

Se preguntó si Kyle también se estaría tocando. Si estaría en ese momento desnudo y retorciéndose sobre sus sábanas de lino, con los dedos largos y ásperos por el trabajo acariciando una polla que Eric solo podía imaginarse. Y, dios, cómo se la imaginaba. Larga y bonita, sobresaliendo del vello del mismo rubio oscuro que el pelo que se le había colado por la cintura de los vaqueros. Los abdominales de Kyle tensándose y flexionándose a medida que se acercaba al límite de la eyaculación. Mientras llegaba al punto en el que Eric se encontraba en ese momento, tambaleándose al borde del abismo.

Si Kyle se estaba masturbando, ¿estaría pensando en Eric? ¿Estaría a punto de correrse con el nombre de Eric en los labios, igual que Eric estaba a punto de…?

—Joder. Kyle. Por favor —susurró Eric mientras se arqueaba y se corría sobre sus abdominales.

Cuando terminó, cuando la última oleada de placer abandonó su cuerpo y Eric se quedó con la polla flácida en la mano, y el semen

empezó a secarse sobre su piel, la vergüenza empezó a apoderarse de él. ¿Qué cojones estaba haciendo? Era un viejo verde que se masturbaba pensando en el joven encantador que había tenido la amabilidad de ayudarle a limpiar después de su fiesta. Apenas era un conocido. Un posible nuevo amigo.

Eric era patético.

Pero sin duda se sentía atraído por los hombres. Su bisexualidad le parecía mucho menos teórica, aunque solo fuera por permitirse fantasear con otro hombre. Con uno en concreto. Uno que en ese momento estaba durmiendo dos pisos por debajo de Eric. Que llevaba un pijama suyo.

A menos que estuviera durmiendo desnudo.

Ay, dios mío.

Eric respiró hondo varias veces, despacio, y luego empezó a analizar la situación con calma. Nadie salía perjudicado en todo eso. Y Kyle tenía que saber que sus tonteos iban a tener un efecto en Eric. Suponiendo que Kyle supiera que Eric se sentía atraído por él… Por los hombres…

¿Era un problema que lo supiera? Eric siempre había dado por sentado que era algo que la gente no adivinaría de él, pero nunca se había topado con un hombre que le gustara tanto como Kyle. Quizá su deseo era evidente cuando hablaba con él. Sin duda, era algo en lo que pensar.

Eric se arrastró hasta el baño y se limpió rápido. Se fue al vestidor y encontró sus pantalones de pijama, los segundos más suaves que tenía, y disfrutó de la caricia del bambú mientras se los ponía. La suave tela le resultaba fresca contra su piel acalorada.

Cuando se metió en la cama, se dio cuenta de lo agotado que estaba. Mientras se quedaba dormido, pensó en unos ojos azul invernal que bailaban tras unas gafas, en unas manos callosas y en un pelo castaño claro sedoso y revuelto.

Capítulo 9

Kyle se despertó tarde.

Se estiró con pereza, deslizando las extremidades entre las capas de las suaves y lujosas sábanas de la cama de Eric. Eran tan maravillosas que había dejado el pijama que Eric le había prestado en la silla y había dormido en ropa interior. Las caricias del tejido no habían servido para calmar la excitación desenfrenada de Kyle, pero se había resistido a la tentación de masturbarse la noche anterior. No le parecía bien hacerlo en casa de Eric. No quería ser grosero.

Pero su polla lloraba por algo de atención. Kyle había hecho todo lo posible por ignorarla, dándose la vuelta, quedándose boca abajo y hundiendo la cara en una almohada.

Eric lo había mirado con deseo la noche anterior, Kyle estaba seguro. Lo habían mirado con deseo muchas veces en su vida, y el ardor en los ojos de Eric cuando había contemplado el pecho desnudo de Kyle había sido inconfundible. Por no hablar de la forma en que había salido corriendo de la habitación, nervioso y adorable.

Eric lo deseaba.

Pero eso no significaba que Eric fuera a hacer nada al respecto. Y tampoco significaba que Kyle quisiera que hiciera nada al respecto. Eric, Kyle se recordó a sí mismo, estaba fuera de su alcance.

Sus ojos oscuros estaban fuera de su alcance. Sus musculosos antebrazos y su pecho grande estaban fuera de su alcance. Su barba con mechas canosas y su preciosa y espesa melena también lo estaban.

Kyle no sabía cuánto tiempo llevaba frotándose contra el colchón, pero tenía que parar. Ni siquiera había visto una caja de pañuelos en la habitación.

Se obligó a levantarse de la cama, se ajustó la erección bajo los

calzoncillos con la esperanza de que se le pasara cuanto antes. Normalmente se permitía una sesión de paja sin prisas cuando se despertaba, así que su polla estaba desconcertada y enfadada porque hoy se negara a prestarle atención.

Se puso las gafas y se pasó una mano por el pelo. Se puso los pantalones del pijama y la camiseta que Eric le había dejado —ambos muy suaves—, cogió el cepillo y la pasta de dientes, abrió en silencio la puerta del dormitorio y se deslizó por el pasillo hacia el baño. No estaba seguro de si Eric estaría ya despierto. Parecía madrugador, pero había sido una noche muy larga. Kyle se aseó en el baño y pensó en darse una ducha. A su polla le encantaba la idea, pero no iba a dejar que esa idiota eligiera por él. No estaba seguro de dónde guardaba Eric las toallas ni de si sería demasiado atrevido usar la ducha.

La casa estaba tranquila. Kyle se dirigió a la cocina con la esperanza de encontrar el café que Eric le había prometido, pero no había nadie. Las botellas que Kyle había enjuagado la noche anterior ya no estaban a la vista, así que Eric debía de estar despierto.

Kyle se quedó de pie al final de la escalera que llevaba a las dos plantas superiores, pero no podía ver más allá del punto donde la escalera daba la vuelta. Subió poco a poco los escalones, esperando que Eric se diera cuenta antes de que Kyle pareciera un acosador. Cuando la habitación de arriba quedó a la vista, se quedó boquiabierto.

Todo el piso parecía ser un estudio. La pared frontal estaba repleta de ventanas y las demás paredes eran blancas, por lo que se reflejaba el sol del mediodía. El suelo era de madera clara y la habitación estaba decorada de forma minimalista con frondosas plantas verdes y discretas obras de arte. Era un espacio precioso, pero lo más impresionante era el hombre que había en medio de la habitación haciendo la vela, sin camiseta, apoyado en los codos y con las piernas estiradas por encima de la cabeza en una línea recta perfecta.

Kyle se quedó un momento contemplando la tensión de los musculosos antebrazos y bíceps de Eric. Las elegantes líneas de sus pies descalzos. Los músculos marcados de su espalda. Era la

perfección física.

—Hostia puta —susurró Kyle, lo que hizo que Eric abriera los ojos.

Frunció el ceño al verlo, luego flexionó las rodillas con calma, recogiendo las piernas contra el cuerpo antes de pasar poco a poco a una posición de rodillas sobre la esterilla.

—Buenos días por la mañana —dijo Eric.

—¿Todavía es por la mañana?

—Apurando.

Eric se puso de pie y se acercó poco a poco hacia Kyle, con el pecho reluciente de sudor. Tenía el pelo oscuro cubriéndole los pectorales, que era justo como Kyle se lo había imaginado. Cuando se había permitido imaginarlo. Lo cual era más a menudo de lo que debería.

—Siento interrumpir.

—No pasa nada. ¿Tienes hambre?

—Siempre.

—Déjame coger la camiseta.

—¿Hace falta? —Kyle se sintió mal—. Lo siento.

Eric se rio entre dientes mientras recogía la camiseta del suelo.

—No has aguantado ni cinco minutos.

—Bueno, ¿acaso me puedes culpar? —Kyle señaló con las manos el pecho desnudo de Eric—. Eso no me lo esperaba.

—Me aseguraré de mandarte un mensaje antes de quitarme la camiseta en el futuro.

Los dos se quedaron un poco paralizados después de que Eric dijera eso. Entonces Kyle se rio, sobre todo para romper la tensión.

—Te lo agradecería.

—Voy a preparar café. ¿Qué te gusta comer por las mañanas?

Eric bajó las escaleras y Kyle lo siguió.

—Lucky Charms, Cocoa Puffs… Ese tipo de cosas.

Eric frunció el ceño.

—Uy. Pues de eso no…

—Es broma. Sé que no nos conocemos bien, pero estoy bastante seguro de que no comes muchos cereales azucarados de mala calidad.

—No. —Su sonrisa era dulce y un poco avergonzada—. No los como.

—¿Ya has desayunado? No tienes por qué darme el desayuno.

—Todavía no. Me gusta hacer ejercicio primero. Tengo hambre.

Llegaron a la cocina y Eric empezó a preparar café. Kyle, sin saber muy bien qué hacer, se sentó en uno de los taburetes de la isla.

—¿Has dormido bien? —preguntó Eric.

—Como un tronco. ¿Y tú?

—Yo igual. No suelo quedarme despierto hasta tan tarde. Estaba agotado. ¿Te gusta el yogur griego?

—Claro.

—Tengo frutos rojos y granola. Y miel.

—Qué elegante.

La cafetera borboteaba mientras Kyle observaba a Eric preparar dos cuencos de yogur con frutos rojos y lo que parecía ser granola artesana por encima.

—Gracias de nuevo por tu ayuda anoche —dijo Eric. Con una sonrisa tímida, añadió—: ¿De verdad crees que todos lo pasaron bien?

—Sin duda. Te adoran y se nota.

—Me respetan —aclaró Eric, colocando un bol con una presentación impecable delante de Kyle.

—Scott te adora. Y Carter también.

Eric se llevó una cucharada de yogur a la boca con expresión pensativa.

—Sabes, durante años fui básicamente un tío solitario en el equipo. Ser portero crea una separación natural entre el resto del equipo y tú de todas formas, pero como además no bebo y no soy el tipo más sociable…, pues bueno. Nunca me sentí del todo parte del grupo.

—¿Y qué cambió?

Eric sonrió.

—Scott Hunter se unió al equipo.

Kyle pasó por alto la opresión que sentía en el pecho, como si lo tuvieran sujetado en un tornillo de banco.

—¿Ah, sí?

—Scotty tampoco es el alma de la fiesta, pero tiene una cualidad que siempre le he envidiado. Se gana el respeto de todos los que lo rodean enseguida. Desde que era *rookie*. No cabía duda de que algún día sería el capitán del equipo.

—Claro.

—Los demás siempre buscan su aprobación. Quieren caerle bien. Quieren ganarse su respeto. Y lo más probable es que Scott se diera cuenta de que no me invitaban a salir con ellos después de los partidos y de que nadie me hablaba en el vestuario. Así que se aseguró de hablar conmigo. E invitarme a ir con ellos.

Kyle suspiró.

—Es perfecto en todo, ¿verdad?

—Me temo que sí. Lo siento.

Kyle sonrió para sus adentros mientras tomaba una cucharada de yogur con frutos rojos. Estaba bien hablar de esto con alguien que no fuera Maria.

—Necesito salir de ahí. Salir con gente, en serio.

—Ya somos dos.

—¿Ah, sí? —preguntó Kyle animándose. Ahí había un tema de conversación interesante—. ¿No has salido con nadie desde…? ¿O sea, desde…?

—¿Desde que me divorcié? —Eric le ayudó a acabar la frase—. Nop. Con nadie. Ni he tenido rolletes o como sea que se le diga ahora.

—Espera. No has follado desde, eeeh…

—¿Desde que mi mujer me dejó? No.

Kyle sabía que eso no era de su incumbencia, pero no podía resistirse…

—Y eso fue hace…

—Un año.

—Guau. Eso es un, eeeh… ¿Y estás bien?

Eric se rio entre dientes.

—Estoy bien, sí.

—¿Y cómo no estás, tipo, dando brincos de la excitación reprimida?

Eric se lo quedó mirando con una sonrisa sexy y confundida.

—¿Dando brincos de la excitación reprimida?

—¡Sí! Yo estaría… O sea, es que yo hace un par de semanas que no lo hago y ya me follaría este yogur…

—No, por favor. Y nunca he tenido una necesidad apabullante de…

—¿Echar polvos todo el rato todos los días?

—Exacto. Justo eso.

Kyle tomó otro poco de yogur para demostrar que estaba de coña con lo de follárselo.

—¿No te gusta el sexo?

—Claro. A veces. A veces me gusta mucho. Es solo que no me… desespera. Normalmente.

Kyle levantó una ceja.

—¿Normalmente?

—Hay veces que… me distraigo. Con pensamientos sexuales. A veces.

Dios, Eric se estaba poniendo un poco rojo y Kyle estaba en la gloria.

—Quizá la próxima vez que te distraigas con pensamientos sexuales sobre alguien, deberías comprobar si la otra persona también está interesada.

Eric, que justo estaba a punto de tomar otra cucharada, se quedó paralizado. Kyle se dio un tirón de orejas por dentro.

—¿Está listo el café? —preguntó Kyle mientras saltaba del asiento para poner algo de distancia entre Eric y él.

—Sí. Creo. Seguro que sí —tartamudeó Eric, que se lanzó hacia la cafetera y luego se detuvo al darse cuenta de que ahí era donde se dirigía Kyle—. Puedes, eeh… Comprobarlo.

—Parece que sí. La luz está…

—Verde. Sí. La luz verde significa que ya está.

—Vale. —Kyle se rio de lo ridículos que sonaban los dos—. ¿Cómo lo tomas? Solo, ¿verdad? Lo estoy dando por supuesto.

—Solo. Sí.

Kyle se prometió a sí mismo dejar de tontear con el pobre Eric. No le hacía ningún favor a ninguno de los dos. Encontró dos tazas

de café de cristal transparente (todos los vasos de Eric parecían ser de ese material) y las llenó de café.

—Otra suposición: no tienes leche entera.

—Tengo de avena.

—Hostia puta. Vale. ¿Dónde la tienes?

—En la nevera. Es una botella de cristal sin etiqueta, pero es la única que parece leche. Está junto a la que es un zumo verde.

Kyle abrió la nevera y se quedó mirándola sin pestañear durante lo que debió de ser un minuto entero. Parecía más una cámara frigorífica de un laboratorio que una nevera. Para empezar, estaba impoluta. En uno de los estantes había una serie de botellas de cristal sin etiqueta que contenían líquidos de varios colores y de aspecto muy saludable. En otro estante había tarros llenos de lo que parecía una especie de avena o cereales remojados. Había huevos, yogur, frutos rojos y algunas especias, todo superbién organizado. Los cajones para verduras parecían estar llenos de productos frescos.

Kyle pensó en la nevera del piso que compartía con Maria, que estaba abarrotada de dios sabía qué. Sin duda, de queso, cerveza y sobras de comida para llevar. Quizá también hubiera alguna verdura por ahí.

—Esto parece un anuncio de un catálogo de neveras —dijo Kyle —. Así es como me imagino que sería la de Gwyneth Paltrow.

—No hay ningún chiste que puedas hacer sobre mi dieta que mis compañeros de equipo no hayan hecho ya un millón de veces.

—Eres tan saludable… ¿Cómo lo haces?

—Es importante. No puedo rendir al máximo si no cuido mi cuerpo. Sobre todo, con mi edad.

—Claro. Menudo vejestorio a los cuarenta y uno.

—En años de hockey soy un anciano.

—Bueno, pues para mí no estás nada mal.

«Ups». Le dio a Eric una taza de café solo; al mirarlo a los ojos, advirtió el mismo interés que había visto la noche anterior. Kyle retiró la mano rápido, sin fiarse de sí mismo para no rozar los dedos de Eric con los suyos. «Estúpido y sensual Eric».

Kyle dio un sorbo al café, que estaba preparado a la perfección,

cuyo sabor solo se veía un poco alterado por la leche de avena, e intentó pensar en una forma de echar un jarro de agua fría a la conversación. Necesitaba alejarse de lo sexual.

Pero Eric lo fastidió todo al decir:

—Últimamente he estado pensando mucho en el sexo.

—¿Ah, sí? —preguntó Kyle con voz de pito—. ¿Por algún motivo en concreto?

—Sí. Es que, eeeh, soy bisexual. —Eric soltó un suspiro después de decirlo—. Nunca lo había dicho en voz alta. Es fuerte.

«Espera. ¿Qué cojones?».

—¿No se lo habías dicho nunca a nadie?

—No. Aún no. Pero quiero hacerlo. Es solo que… no lo he hecho. Todavía.

—¿Pero me lo estás contando a mí?

Eric frunció el ceño.

—¿No debería haberlo hecho?

Ay, madre. Kyle parecía idiota.

—¡No! No, claro, me alegro de que me lo hayas contado. Me… halaga. Que sientas que puedes confiar en mí. Puedes hacerlo, ya lo sabes. Confiar en mí. No se lo contaré a nadie.

—Te lo agradezco. Quiero contárselo al resto pronto. Pero de momento… Quería contárselo a alguien. Si es que eso tiene sentido.

—¡Claro que sí! Obvio. Menudo elogio. Pero eso no responde a mi pregunta de por qué estás pensando tanto en el sexo últimamente.

—Ya. No era eso lo que quería decir. —Eric se rio incómodo—. Es más bien que he estado pensando en quizá, ya sabes, salir con alguien. Con hombres, me refiero. Pero no sé muy bien cómo.

—¿Cómo? Tipo…, ¿que no sabes cómo pasártelo bien con un hombre?

—Ni siquiera sé cómo encontrar a un hombre con quien pasármelo bien.

Kyle esbozó una amplia sonrisa.

—No soy ningún experto, bueno, eso es mentira, sí lo soy, pero creo que podrías entrar en un bar gay y salir con, tipo, cinco hombres muy dispuestos. Tú te has visto, ¿verdad?

Eric negó con la cabeza, pero sonreía.

—¿Tengo que silbar o algo así para anunciar mi presencia?

—Sí. O, si puedes, ¿hacer uno de esos gritos de cerdo?

—Ay, dios —dijo Eric mientras se reía—. Qué asco.

—Bueno, has sido tú el que ha preguntado cómo ligar con hombres. No me culpes si no te gusta cómo funciona.

Eric, que continuaba riéndose, dijo:

—Si se te ocurre algún consejo que le pueda ser útil a un divorciado de cuarenta y un años que quiere conocer a un hombre agradable, por favor, dímelo.

—¿Buscas a alguien con quien salir o solo, ya sabes, intercambiar mamadas?

A Eric se le puso la cara roja, cosa que fue interesante de ver.

—No lo sé. Alguien con quien salir, creo. Intercambiar, eeeh…, suena tan… como si fuera una transacción…

—Es lo que es, supongo. Pero también está muy bien.

—No creo que pudiera hacer eso. Nunca he sido de rollos de una noche. Me gusta conocer primero a la persona.

—Está bien. No eres el único que prefiere eso. Seguro que podremos encontrarte a un hombre agradable con quien cenar.

—¿Podremos?

—Sí. Claro. Quiero ayudarte. —Era una idea nefasta, pero Kyle iba a por todas—. Deberíamos salir juntos. Ver cuál es tu tipo y a partir de ahí ir haciendo…

—Aaah…

—No tiene por qué ser, tipo, en una discoteca. Podría ser algún sitio como el Kingfisher, pero sin que sea el Kingfisher, por dios, e ir a tomar una copa y ver qué se cuece.

Observó con atención la cara de Eric. No parecía repugnarle la idea, así que eso ya era un punto a su favor.

—Cuando dices «y a partir de ahí ir haciendo…».

Kyle levantó las manos.

—Sin presión. Solo estoy sugiriendo una salida superinformal en la que veamos qué tal va, con discreción. Es un primer paso fácil y seguro.

Eric pareció pensárselo.

—Vale.

—¡Genial! —Kyle se emocionó al oírlo—. A mí también me irá bien, porque yo necesito que me dé el aire.

—Entonces ¿cuándo quieres hacerlo?

Kyle se tamborileó con los dedos en los labios.

—Mañana por la noche trabajo. Podría el domingo…

—El domingo tengo partido. Podría el lunes.

—Trabajo. ¿El martes?

—El martes estoy en Boston. Y luego me voy a Toronto.

Maldita sea. No había manera de coincidir.

—Bueno —dijo Eric despacio—, ¿y qué tal esta noche?

—¿En serio?

—Claro. No hay mejor momento que el presente, ¿no?

—Conozco el sitio perfecto. Hay un bar estupendo que se llama Fortune que es muy tranquilo, pero los viernes se llena, así que tendremos mucho que ver. Conozco al encargado del bar y es un encanto. Nos atenderá muy bien.

—Vale. —Eric se mordió el labio—. ¿Qué me pongo?

Kyle dio una palmada.

—Me encantas con camisa de vestir, pero anoche estabas sexy que te cagas con camiseta y vaqueros.

Eric bajó la cabeza con un gesto adorable.

—¿Sexy que te cagas?

—Sí. Deberías ir así. Vístete informal, como si no te estuvieras esforzando demasiado, porque no hace falta. Tendrás donde elegir entre los hombres.

—Pensaba que solo íbamos a ver qué tal.

—Así es. Estoy de broma. ¿Por qué no me pasas a buscar por casa? Vivo a un par de manzanas del Fortune. Dame tu móvil.

Eric cogió el móvil de donde se estaba cargando en la encimera de la cocina y se lo dio a Kyle. Él introdujo los datos de contacto, incluida la dirección, se envió un mensaje a sí mismo y luego le devolvió el móvil a Eric.

—Debería irme —dijo Kyle—. Tengo un montón de lecturas pendientes para la universidad.

—Claro. Vale.

Kyle se dirigió a la habitación de invitados y se puso enseguida la ropa que llevaba la noche anterior.

—Te echaré de menos más que a nada, cama perfecta —dijo mientras salía de la habitación.

Eric lo acompañó hasta la puerta principal y compartieron un momento algo incómodo en el que Kyle sintió la necesidad de darle un beso de despedida. Se conformó con un abrazo rápido, lo cual parecía bastante normal. Kyle abrazaba a todo el mundo.

—Te veo esta noche —dijo rodeando con los brazos la espalda de Eric.

—Sí —asintió Eric mientras cubría a Kyle con los musculosos brazos.

Olía de maravilla (quizá a un champú especiado y varonil) y Kyle apenas pudo contenerse para no acariciar con la nariz su cuello. Entonces sintió el suave roce de Eric suspirando contra su oreja y de golpe a Kyle le resultó muy difícil soltarlo.

El abrazo duró un instante de más para considerarse rápido y amistoso, pero Kyle intentó fingir que no había sido así. Eric parecía estar haciendo lo mismo mientras metía una mano en el bolsillo de los pantalones de chándal y levantaba la otra para saludar con torpeza. Kyle asintió con la cabeza, retrocediendo hasta chocar con la puerta. Se volvió rápido, abrió la puerta y saltó por las escaleras en busca de seguridad.

Capítulo 10

Sabiendo que Kyle era camarero y estudiante a tiempo parcial y que vivía en Manhattan, Eric supuso que su piso sería pequeño y estaría destartalado. Sin embargo, al cruzar el umbral, se quedó sorprendido al ver un salón luminoso y grande que daba a una cocina moderna y bien equipada. Era evidente que todo el piso era de nueva construcción; todo, desde los electrodomésticos hasta los suelos, parecía nuevo.

—Bonito piso —comentó Eric mientras se acercaba a las ventanas. Echó un vistazo a la calle Diecinueve, cuatro pisos más abajo.

—Gracias. Dame un segundo.

Kyle desapareció en lo que Eric supuso que era su habitación, así que echó un vistazo por el salón. Enseguida le llamó la atención una estantería llena de libros que había en la pared, junto a un televisor de pantalla plana. Eric se había deshecho de la mayor parte de su propia colección de libros cuando se había pasado al minimalismo y a los libros electrónicos hacía un par de años. Últimamente se había arrepentido de su decisión y lamentaba no haber dejado espacio en su nueva casa para una biblioteca. Le encantaba mirar los libros, tenerlos en las manos. Echaba de menos el olor del papel.

La colección de Kyle era ecléctica y estaba fatal organizada. En una estantería había novelas gráficas, libros de historia sobre la antigua Roma, Sudamérica y la Primera Guerra Mundial, autobiografías de famosos, libros de cocina y novelas en inglés, español y francés. Eric sacó de la estantería un libro de tapa dura muy gastado al que le faltaba la sobrecubierta y lo abrió. Estaba en italiano, lo cual le hizo reír.

Volvió a colocar el libro donde lo había encontrado: entre un

manual de cócteles y una edición de bolsillo de la *Ilíada*. Le picaban los dedos por las ganas de reorganizar la estantería, pero en lugar de eso centró su atención en la parte superior, donde había una hilera de fotografías enmarcadas y baratijas. Había una foto de Kyle y Maria, ambos riendo con unos cócteles frente a ellos. Junto a ella había una bola de nieve con pequeñas pistas de esquí en su interior y la palabra «Vermont» en la base. Eric la cogió y le dio la vuelta mientras observaba cómo caía la nieve sobre los pequeños esquiadores de plástico que había dentro.

—Casi como estar ahí, ¿eh? —La voz de Kyle sobresaltó a Eric, que estuvo a punto de dejar caer la bola de nieve. Era raro que alguien lograra acercarse con tanto sigilo a él.

—Lo siento. No era mi intención husmear.

Volvió a colocar la bola de nieve en la estantería. Cuando se dio la vuelta para mirar a Kyle, vio que estaba muy atractivo con una camiseta morada de cuello en V y unos vaqueros oscuros ajustados.

—No pasa nada —dijo Kyle con naturalidad—. Ya conoces mis secretos orígenes en Vermont.

—¿Vas a menudo? —Eric no pudo evitar preguntarlo.

La sonrisa se borró de los labios de Kyle.

—Hace años que no voy.

—Ah.

—Mis padres me mandan dinero. Son quienes pagan el piso. —Hizo un gesto con la mano para señalar alrededor—. Pero no. No me han invitado a volver.

Eric no entendía por qué los padres de Kyle no estarían deseando verlo tanto como fuera posible. Era brillante y encantador y estaba estudiando un máster en Columbia. Tendrían que estar orgullosos de él, ¿no?

Abrió la boca para decir algo, pero Kyle lo interrumpió.

—¿Estás listo para que nos vayamos?

Eric decidió no insistir por el momento. Al menos se había resuelto el misterio de aquel apartamento tan bonito.

—Claro.

Kyle cogió la chaqueta y la bufanda que había dejado tiradas sobre una silla. Volvió a sonreír y le guiñó un ojo a Eric mientras

decía:

—Vamos a llamar la atención.

No hablaron hasta que llegaron a la calle, y entonces a Eric se le ocurrió una pregunta que no tenía que ver con la familia de Kyle.

—¿Cuántos idiomas hablas?

—¿Cómo sabes que hablo más de uno?

—Los libros de tu estantería. He visto en varios idiomas. —Entonces se le ocurrió algo—: Igual eran de Maria.

—Has estado husmeando —bromeó Kyle—. Son míos. Maria también habla español, pero yo además hablo italiano y francés. Una de mis especialidades en la carrera fue latín, así que sé leerlo. También griego antiguo. Y estoy aprendiendo griego moderno.

—Hostia puta.

Kyle se encogió de hombros como si acabara de soltar una lista de películas que le gustaban.

—Aprendo rápido los idiomas. Siempre se me han dado bien.

—Tienes suerte. Yo apenas sé francés para arreglármelas, pero los idiomas no se me dan nada bien.

—Todos tenemos nuestros talentos. Yo no soy muy bueno haciendo de portero.

Eric se rio.

—¿Pero lo has probado alguna vez?

—Ay, dios, no. ¿Qué clase de maniaco deja que la gente le lance *pucks*?

—Alguien cuyo primo tenía un equipamiento de portero que ya no necesitaba.

—¿Así es como empezó todo?

Eric asintió.

—Éramos pobres. Tuve suerte de conseguir ese equipamiento de segunda mano.

Aún recordaba lo emocionado que se había sentido la primera vez que se había atado aquellas pesadas protecciones a las piernas. Le había encantado ser portero desde el primer *puck* que había parado. Se había tomado el juego en serio, porque se lo tomaba todo en serio, incluso de niño, y para cuando era adolescente lo veía como una forma de resolver los problemas económicos de su familia.

O quizá de tener la oportunidad de ir a la universidad.

—¿Dónde están ahora tus padres? —preguntó Kyle.

Eric sonrió.

—Viven muy a gusto a orillas del lago Ontario. Les compré la casa de sus sueños cuando firmé mi primer contrato en la NHL.

—Debió de ser un contrato de lo más jugoso.

—La casa de sus sueños no es nada ostentosa. Solo una bonita casita tipo Cape Cod, pero a las afueras de Hamilton, en Ontario. Ahí es donde crecí. Me refiero a Hamilton.

—¿Eres hijo único?

—Tengo un hermano menor y una hermana mayor. Los dos siguen viviendo en Hamilton. Me alegro de eso porque rara vez voy a casa. Soy un mal hijo.

—Los malos hijos no les compran casas a sus padres.

—Era lo mínimo que podía hacer. Se sacrificaron mucho para que pudiera seguir jugando al hockey. Mi padre trabajaba de día en un Mr. Lube y a veces por la noche descargando camiones en una tienda de comestibles. Mi madre trabajó en un Walmart durante la mayor parte de mi adolescencia. Y, cuando mi hermana tuvo edad para hacerlo, también se puso a trabajar ahí. Siempre nos costaba mucho llegar a fin de mes.

—Y ahora tú los cuidas.

No era del todo cierto. Su hermana era directora de un colegio y su hermano era contratista. Pero sin duda los ayudaba tanto como el orgullo de sus hermanos le permitía.

—Hago lo que puedo.

Kyle se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y encogió los hombros para protegerse del frío.

—Solía competir en campeonatos de esquí. A mis padres les costaba mucho tiempo y dinero. —Resopló—. Dinero tirado a la basura, supongo.

Eric lo entendió. El cuerpo delgado y tonificado de Kyle era sin duda el de un esquiador.

—Dudo que ellos lo vieran así.

—Sí, bueno.

Kyle volvió a quedarse en silencio.

—Siempre me he puesto nervioso sobre los esquís —dijo Eric tratando de relajar el ambiente—. No me imagino bajando una montaña a toda velocidad.

Kyle se rio.

—¿Así que te parece bien que te lancen *pucks*, pero esquiar te da miedo?

—Las pistas de hielo son planas.

—Pero el esquí ofrece unas vistas increíbles. El invierno pasado fui a esquiar a un glaciar en Suiza y uuuf… Me da pena por quienes no pueden vivirlo. No me salen las palabras para describirlo.

—Si tú lo dices, te creo —dijo Eric, aunque de repente pudo ver el atractivo de aprender a esquiar.

Se distrajo por un momento, imaginándose a Kyle enseñándole. Se preguntó si Kyle había trabajado alguna vez como instructor.

No tuvo oportunidad de preguntarlo porque ya habían llegado al bar.

Eric había estado antes en bares gais, obvio, pero solo cuando acompañaba a su amigo abiertamente *queer*. Nunca se había sentido incómodo saliendo con Scott por bares de ambiente, pero esta vez era distinto. Esta vez estaba por su cuenta, con el propósito de fijarse él en los hombres. Y de que los hombres se fijaran en él.

Respiró hondo y lento para centrarse y Kyle se dio cuenta.

—¿Estás bien?

—Sí. No sé por qué estoy tan nervioso.

—No hay nada de lo que preocuparse. Además, todos se fijarán en mí.

Kyle le lanzó una mirada de broma y Eric se rio.

—Ciertamente.

Kyle mantuvo la puerta abierta y Eric entró en el bar. Parecía…, pues un bar. Oscuro, abarrotado y animado. Sonaba música pop, no estaba muy alta. Los clientes eran hombres y, en su mayoría, como Eric notó enseguida, atractivos. Y más jóvenes.

Había sido un error.

—Soy demasiado mayor para esto —murmuró Eric.

—En absoluto. Veo una mesa libre. Siéntate y voy a por unas

bebidas. ¿Quieres una gaseosa con lima?

—Claro. Gracias.

A Eric le habría gustado ser él quien fuera a la barra, porque al menos eso le habría dado algo que hacer en lugar de quedarse sentado solo y vulnerable en un local para ligar. Se quitó el abrigo y lo colgó del respaldo de la silla y luego se ajustó un poco la camiseta. Había elegido una gris claro, más ajustada de lo que las solía llevar, y la había combinado con unos vaqueros idénticos a los que llevaba la noche anterior. Cuando Eric encontraba algo que le quedaba bien, solía comprar varias unidades.

Se pasó la mano por el pelo y la barba mientras se sentaba y luego cogió una carta de bebidas especiales para tener algo en lo que fijarse. Le aterrorizaba que, si levantaba la vista, cruzara sin querer la mirada con alguien y le diera una idea equivocada.

Kyle volvió después de lo que pareció una eternidad con dos bebidas.

—Perdona —dijo—. Calvin estaba muy charlatán.

—¿Ese es el encargado del bar?

—Sí. Trabajábamos juntos en un restaurante de mala muerte. Es un tío majo. Y besa muy bien.

Eric soltó una risa de sorpresa.

—¿Besas a todos tus amigos?

Kyle entrecerró los ojos como si lo estuviera pensando con detenimiento.

—A la mayoría, creo.

Eric dio un sorbo a su refresco en lugar de responder.

—¿Qué? Los jugadores de hockey se besan entre ellos todo el rato. Que yo lo he visto —bromeó Kyle.

—No suele ser en la boca.

—Una pena.

Eric negó con la cabeza mientras sonreía.

—¿Qué bebes?

—Es algo otoñal y picante que se le ha ocurrido a Calvin. Aunque después de esto me pasaré al refresco.

A Eric le conmovió que Kyle estuviera dispuesto a dejar de beber por su bien, pero la verdad es que no era necesario.

—No tienes por qué.

Kyle hizo un gesto con la mano.

—No me importa. Además, estamos aquí en una misión. Necesito mantener la mente despejada.

Se inclinó hacia él.

—Bueno. ¿Quién te gusta?

La pregunta pilló a Eric desprevenido. Y también la respuesta que le vino a la mente enseguida: le gustaba Kyle. Le gustaban sus ojos azul claro y su peinado, que estaba tan cuidado. Le gustaba el poco de clavícula que sobresalía del amplio escote en V de Kyle.

—No lo sé —mintió Eric—. Aquí todo el mundo es muy atractivo.

Kyle se volvió hacia un lado y observó a la multitud durante un momento antes de volver a mirar a Eric.

—Es un buen bar para eso. ¿Y ese qué te parece?

Asintió con la cabeza hacia alguien que estaba detrás de Eric, lo que significaba que Eric tendría que darse la vuelta para verlo.

—¿Quién? —preguntó Eric sin volverse.

—Alto, con barba, musculoso.

Eric se giró, tratando de ser lo más discreto posible, y enseguida vio al hombre que Kyle había descrito. Sin duda era guapo, pero más en el sentido en que lo eran sus compañeros de equipo, lo cual no le entusiasmaba.

—Atractivo —asintió Eric mientras se volvía hacia Kyle—. Pero no es para mí.

Kyle arqueó la ceja mientras daba un sorbo a su bebida.

—¿Demasiado grande? ¿O peludo? ¿Qué le pasa?

—Creo que… —Dios, aquello era una tortura—. Demasiado… jugador de hockey.

Kyle se rio como si fuera lo más gracioso que hubiera oído en su vida. Eric se cubrió la cara con las manos.

—No puedo hacer esto —se quejó.

—Sí que puedes. Lo pillo. Así que buscaremos a alguien menos macho y atlético.

—No he dicho que no sea atlético —protestó Eric—. Solo que no… ese tipo. No lo sé.

—¿Y qué tal este de aquí? —Kyle señaló descaradamente con el

dedo a la mesa de al lado y Eric se lo apartó.

—¡No señales!

Kyle cruzó los brazos.

—Amor… Todos estamos aquí por lo mismo.

Eric miró en la dirección que Kyle había señalado y vio a tres hombres tomando cócteles. Uno le estaba sonriendo.

Eric se volvió rápido hacia Kyle.

—¡Parece que tenga diecinueve años!

—¿Eso es un no?

—Es un no rotundo.

—Está bien saberlo.

Eric lo fulminó con la mirada.

—¿Me estabas poniendo a prueba?

—Qué va. En primer lugar, tiene más de diecinueve años. Y, en segundo lugar, yo salía con hombres de tu edad cuando era más joven que él.

A Eric no le gustaba pensar en eso.

—Bueno, no me interesa nadie tan joven.

Kyle desvió entonces la mirada hacia la mesa mientras fruncía el ceño.

—¿Cuál crees que sería una edad adecuada?

—No lo sé. ¿Unos treinta, mínimo?

Eric había elegido ese número porque le parecía bien. Estaba bien, ¿no?

—Oído —dijo Kyle. Sonó un poco frío—. Vamos a ver… —Echó un vistazo por la sala—. Vale. ¿Qué tal ese contable tan guapo de por ahí?

Eric vio al hombre al que se refería Kyle. Parecía tener unos treinta años, era delgado, rubio y de aspecto pulcro, con gafas y un jersey de cuello de pico sobre una camisa de cuadros. Era mono, sin duda.

—Ah —dijo Eric. Volvió a mirar a Kyle, que sonreía de oreja a oreja.

—¿La he clavado esta vez?

«Casi».

—Es muy…, sí. Me gusta.

—Parece inteligente, pero no pretencioso —reflexionó Kyle—. Adivinemos su nombre.

Eric se burló:

—No se puede adivinar el nombre de alguien con solo mirarlo.

—Pero sí te puedes divertir intentándolo —insistió Kyle—. Apuesto a que se llama… Alex.

—Ay, qué ridículo… —dijo Eric—. Además, seguro que se llama Justin.

Kyle se rio.

—¿Ves? Es divertido. Así que Justin, el contable…

—¿Habíamos acordado que es contable?

—Sí. Y es de… Wisconsin.

—¿Wisconsin?

—El pequeño Justin dejó la granja para irse a Nueva York y perseguir sus grandes sueños de contable.

—Y aquí está.

—Y aquí está. A punto de llevarse a la cama a una superestrella de la NHL.

Eric casi se atragantó con la gaseosa.

—De eso nada.

Kyle se inclinó sobre la mesa y le puso una mano en el antebrazo.

—Es broma.

A Eric se le puso la piel de gallina bajo las yemas de los dedos de Kyle.

—Más te vale.

Kyle se echó hacia atrás en la silla y retiró la mano.

—Por cierto, estás muy sexy. Me gusta la camiseta.

—Ah. —Eric contuvo el impulso de tocársela—. Gracias. Tú también estás muy bien.

—En una escala del uno al «tierra, trágame», ¿cómo de incómodo te sientes?

Sonrió.

—Rozando el «tierra, trágame».

—Tranquilízate. No vamos a hacer nada con lo que no te sientas

cómodo. Te lo prometo. Solo estamos hablando y disfrutando del paisaje.

—¿Hasta qué punto se parece a esquiar en los glaciares de los Alpes?

Kyle sonrió mientras su mirada seguía a un apuesto hombre de pelo oscuro que pasaba junto a su mesa.

—Bastante.

Eric se rio entre dientes y dio un sorbo a su bebida, pero se le encogió el corazón con algo que se parecía en cierto modo vergonzoso a los celos.

—¿Así que no le has dicho a Scott que eres bi? —preguntó Kyle mientras desviaba la atención de Eric de sus confusos sentimientos.

—No, todavía no. Quiero hacerlo.

—¿Crees que se sorprenderá?

Lo más probable, pensó, era que Scott se sintiera herido cuando Eric se lo contara por fin.

—No lo sé. Quizá.

—¿Te sorprendió cuando él salió del armario?

Se pensó la respuesta antes de responder.

—Me sorprendió que saliera del armario, pero no tanto que fuera gay.

—Me quedé de piedra cuando lo vi besando a Kip en la tele. Justo lo estaban poniendo en la pantalla gigante que hay en el trabajo y casi se me cae una bandeja entera de vasos.

—Yo ya sabía que eran pareja y aun así me quedé flipando.

—Fue la hostia de valiente. Por lo que significa, ¿sabes? El ambiente en el bar aquella noche, después de lo que hizo… Uf, era como si todos hubiéramos ganado la Copa Stanley. Fue una gran fiesta, desde luego. —Kyle resopló—. Y me hizo sentir bastante idiota por pensar que tenía alguna oportunidad con Kip.

Pobre Kyle. Eric quería decirle algo para consolarlo, pero no. La verdad era que Kyle no tenía ninguna oportunidad con Kip.

—No fuiste idiota. Scott y Kip consiguieron mantener su relación en secreto. Nadie lo sabía.

—Ya. Bueno.

—¿Y tú qué? —preguntó Eric cambiando de tema—. ¿Quién te ha

llamado la atención aquí esta noche?

Kyle apretó los labios y se mostró un poco tímido. Por un instante, Eric pensó que iba a decir que era él quien había llamado la atención a Kyle. Pero entonces Kyle dijo:

—A las cuatro en punto. El de camisa azul oscuro.

Eric se volvió, como fingiendo buscar algo en el bolsillo del abrigo, y luego levantó la vista para ver a un hombre alto con el pelo canoso que llevaba una impecable camisa azul de vestir desabrochada en la zona del cuello. Eric se volvió hacia Kyle, sorprendido.

—Parece… maduro. Para ti.

—A mí me gustan así.

—Pero creía que evitabas a los hombres así.

«Como yo».

—Lo intento. Pero no puedo evitar sentirme atraído por ellos. Sé que es una mala idea irme con ellos.

Eric jugueteó con el vaso.

—¿Por qué te gustan mayores?

Kyle soltó un suspiro.

—Es una gran pregunta.

—No tienes por qué decírmelo —dijo Eric, aunque le picaba la curiosidad por saber por qué alguien como Kyle podría sentirse atraído por alguien como él.

—Lo puedo intentar. Supongo que tiene algo que ver con lo que siento cuando estoy con ellos. Me gustan los hombres de mi edad, no me malinterpretes. Me he acostado con muchos y lo he pasado genial, pero los mayores… —Kyle se mordió el labio—. Me hacen sentir poderoso. Como si fuera irresistible y ellos hicieran cualquier cosa por complacerme. —Sonrió, con la mirada perdida en un sueño —. Es un subidón.

Eric exhaló algo tembloroso mientras la sangre le subía a la polla. Kyle acababa de describir las vagas fantasías que habían estado abrumando a Eric durante meses y, en especial, en las últimas dos semanas. Quería complacer a Kyle. Quería mimarlo hasta la saciedad y que Kyle lo recompensara por ello como él quisiera. Quería que aquel joven impresionante lo conquistara y dejara a Eric jadeando

por querer más.

—Pero ¿te han hecho daño? —preguntó Eric, porque necesitaba escuchar la otra cara de la moneda en ese momento. La oscuridad que se cernía sobre esa fantasía.

—No físicamente. Pero nunca ha acabado bien con ninguno de ellos. Demasiadas mentiras o… —Kyle hizo un gesto con la mano—. En fin. Da igual.

Eric quería saber más, pero no quería presionar. Lo que se le escapó de la boca fue:

—No te merecían.

La sonrisa de Kyle era triste y totalmente fuera de lugar.

—Es un detalle por tu parte que me digas eso.

Es que lo era, era cierto. Si Eric tuviera la suerte de llevarse a Kyle a la cama, lo trataría como a un príncipe. Una vívida imagen de Kyle recostado, desnudo, sobre una montaña de almohadas, se le vino a la cabeza a Eric. Eric estaría entre sus piernas abiertas, usando las manos y la boca para dar placer a Kyle tal y como él le indicara.

Dio un largo sorbo a su bebida y dio las gracias en silencio al universo porque, en ese momento, la mesa ocultara su entrepierna.

—Aunque tampoco me importaría llevarme a casa a Justin, el contable —dijo Kyle con una sonrisa pícara—. O al *twink*, la verdad. O a cualquier combinación con los tres.

Eric se había perdido por completo. ¿Tríos? ¿Cuartetos? Él solo quería encontrar a un hombre agradable con el que cenar. Y quizá darle un beso de buenas noches.

—¿Entonces no eres muy exigente?

—Uy, sí. Pero me gusta probar cosas de todos los pasillos del súper.

Eric se rio nervioso. Tenía la cabeza hecha un lío.

—Vale.

Kyle arqueó las cejas.

—Ay. Creo que Justin está viniendo. Me pregunto cuál de los dos le habrá llamado la atención.

—Tú, obvio —dijo Eric—. Espera, ¿está viniendo?

—Hey —dijo una voz detrás del hombro de Eric—. Solo quería

decirte que tienes unos ojos preciosos.

Levantó la vista hacia el hombre que había pronunciado con naturalidad las palabras que Eric llevaba días pensando en privado. Era, efectivamente, el chico mono que parecía ser contable. Quizá aún más mono de cerca.

—Ay, gracias —dijo Kyle en tono travieso—. ¿Has venido hasta aquí solo para decirme eso?

—Pues depende —le dijo con una mirada interrogativa hacia Eric —. ¿Estás disponible para escuchar más?

Eric empezó a echar la silla hacia atrás. Inventaría una excusa, iría a la barra o al baño. Quizá se iría a casa. Debería dejar que Kyle se quedara con el contable.

Antes de que tuviera oportunidad de marcharse, Kyle habló:

—De hecho, esta noche celebramos nuestro aniversario. —Se inclinó sobre la mesa y le cogió la mano a Eric. Eric se quedó boquiabierto—. Bueno, el mesiversario, verdad, ¿amor?

Los ojos de Kyle estaban llenos de picardía. Los de Eric debían de mostrar su confusión, pero se las arregló para decir:

—Claro.

—Me lo imaginaba. —El tipo suspiró—. Pero tenía que intentarlo.

—Eres mono —dijo Kyle sin soltar la mano de Eric—. ¿Cómo te llamas?

—Alex.

Kyle le dedicó a Eric una rápida sonrisa victoriosa y le dijo:

—Yo soy Kyle, y él es Eric. Mi novio.

Alex asintió.

—Bueno, feliz mesiversario.

—Gracias —dijo Kyle—, Alex.

Eric aguantó para no poner los ojos en blanco. Cuando Alex se fue, Kyle soltó la mano de Eric y se recostó en la silla. Cruzó los brazos sobre el pecho, con una expresión de satisfacción total.

—Vale —dijo Eric—. Has adivinado el nombre. Felicidades.

—Soy un genio.

—Has tenido suerte.

—Podría haberla tenido —dijo Kyle nostálgico mirando en la dirección en la que se había ido Alex.

—¿Por qué le has dicho que somos pareja?

—Porque no te voy a abandonar esta noche. Estoy aquí para echarte una mano.

—Podría haberme ido a casa. No pasa nada. De todos modos, tengo que entrenar mañana por la mañana.

—¿Te quieres ir a casa?

No. Eric quería disfrutar de esa imagen de Kyle durante el mayor tiempo posible.

—Puedo quedarme un rato.

Kyle se lo estaba pasando bien.

Vale, sí, no le habría importado irse con el mono de Alex y, sí, era raro que hubiera mentido de improviso diciendo que era el novio de Eric, pero aun así… Desde luego, no se aburría.

Eric había ido a la barra a por la segunda ronda y Kyle había insistido en que quería un refresco y no otro cóctel, lo cual era la segunda mentira que había dicho esa noche.

De verdad quería ayudar a Eric. Lo más probable era que estuviera más involucrado de lo que debería en la idea de guiar a Eric hacia su primera experiencia sexual con un hombre. Quería asegurarse de que la primera vez de Eric fuera agradable. Que fuera con alguien paciente, dulce y bueno. Alguien que entendiera lo importante que era aquello.

Normalmente, a Kyle no le habría parecido importante algo así. Las aventuras esporádicas habían sido su forma de vida durante tantos años que le costaba mucho considerar el sexo como un acontecimiento especial. Una parte de él quería empujar con suavidad a Eric hacia los brazos del primer hombre que le llamara la atención, pero sabía que eso no era lo que Eric quería.

Eric buscaba algo más. Una cita. Un… novio, supuso Kyle. Alguien con quien compartir comidas y conversaciones. Alguien con quien compartir su vida. Por mucho que Kyle quisiera ayudarle, era muy consciente de que él mismo no había sido capaz de encontrar eso, y mucho menos para otra persona.

Así que quizá ambos necesitaban un poco de práctica.

—Hay mucha gente ahí arriba —dijo Eric al volver. Dejó dos vasos idénticos de gaseosa sobre la mesa y se sentó—. Creo que el camarero estaba tonteando conmigo.

—Es normal que lo hagamos —dijo Kyle—. Aunque, a veces, va en serio. ¿Era mono?

Eric se encogió de hombros.

—He visto mejores.

«Ay, Eric. No ayudas».

—¿Y has tonteado con él?

—La verdad, no tengo ni idea. Supongo que lo he intentado. No tengo ni idea de cómo hacer este tipo de cosas.

—Creo que te estás subestimando. Pero —Kyle soltó un suspiro exagerado— supongo que estoy aquí para enseñarte.

Los ojos oscuros de Eric brillaron.

—¿Qué estarías haciendo ahora mismo, en este bar, si no estuvieras aquí con tu «novio»?

—Bueno, lo más probable es que estuviera pasando de tercera base con nuestro amigo Alex en este momento.

Eric casi escupió la bebida.

—¿«Tercera base»? ¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco.

Eric estaba de broma, pero Kyle se dio cuenta de que nunca le había dicho cuántos años tenía. La risa desapareció de los ojos de Eric en cuanto oyó el número.

—Ah.

—¿Es más o menos de lo que esperabas?

—Creo que es lo que había supuesto. Pareces más joven de lo que eres. —Eric se encogió—. O sea… Tenemos compañeros jóvenes en el equipo, de unos veinte, que parecen de tu edad.

—¿Ah, sí? ¿Y están buenos?

Eric se sonrojó.

—Nunca miraría así a un compañero de equipo. Y menos aún a uno de los niños. Dios.

«Niños».

—Claro —dijo Kyle frío—. De treinta para arriba. Se me había olvidado.

Se quedaron en silencio un momento y se sintió una tensión rara. Kyle estaba molesto y no sabía muy bien por qué. Se armó de valor y dijo:

—Bueno, si estuviera aquí para ligar, en lugar de celebrar mi primer mes de relación con mi encantador novio, lo más seguro es que estuviera en la barra. Si viera a alguien que me gustara, le enviaría algunas señales claras y esperaría a que se acercara a mí. Una vez que hay muestras de interés por las dos partes, el resto es fácil.

—¿Fácil?

—Sí. Decides a dónde vas a ir, quizá qué vas a hacer cuando llegues ahí, y luego… Vas y lo haces. —Kyle se encogió de hombros —. Como he dicho, casi todo el mundo aquí espera follar esta noche. No hay duda al respecto. El truco está en encontrar a la persona adecuada.

—¿Y si alguien solo busca hablar? ¿Quizá darse el número de teléfono?

Kyle pensó al respecto. Se imaginó a sí mismo en el papel de ese hombre, aquel al que Eric se acercaba en un bar porque pensaba que podría ser agradable charlar con él. ¿Se mostraría Eric tímido al entablar conversación o tranquilo y seguro de sí mismo, con esa serena diversión en los ojos que hacía que Kyle quisiera besarlo?

—Creo que sería un cambio refrescante —dijo Kyle—. Hace tiempo que no tengo una primera cita de verdad.

—Lo más probable es que no tanto como yo. Veinte años, más o menos.

Hace veinte años, Kyle tenía cinco. Pero no le pareció oportuno mencionarlo.

Eric levantó la muñeca para mirar el reloj que parecía de lujo, y fue entonces cuando Kyle se dio cuenta de algo.

—Te has quitado el anillo.

Eric se miró los dedos como si no tuviera ni idea de a qué se refería Kyle.

—Sí. Pensé que igual ya era hora.

Lo dijo como si no fuera gran cosa, pero Kyle supuso que no le había resultado fácil.

—Mi primer consejo para ligar iba a ser: quítate siempre el anillo de casado antes de intentar ligar.

Eric se rio.

—Quizá debería haberme dado cuenta antes. Decía que lo llevaba por superstición, pero lo más probable es que lo llevara como un escudo.

—No estabas preparado —dijo Kyle con delicadeza.

—No —asintió Eric—. Y, por muy raro que me resulte no llevarlo ahora, creo que estoy listo para volver a empezar.

—Quitarte el escudo.

Eric asintió.

—Quitarme el escudo. —Flexionó los dedos y luego apoyó la mano sobre la mesa—. Esto te va a parecer una tontería, pero me pone nervioso jugar sin él.

—¿Sin el anillo?

Eso no tenía ningún sentido para Kyle.

—Sí. Pasado mañana nos vamos de viaje, y será la primera vez que juegue un partido sin llevar el anillo desde mi segunda temporada.

Kyle creyó haberlo entendido.

—Eres supersticioso.

—Mucho. Sé que el anillo no me convierte en mejor portero, pero aun así… Será raro.

—Tendrás que buscar un nuevo amuleto de la suerte.

La imaginación de Kyle inició otra aventura en la que Eric llevaría algo que Kyle le hubiera regalado debajo de su equipamiento de hockey. Quizá una fina pulsera de cuero…

—Ya tengo muchas manías de supersticioso. No necesito una nueva.

—¿Ah, sí? ¿Como cuál?

Eric cruzó los brazos.

—Ni de broma. Te reirás de mí.

—Que no. No te imagino haciendo nada demasiado extravagante. ¿Qué es? ¿Calcetines de la suerte?

—Me pongo el equipo y me lo quito siempre en el mismo orden. Siempre.

—Vale. ¿Y qué ocurre si no lo haces?

—No lo sé. Nunca lo he hecho.

—Pero sí has seguido el orden y has jugado mal.

—Claro.

—Entonces…

Eric resopló.

—Lo sé. No tiene sentido. Da igual.

—¡Que no! Que no me estoy riendo de ti, te lo prometo. Es solo que… me interesa.

—¿Te interesa lo loco que estoy? —Eric sonrió—. Y aún hay más. ¿Te creerías que hablo con los postes de las porterías?

A Kyle se le abrieron los ojos de asombro.

—¿En serio?

—En serio, sí.

—Eso parece tan… ¿poco tú? ¿Qué les dices a los postes?

—Les doy las gracias cuando detienen un *puck* que se me ha escapado. Me quejo de los demás jugadores ante ellos. —Eric se encogió de hombros—. A veces, ser portero es un trabajo solitario.

—Eso es superadorable. Me encanta.

Eric sonrió y luego se tapó la boca con una mano mientras bostezaba.

—¿Necesitas irte a la cama? —preguntó Kyle.

—Sí. Intento acostarme antes de las once casi todas las noches. Esta es la segunda noche seguida que me acuesto tarde.

—Soy una pésima influencia.

—Quizá sea lo que necesito.

Aquello quedó en el aire durante un momento cargado de tensión. Entonces, Eric se levantó, cogió el abrigo y se lo echó por encima mientras se dirigía hacia la puerta. Sin duda parecía tener prisa.

Kyle se acomodó la ropa con disimulo bajo la mesa, luego cogió la cazadora, que le quedaba corta, y se la puso encima mientras seguía a Eric fuera del bar.

—Te acompaño a casa —dijo Eric cuando ambos estaban en la acera.

No tenía por qué hacerlo, pero Kyle no iba a rechazarlo.

Caminaron media manzana y Eric dijo:

—Gracias por esta noche.

—¿Crees que ha servido de algo?

—Sí. Sé que no parecía gran cosa, pero todo esto era nuevo para mí. Creo que ahora me da un poco menos de miedo. Así que gracias.

—Me alegro.

Caminaron otro minuto en silencio, y entonces Eric soltó una risita.

—¿Qué? —preguntó Kyle.

—Nada. O sea, nada gracioso. ¿Está muy mal si admito que una gran parte de mí quiere seguir saliendo con mujeres porque al menos me siento medio seguro con lo que hay que hacer ahí?

—No está muy mal. De hecho, tiene mucho sentido. Pero el sexo con hombres tampoco es tan diferente.

Eric se rio de eso y Kyle admitió:

—Vale. Sí lo es. Supongo. Solo he estado con hombres. Pero no tiene por qué dar miedo.

Eric pareció reflexionar sobre ello.

—Quiero ver cómo es estar con un hombre. Sé que quizá sea ridículo decirlo, pero siento que algo encajará en su sitio cuando lo haga.

Kyle entendió lo que Eric intentaba decir, pero quería dejar algo claro.

—Sabes que no eres menos bisexual por no haber estado nunca con un hombre, ¿verdad? Tu sexualidad sigue siendo totalmente válida y real, tanto si tienes relaciones sexuales con un género, con varios géneros o con nadie en absoluto.

Eric se quedó en silencio durante un buen rato antes de responder:

—Lo sé. Pero sigue pareciéndome… como solo teoría.

—No lo es. Sabes quién eres y por quién te sientes atraído. No tienes que actuar en consecuencia para que sea real. —Le echó un vistazo, vio el ceño fruncido de Eric y decidió añadir—: Pero querer actuar en consecuencia también es válido. Si hacer esto es importante para ti, entonces deberías hacerlo.

—Gracias —dijo Eric en voz baja—. Me ha gustado oír eso. Todo

eso.

—Todo es verdad.

Llegaron al edificio de Kyle. Este se balanceó sobre las puntas de los pies y luego sobre los talones, con las manos bien metidas en los bolsillos de la cazadora para evitar acercarse a Eric.

—Bueno —dijo Eric.

Estaba frente a Kyle, dejando unos treinta centímetros de distancia entre el pecho de los dos. Eran casi de la misma altura (Eric unos dos centímetros más alto) y a Kyle le habría resultado muy fácil inclinarse un poco y ayudar a Eric a marcar esa casilla de «besar a un hombre».

Pero no lo hizo. Porque no tenía derecho a robarle esa primera vez. Aunque los ojos de Eric estuvieran un poco más oscuros que hacía un momento.

—Podríamos volver a hacerlo, si quieres —dijo Kyle—. Quizá ir a una discoteca. A bailar. A veces es más fácil cuando… te dejas llevar y ya.

Eric le sostuvo la mirada.

—No se me da bien dejarme llevar.

Kyle esbozó una sonrisa.

—Ya me he dado cuenta.

Pero, dios, quería ayudarle. Quería desentrañar por completo a ese hombre y tenerlo desesperado y desinhibido. Sería todo un reto conseguirlo, pero Kyle se sentía capaz de hacerlo. Lo cual no era en lo que debería estar pensando.

—Voy a estar ocupado unos días, pero quizá después podamos…

—¿Iniciar la fase dos de la operación «Conseguirle un hombre a Eric»?

Eric resopló.

—Sí. Pero no lo llamemos así.

—Yo igual sí. Entonces ¿vamos a alguna discoteca la semana que viene?

Eric asintió con la mirada fija en la acera, luego levantó la vista.

—Quizá.

Entonces, Kyle se inclinó, porque no pudo evitarlo. Besó a Eric en la mejilla. Fue un beso casto, pero sus labios aguantaron sobre la

piel de Eric. Se apartó lo justo para encontrarse con su mirada. Ahí había una pregunta, una silenciosa petición de permiso. Kyle sabía que debía apartarse, pero podía sentir el aliento de Eric contra sus labios y lo deseaba con todas sus fuerzas. Así que, en lugar de hacer lo correcto, Kyle ladeó la cabeza y esperó a que Eric acortara la distancia.

Durante un instante aterrador, Eric no reaccionó en absoluto, y Kyle pensó que había malinterpretado la situación. Entonces, por fin, los labios de Eric tocaron los suyos, con una suavidad y dulzura perfectas. Kyle se obligó a permanecer quieto, a dejar que Eric explorara sus labios con roces cuidadosos y vacilantes que hacían que las chispas recorrieran todo el cuerpo de Kyle.

Se apartó, solo para asegurarse de que Eric estaba de acuerdo con aquello. Eric persiguió su boca con desesperación, lo que hizo que Kyle se riera y lo besara de verdad. Le puso una mano con delicadeza en un lado de la cara, acariciándole la suave barba, y entreabrió los labios, invitando a Eric a entrar. Cuando las puntas de sus lenguas se tocaron, Kyle gimió y se abrió para él, ansiando más. Le encantaba lo inocente que era ese beso, pero se moría de ganas de que Eric fuera más allá.

Esta vez fue Eric quien interrumpió el beso, apartándose lo justo para mirarlo con los ojos como platos y la boca entreabierta, como si le sorprendiera ver a Kyle ahí. Kyle estaba dispuesto a soltar una broma para aliviar la tensión y hacerle saber a Eric que aquello no tenía por qué ser gran cosa, pero, antes de que pudiera decir una sola palabra, Eric volvió a abalanzarse sobre él. Le rodeó la espalda con los brazos, apretándolo con fuerza contra su cuerpo mientras le echaba la cabeza un poco hacia atrás y lo besaba con ganas. A Kyle se le revolvió el estómago ante la abrumadora sensación de que aquello era lo correcto mientras le devolvía el beso, tragándose los pequeños gemidos que Eric emitía.

Por fin se separaron, y Eric apoyó la frente contra la de Kyle; las nubes blancas de su aliento se entremezclaban mientras ambos jadeaban.

—Uf —dijo Kyle—. Lo acabamos de hacer.

—Sí —asintió Eric.

—¿Ha estado bien?

Eric se quedó quieto un momento y a Kyle se le hizo un nudo en el estómago. ¿Y si no había estado bien? ¿Y si Kyle le había robado a Eric su primer beso con un hombre, algo que se suponía que debía ser especial?

Pero entonces Eric asintió contra la frente de Kyle.

—Ha estado mucho más que bien.

Kyle sonrió, aliviado. Estaba tentado de besar a Eric de nuevo, pero sabía que tenía que levantar algunas barreras antes de que las cosas se le fueran de las manos.

Kyle dio un paso atrás.

—Pues eso que te quitas de encima.

Eric frunció el ceño.

—¿De encima?

—Tu primer beso con un hombre. Ya puedes tacharlo de la lista.

—Eso no es lo que…

—Lo haces bien, por cierto —dijo Kyle antes de que Eric dijera algo que pudiera hacer que Kyle lo invitara a subir—. Un beso de sobresaliente.

—Gracias.

Eric se llevó los dedos a los labios. Parecía desconcertado, y Kyle se dio cuenta de que quizá estaba siendo cruel. Le cogió la otra mano a Eric.

—Oye —le dijo con suavidad—. Me lo he pasado muy bien esta noche.

—Yo también.

Dios, parecía tan perdido… Parecía dispuesto a seguirlo a cualquier parte, y a Kyle le costaba resistirse. Quería a ese hombre, quería llevarlo arriba y enseñarle todo lo que sabía sobre sexo. Quería seguir hablando con él y besarlo. Pero a Eric no le iban los rollos de una noche y había dejado claro que Kyle era demasiado joven para salir con él. Pero quizá había una tercera opción.

Decidió lanzarle a Eric una propuesta informal.

—Voy a dejarlo claro: si quieres que te ayude con cualquier otra… primera vez…, estaré encantado de hacerlo. Cuando quieras. Sin compromiso.

Eric arqueó las cejas.

—Eeeh, gracias. Eso es…

Kyle levantó las manos.

—Es una oferta. No tienes por qué aceptarla. Y no tienes que decidirlo ahora. Pero podría enseñarte algunas cosas de forma segura y sin juzgarte. Quizá te ayude a tener más confianza a la hora de salir con alguien.

Eric parecía atónito, pero asintió.

—Lo pensaré.

Kyle se mordió el labio, luego se inclinó hacia delante y le dio un beso rápido en la boca.

—Tienes mi número.

La mirada de Eric seguía en la boca de Kyle.

—Sí. Buenas noches, Kyle.

—Feliz aniversario, cariño.

Capítulo 11

Era evidente que Eric no debería haber besado a Kyle. No es que no hubiera estado bien.

«Bien». Dios, había sido algo alucinante. Había sido… reconfortante. Hacía más de un año que no lo besaban, y nunca lo habían hecho así. No había podido dejar de sonreír ni de tocarse los labios durante todo el trayecto en taxi de vuelta a casa.

Pero el hecho de que hubiera sido un beso increíble no significaba que… «¡Ay!».

Eric se sacudió el bloqueador y luego se quitó la máscara.

—Oye, ¿podéis dejar de darme golpes en la cabeza? —gritó a todos los que estaban en la pista—. Eso ha dolido de cojones.

—Perdona, Benny —dijo Matti mientras patinaba hacia él con cara de preocupación—. Se me ha ido de las manos.

Eric suspiró mientras se frotaba la frente. La verdad era que debería haber prestado más atención. Odiaba lo distraído que había estado durante todo el entrenamiento.

—Ten cuidado —refunfuñó mientras se volvía a poner la máscara.

Estaba agotado. No solo había salido hasta más tarde de lo habitual la noche anterior, sino que además no había podido pegar ojo cuando había llegado a casa. Su cuerpo había vibrado con la adrenalina tras ese beso. Su mente había dado vueltas a las posibilidades de lo que Kyle le había ofrecido con tanta naturalidad.

«Sin compromiso».

Eric sabía que eso existía. Amigos con derecho a roce, o como se llamase. Era solo que nunca había tenido algo así y no estaba seguro de poder tenerlo. Quizá no estuviera hecho para eso.

Pero tampoco podía pedirle más a Kyle. Una cosa era acostarse con un hombre mayor, y otra muy distinta tener una relación con

alguien quince años mayor que tú. Así que la noche anterior se había convencido a sí mismo de que no aceptaría la generosa oferta de Kyle. Luego se había masturbado del modo eficiente con el que lo hacía siempre. Sin embargo, ni siquiera ese alivio había sido suficiente para conciliar el sueño y se había pasado horas dando vueltas en la cama.

Eric necesitaba concentrarse. Su equipo estaba en el cuarto puesto de su división y al día siguiente por la mañana salían de viaje para enfrentarse a unos rivales duros. Su promedio de goles en contra estaba lejos de ser el mejor, pero tampoco era lamentable. Seguía en camino de terminar esa temporada —y su carrera— con dignidad.

También le gustaría mantener algo de eso en su vida personal. Salir con un hombre mucho más joven lo convertiría en una crisis de los cuarenta andante, y Eric en realidad no quería ese tipo de atención. No podía soportar la idea de ser un hombre recién divorciado que se consolaba con un jovencito guapo. Y luego estaba el hecho de que Kyle era un hombre.

El entrenador Murdock hizo sonar el silbato.

—Traed esas porterías. Farmer, Woody —les gritó a los dos novatos—. Coged una. Empujadlas hasta los bordes de este círculo.

Señaló con el *stick* el círculo de la esquina a la izquierda de Eric.

Eric patinó hacia Carter solo para quitarse de en medio de Woody. Carter chocó el puño contra el bloqueador de Eric y dijo:

—¡Pista pequeña!

—Te encantan las pistas pequeñas.

—Porque soy el mejor en eso.

Eric agarró un *puck* con su *stick* de portero y empezó a golpearlo de un lado a otro sobre la pista.

—He estado como el culo en este entrenamiento.

—¿Alguien te mantuvo despierto anoche?

El *puck* se le escapó.

—No —mintió.

—En el vestuario parecías un poco… —Carter hizo un gesto con la mano que no le dijo nada a Eric—. En las nubes.

—Me estás vacilando.

Carter se señaló los ojos.

—Estos no mienten.

—Al parecer sí, porque…

—Muy bien, caballeros —bramó el entrenador—. Al círculo. Un portero en cada portería y vamos a hacer ejercicios uno contra uno hasta que os diga que paréis.

Eric se dirigió patinando hacia la portería más alejada.

Al pasar junto a Tommy, le dio un codazo y le dijo:

—Dales caña.

—Y tanto.

Los jugadores se reunieron a un lado del círculo y el entrenador envió a dos jugadores a disputarse el *puck* e intentar lanzar a una de las porterías. Por lo general, a Eric le gustaban esos ejercicios, pero la pequeña superficie de hielo hacía que nunca pudiera relajarse. Tenía que mantenerse concentrado en la acción porque nunca se alejaba más de unos pocos metros de él. Hoy le resultaba agotador.

A Eric le molestaba que le marcaran goles en los entrenamientos tanto como en los partidos. Pero su capacidad para parar los *pucks* dependía mucho más de su estado mental que de su estado físico, y hoy el mental era un desastre. Hasta los *rookies* estaban metiendo goles.

Cuando por fin terminó el ejercicio, el entrenador de porteros, Quinn Cameron, hizo un gesto a Eric para que se acercara al banquillo.

—¿Qué pasa, Eric?

El portero se levantó la máscara.

—No he dormido bien hoy.

—Eso explica por qué tienes tan mal aspecto. —Quinn se lo quedó mirando mientras fruncía el ceño—. No dormir. Eso no es propio de ti.

—Ya.

—¿Pero eso es todo?

Eric se encogió de hombros, con sus enormes hombreras acolchadas.

—Creo que sí.

—¿Cómo tienes la cabeza? Me ha parecido que ese disparo de

Matti te había dado fuerte.

—No ha sido para tanto. Es que hoy estoy gruñón.

Quinn esbozó una sonrisa burlona.

—Es lo que tiene hacerse mayor.

—Sí, sí.

Quinn solo le llevaba diez años a Eric, pero parecía mucho mayor. Caminaba con una cojera evidente debido a un *puck* que le había destrozado el tobillo cuando jugaba en la NHL. Se había sometido a una artroplastia de cadera cuando tenía más o menos la edad de Eric y, debido a los años de recibir golpes en la cabeza similares al que Eric acababa de restar importancia, era propenso a sufrir mareos. Eric también había sufrido su cuota de lesiones a lo largo de los años; el hombro izquierdo le dolía con frecuencia, pero había estado más o menos bien desde la última operación a la que se había sometido. Hacía todo lo que podía fuera de la pista para compensar el castigo que su cuerpo soportaba en ella. Sus compañeros se reían de él por ser un obseso de la salud, pero Eric no quería acabar como Quinn. Si el yoga, dormir bien y comer sano le daban siquiera una posibilidad de evitarlo, seguiría haciéndolo.

Era el cuarto entrenamiento consecutivo en el que Eric tenía pensado decirles a sus entrenadores que se retiraría al final de esa temporada. Sería muy fácil pedirle a Quinn, en ese mismo momento, que reuniera a los entrenadores para que Eric se lo contara. Pero no se atrevía a articular las palabras. La verdad era que tenía miedo. Una vez que lo anunciara, se convertiría en realidad. Por muy seguro que estuviera en su corazón de que era la decisión correcta, no estaba preparado para que se hiciera realidad.

Hoy tenía la mente confusa. Su miedo a dejar el hockey luchaba contra el miedo a su deseo por Kyle. Esos pensamientos se mezclaban con el estrés de su mal rendimiento en el entrenamiento de ese día, la euforia de explorar por fin su sexualidad y la aterradora incertidumbre de qué le deparaba el futuro.

Necesitaba una buena siesta.

Decidió, después de ducharse y vestirse, ir andando desde el estadio hasta su casa. Esperaba que el aire fresco y el ejercicio

adicional le ayudaran a aclararse las ideas. Mientras caminaba intentó pensar con sensatez en lo que Kyle le había sugerido. Desentrañó los hechos y los ordenó con cuidado en su mente.

El primero era que le gustaba Kyle, se sentía atraído por él, y parecía que la atracción era mutua. El segundo era que Kyle parecía tener una relación despreocupada con el sexo y se había ofrecido a acostarse con él. El tercero era que a Eric le ponía nervioso acostarse con un hombre. O con cualquiera, la verdad. Desde que era adolescente solo había estado con Holly, y no había sido muy a menudo durante sus últimos años juntos. El cuarto hecho era que no se imaginaba acostándose con un desconocido. La idea no le atraía. De hecho, le repugnaba un poco.

Hecho número cinco: la idea de acostarse con Kyle no le repugnaba. En absoluto.

Eric estuvo dándole vueltas a todo esto durante el camino a casa. Analizó cada detalle, barajándolos como si fueran cartas y esperando que surgiera un plan de acción claro. A lo que no dejaba de darle vueltas era a que no estaba seguro de lo que significaba el hecho de que quisiera acostarse con Kyle. Sabía que era un simple problema de lógica: a Eric Bennett solo le gustaba acostarse con personas por las que sentía algo. Eric Bennett quería acostarse con Kyle. Por lo tanto…

Y ahí estaba justo la razón por la que no podía acostarse con Kyle.

A menos que pudiera.

Hostia puta, joder.

Cuando Eric llegó a casa, subió corriendo a su habitación y se dejó caer sobre la cama. Era tan suave y maravillosa…

Y solitaria.

Al final, cuando le apeteció moverse de nuevo, se quitó la ropa y se acurrucó bajo las mantas. Al cerrar los ojos, recordó cada detalle del beso de la noche anterior con Kyle. El calor de la lengua de Kyle y la fresca presión de sus dedos donde había tocado la mandíbula de Eric. La dulce forma en que se había reído cuando Eric se había inclinado con ansia para pedir más.

Eric se puso rojo. ¿Estaría Kyle pensando en ese beso tanto

como él? Lo más probable era que no.

Sentía calor por todo el cuerpo y apartó las mantas de un puntapié. No solía masturbarse a diario, pero su mano se dirigió hacia su polla y comenzó su rutina habitual de movimientos rápidos y enérgicos. Se corrió rápido, como siempre, cogiendo el semen en la mano.

Mientras se lavaba en el baño unos minutos más tarde, se preguntó cómo sería el sexo como algo que no estuviera tratando de acabar de una vez. Que la liberación sexual no fuera un mero mantenimiento que le proporcionaba a su cuerpo, como recibir un masaje o estirarse. Nunca había sido aventurero en la cama y nunca había alargado adrede sus sesiones de pajas. Se centraba en llegar al orgasmo y en la forma en que su cuerpo respondía a la liberación de la tensión.

No tenía ninguna duda de que Kyle podría enseñarle lo placentero que era el sexo. Últimamente, su imaginación lo había estado sorprendiendo con fantasías detalladas en las que Kyle lo provocaba y le daba orgasmos poco a poco. Esa mañana, mientras preparaba el desayuno, se había distraído por completo con una fantasía tan vívida que casi podía sentir las caricias de Kyle. Y eso fue después de que los recuerdos del beso de la noche anterior lo hubieran impulsado a masturbarse en la ducha. Se había imaginado palabras obscenas y seductoras en la voz suave y juguetona de Kyle mientras se acariciaba y luego había jadeado el nombre de Kyle cuando el orgasmo había salpicado los azulejos oscuros de la ducha.

Quería que fuera real. Todo eso. Quería que Kyle le quitara la ansiedad de tener intimidad con un hombre y quería recompensar a Kyle por sus esfuerzos. Quería ser bueno dando placer a un hombre. Dando placer a Kyle.

Y quería dejar de pensar en eso. Estaba perdiendo el control de sí mismo y odiaba esa sensación. Quizá la única manera de acabar con aquellos pensamientos fuera haciendo algo al respecto. Y lo que Kyle le había ofrecido no era un rollo de una noche, ni tampoco una relación. Era orientación y paciencia, y quizá fuera justo lo que Eric necesitaba.

Ojalá tuviera a alguien más con quien hablar del tema. Rara vez

buscaba una segunda opinión sobre nada, pero en este asunto en particular le vendría bien algún consejo.

Scott, por supuesto, era la opción más evidente. Nunca había sido de los que hablaban de sexo —de hecho, Scott solía ponerse rojo y tartamudeaba con solo mencionarlo—, pero sin duda sabía lo que era encontrar el valor para ser uno mismo. Sabía lo importante que sería esto para Eric.

Y ya era hora de que Eric saliera del armario ante su mejor amigo.

Cuatro días después, Eric llamó a la puerta de la habitación de hotel de Scott. Le oía hablar con alguien y pensó en irse, pero la puerta se abrió antes de que pudiera hacerlo. Scott sonrió al verlo y luego mantuvo la puerta abierta de par en par con la mano con la que no sostenía el móvil junto a la oreja.

—Es Benny —dijo Scott al móvil mientras Eric se colaba en la habitación. Luego, dirigiéndose a Eric—: Kip te manda saludos.

—Hola, Kip.

Por lo menos no estaban teniendo sexo telefónico. Carter le había robado una vez una de las llaves de la habitación para gastarle una broma. Cuando había abierto la puerta, pensando que Scott no estaba, se había llevado una sorpresa. Cada vez que Carter contaba la historia, parecía atormentado.

Scott terminó tras tres «te quiero» y luego se volvió hacia Eric con los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas. La verdad era que era tan guapo que daba rabia.

—¿Qué tal? —preguntó Scott.

La expresión de Scott se puso seria cuando Eric se sentó en la cama. Acercó una silla de escritorio y se sentó frente a él.

—¿Va todo bien?

—Sí. Bien. Es solo que… hay algo que quiero contarte.

Scott frunció el ceño.

—Vale. Te escucho.

Eric respiró hondo. Este era su momento. No debería ser difícil salir del armario como bisexual ante su mejor amigo, que era

abiertamente gay, pero… Bueno.

—Solo quería decirte que… —Eric resopló y negó con la cabeza —. Ni siquiera es para tanto. No sé por qué estoy…

—Eric.

Scott le puso una mano en la muñeca. Casi nunca se dirigía a Eric por su nombre de pila. No dijo nada más, solo esperó tranquilo a que Eric estuviera listo para hablar.

Eric recordó cuando Scott se lo había contado. Había sido en una habitación de hotel como esa, pero Carter y su antiguo compañero de equipo, Greg Huff, también habían estado ahí. Eric había pensado en invitar a Carter esta vez, pero decidió que esto no se trataba tanto de que Eric se lo contara a sus amigos, sino más bien de pedir consejo en concreto a Scott. Ya se lo diría a Carter pronto.

¿Cómo había conseguido Scott pronunciar esas palabras en su momento? Eric sentía como si se le hubieran atascado en la garganta, pesadas e imposibles de soltar. Respiró hondo, sacudió la cabeza para que las palabras se soltaran y dijo:

—No soy… heterosexual.

Scott arqueó las cejas.

—¿Eres gay?

—No. Soy bisexual, supongo. Por lo menos, siempre he dado por hecho que era eso.

—¿Siempre?

Scott parecía atónito, y Eric no le culpaba. Si Eric había sabido todo este tiempo que era bisexual, ¿por qué había esperado tanto para decírselo a Scott? ¿Por qué había dejado que Scott derribara ese muro él solo?

—Lo sabía —dijo Eric con cuidado—, pero no quería reconocerlo. Siempre lo he sabido.

Scott juntó las manos y miró al suelo. Eric se sentía fatal. Había sido un cobarde.

Entonces Scott levantó la vista. Tenía los ojos brillantes y sonreía. Era desconcertante.

—¿Scott?

—Dios, Benny. Ven aquí, anda.

Scott se puso de pie y abrió los brazos. Eric, aún desconcertado,

se levantó y se acercó a él. Scott lo envolvió en un fuerte abrazo que Eric intentó corresponder, pero tenía los brazos casi pegados por completo en los costados de la cintura de Scott con las yemas de los dedos en lo que esperaba que fuera una muestra de afecto.

Cuando Scott se apartó, sonreía de alegría y seguía teniendo los ojos húmedos.

—Gracias por contármelo.

—Tenía… que contártelo, ¿entiendes?

—Uy, créeme, sé de qué me hablas. —Scott se pasó una mano por la cara—. ¿Se lo has contado a alguien más? Espera. —Abrió mucho los ojos—. ¿Estás saliendo con alguien?

—No —respondió Eric rápido—. Bueno, sí. Se lo he contado a otra persona. Pero no. No es porque esté saliendo con él. Ni con nadie. No estoy saliendo con nadie.

Scott pareció decepcionado, luego sonrió con timidez.

—Lo siento. Me he venido arriba. ¿Así que sí se lo has contado a alguien más?

Eric se recostó en la cama. Por algún motivo, la idea de decirle que había confiado en Kyle para decírselo le resultaba más aterradora que revelar su orientación sexual. Así que, en lugar de eso, preguntó:

—¿Cuándo Kip y tú…? —Hizo una pausa, sin saber muy bien cómo expresarlo—. ¿Fue Kip el primer hombre con el que…?

Dios, ¿por qué era tan complicado? Que eran dos adultos…

Pero Scott, como era de esperar, se puso rojo al darse cuenta de lo que Eric le estaba preguntando.

—No, eeeh… No fue el primer chico con el que estuve. —Sonrió con timidez—. Ojalá lo hubiera sido, pero hubo algunos rollos esporádicos antes que él. ¿Por qué?

Eric pasó un dedo por el edredón.

—He estado pensando que me gustaría probarlo. Estar con un hombre, quiero decir.

Scott abrió muchos los ojos y Eric se dio cuenta de golpe de cómo se podría malinterpretar lo que había dicho.

—¡No contigo! No es por eso por lo que estoy aquí.

Scott soltó una risa temblorosa.

—Uuuf. Menos mal. Dios, ya me había puesto nervioso.

Eric negó con la cabeza.

—Con otra persona, te lo prometo.

—¿Quizá con la otra persona a la que ya le has contado que eres *queer*?

Eric apartó la mirada, dándose cuenta demasiado tarde de que Scott lo interpretaría como el «sí» que era. Solo había planeado decirle a Scott que era bisexual y quizá hacerle algunas preguntas simples sobre salir con hombres. Pero ahora, con Scott sonriéndole así de expectante, Eric decidió que quería compartir al menos parte de esto con su mejor amigo.

—Va a sonar raro, pero en realidad se lo conté a Kyle.

—¿Kyle? ¿El Kyle del que queríamos que te hicieras amigo?

—Sí.

—¿Con el que te dije que te llevarías muy bien?

—Ese mismo. Enhorabuena.

Scott levantó el puño en señal de victoria y Eric se mordió el labio para no sonreír.

—¿Pero estáis, tipo…? O sea, ¿habéis, eeeh…? —balbuceó Scott.

—Somos amigos. Le doblo la edad.

—No le doblas la edad, hostia puta. Pero sí. Es joven.

—Es demasiado joven para mí —dijo Eric. Si se lo repetía lo suficiente, quizá su cerebro empezara a hacerle caso—. Pero me ha estado ayudando a trabajar esto.

La expresión de Scott se volvió pensativa y dijo:

—Seguro que se le da bien. Estos dos últimos años no han sido fáciles para Kip, y Kyle ha sido un buen amigo para él.

—¿No han sido fáciles? —preguntó Eric.

Por lo que él sabía, Kip había encontrado al príncipe azul y se irían a ser felices y comer perdices juntos.

—De golpe se ha convertido en el centro de atención. Sé que es feliz conmigo, pero el resto no ha sido fácil. Ha perdido amigos y ha tenido que lidiar con ser la mitad de una pareja muy pública. Recibimos muchísimo apoyo, y eso es fantástico, pero también recibimos… de todo.

Eric lo sabía, obvio. Había visto los comentarios publicados al

final de los artículos en internet y había oído las idioteces que gritaba la gente cuando el equipo salía de viaje. Joder, había oído a gentuza (se negaba a llamarlos fans) gritar hasta en sus partidos en casa en Nueva York. Siempre le enfurecía. Aunque ahora se daba cuenta de que solo había sentido indignación en nombre de Scott cuando oía los insultos. Nunca se había sentido interpelado.

—Lo siento —dijo por fin.

Scott hizo un gesto con la mano.

—Me he pasado toda la vida preocupado por lo que piensen los demás. Estoy harto.

Eric sonrió al oír eso.

—Entonces —dijo Scott— ¿vas a salir por ahí? ¿A ligar?

—Bueno, todavía no. Pero me gustaría.

—Con hombres, ¿eh?

—Quizá. Supongo que siento curiosidad. —Eric se burló—. Uf, eso suena tan a cliché…

—¡Eso es emocionante! Deberías salir con nosotros alguna vez. La semana que viene hay una gala benéfica en una discoteca a la que vamos a echar una mano. Es un espectáculo de *drag queens*, algo navideño, y después habrá música para bailar, claro. A mí me subirán al escenario durante parte del espectáculo, así que al menos podrás verme mientras algunas *drag queens* se cachondean de mí.

—Suena muy tentador.

La verdad era que parecía ideal. No habría mucha presión, porque Eric podría estar ahí para apoyar a su amigo y ya. Y podría irse antes de que empezaran a pinchar la música. Quizá esa pudiera ser la salida nocturna que Kyle había sugerido. Le gustaría que Kyle fuera. Para que lo apoyara.

—En serio —dijo Scott con delicadeza mientras se recostaba en la silla frente a Eric—. Sería genial que vinieras. Y me alegro de que Kyle te esté aconsejando sobre la parte de, eeeh, conocer gente. La verdad es que a mí se me da fatal.

—Es bastante animado —dijo Eric.

Se mordió la mejilla para aguantar una sonrisa que estaba seguro de que delataría el hecho de que Kyle se había ofrecido a acostarse con él.

Scott sonrió de oreja a oreja.

—¡No me puedo creer que haya tenido un compañero de equipo *queer* durante todo este tiempo!

Lo dijo con alegría, pero Eric no pudo evitar que la culpa lo volviera a invadir.

—Siento no habértelo dicho antes y no haber tenido el valor suficiente para salir del armario cuando tú lo hiciste. Debería haber estado a tu lado.

—Lo has estado —dijo Scott enseguida—. Me has apoyado desde el momento en que te lo conté. Y después de que lo hiciera público, siempre has estado a mi lado: yendo a eventos LGBTIQ+ o al propio Kingfisher. ¿Crees que no sé lo mucho que odias ir de bares?

Eso hizo sonreír a Eric.

—Me gusta el Kingfisher.

—A mí también. Y siempre es agradable que mis compañeros de equipo me acompañen ahí. Joder, que hasta fue genial que viniera el puto Rozanov.

—Que, a todo esto, ¿qué pintaba ahí Rozanov? Nunca llegué a averiguarlo.

—Ah, quería hablarme de su organización benéfica. ¿Sabes que ha montado una con Shane Hollander?

—Sigo sin acabar de creerme que haya pasado, pero sí.

—Organizan unos campamentos de hockey en verano y me preguntó si me gustaría ser entrenador en uno de ellos —dijo Scott sonriendo—. Se notaba que le costaba mucho pedírmelo.

—¿Y por qué tú? Quiero decir, entiendo por qué alguien querría que fueras entrenador en un campamento de hockey, pero ¿por qué iba a quererlo Rozanov?

—La verdad, no estoy seguro. Pero me comentó que los campamentos son inclusivos. De hecho, utilizó las palabras «espacio seguro», por lo que casi me caigo de la silla. ¿A cuántos jugadores de hockey conoces que utilicen ese término?

—¿Te refieres a decirlo sin sarcasmo? A muy pocos.

—Exacto. Así que quieren que el personal sea diverso. Ni siquiera sería el único monitor gay, porque tienen a Ryan Price echando una mano.

—Siempre se me olvida que es gay.

—He oído que tiene un novio fantástico. Un músico. Me alegro por él.

—Qué bien.

—En fin, le dije a Rozanov que me gustaría echar una mano, pero este verano voy a estar muy ocupado con la boda y la luna de miel, además de con las obligaciones que ya tengo.

—Quizá el año que viene.

—Eso es lo que le dije. Estoy seguro de que a Kip le gustaría pasar una o dos semanas en Montreal. Ahí es donde tienen uno de los campamentos.

—Parece una buena organización benéfica —dijo Eric—. He leído que ya han financiado una gran reforma para un centro juvenil en Montreal.

—Es una pasada —coincidió Scott—. He estado pensando en crear mi propia organización benéfica, pero quizá lo que debería hacer es hablar con Rozanov y Hollander para unir fuerzas con ellos.

Rozanov y Hollander. Los nombres de los dos rivales que seguían sonando raro juntos.

—¿Quién iba a decir que Rozanov tuviera un corazón tan grande? —dijo Eric.

Scott sonrió.

—Tenía un presentimiento. Creo que, en secreto, puede que sea un cachito de pan.

—Pues lo disimula muy bien.

—Uy, desde luego. En fin, ¿por qué estamos hablando de Ilya Rozanov? Prefiero hablar de ti.

Eric levantó una mano.

—No, gracias. Ya he dicho todo lo que tenía que decir.

Scott echó un vistazo al reloj de la mesita de noche.

—Supongo que se está haciendo tarde. Y me va a fastidiar si mañana por la noche no estoy en plena forma contra Toronto.

—Total. Pero, oye, gracias por escucharme. —Resopló Eric—. Siento si te ha sorprendido.

—¿Estás de broma? Estoy encantado. —Scott lo atrajo hacia uno de sus característicos abrazos—. Tu secreto está a salvo conmigo. Te

lo prometo.

Eric suspiró contra su hombro. Echaría de menos esos abrazos cuando se retirara.

—Lo sé. Pero no sé si tiene que ser un secreto. Si la gente se entera, que se entere. Pero no voy a hacer un gran anuncio público.

—Me parece estupendo.

Se separaron y Eric se pasó una mano por el pelo, puesto que necesitaba pedirle una cosa más a Scott y no sabía muy bien cómo decírselo.

—Oye, eeeh, ¿podrías no decírselo a Kip? Me refiero a lo de Kyle. No es que haya nada que contar, en realidad, pero aun así…

Scott hizo un gesto como si cerrara la cremallera sobre los labios.

—No diré ni una palabra. Pero, oye, Benny…

—Dime.

—Por si te sirve de algo, creo que él te vendría bien. Aunque solo sea para… —Scott se frotó la nuca, nervioso—. Aprender cosas. O lo que sea.

Eric sintió que se le enrojecían las mejillas.

—Ajá.

Scott le dio una palmada en el hombro a Eric y dijo:

—Estoy orgulloso de ti, Benny.

—Gracias.

Eric salió de la habitación de Scott sintiendo que se había quitado un millón de kilos de encima.

Capítulo 12

A Eric le encantaba jugar contra Toronto porque odiaba a Dallas Kent.

El delantero estrella del equipo de Toronto tenía muchísimo talento, pero era uno de los mayores cabrones que conocía Eric. Era prepotente como Ilya Rozanov, pero sin una pizca de su encanto. Porque, pese a todas las críticas sobre lo malo que era Rozanov, jamás, que Eric supiera, había insultado dentro o fuera de la pista ni había subido bromas sexistas ni homófobas a Twitter. Rozanov tenía fama de ser un mujeriego, pero siempre parecía tratar a las mujeres —y hablar de ellas— con respeto.

En pocas palabras, todo lo contrario que el puto Dallas Kent.

Eric tenía muchos logros deportivos a sus espaldas de los que estar orgulloso, pero su favorito, en secreto, podría ser el no haber permitido que Kent le marcara ni un gol. Ni uno solo. Y eso no iba a cambiar esta noche.

Eric se fijó en que Kent estaba un poco más callado que otras temporadas. Tal vez tuviera que ver con que ya no tenía a su protector: Ryan Price había dejado el hockey en mitad de la temporada anterior. A decir verdad, Eric no podía culparlo; habría preferido beber veneno a tener que ganarse la vida defendiendo a Dallas Kent.

También era posible que Kent estuviera más callado esa noche porque sabía que el equipo de Scott Hunter no iba a tolerar los insultos. Si se atrevía a pronunciar algo remotamente homófobo, los New York Admirals en bloque se abalanzarían sobre él. No es que hubiera sido un camino de rosas para Scott desde que había salido del armario (a algunos jugadores los había pillado por sorpresa y se habían sentido incómodos con el anuncio público tan llamativo que

había hecho Scott), pero ahora, más de dos años después, no había ni un solo jugador en el equipo que no estuviera dispuesto a defender a su capitán.

Aunque Eric se percató de cómo miraba Kent a Scott en la pista. Con desprecio. Kent era un mierda.

Y seguro que tampoco le gustaban ni un pelo las banderas arcoíris.

Desde que Scott había salido del armario, en todos los estadios en los que jugaban los Admirals había por lo menos un par de banderas *queer* entre el público. A veces había carteles hechos a mano en los que daban las gracias a Scott o le pedían matrimonio. Puede que las banderas fueran para Scott, pero Eric también se enternecía al verlas. Era chulo sentirse apoyado, aunque los fans no supieran que le estaban apoyando a él en concreto.

Se preguntó cuántos jugadores más se sentirían igual. Tal vez algunos de los desgraciados compañeros de equipo del homófobo Dallas Kent. Entonces recordó de nuevo que Ryan Price era gay y había tenido la tarea de proteger a Kent. ¿Cómo era posible que Kent continuara vivo?

Eric entrecerró los ojos en dirección a Kent mientras el capullo esperaba el saque.

—¿Veis a ese tío? Esta noche no va a meternos ni uno, ¿de acuerdo?

Los postes se quedaron callados, pero Eric estaba bastante seguro de que entendían sus órdenes.

Por suerte, Scott cogió el saque y desplazó el *puck* a toda velocidad hacia el extremo opuesto de la pista. Eric se irguió y sacudió los hombros, que llevaban un par de días tensos.

—Pásasela a Carter, está solo por allá —murmuró Eric.

Pero, en lugar de eso, el equipo de Toronto paró el tiro de Scott y ahora Kent corría como el rayo hacia Eric con el *puck*.

—Muy bien, colegas. Acordaos de lo que he dicho. No va a meternos ni uno.

Matti llegó hasta Kent, así que este lanzó el *puck* hacia su compañero de línea, Troy Barrett, a quien Eric siempre había considerado el «clon light de Dallas Kent». Tenía casi tanto talento

como él y era casi igual de imbécil. Por lo menos, Eric suponía que lo era, porque se sabía que era colega de Kent, y Eric dudaba de que alguien pudiera ser amigo de Kent a menos que también fuera una persona de mierda.

Así pues, tampoco iba a permitir que Troy Barrett le marcara un gol.

Barrett se vio obligado a retroceder hasta la línea azul con el *puck* para que los delanteros de Toronto pudieran reagruparse.

—¡Cuidado con Aucoin! —chilló Eric, porque habían dejado el camino despejado al único delantero de Toronto que no era una superestrella—. ¡Id a por él!

Matti lo oyó y fue a cubrirlo, pero no llegó antes de que Barrett le mandara el *puck* a Aucoin. Eric se colocó en la esquina de la portería y esperó. Era famoso por su paciencia, por tener un don para esperar sin prisa al contrincante y obligarle a mover primero. Eso fue lo que hizo entonces y recibió la recompensa de un cambio en la mirada de Aucoin que le indicó con exactitud hacia dónde planeaba lanzar el *puck*. Si Aucoin hubiera sido un jugador más inteligente, como Ilya Rozanov o Shane Hollander o, maldita sea, el puto Dallas Kent, Eric habría tenido que decidir si el cambio en la mirada había sido un truco. Pero Aucoin era más predecible y lanzó el *puck* justo donde Eric esperaba que lo hiciera: alto por la parte del guante. Fue fácil pararlo.

Kent se chocó con él justo después de que Eric atrapara el *puck* y lo empujó hacia atrás tan fuerte que los hombros del portero golpearon contra el larguero. Le dolió un huevo.

Eric le devolvió el empujón, también fuerte.

—Joder, qué amable eres, capullo.

Matti y Scott también llegaron a la portería.

—¡Lárgate, joder! —gritó Scott, y agarró a Kent.

Este intentó sacudírselo de encima y luego le dio un empujón.

—No me puto toques, Hunter.

Puso cara de asco, como si Scott fuera una montaña de carne podrida, y quiso apartar la mano de Scott de un golpe. Scott mantuvo el agarre y se acercó más al contrincante. Kent parecía horrorizado, como si Scott fuera a besarlo o algo así.

—Suéltame, pedazo de…

Kent se contuvo justo a tiempo.

—¿Pedazo de…? —le chilló Scott a la cara—. ¿Pedazo de qué? ¡Venga, acaba la puta frase!

—Bueno, ya basta. —Uno de los árbitros llegó para separarlos—. Id a los banquillos ahora mismo si no queréis ganaros una falta cada uno.

—¡Acaba la frase! —volvió a chillar Scott por encima del hombro del árbitro a la espalda de Kent, que se alejaba.

—Oye. —Eric se quitó el guante y puso la mano en el brazo de Scott—. Pasa de él.

Scott era un amor casi todo el tiempo, pero podía ponerse violento en la pista si alguien lo sacaba de quicio. Era un tipo alto —más de metro noventa y todo músculo—, así que podía hacer mucho daño si se lo proponía.

—Odio a ese puto tío —dijo Scott.

Lo dijo con voz más tranquila, así que el árbitro lo soltó.

—Todos lo odiamos —respondió Eric.

—Sin comentarios —murmuró el árbitro, que se alejó patinando.

En ese momento, Eric se fijó en que Troy Barrett estaba plantado a un par de metros, observándolo. No parecía en absoluto amenazador. En realidad, parecía… ¿avergonzado? Desde luego, por lo menos estaba incómodo.

Eric se levantó la máscara protectora y le lanzó una mirada interrogante. Troy abrió la boca, la cerró y se marchó patinando.

Todo el equipo de Toronto era rarísimo.

Eric bebió agua y se preparó para el saque que tendría lugar justo delante de él.

—Y, por eso —les dijo a sus postes—, no dejamos que Kent nos marque ni un gol.

Era una lástima que Kent fuese un imbécil homófobo, porque Toronto tenía una comunidad *queer* amplia y muy activa. Ojalá su jugador de hockey estrella fuese un mejor modelo a seguir.

Kyle le había recomendado a Eric que saliera de fiesta mientras estaba en Toronto. Que fuera a uno de los numerosos bares de ambiente y encontrara, en palabras de Kyle, «algún amorcito sexy

canadiense que te haga entrar en calor». Eric no tenía la menor intención de hacer eso, por supuesto, y trató de no pensar en la posibilidad de que Kyle se fuera más calentito a la cama en Nueva York esa noche. En lugar de eso, prefería mil veces rememorar su beso. Y fantasear con la oferta de Kyle de hacer algo más juntos.

Algo más. Ni en sueños podía ser buena idea.

Otra idea nada buena: soñar despierto con follar con Kyle mientras estaba en mitad de un partido de hockey.

Hasta entonces la acción se había desarrollado en la otra mitad de la pista, pero ahora los jugadores de Toronto contratacaban y corrían hacia Eric con el *puck*.

—Vamos allá, colegas —les dijo Eric a sus postes—. Yo haré mi trabajo; vosotros haced el vuestro.

El tiro llegó desde un ángulo inesperado. Eric se había colocado para bloquear un tiro bajo por su derecha, pero habían pasado el *puck* en el último segundo. Eric trató de estirarse para detenerlo, pero era un lanzamiento alto que voló por encima de su bloqueo.

«¡Ping!».

Ese sonido, ese sonido glorioso, era el favorito de Eric en el universo entero. El tintineo de un *puck* al golpear el poste y desviarse lejos de la portería era un coro de ángeles para un portero. Si Eric llegaba a viejo, quería que esa melodía sonara en bucle junto a su lecho de muerte mientras agonizaba.

El gruñido de decepción de los fans de Toronto que siguió al ping fue otro sonido bastante fabuloso.

—Gracias, amigo —dijo Eric una vez que la jugada se había alejado de su extremo de la pista.

Le dio una palmadita cariñosa al poste.

«Vale. Concéntrate, Eric». No podía contar con que los postes le salvaran el culo por segunda vez, así que necesitaba despejarse la cabeza.

«Gana este partido y luego podrás pensar en Kyle todo lo que quieras cuando estés en la habitación del hotel», se dijo.

No le gustaba recurrir a algo tan patético para motivarse, pero

funcionó. Toronto no volvió a marcar y el equipo de Nueva York ganó el partido.

Kyle: He encontrado a alguien para ti.

Eric se quedó perplejo al ver el mensaje en la pantalla del móvil. Normalmente estaría durmiendo a esas horas, sobre todo después de un partido, pero esa noche no podía pegar ojo. Se preguntaba si Kyle estaría trabajando en esos momentos. No sabía por qué le había escrito.

Ah, claro. Había encontrado a alguien. En plan, alguien con quien Eric pudiera quedar y que no fuera Kyle. Eric pasó por alto cómo se le encogía el corazón ante esa posibilidad.

Eric: ¿A quién?

Kyle: Aún no sé cómo se llama. Pero es perfecto para ti.

Eric se rio en la oscura habitación de hotel y se incorporó un poco en la cama para poder apoyarse en el codo.

Eric: Suena genial.

Confiaba en que pillara el sarcasmo.

Kyle: Seguro que tiene treinta y tantos, está buenísimo y me ha parecido oír que es vegetariano.

Estupendo. Porque las preferencias alimentarias eran el requisito número uno que atraía a Eric.

Eric: ¿Es un cliente?

Kyle: Sí. Me parece que tenía una cita, pero no ha salido bien. Ahora está sentado solo.

Eric: ¿Has espiado a un cliente mientras tenía una cita?

Kyle: ¡Solo les he llevado las bebidas! ¡No puedo controlar lo que oigo!

Se produjo una pausa larga y entonces Kyle escribió:

Kyle: También le he hecho una foto.

Eric gruñó. Hacía solo una semana que había salido del armario como bisexual y la cosa ya empezaba a desmadrarse.

Eric: Te has pasado, ¿no?

Kyle no respondió. Eric suspiró y escribió:

Eric: Mándamela.

Al cabo de unos segundos, Eric miraba una foto oscura y algo borrosa de un hombre sentado a una mesa; salía de perfil. Costaba saberlo con seguridad, pero sí parecía que podía ser guapo. Pelo castaño bien arreglado, ropa chula y, sí, parecía casi de la edad de Eric.

Eric: ¿No deberías estar trabajando?

Kyle: ¡Estoy en mi descanso!

Ah. Eric no pudo evitar conmoverse al saber que Kyle estaba empleando su pausa para hablar con él. Y que se había pasado la noche intentando encontrarle un ligue a Eric.

Eric: Tiene buena pinta.

Kyle: Ojalá estuvieras en la ciudad. Podrías colarte en el asiento libre y preguntarle cómo se llama.

A Eric se le calentó la nuca solo de pensarlo.

Eric: Y entonces ¿qué diría?

Kyle: ¿¿Lo normal??

Eric no tenía la menor idea de qué era lo normal cuando se trataba de ligar.

Kyle: Vamos a practicar. Yo seré él. Tú sé tú.

Eric: No hace falta.

Kyle: Entonces ¿ya no necesitas practicar?

Eric hizo una mueca. Por supuesto que necesitaba practicar. Suspiró y escribió:

Eric: Vale. Entonces me siento y digo: «Hola. Soy Eric».

Kyle: Una entrada contundente. Muy bien. Te doy la mano y digo: «Soy Neil. Encantado de conocerte, Eric».

Eric: ¿Neil? ¿En serio?

Kyle: Sí. ¿Por qué te ríes de mi nombre, idiota?

Eric se echó a reír y luego escribió:

Eric: Perdona, Neil. Es un nombre precioso.

Kyle: Me lo pusieron por mi abuelo.

Guau. Kyle se estaba metiendo a fondo en el papel.

Eric: Ah. Qué… original.

Kyle: Fue el primer hombre que pisó la Luna.

Eric echó la cabeza hacia atrás, la apoyó en la almohada y soltó una sonora carcajada. Le alivió que Kyle no se tomara aquel ejercicio demasiado en serio.

Eric: Guau. Es alucinante.

Kyle: A LO QUE ÍBAMOS. ¿A qué te dedicas, Eric? Me suena tu cara y no sé de qué.

Eric: Juego al hockey en los New York Admirals.

Kyle: Hostia puta. ¿Y conoces a Scott Hunter?

Eric: Me temo que sí.

Kyle: Está buenísimo.

Eric: Sí. Es maravilloso. Y tiene novio.

Si se suponía que eso tenía que ayudar a Eric a aprender a ligar, no estaba funcionando. Decidió tomar las riendas.

Eric: ¿Estás solo?

Kyle: Ya no.

Y añadió el emoticono del guiño.

Eric no tenía ni idea de qué contestar. Costaba tontear con una persona imaginaria. Quizá si llamaba a la persona imaginaria Kyle en su mente…

Eric: Tienes unos ojos preciosos.

Oye, no pasaba nada por robarle la frase al tío aquel, Alex. Además, era cierto que Kyle tenía unos ojos preciosos.

Kyle: Apuesto a que se lo dirás a todos los chicos.

Eric: En realidad, no.

Kyle: A mí también me gustan tus ojos. Y cómo me miras ahora mismo.

Eric no estaba mirando a nadie en ese momento, pero aun así sintió la necesidad de apartar la vista. Escribió:

Eric: Llevo toda la noche mirándote.

Kyle: Y yo a ti también. Confiaba en que te fijaras en mí.

Eric: ¿Ah, sí? ¿Y eso?

Kyle: Porque tienes pinta de besar bien. Y quiero comprobarlo.

Abstraído, Eric se acarició los labios con el pulgar mientras se planteaba qué responder.

Eric: Si quieres, te ayudo a comprobarlo.

En ese escenario inventado, habría una mesa entre él y, eh, Neil. Nada que invitara a besarse. Mientras trataba de dar con una forma sutil de insinuar que iba a levantarse de la mesa, Kyle escribió:

Kyle: Vivo a un par de manzanas de aquí.

Ah, vale. Bueno, entonces sería cuando las cosas se pondrían incómodas. Es más, cuando empezaban a ponerse incómodas allí mismo, en la realidad.

Eric: No me van mucho los rollos de una noche.

Kyle tardó una eternidad en responder.

Kyle: No pasa nada. ¿Hay algo que sí te gustaría hacer conmigo?

Eric: ¿Puedo invitarte a otra ronda? Podríamos charlar un rato.

Kyle: Me encantaría.

Eric sonrió mientras seguía mirando al móvil y se preguntó si «Neil» se mostraría así de relajado. También se preguntó si Kyle estaba actuando como si fuera otra persona o como si fuera él

mismo. ¿Así reaccionaría de verdad si un hombre le propusiera tomar otra ronda en lugar de irse corriendo a follar?

Pero ahora Eric no sabía muy bien qué escribir.

¿Se suponía que tenía que ir a la barra y pedirle un trago a «Neil» o debía seguir hablando? Qué situación tan rara.

Eric: ¿Y qué pasa ahora?

Kyle: ¿Me lo preguntas a mí o a Neil?

Eric: A ti.

Kyle: Invitas a Neil a tomar algo y perdéis la noción del tiempo mientras habláis. La cosa fluye. Tienes muchas ganas de volver a verlo.

Eric: Vale. Entonces ¿le propongo si quiere ir a cenar conmigo algún día?

Kyle: Prueba.

Eric resopló y puso:

Eric: Me encantaría verte otro día. ¿Te apetecería quedar para cenar?

Kyle: Pues claro. Espera, voy a darte mi número.

Bueno, no había sido tan difícil. Eric se quedó mirando esas dos últimas líneas, convencido de que parecía que acabara de pedir salir a Kyle y le hubiera dicho que sí.

Kyle: ¿Sigues ahí?

Eric: Sí, perdona. No sabía qué decir.

Kyle: Debes de ser la caña haciendo sexting.

Eric se rio y escribió:

Eric: Nunca lo he probado.

Kyle: Bueno, si alguna vez quieres practicar…

Practicar. Ya estaba otra vez con esa propuesta.

Eric: Le he contado a Scott que soy bi.

Kyle: ¡Guay! ¿Qué tal ha ido?

Eric: Genial. Me ha apoyado, claro.

Kyle: Claro.

Eric se armó de valor. Era el momento de sacar el tema que lo tenía obsesionado desde hacía días.

Eric: He pensado mucho en tu ofrecimiento.

Kyle: Ajá.

Eric: Vuelvo a Nueva York el miércoles por la noche. Tengo el jueves libre.

Contuvo la respiración mientras esperaba una respuesta.

Kyle: ¿Ah, sí?

Eric: ¿Vienes a mi casa a cenar?

Kyle: ¿A cenar o a «cenar»?

Eric sintió un cosquilleo en el estómago. Quería ser atrevido y confirmar la segunda opción, pero no acababa de verse preparado.

Eric: Empecemos con la cena.

Kyle: Y si luego nos quedamos con hambre…

Eric se mordió el labio y escribió:

Eric: Te mando un mensaje cuando haya vuelto. Buenas noches.

Kyle mandó un emoticono de una cara con un beso. Eric no respondió porque los emoticonos siempre le parecían una bobada.

Así pues, Eric tenía una posible cita con Kyle. O, mejor dicho, una posible sesión planificada de sexo platónico. Uf, qué forma tan deprimente de verlo.

Cabía la posibilidad de que practicara sexo con Kyle. Tal vez sexo anal, algo que le resultaba emocionante y aterrador a la vez. Era algo que nunca había hecho con Holly (ni dando ni recibiendo), pero había experimentado un poco con sus propios dedos. Lo suficiente para saber que tenía ganas de más. Ojalá Scott fuese la clase de amigo con el que poder hablar de sexo, porque le gustaría tener a alguien con quien compartir la ansiedad que le daba el acostarse con un hombre. Eric se preguntó si Scott era igual de vergonzoso al hablar de sexo que en la cama o si en secreto sería un portento sexual.

Vale. Ahí mismo estaba la prueba de que Eric necesitaba esa sesión planificada de sexo platónico. Bajo ningún concepto debería estar pensando en la personalidad sexual de su mejor amigo y capitán de su equipo.

Dejó que sus pensamientos regresaran flotando hasta Kyle, lo cual le resultó fácil. Su imaginación le proporcionó una imagen de Kyle mirándolo a la cara, con ojos vidriosos y los labios rosados brillantes y ávidos de deseo mientras Eric se metía su polla en la boca. Eric nunca lo había hecho, pero, dios, se moría de ganas.

Se hizo una paja rápida, como siempre, y al acabar se sintió mucho más preparado para dormir. Se limpió en el cuarto de baño y, cuando regresó a la cama, vio que había recibido un mensaje nuevo.

Kyle: Se llama Sebastian. No he acertado ni de casualidad.

Capítulo 13

A las seis de la tarde del jueves, Kyle ya estaba en la puerta de Eric con una mochila y un apetito voraz tanto de comida como de sexo.

Cuando Eric abrió la puerta, estaba increíblemente guapo. Llevaba un par de botones del cuello de la camisa blanca desabrochados y las mangas remangadas, y de pronto a Kyle se le pasaron las ganas de comer por completo.

—Hola —dijo Eric, y se apartó para dejar pasar a Kyle—. Gracias por venir.

—Bueno, iba a pasarme la tarde viendo *Guy's Grocery Games* o algo así, conque te agradezco la invitación.

Le dio un beso en la mejilla a Eric y pasó por delante de él para entrar en la casa.

Eric le cogió el abrigo y señaló la mochila que llevaba Kyle.

—¿Qué has traído esta vez?

—Ingredientes para otro cóctel sin alcohol.

Eric le sonrió con cariño, como si le hubiera emocionado mucho el gesto.

—Qué detalle… Aunque tengo vino, si te ape…

—No, no. Estoy bien.

Ni hablar de que Kyle fuera a ponerse siquiera achispado si las cosas salían bien, y Eric confiaba en que Kyle se lo llevara a la cama.

—Espero que no te importe tomar un plato vegetariano —dijo Eric mientras subían a la planta donde estaba la cocina.

—Claro que no.

A Kyle tampoco le importaba el panorama del culo y los muslos de Eric que tenía mientras lo seguía escaleras arriba. Incluso enfundados en los vaqueros elásticos, esos músculos parecían capaces de aplastar un coche.

—No es que sea un experto en cocina ni mucho menos, ¿eh? Pero sé hacer algunos platos. ¿Te gustan los huevos?

—Me encantan.

—Bien. He preparado *shakshuka*. Son…

—Huevos escalfados en salsa de tomate. ¡Para chuparse los dedos!

—Estoy de acuerdo. He comprado pan bueno y he pensado que podríamos ponernos en la isla de la cocina, porque se comen directamente de la sartén.

A Kyle le encantaba la idea. Era divertida e íntima. La comida perfecta para una cita. Tal vez Eric tuviera más rollo del que parecía.

Siguió a Eric a la cocina. Nadie habría dicho que alguien había estado preparando algo de comer allí, salvo por la sartén de hierro fundido en la que borboteaba la salsa de tomate. Aparte de eso, la sala estaba inmaculada. Eric se acercó a la nevera y sacó una huevera. Kyle decidió ponerse a preparar las bebidas.

—¿Qué haces? —preguntó Eric.

—Será una especie de versión con cero alcohol de un mojito.

Kyle sacudió un manojo de menta fresca.

—Nunca he tomado un mojito.

—Como te gusta tanto la gaseosa con lima, pensé que podía apetecerte. —Kyle se acercó al armario y sacó dos vasos altos—. Lleva lima y menta con un sirope o azúcar y luego se le pone gaseosa. A ver, normalmente lleva también ron, claro, pero he preparado un sirope especiado para compensar el sabor que falta.

—Impresionante. —Eric cascó un cuarto huevo en la sartén—. Tendrás que enseñarme a hacer esa clase de cócteles.

—Puedes ayudarme a preparar estos si quieres. —Kyle empezó a arrancar hojas de un tallo de menta—. Entonces ¿nunca te ha dado por beber?

—Nunca. Ni cuando iba a la uni.

—Sé que no es asunto mío, pero ¿hay algún motivo?

—Me gusta el control. —Eric cogió un tallo y se puso a arrancar hojitas como Kyle—. Necesito controlar mi mente y mi cuerpo. Y me gusta que mi cuerpo esté lo más limpio posible por dentro.

—¿Nunca has sentido la necesidad de soltarte? ¿Relajar ese

control?

—Pocas veces. Pero, cuando me pasa, hay… otras maneras de conseguirlo.

Kyle rompió una hoja por la mitad, con los dedos torpes de repente.

—Se me ocurren un par de formas.

Eric lo miró con unos ojos oscuros arrolladores. Kyle le aguantó la mirada para transmitirle que estaba cómodo hablando de eso. O, joder, haciéndolo, y que le dieran a la *shakshuka*.

Eric fue a comprobar cómo estaban los huevos.

—Otro par de minutos y estarán perfectos, creo.

—Ven, ayúdame a mezclarlo todo.

Kyle le enseñó a Eric a aplastar con cuidado las hojas de menta en el fondo de los vasos con un mezclador que había llevado. Le contó cómo había hecho el sirope y lo importante que era lograr un sabor equilibrado en un cóctel. Eric era un estudiante aplicado, escuchaba atentamente y hacía preguntas. Cuando terminaron, había dos vasos altos de mojitos sin alcohol dignos de postureo en Instagram.

—Deberías ser barista —bromeó Eric.

—Ojalá pudiera hacer cosas así en el trabajo. —Kyle suspiró—. Algún día.

—¿Algún día?

Kyle imaginaba cómo iba a reaccionar Eric, con su título en Harvard y su impresionante carrera en la NHL, ante esa noticia.

—Creo que es lo que quiero hacer. Ser barista. Trabajar en hostelería. Quizá tener un bar propio algún día.

Eric frunció el ceño.

—¿Y qué pasa con tus estudios? Pensaba que tal vez te gustaría dar clases en la universidad. O quizá trabajar en un museo.

«Siento decepcionarte, colega».

—Me gusta lo que estudio, pero creo que mi verdadera pasión es cuidar de la gente. Asegurarme de que se lo pasan bien. Creo que proporcionar un espacio acogedor donde la gente pueda relajarse y divertirse es un servicio importante.

Por dios, Kyle estaba vendiendo la idea demasiado bien. La conversación se parecía tanto a las que había mantenido con sus padres que le resultaba incómodo. Se preparó para la reprimenda de Eric.

—Se te da bien. —Fue la respuesta de este—. Creo que si llevaras un bar o un restaurante lo harías genial.

Kyle se quedó tan confundido por las alentadoras palabras de Eric que durante un segundo se limitó a mirarlo a la cara, asombrado. Luego, por fin asintió y dijo:

—Gracias. De momento es solo un sueño.

—Los sueños son importantes. —Eric sacó la sartén del fuego y la colocó sobre un paño doblado en mitad de la isla—. Yo no estaría en la NHL de no ser por los sueños.

Kyle no estaba seguro de por qué las palabras amables de Eric le afectaban tanto. Sus amigos se pasaban el día animándolo. ¿Era porque Eric era mayor que él? ¿O quizá porque era una de las personas más impresionantes que había conocido en su vida? ¿O acaso habría alguna otra razón por la que a Kyle le emocionaba tanto contar con su aprobación?

Kyle vio el pan metido en una bolsa de papel y lo cogió.

—Guau, tiene una pinta brutal. —Se sentó en uno de los taburetes enfrente de donde estaba de pie Eric—. Este pan huele increíble.

—El pan es mi debilidad —dijo Eric con cierta timidez—. He intentado dejarlo, pero…

—Con algo te tienes que divertir…

—Sí. No puedo dejar de comer pan.

Kyle levantó el vaso.

—Por el pan.

Eric sonrió y brindó con Kyle.

—Por el pan. —Dio un sorbo y sonrió—. Está riquísimo.

—¿A que es refrescante?

—Mucho. Solo nos falta una playa en lugar de Manhattan en diciembre.

Eric se quedó al otro lado de la isla de la cocina, de pie y con un codo apoyado en la encimera. Comieron los primeros bocados en

silencio, arrancando pedazos de pan de la barra y mojándolos en la rica salsa de tomate.

—Muy buena elección, por cierto —dijo Kyle—. Me refiero al *shakshuka*. Sería muy inteligente prepararlo si tuvieras una cita de verdad. Me has conquistado.

Por un momento, Eric se quedó perplejo. Entonces sonrió de un modo que no resultó del todo natural.

—Lo tendré en cuenta.

Ni siquiera habían terminado de cenar y Eric ya se sentía vulnerable y estúpido. Por supuesto que sabía que Kyle no era su novio ni nada por el estilo, pero, aun así, el recordatorio de que aquello era una farsa le sentó como un puñetazo en el estómago.

Tenía que superarlo. Kyle había ido para ayudarle, no para enamorarse.

—He estado pensando en qué enfoque sería mejor —dijo Eric. Parecía que estuviera en una entrevista de trabajo. Lo intentó de nuevo—. O sea… He pensado en qué podríamos hacer. Esta noche.

Los ojos azules de Kyle centellearon. Eric se alegraba de que se hubiera puesto las gafas. Lo hacían parecer más… blando.

—¿Ah, sí? ¿Y qué se te ha ocurrido?

Eric rebañó la sartén con un trozo de pan e intentó aunar valor.

—No sé si estoy listo para la, eh, penetración.

Levantó la mirada y se topó con Kyle encogiendo los hombros tan tranquilo.

—Por mí, bien. Tengo un millón de ideas de cosas que podríamos hacer que no impliquen nada anal. Supongo que es a lo que te refieres.

—Sí, eso.

Kyle bordeó la isla hasta quedar junto a Eric.

—Podemos hacer cualquier cosa con la que te sientas cómodo. Incluso si es darte las gracias por una cena buenísima y luego darte las buenas noches.

—Pero has venido para algo más que eso.

—Da igual. —Kyle lo cogió de la mano—. Lección número uno,

Eric: no estás obligado a hacer nada. Si invitas a alguien para follar y luego cambias de opinión es lícito. Siempre.

Eric miró las manos cogidas, fascinado por los dedos largos y delgados que se entrelazaban con los suyos, más gruesos.

—Pero me parece feo.

—Insisto en que eso da igual. Nunca estás obligado. Aunque, si alguien te pone y no es un capullo integral, se considera de mala educación dejarlo colgado. Pero, aun así, tú decides. Y, si sí es un puto capullo integral, pues entonces le das una patada en los huevos y lo largas de casa. He dicho.

—Tomo nota. —Kyle estaba tan cerca que en lo único en que podía pensar Eric era en besarlo—. Pero ¿si no es un capullo integral y sí… me apetece?

—Entonces —dijo Kyle con voz ronca—, deberías hacérselo saber. Para que esté seguro.

Por fin, Eric encontró el valor para preguntar:

—¿Puedo besarte?

Kyle inclinó la cabeza hacia atrás.

—Por favor.

Se quedó totalmente quieto y dejó que Eric se acercase a él. El jugador notó una descarga eléctrica cuando sus labios se tocaron; excitación mezclada con el alivio de conseguir al fin lo que le había obsesionado desde hacía días. Kyle tenía los labios muy suaves y cálidos y lo besaba con dulzura, sin presionar. Cuando Eric abrió la boca y sus lenguas se rozaron, notó el sabor de las especias de la salsa de tomate y la menta de los mojitos.

Kyle enterró los dedos en el pelo de Eric y tiró con suavidad, y ¿por qué le excitaba tanto? Cuando Eric gimió en su boca, Kyle tomó las riendas del beso e hizo retroceder a Eric hasta que se empotró contra la nevera.

Ese pequeño cambio —la sensación repentina de estar atrapado entre el acero inoxidable y el cuerpo firme y cálido de Kyle— encendió un interruptor en él. Por un momento, dejó de preocuparse de controlarlo todo y besó a Kyle con pasión, desesperado por acercarlo todavía más a su cuerpo. ¿Cuánto hacía que no se excitaba tanto? ¿Le había ocurrido alguna vez?

—Vamos arriba —murmuró Kyle pegado a sus labios.

Por muy empalmado que fuera, Eric no pudo evitar mirar de reojo la cocina. Sabía que Kyle se reiría de él, pero tenía que decirlo.

—Vale. Pero ¿te importa si recojo antes?

Kyle dio un paso atrás sonriendo.

—Te mueres si dejas esto hecho un desastre, ¿verdad?

Eric recogió la sartén y lo rodeó.

—No podría concentrarme. No es broma.

—Te creo.

Kyle no lo dijo con tono de reproche. Se limitó a acercarse a la isla de la cocina y recogió los platos sucios. Entre los dos tardaron apenas diez minutos en limpiarlo todo, y el cambio de actividad permitió a Eric rebajar un poco la excitación. Necesitaba aproximarse a aquello con la cabeza despejada, porque de lo contrario iba a: a) saltar encima de Kyle como un adolescente cachondo, y b) correrse en un minuto.

Cuando terminaron, Kyle abrazó a Eric por el cuello.

—¿Y ahora qué? ¿Por dónde íbamos?

Eric chasqueó la lengua.

—Qué morro…

—Estoy ansioso —le corrigió Kyle—. Llevo días pensando en hacerte de todo.

Eric se quedó de piedra.

—¿De verdad?

—Pues claro —dijo Kyle como si tal cosa—. Tengo un montón de planes para ti.

Dios, Kyle era maravilloso. Tan seguro de sí mismo, atractivo y, bueno, joven… Eric no podía creerse que estuviera entre sus brazos. A punto de estar en su cama. Incluso si era solo para demostrar que era un amigo con ganas de ayudar. Lo besó de nuevo, porque podía hacerlo, al menos de momento.

—Vamos —murmuró Eric con la esperanza de que el deseo camuflara los nervios.

Condujo a Kyle por los dos tramos de escaleras que llevaban hasta el dormitorio principal. Fue dando profundas y relajantes bocanadas de aire para intentar apaciguar su corazón desbocado.

—Guau. Es… guau —dijo Kyle cuando llegaron al rellano.

El dormitorio y el baño en suite ocupaban toda la planta superior de la casa. A Eric le encantaba esta habitación, con sus ventanales y la pared de ladrillo a la vista. En la pared opuesta a la cama estaba expuesto uno de sus cuadros favoritos: un paisaje marítimo abstracto que le parecía relajante y sobrecogedor a la vez. El suelo, la robusta estructura de la cama extragrande y el cabecero estaban hechos de madera recuperada. Era un espacio que generaba paz y que, ahora mismo, con la impactante iluminación que había preparado antes y el precioso chico que había ahí en medio, podría describir también como sensual.

Kyle se sentó en la punta de la cama, sin dejar de contemplar el dormitorio.

—Bueno, ¿cuáles son las opciones? —preguntó—. Quiero preguntártelo antes de que empecemos a enrollarnos otra vez. ¿Qué te gustaría hacer esta noche?

—Eh…

Eric debería haber tenido una respuesta lista para esa pregunta, pero se había quedado en blanco. Pensó en la boca de Kyle y en cómo la había notado contra la suya. En cómo la notaría en otras partes del cuerpo. Y también en qué sentiría si se pusiera de rodillas para Kyle y empleara la boca para ganarse palabras de admiración y gemidos de placer.

—Me gustaría probar… el sexo oral.

Kyle se cruzó de brazos y sonrió.

—¿Quieres chuparme la polla, Eric?

Lo dijo en tono juguetón y seductor a la vez y, dios, cómo le ponían esas palabras… La erección de Eric se había desinflado un poco mientras subían las escaleras, y ahora cambió de postura para que no se notara tanto que iba empalmado.

—No te prometo que se me dé genial —dijo con sinceridad—. Pero me gustaría probar.

Kyle se deslizó fuera de la cama y se mordió el labio mientras caminaba hacia él.

—No me importa que hagas experimentos conmigo. —Dirigió la mirada sin titubear hacia el bulto evidente que se había formado en

los pantalones de Eric—. Tampoco me importaría hacerte una demostración primero.

—Ah…

Kyle juntó la boca a la de Eric y lo besó con pasión. Eric notaba la cabeza aturdida por la lujuria (una sensación a la que no estaba acostumbrado), pero hizo lo que pudo por estar a la altura del beso. Quería que Kyle tomara la iniciativa e hiciera lo que le apeteciera, pero no sabía cómo pedírselo. No quería pedírselo. Por una vez en su vida, Eric no quería ser quien llevase la batuta.

Kyle bajó una mano a la entrepierna de Eric y empezó a acariciar su polla dura a través de los pantalones.

—No está mal —murmuró contento Kyle. Besó a Eric en la mandíbula y luego le mordisqueó el lóbulo de la oreja. Eric inclinó la cabeza hacia atrás y soltó un gemido totalmente involuntario—. Se te ha puesto durísima conmigo, ¿eh? Ay, mi amor, hacía mucho, ¿eh?

En otras circunstancias, habría sonado raro que le hablara con tanta ternura —apenas se conocían—, pero a Eric le resultó emocionante.

—Demasiado —coincidió en un jadeo.

—Ahora lo arreglamos —le prometió Kyle—. Hoy te voy a dejar seco.

Dios, le sonó a música celestial. Eric lo besó otra vez con la esperanza de indicar así que aprobaba los planes de Kyle. Se quedó quieto, con todo el cuerpo vibrante de anticipación, mientras Kyle le desabrochaba los pantalones y metía la mano dentro. Al notar cómo le agarraba la polla, Eric gimoteó en la boca de Kyle. Sabía que deseaba algo así, pero ahora que tenía la mano de ese chico tan guapo alrededor de la polla y su resbaladiza lengua acariciando la de él, Eric pensó que no sabía cómo había podido vivir sin eso hasta entonces.

Kyle le cubría la polla sin hacer fuerza, las yemas de sus dedos rozaban levemente la parte larga del miembro. En un par de ocasiones, Eric empujó con las caderas, ávido de más. Kyle se rio y apartó la mano.

—Te mueres de ganas. ¿Por qué no te desnudas y vienes conmigo a la cama?

Eric nunca se había quitado la ropa tan rápido. Había estado desnudo delante de otros hombres tantas veces en su vida que no le daba el menor apuro que lo viera entero. Observó a Kyle, deseoso de ver su reacción. Deseoso de tener su aprobación.

—Joder. —Kyle sonó horrorizado.

No era muy alentador. Pero entonces le tocó el pecho a Eric con suavidad en el punto en que tenía un moretón que le había salido por culpa de un lanzamiento fuerte durante un partido en Toronto.

—No es nada —dijo Eric, que no quería distracciones.

—Tienes un montón —comentó Kyle en voz baja.

Apoyó los dedos en otro hematoma. Y luego en otro.

—Es parte del juego. Ya casi ni los noto.

Entonces Kyle resiguió las líneas de las cicatrices de las operaciones en el hombro.

—Apuesto a que esto sí lo notaste.

—Solo son unos arreglos. Ahora todo funciona bien.

Kyle besó la cicatriz, lo que, por extraño que pareciera, era muy sensual, y al notarlo Eric cerró los ojos sin querer y dejó la boca entreabierta. Kyle dejó allí los labios un instante y rozó con delicadeza la fina línea de la cicatriz mientras Eric se esforzaba en respirar. No era más que una cicatriz —ni siquiera tenía una historia interesante detrás—, pero lo que hacía Kyle le resultó tan íntimo y adorable que Eric se perdió en la sensación.

Luego dejó de notar los labios de Kyle y, cuando abrió los ojos, vio que el otro se había alejado un paso para quitarse la camiseta. El cuerpo de Kyle no estaba magullado ni tenía marcas, era justo como Eric lo recordaba de cuando lo había visto a medio vestir en su cuarto de invitados: perfecto. Su estómago plano y sus pectorales tonificados, con esa línea de vello en la que Eric no había podido dejar de pensar, se desplegaron ante él, y esta vez Eric podía admirarlos tanto como quisiera.

Se sentó al final de la cama y observó a Kyle mientras se desabrochaba los vaqueros y los deslizaba por las caderas estrechas. Parecía un modelo, allí de pie delante de Eric, cubierto únicamente por unos bóxers azules.

Un modelo con una erección más que evidente que estiraba el

tejido del calzoncillo.

Kyle se colocó entre las piernas de Eric y le levantó la barbilla.

—Quítamelos —le indicó.

En el mundo del hockey, Eric era famoso por sus manos firmes y por saber mantener la calma cuando estaba bajo presión. Pero no pudo evitar que le temblaran las manos cuando alargó los brazos hacia Kyle en ese momento. Puso las palmas en la cintura de Kyle y las deslizó por su piel cálida y suave hasta dar con la goma de los bóxers. Alzó la mirada y Kyle asintió para indicar que estaba de acuerdo, así que Eric pasó los pulgares por la goma de la cintura y tiró de los calzoncillos hacia abajo apenas un centímetro. Entonces se detuvo y se inclinó hacia delante para poder apoyar los labios en el estómago de Kyle. Le dio besos por todo el abdomen y luego bajó hacia donde empezaba el camino de pelo rubio oscuro.

—Me gusta —murmuró Kyle—. Tómate tu tiempo.

Eric volvió a levantar la mirada y se encontró con Kyle observándolo con atención.

—Eres precioso —dijo Eric, porque nunca se lo había dicho a Kyle y pensaba que tenía que hacerlo.

Le besó el ombligo.

Kyle peinó a Eric con los dedos.

—Gracias.

Eric le bajó los calzoncillos hasta que empezó a verse la punta de la polla de Kyle. Entonces la fijó ahí con la goma, contra el abdomen de Kyle. Durante unos segundos se limitó a contemplarla, admirado. En serio estaba a punto de tocar la polla de otro hombre…

—¿Te lo estás pensando mejor? —preguntó Kyle.

Lo dijo en tono divertido, pero Eric supuso que le preocupaba el tema.

—No —dijo Eric. Lo miró a los ojos—. Es que no puedo creer la suerte que tengo.

Ambos sonrieron y entonces Eric acabó de bajarle la ropa interior a Kyle por los muslos y dejó que la prenda cayera al suelo. La polla de Kyle se balanceó delante de su cara, larga y estrecha, con una pronunciada curva hacia arriba, como si se fuera un salto de esquí. Era perfecta, pero Eric no sabía muy bien qué hacer con ella.

—Lo que quieras, rey —dijo Kyle, quien probablemente había notado la duda en la cara de Eric.

Este notó que el calor le subía por el cuello.

—¿Podrías… decirme qué tengo que hacer? Me gusta cuando, eh…

Kyle sonrió con malicia.

—¿Quieres que tome las riendas?

Eric asintió con la cabeza.

—Podemos jugar así. Incluso seré bueno contigo. ¿Por qué no pones las manos en mis muslos y vuelves a besarme el estómago? Me ha gustado.

Eric colocó las palmas sobre las rodillas de Kyle y fue acariciando despacio la piel hacia las caderas. Se deleitó en la sensación del vello suave y la carne musculosa bajo las manos, y en la firmeza del estómago de Kyle contra sus labios.

—Uf, me encanta cuando noto tu barba rozándome la piel —dijo Kyle, así que Eric frotó la mejilla contra su estómago y luego siguió bajando hacia la base de la polla.

Notó que los abdominales de Kyle se flexionaban a modo de respuesta. Eric siguió frotando las palmas arriba y abajo y extendió los pulgares para presionar en las ingles.

—Juega con mis huevos —le indicó Kyle—. Como tú quieras. Me vuelve loco.

Había algo en el hecho de que le mandara que hacía que todo fuera más fácil. Eric sujetó las pelotas de Kyle con cuidado haciendo un cuenco con la mano y acarició con el pulgar la piel arrugada y tensa que, se fijó, parecía meticulosamente depilada con cera o rasurada o algo así. ¿Acaso Eric debía depilarse las pelotas? No era algo que se hubiera planteado antes.

—Es perfecto —dijo Kyle mientras Eric hacía girar los huevos y tiraba del pesado saco—. Me encanta que jueguen con mis pelotas. Podría pasarme horas jugueteando y chupándote los huevos sin llegar a tocarte ni una vez la polla. Te volvería loco.

Sonaba a tortura, pero también a algo increíblemente erótico. Aunque Kyle debía de exagerar con lo de estar «horas», ¿no?

—Creo que podría gustarme —comentó Eric.

—Ya me aseguraría yo de que fuera así.

La punta de la polla de Kyle todavía se mecía cerca de los labios de Eric, que no podía dejar de mirar la raja, y, sin querer, se relamió los labios.

Kyle se dio cuenta.

—Vamos, mi amor. Cuando quieras.

Eric separó los labios y se inclinó hacia delante. Besó la punta y movió la lengua deprisa por la piel suave y caliente. Cuando oyó que Kyle inhalaba fuerte, continuó dando besos alrededor del capullo y luego bajó por la parte interior del pene. Abrió más la boca mientras se la metía, empleó más la lengua, y Kyle gimió para dar su aprobación.

Eric trazó el camino de vuelta a la punta dándole besos, luego agarró el capullo entre los labios y en silencio rezó a quien fuera que lo estuviera oyendo para no hacerle la peor mamada de la historia a Kyle.

Cerró los ojos e intentó apagar la escandalosa parte de su cerebro que insistía en que tenía que ser perfecto en todo lo que emprendía. Hacía tanto que lo deseaba… Y ahora estaba ahí con ese paciente y maravilloso joven. No lo estropearía con dudas de última hora. Seguiría su intuición y saldría adelante.

Deslizó los labios hacia abajo tan rápido como pudo y rozó con la lengua la piel aterciopelada del mástil de Kyle, gimiendo de alivio de saber por fin qué se sentía al tener a un hombre metido en la boca.

—Muy bien, mi amor —dijo Kyle. Acarició con suavidad el pelo de Eric—. Sé que no tengo una polla para principiantes. Tiene una curva endiablada.

A Eric le encantaba la curva de la polla de Kyle. Por tonto que pudiera sonar, pensó que pegaba con él. Todo lo demás relacionado con Kyle escondía una deliciosa sorpresa; ¿por qué no iba a pasar lo mismo con su polla?

Las palabras de aliento de Kyle ayudaron a Eric a relajarse, y empezó a hacer lo que le parecía adecuado en cada momento; le lamía y chupaba la longitud de la polla y el capullo y presionaba con la lengua en la raja. Entonces recordó la cosa favorita de Kyle y acercó una mano para jugar otra vez con sus pelotas. Kyle gimió y

subió las caderas, dio una única embestida hacia la boca de Eric y luego se quedó quieto.

—Perdón —dijo Kyle apurado—. Ha sido sin querer.

En realidad, a Eric le gustó la idea de que Kyle empujara dentro de su boca como si lo penetrara, pero quizá no para esa noche. Primero, Eric tenía que practicar a metérsela (o meterse a quien fuera, vaya) más adentro. Esa noche disfrutaría de la sensación de tener la boca llena de carne cálida y dura y del peso de los testículos llenos de Kyle en las manos. El aperitivo de líquido preseminal ácido tocó la lengua de Eric y este lamió la raja, ávido de más.

—Qué dulce —jadeó Kyle—. Te mueres de ganas. Me encanta. Joder, te sale natural.

Era imposible que le estuviera saliendo bien la mamada, por mucho que Eric la estuviera disfrutando, pero aun así agradeció el cumplido. Siguió chupándosela y sus esfuerzos se vieron recompensados con más gotas saladas de líquido preseminal, que lamió con ansia. Se preguntó si sabría darse cuenta de que Kyle estaba a punto. Quería intentar tragarse el semen de Kyle, pero no estaba seguro de si sería capaz.

De repente, Kyle se apartó, y Eric casi se cayó de la cama al intentar perseguirlo. Al intentar rodearlo de nuevo con sus labios.

—Ya es suficiente, rey. —Kyle medio jadeaba, medio se reía. Eric debía de tener una pinta ridícula, desnudo y estirando el cuerpo hacia la polla de Kyle como un pajarillo—. No quiero correrme aún. ¿Por qué no te pones cómodo?

Eric se lo tomó como una invitación a recostarse en la cama, así que lo hizo. Apiló unos cuantos almohadones detrás de la cabeza y se tumbó encima de la colcha. Cayó en la cuenta de que estaba justo en la posición en la que siempre se había imaginado a Kyle en sus fantasías: desnudo, tumbado bocarriba con las piernas separadas, con la polla dura y plana contra el estómago.

—Dios mío, pero mírate… —dijo Kyle sonriendo, y luego se acercó a la cama hasta quedar de rodillas entre las pantorrillas de Eric—. Mejor de lo que había imaginado.

—¿Te lo habías imaginado?

—Joder, ya te digo. No finjas que tú no habías pensado en mí.

A Eric se le aceleró el corazón por la vergüenza y la excitación.

—He pensado en ti. Te imaginaba cuando…

Se detuvo, pues el pudor ganó la batalla dentro de él.

—¿Cuando te hacías una paja?

Eric asintió.

—Qué sexy. ¿Qué te imaginabas?

Eric cerró los ojos. No podía mirar a Kyle y contárselo al mismo tiempo.

—Me decías cómo… darte placer. —Tragó saliva—. Me dabas órdenes.

Kyle suspiró.

—Joder, Eric.

El jugador abrió los ojos y se encontró a Kyle agarrándose la base de la polla con una expresión de asombro en la cara.

—Eres una caja de sorpresas —dijo Kyle—. Esto va a ser aún más divertido de lo que pensaba. ¿Qué te parece si te acaricias para mí esa preciosa y gorda polla que tienes? A ver qué hacías cuando pensabas en mí.

El exhibicionismo quedaba fuera de la zona de confort habitual de Eric, pero no dudó ni un segundo en cumplir la orden de Kyle. Se rodeó la polla con la mano y le dio los meneos rápidos y firmes que empleaba siempre. Con Kyle mirando y la estampa de su cuerpo desnudo delante, combinado con el resto del sabor de su líquido preseminal en la boca, Eric estuvo a punto de correrse con unos pocos movimientos. Gimió y levantó las caderas de la cama y acercó la otra mano para recoger el chorro de semen inminente.

—Para —le dijo Kyle muy serio.

Eric lo hizo. Respiró, aturdido a raíz del repentino cambio de sensación por todo el cuerpo. Era la primera vez que se quedaba a medias… Era… emocionante. Como parar un tiro fuerte con el guante: un dolor horrible mezclado con un mareante subidón de poder.

—Estabas a punto de correrte, ¿verdad? —Kyle se inclinó hacia delante y se tumbó sobre el cuerpo de Eric. Le besó la boca—. Es increíble. ¿A qué vienen tantas prisas?

—Es… es como lo hago siempre.

Kyle recapacitó sobre lo que le había dicho.

—¿Bruto? ¿Rápido? ¿Castigador?

—Eficiente —le corrigió Eric—. No es que sea un castigo, es que… no me entretengo.

—Bueno —dijo Kyle. Le besó la barbilla y luego el cuello, y después el hombro derecho—. Vamos a probar de otra manera.

Se sentó sobre los talones y volvió adonde estaba antes, entre las piernas extendidas de Eric.

—Vuelve a empezar. Pero esta vez más despacio.

Cualquier resto de vergüenza que Eric hubiera sentido de desplegarse ante Kyle quedó barrido por un deseo sobrecogedor de seguir sus instrucciones. Cuando se cogió la polla, no contuvo el gemido de placer por el contacto. Sabía que Kyle quería oírlo y Eric estaba decidido a darle a Kyle lo que deseara.

—Así me gusta —le dijo Kyle alentador mientras contemplaba a Eric moviendo la mano despacio por el miembro—. Suave y lento.

El calor inundó el estómago de Eric al oír el cumplido de Kyle. Se pasó una mano sin prisa por el pecho, frotó ligeramente la piel que notaba tan viva y sensible como la polla. Era como si hasta el último centímetro de su cuerpo fuera una zona erógena, como si Kyle pudiera tocarlo donde quisiera y él fuera a correrse al instante.

Pero no era eso lo que quería Kyle, así que Eric continuó con los meneos lentos y arqueados en la polla mientras se acariciaba el torso con las yemas. Se moría de ganas. Quería ir más rápido, darse más fuerte. Quería la mano de Kyle o su boca. Quería que Kyle le dijera que podía correrse.

—¿A que es genial? —preguntó Kyle.

Eric asintió sin pensar, pues no estaba seguro de si aquello era genial o una tortura.

—¿Quieres más, mi amor?

Eric asintió de nuevo; de eso no tenía duda.

—Por favor.

Kyle se inclinó hacia delante y le dio un beso en el pecho. El contacto fue mínimo, pero hizo que Eric arqueara la espalda. Kyle se rio pegado a su piel y luego fue dándole besos hasta llegar al ombligo, cada roce de sus labios hacía que Eric se estremeciera y

jadeara. Por fin, dejó la boca suspendida justo por encima de la tensa polla de Eric. Este soltó el aire ansioso, obligándose a no correrse en el momento en que los labios de Kyle le tocaran el miembro.

Si es que llegaban a hacerlo. Kyle empezó a besarle alrededor del hueso de la pelvis y luego por la ingle derecha. Cuando llegó a la parte interna del muslo de Eric, Kyle hociqueó junto a sus pelotas y abrió un poquito los labios para hacerles cosquillas con cálidas bocanadas de aire. Eric quería su lengua, sus dedos, lo que fuera, pero Kyle se desplazó hacia la pierna izquierda y empezó a besarle esa ingle y subió otra vez hasta el estómago.

—Dobla las rodillas —le ordenó Kyle—. Con los pies apoyados en la cama. Quiero verte bien.

Eric supuso que se refería a verle bien…, bueno, eso. El agujero. O, por lo menos, la zona en la que habitaba. Obedeció tratando de no sentir vergüenza.

—Puedes decir que no a cualquier cosa que haga o te pida, ¿de acuerdo? —dijo Kyle muy serio—. Puedes decirme que pare. Puedes acabar con este juego en cualquier momento. ¿Entendido?

—¿Sí?

—Ahora prueba sin preguntarlo. Es importante.

—Sí —dijo Eric, esta vez con más seguridad—. Te avisaré si me siento incómodo. Con lo que sea.

—Vale. Ahora voy a chuparte la polla, y, si no te importa, me gustaría jugar un poco con tu ojete mientras tanto. ¿Te apetece?

—No lo sé —dijo Eric con sinceridad.

Le había gustado cuando lo había hecho él mismo, pero ¿se sentiría incómodo si otra persona le tocaba allí?

—Iré despacio y con cuidado. Y puedes decirme que pare. No te olvides.

—De acuerdo.

—Vale. —Kyle sonrió—. Vamos a divertirnos, rey.

Lamió el mástil de la polla de Eric, despacio y a conciencia, y Eric levantó las caderas de la cama. Hostia puta. No es que fuera la primera vez que se la mamaban, pero hacía muchísimo tiempo. Y, desde luego, Kyle sabía lo que hacía. Le chupó tanto la punta que

Eric pensó que iba a morirse y luego se lo tragó todo como un experto.

—Uf —jadeó—. Es…, bua…

Estaba bastante seguro de que la punta de su polla tocaba la garganta de Kyle, lo que le provocó una sensación excelente y sobrecogedora.

Kyle se apartó.

—Esto acaba de empezar, campeón. Relájate y deja que te dé la recompensa por la victoria en Toronto.

Esas palabras despertaron algo en Eric. Le gustaba la idea de que le recompensaran por sus logros. Le gustaba sentir que se había ganado ese placer.

Se apoyó en los codos para poder observar a Kyle mientras se la metía hasta el fondo en la boca otra vez. Kyle miró hacia arriba a través de las pestañas con los labios estirados alrededor de la polla de Eric, y, si hubiera podido sonreír en ese momento, Eric estaba seguro de que lo habría hecho. Kyle no parecía en absoluto cohibido por que lo mirase; al revés, parecía disfrutar trabajándose la polla de Eric mientras gemía feliz, como si fuera lo mejor que había probado en su vida.

Kyle pasó los dedos por los huevos de Eric y luego bajó hasta la piel sensible que había debajo. Presionó allí y Eric sintió un escalofrío por la presión. Kyle soltó una risita pegado a su polla y siguió masajeándolo, describiendo círculos lentos y firmes que le resultaban increíbles.

Eric se tensó cuando Kyle le tocó el agujero con la yema del dedo. Fue cuidadoso, apenas le rozó la piel arrugada, pero era tan raro y excitante que de pronto se vio al borde del orgasmo otra vez.

Cerró los ojos y respiró a través del intenso deseo de correrse. Se obligó a no hacerlo, pues quería más de la boca y los dedos de Kyle. No estaba preparado para que aquello acabara.

Por suerte, Kyle se apartó entonces y le dio un momento de respiro. Eric observó a Kyle mientras este se metía dos dedos en la boca, los empapaba de saliva y luego sonreía mientras se los mostraba a Eric en alto. Antes de que el jugador pudiera reaccionar, Kyle había vuelto a meterse la polla en la boca. Un segundo

después, sus dedos resbaladizos presionaban contra el agujero de Eric.

Aturdido, a Eric se le pasó por la cabeza que debería haber dejado un bote de lubricante en la mesilla para que Kyle accediera con facilidad a él, pero no quería interrumpir lo que estaba sucediendo. Incluso sin el lubricante adecuado, los círculos que trazaba Kyle en la entrada de Eric eran electrizantes.

—¿Te gusta? —preguntó Kyle para asegurarse.

—Sí —dijo Eric con voz ronca—. Es alucinante.

—¿Esto? —preguntó Kyle mientras presionaba ligeramente en el agujero.

Eric jadeó, sorprendido de que le gustara tanto. Le había dicho a Kyle que no estaba listo para la penetración, pero de repente se sintió desesperado por ¡algo!

—Vuelve a hacerlo —suplicó gimiendo—. Por favor.

Kyle sonrió con cara de saber lo que hacía y volvió a apretar, esta vez un poco más fuerte. Eric gimió tan fuerte que de forma instintiva se cubrió la boca con el brazo.

—Ajá —dijo Kyle, y con una mano agarró fuerte la muñeca de Eric para apartarle el brazo. La mantuvo en el aire por encima de la cabeza de Eric, lo que le produjo una nueva sensación intensa—. No me ocultes esos sonidos tan magníficos. Me los he ganado.

Eric abrió la boca en una sonrisa ancha y probablemente boba mientras miraba a Kyle. Todavía tenía su muñeca sujeta con una mano en el aire y con la otra trazaba cuidadosos círculos junto a su agujero. En ese momento, Eric se sintió feliz y relajado por completo y disfrutó de contemplar al chico guapo que le daba placer. La erección de Kyle se hizo visible, oscura y todavía brillante por la baba de Eric. Sin darse cuenta de que lo hacía, Eric alargó la mano hacia el miembro del otro y lo rodeó con la mano que tenía libre; se la meneó despacio y con delicadeza, como Kyle le había indicado antes que hiciera con su propia polla.

Kyle bajó la muñeca, lo que le pareció una pena hasta que Kyle desplazó esa mano hacia el pene de Eric. Se miraron a los ojos mientras se la meneaban el uno al otro y Eric se sorprendió de lo oscuros que estaban los ojos de Kyle, que solían ser pálidos. Tenía

los labios rojos e hinchados de chuparle la polla a Eric y la piel enrojecida alrededor del pecho y por el cuello. Era una maravilla verlo, como un ángel caído que solo estuviera en este planeta para enseñar a follar a los mortales. La caprichosa fantasía hizo gemir a Eric, lo que a su vez llevó a Kyle a sonreír con malicia.

Soltó la polla de Eric y se desplazó por la cama, obligando a Eric a soltarle también. Lamió despacio toda la longitud del miembro de Eric y dijo:

—¿Quieres que termine así contigo?

Todas las partes de Eric gritaban que sí, aunque sabía que lo lamentaría una vez que hubiera terminado. Asintió y luego, con valentía, añadió:

—Quiero que me metas el dedo. Un poco.

Kyle se emocionó con la petición.

—Iré con cuidado —le prometió—. Dime si quieres que pare.

—Vale.

Kyle se metió la polla de Eric en la boca y, durante un minuto, sus dedos continuaron trazando circulitos alrededor de la entrada de Eric. La anticipación, mezclada con el éxtasis de que alguien experto le hiciera una mamada, lo puso a mil. Curvó los dedos de los pies y flexionó los de las manos contra las sábanas mientras se concentraba en no correrse antes de que Kyle pudiera presionar con el dedo dentro de él.

Por fin, notó la excitante presión de la yema del dedo de Kyle abriéndose paso. Intentó relajarse, quería darle la bienvenida. Kyle siguió chupándosela con una boca prodigiosa, pero desvió la mirada hacia el rostro de Eric, pendiente de su reacción.

Eric no podía decir nada. Lo único que podía hacer era apretar los dientes mientras se preparaba para el orgasmo inminente. Intentó contenerlo, pero Kyle movía la cabeza y hacía cosas complicadas con la lengua justo en el punto ideal mientras con el dedo creaba una presión perfecta y ardiente dentro de él, y Eric no pudo evitar que se desencadenara su orgasmo.

—Voy a correrme. Joder, Kyle, voy a…

La fuerza del clímax lo dejó sin palabras y el semen salió disparado de su cuerpo mientras su mente se quedaba en calma;

una bendición. Todas las partes de su ser quedaron consumidas por el puro placer y Kyle se quedó donde estaba, sin dejar de chupar y tragar hasta que Eric se quedó seco.

Cuando terminó, Eric apoyó la cabeza en las almohadas, entre jadeos.

—Perdona. He intentado aguantar.

Kyle le besaba la parte interna de los muslos.

—Has estado perfecto.

Sacó con cuidado el dedo del ano de Eric y este notó una sorprendente sensación de vacío.

—Ha sido… —Eric buscó las palabras—. Increíble.

—Mmm. —Entonces Kyle se sentó a horcajadas y fue subiendo hasta quedar montado sobre la cintura de Eric. Se cogió la polla y empezó a meneársela rápido—. La próxima vez me aseguraré de que dure más. Quiero ponerte al límite durante siglos, hasta que me supliques poder correrte. ¿Lo has hecho alguna vez?

—¿El qué?

A Eric no le funcionaba el cerebro del todo después del orgasmo o con ese asiento de primera fila para ver a Kyle haciéndose una paja. O con la mención espontánea de Kyle de una próxima vez.

—Contenerte. Ver cuánto puedes aguantar. Ponerte al límite del orgasmo y luego frenar. Así una y otra vez. —Se notaba tensión en su voz mientras lo describía—. Quiero hacer eso contigo. Quiero lograr que pierdas el control por completo. Creo que te hace falta.

—Sí —dijo Eric con voz ronca.

De repente necesitaba a toda costa algo que un momento antes ni siquiera sabía que existía. Quería que Kyle lo despedazara.

Kyle alargó el brazo por detrás y Eric se percató de que lo más probable era que estuviera jugando con su propio agujero. ¿Esperaría que él se ofreciera a ayudarle? Es probable. Pero Kyle no le había dicho nada y estaba tan sexy haciéndolo que Eric no podía moverse. Estaba hechizado, veía el borrón de la mano de Kyle mientras volaba por su polla y la preciosa expresión extasiada en su cara. Tenía los labios entreabiertos e hinchados y los ojos cerrados.

—Ah, mierda. Voy a correrme.

—Sí, hazlo —dijo Eric, y luego añadió con descaro—: Báñame

entero. Vamos.

Kyle abrió los ojos.

—Joder. ¡Joder!

Los dos observaron cómo salía disparado el semen y salpicaba el pecho de Eric. Kyle puso una cara magnífica al correrse, ensimismado y enrojecido mientras unos sutiles gimoteos de placer se le escapaban a trompicones. Eric le puso las manos sobre las caderas y por un momento se limitaron a mirarse el uno al otro, con los ojos muy abiertos y, por parte de Eric al menos, con el asombro mayúsculo de saber cuánto deseaba a ese hombre, más y más.

Tiró de él para acercarlo y le dio un beso largo y lento que confiaba en que transmitiera gratitud más que la adoración que en realidad sentía. Cuando se separaron, Kyle se desplomó en la cama junto a él y dijo:

—Ahora lo limpio. Dame un segundo.

—No hay prisa.

Kyle se echó a reír.

—Ah, ¿en la cama no te molesta la suciedad?

Eric bajó la mirada hacia los ríos pegajosos y relucientes que le bajaban por el pecho mientras los hermosos jadeos de Kyle de un momento antes se hacían eco en sus oídos.

—La verdad es que no me molesta en absoluto.

Se quedaron así un rato, uno junto al otro, pero sin hablar ni mirarse. Eric luchaba por asimilar la enormidad del momento. Sabía que esas cosas apenas importaban para Kyle, pero Eric nunca se había acostado con nadie fuera de una relación romántica, y mucho menos con un hombre. Y su corazón chillaba, por absurdo que pareciera, para que abrazara a Kyle y no lo soltara jamás. Tenía mucho que procesar.

Al final, Kyle se incorporó y se quedó sentado. Le dio unas palmaditas a Eric en el hombro.

—Voy a buscar una toalla. En el baño hay, ¿verdad?

—Sí, hay una estantería con varias.

—Vale.

Eric extendió los brazos en forma de cruz y soltó aire con fuerza. Era la misma cama en la que se había despertado esa mañana. ¿Se

sentía distinto? ¿Iba a acabar el día transformado en otra persona?

Bueno, tenía la corrida de otro hombre medio seca en el pecho. Eso era distinto, desde luego.

Se echó a reír. Kyle salió del cuarto de baño y se quedó quieto al oír unas risitas nada propias de Eric.

—Ay. Te he roto.

—No. —Eric se pasó una mano por la cara e intentó recuperar la compostura—. No. Solo estoy… superado.

Kyle se sentó en la cama a su lado.

—¿Para bien o para mal?

—Para bien —se apresuró a decir Eric—. Muy muy bien.

—Me ha parecido que disfrutabas —bromeó Kyle.

Eric sonrió con indolencia a modo de respuesta.

Notó la toalla cálida y tranquilizadora cuando Kyle le quitó todos los restos de sí mismo de la piel y del pelo del pecho. De pronto, a Eric se le ocurrió de nuevo que debería ayudarlo, o al menos coger la toalla y limpiarse él, pero era agradable notarlo y a Kyle no parecía importarle.

—Me encanta el pelo que tienes en el pecho —comentó Kyle. Pasó los dedos de la mano libre por los rizos húmedos—. Es supersexy.

—Gracias.

Eric le cogió la mano y entrelazó los dedos de los dos. Le besó el dorso de la mano a Kyle y luego tiró de él para ponérselo encima y poder besarlo de nuevo. Era otra clase de aproximación, lenta y ociosa, y Eric pensó que tal vez fuera todavía mejor que sus besos urgentes y hambrientos. Estaría encantado de pasarse la vida besando así a Kyle, sobre todo si seguía soltando esos gemiditos de felicidad.

Kyle plantó los puños en el esternón de Eric y apoyó la barbilla encima, juguetón.

—Bueno. A tener sexo con un hombre, ¿qué veredicto le das?

Un millón de pensamientos volaron por la mente de Eric, pero lo único que consiguió verbalizar fue:

—Me ha gustado.

Kyle abrió mucho los ojos y luego se alejó rodando del cuerpo de

Eric.

—Guau —dijo serio—. Guau…

Eric se rio e intentó agarrarlo, pero Kyle se apartó.

—Me ha encantado —aclaró Eric—. Ha sido genial.

—Demasiado tarde. Acabas de describir el sexo conmigo igual que la gente describe un sabor nuevo de M&M.

—Kyle. —Eric rodó para ponerse de lado y se desplazó hasta quedar mirando a Kyle—. Ha sido increíble. Me ha cambiado la vida. Hoy he empezado a vivir de verdad.

Kyle entrecerró los ojos.

—Es un buen comienzo.

Eric le besó la frente y después salió rodando de la cama y se levantó. Mareado, fue al cuarto de baño.

—Oooh. Todavía no había podido ver bien ese culo tuyo —exclamó Kyle desde la cama—. Madre mía, tío.

Eric lo meneó un poco, lo que hizo que Kyle silbara encantado. Sabía que tenía un culazo. Era una de las muchas cosas que corría el riesgo de perder cuando dejara el hockey.

Cuando Eric volvió del lavabo, Kyle ya estaba vestido.

—¿Te vas?

—Sí. He pensado… O sea, aún es pronto. Puedo volver a casa.

Eric trató de no demostrar la decepción que sentía.

—Claro. Tiene sentido.

—Aunque estoy seguro de que dormiría como un tronco en esa cama. O en la de invitados como el otro día —añadió Kyle a toda prisa—. No voy a dar por hecho que…

Eric cogió unos calzoncillos limpios de la cómoda.

—Si te quedaras a dormir, te invitaría encantado a compartir mi cama. O a dormir en la habitación de invitados. Lo que prefirieras.

—Quizá a la próxima.

Eric se quedó un segundo congelado, luego continuó poniéndose la ropa interior. Kyle ya había mencionado la posibilidad de verse otra vez antes, pero había sido cuando estaba a punto del orgasmo. ¿De verdad quería volver a hacer eso? ¿De verdad quería practicar lo de contenerse al máximo?

—¿A la próxima? —preguntó Eric con la esperanza de que su

tono no denotara lo ansioso que estaba.

—Si quieres. O sea, ya sé que ahora mismo estás en la nube, pero esta noche apenas hemos arañado la superficie. Tengo tantas cosas que enseñarte…

Eric resopló.

—Muy bien, profesor. Quizá podamos apalabrar una clase para la semana que viene.

—Qué sexy suena. Ya te mandaré un recordatorio.

Eric se puso unos pantalones de chándal.

—O puedes hacerte de rogar.

Kyle cruzó la habitación y abrazó a Eric por la cintura.

—Acabo de recordar que estoy ocupado los próximos seis años.

—Ay, qué pena. Porque es probable que para entonces esté muerto.

Kyle lo besó.

—Me apuesto a que dentro de seis años serás todavía más sexy.

Eric acompañó a Kyle hasta la puerta y le acercó su cazadora. Kyle sacó el móvil del bolsillo y se rio.

—Kip me ha invitado a vuestro partido del sábado por la tarde.

A Eric le encantaba la idea de que Kyle lo viera jugar. Quería alardear delante de él.

—No te has cansado de mí, ¿eh?

—Quiero ver lo flexible que eres.

Kyle movió las cejas, con lo que hizo reír a Eric.

—Gracias —dijo Eric algo incómodo antes de abrir la puerta—. Lo de hoy ha sido… Bueno, ha sido más de lo que esperaba. Ha sido perfecto. Gracias.

Kyle parecía emocionado.

—Me lo he pasado bien. Estamos en contacto, ¿vale?

—Claro.

—Y —añadió contento Kyle— echaré un ojo por si encuentro algún posible pretendiente para ti.

Eric se decepcionó un poco, lo cual era una tontería, porque sabía que Kyle no pensaba salir con él. Se obligó a sonreír.

—Suena bien. Te saludaré durante el partido.

—Seré el que lleve la camiseta de «He besado a Eric Bennett».

Kyle le guiñó un ojo y luego se marchó.

Capítulo 14

—¿Ya te has acostumbrado? —preguntó Kyle por encima del rugido de las veinte mil personas que vitorearon cuando anunciaron el gol de Scott.

Kip sonrió con los ojos fijos en la cara de Scott que salía en la inmensa pantalla del marcador.

—Nop.

—Tipo, ese es tu novio. Tu prometido…

De pronto a Kyle le resultaba mucho más fácil bromear con Kip sobre Scott. Ya no sentía la puñalada de celos o de ansia cuando recordaba que Kip tenía pareja, y Kyle no quería darle muchas vueltas a la razón.

—Ya —dijo Kip—. Esta mañana discutíamos sobre las funciones de la cafetera.

Kyle se rio al imaginárselo. Había sentido un arrebato sorprendente en el pecho cuando habían anunciado que Eric sería el portero inicial. Eric no era su novio, pero la noche que habían compartido había sido increíble y Kyle había estado obsesionado desde entonces. Y el sexo no era lo único en lo que no podía dejar de pensar. Era todo: la cena, la conversación, la forma en que Eric no lo había despreciado cuando Kyle le había confesado que le apasionaba más ser barista que la vida académica. De hecho, todos los instantes que habían compartido habían sido maravillosos, desde las breves conversaciones que habían mantenido en la fiesta de compromiso de Scott y Kip. Eric tenía a Kyle pilladísimo.

Y ahora estaba en la pista, cubierto de protecciones de hockey de la cabeza a los pies, con aspecto de gladiador en un circo romano lleno de fans que lo vitoreaban. Costaba creer que fuera el mismo hombre que había pedido con timidez a Kyle que le diera órdenes en

la cama.

Era un partido de tarde contra Nueva Jersey, así que el edificio estaba muy agitado. Iban 2-0 con ventaja para los New York Admirals en el tercer tiempo, gracias a unos parones alucinantes de Eric.

—Ojalá no le metan ni uno —dijo Kyle.

Kip le dio un codazo fuerte.

—¡No lo digas en voz alta! ¡Lo vas a gafar!

—Guau, ya veo que se te ha pegado de Scott, ¿eh?

Kyle lamentó haberlo dicho al instante, porque sabía lo que llegaría después.

—Pegado lo tengo todo el tiempo, joder —dijo Kip en tono lascivo.

Kyle miró el reloj. Quedaban seis minutos y medio.

«Vamos, Eric. Ya lo tienes».

Hacía una temporada que no iba a un partido con Kip y nunca había estado tan nervioso viendo uno. Tenía un nudo en el estómago no solo porque quisiera que ganasen los Admirals, sino porque no quería que le hicieran daño a Eric. ¿Cómo lidiaba Kip con todo ese estrés?

—Hemos elegido sitio —dijo Kip a la par que robaba como si nada un puñado de palomitas de Kyle—. Para la boda.

—¿En serio? ¿Dónde?

—Hemos encontrado un hotel cerca de Bay Shore; bueno, es más como un resort, con un edificio principal y cabañas alrededor. Lo hemos alquilado entero.

—Suena… —«Caro» fue lo primero que se le pasó por la cabeza a Kyle, pero acabó la frase diciendo—: increíble.

Kip sonrió.

—Ya lo sé. Es una boda de ensueño total. Queríamos hacerla fuera de la ciudad, pero no demasiado lejos. Y queríamos algo íntimo. Confiamos en poder hacer la ceremonia al aire libre, cerca del mar.

—Entonces ¿no habrá boda en la pista de hielo?

—Joder, no. A Scott le encantan sus fans, pero esto es para nosotros dos.

Kip miró ensimismado al círculo en el que Scott se inclinaba en ese momento para participar en el saque. Kyle miró a los ojos a Eric, agachado al principio de su zona. Kyle se permitió tener una breve fantasía en la que bailaba con Eric en la boda. Podía ocurrir, incluso como amigos.

La multitud empezó a gritar y dirigió la atención a la pista. A uno de los jugadores de los Admirals le habían pitado falta.

—Y una mierda —refunfuñó Kip—. Ni siquiera lo ha tocado…

Kyle no lo había visto, pero coincidió.

—Es ridículo, joder.

Ahora los Admirals tendrían que jugar con uno menos y el saque era en su zona, cerca de Eric. Kyle se preguntó si Eric estaba estresado. O quizá le resultaba divertido. Quizá era el equivalente para un portero de hockey a cuando un esquiador está a punto de tirarse por una pendiente en un glaciar. En tiempos, Kyle había vivido para tener esa sensación, y todavía le encantaba hacerlo cada vez que tenía oportunidad.

Nueva Jersey ganó el saque y, durante los siguientes cincuenta segundos más o menos, lanzó una batería de tiros fuertes a la red de los Admirals. Eric estuvo increíble, paró una oportunidad de gol en un lateral de la portería, luego se deslizó a toda velocidad al lado opuesto para parar el rebote… Y entonces le tiraron un *slapshot* desde la línea azul que golpeó tan fuerte a Eric en el pecho que Kyle lo sintió como si le hubiera dado a él. La multitud gritó entusiasmada. Cuando por fin acabó el partido, cantaron «Ben-ny, Ben-ny» y el DJ puso «Benny and the Jets» de Elton John.

—¡Es el puto amo! —dijo Kyle, radiante de orgullo, como si en parte fuera responsable del talento de Eric.

—Es alucinante —dijo Kip—. Seguro que podría jugar todavía otras cinco temporadas por lo menos.

Kyle se lo planteó. Eric parecía sano y, a juzgar por sus impresionantes capacidades para las posturas invertidas de yoga, muy en forma, pero ¿cuánto tiempo más podía aguantar su cuerpo aquel nivel de castigo?

En la pista, Eric parecía quitarle importancia a ese último parón. Como si que te golpeara un *puck* lanzado a ciento sesenta

kilómetros por hora fuera lo mismo que darte un golpe en un dedo del pie. Las pantallas gigantes mostraron un primer plano de la cara de Eric mientras se quitaba la máscara. Se echaba agua en la boca con aspecto increíblemente tranquilo, como si hubiera salido a jugar al parque en lugar de arrojarse delante de *pucks* rápidos como el rayo.

Quedaban menos de cuatro minutos de partido y un minuto de la falta. Kyle le ofreció a Kip el resto de las palomitas porque de todos modos estaba demasiado nervioso para comer. Además, tenía que juntar las manos, aunque no creyera en las oraciones. Le parecía que era lo que debía hacer.

Quería que Eric consiguiera acabar el partido con la portería a cero.

Quería que Eric lo invitara a celebrar la victoria esa noche.

Saber que cabía la posibilidad de que Kyle volviera a estar con ese hombre —el mismo hombre al que ahora mismo adoraba a gritos un estadio lleno de fans exaltados— era emocionante. No había nada que deseara más que tener la oportunidad de dominarlo y luego darle placer hasta dejarlo muerto.

De pronto comprendió por qué Kip estada obsesionado sexualmente con Scott desde hacía casi tres años. Esa mierda era adictiva.

Anunciaron el último minuto del partido. Habían terminado el tiempo de castigo, pero Nueva Jersey había sacado al portero para el atacante extra. A Kyle el equipo le dio lástima. Era tan poco probable que marcaran dos goles en el siguiente minuto para empatar el encuentro que Kyle habría preferido que no se molestaran en intentarlo. ¿Por qué estropear la posibilidad de que Eric se fuera con la portería intacta para nada?

Tuvieron varias buenas oportunidades de gol durante ese último minuto, pero Eric paró todos los *pucks* que lograron pasar la línea de los defensas. Cuando empezó la cuenta atrás de los últimos diez segundos, Kyle gritaba los números más alto que nadie. Por fin, la bocina marcó que acababa el partido y Kyle brincó del asiento.

—¡Sí! ¡Sí, joder, Eric!

Kip se rio mientras se inclinaba a recoger el abrigo del asiento.

—Parece que Benny tiene un nuevo fan número uno.

—Me alegro por él —dijo Kyle, aunque lo que pensaba en realidad era «Quiero follar con él».

Observó a los Admirals, que se abrazaban en la pista, luego saludaron a la multitud con los *sticks* antes de marcharse.

—Esta es la parte aburrida —dijo Kip—. El rollo de después del partido dura un siglo. Sobre todo cuando ganan. ¿Quieres ir al Shake Shack?

Kyle parpadeó al mirarlo.

—Pero si te has pasado casi todo el partido comiendo.

—Siempre queda un hueco para el Shake Shack. Vamos. Invito yo.

—Ni hablar. Tú has puesto las entradas. Lo mínimo que puedo hacer es comprarte una hamburguesa.

Kip sacudió una mano para restarle importancia.

—Bah, las entradas eran gratis. Vamos.

—Scott me ha contado lo de Eric.

Kyle se quedó de piedra, dejando suspendida en el aire una patata frita del ShackMeister que pensaba meterse en la boca. ¿Sabría Scott que Kyle y Eric se habían liado?

—¿A qué te refieres?

—A que es bi. Scott me contó que Eric te lo había dicho a ti el primero, lo cual me resulta… interesante.

Kyle intentó fingir que no pasaba nada.

—¿Te sorprendió que fuera bi?

—¡Sí! No tenía ni idea. Scott ni siquiera lo sospechaba, y eso que es uno de sus mejores amigos. —Kip se rio—. Aunque Scott no es el mejor calando a la gente. Bueno, y ¿por qué te lo contó Eric?

Kyle volvió a dejar la patata frita en el plato.

—No lo sé. Hemos quedado algunas veces. Supongo que quería contárselo a alguien que no fuera tan cercano.

—¿En plan, como si estuviera practicando a salir del armario? ¿Contigo?

Kyle se mordió la mejilla para contener una sonrisa. Eric había

practicado muchas cosas con Kyle.

—Sí. Algo así.

Kip lo estudió frunciendo el ceño.

—¿Qué os traéis entre manos?

—Nada.

—Porque yo ya hice lo de salir en secreto con una estrella de la NHL y no fue…

—No salgo con él —dijo Kyle con sinceridad, aunque habría deseado que fuera mentira—. Somos amigos, nada más. Que es lo que queríais vosotros…

Kip sonrió al oírlo.

—Me alegro. Scott me contó que Eric estaba de muy buen humor en el entrenamiento de ayer. Puede que seas una buena influencia para él. Necesita divertirse un poco.

Kyle bajó la mirada a las patatas para que Kip no viera que se estaba sonrojando hasta el cuello. ¿Habría estado de buen humor Eric debido a Kyle? ¿También le habría resultado imposible dejar de pensar en la noche que habían pasado juntos?

Kip miraba el teléfono, así que Kyle sacó el móvil. Tenía un mensaje de dos minutos antes.

Eric: ¿Estás libre esta noche?

Kyle sonrió con la vista fija en el teléfono móvil y escribió enseguida:

Kyle: Sí. ¿Te apetece celebrarlo?

Eric: Claro que sí. ¿Te vienes a mi casa? ¿Tipo, en una hora?

Kyle: Allí estaré.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Kip.

—Ah, solo es un tío que quiere quedar conmigo.

—¿Ah, sí?

—Alguien que conocí en el trabajo. —Al decirlo, cayó en la cuenta de que en realidad no mentía—. Así que… —Se levantó y

agarró lo que quedaba de las galletas y el batido que se había pedido, porque no había razón para desperdiciarlo—. Debería ponerme en marcha. Tendré que asearme un poco antes, ya sabes.

Kip le sonrió.

—Diviértete. He quedado aquí con Scott.

Kyle se inclinó enseguida y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias por invitarme hoy.

—Cuando quieras. Nos vemos pronto.

Kyle salió a toda prisa del restaurante y se metió en la estación de metro más cercana, mareado de excitación por saber que iba a volver a meterle mano a Eric Bennett al cabo de un rato.

Eric se sentía invencible. Siempre iba como una moto después de ganar un partido —y más si no le habían metido ni un gol—, pero esa noche se sentía además lleno de confianza, atractivo y cachondo como un perro. Así debía de ser como se sentían sus compañeros de equipo cuando hablaban de tener que follar después de una victoria sonada.

Intentó impedir que sus inseguridades se colaran y le estropearan el subidón increíble que llevaba encima. Corrió escaleras arriba hasta su habitación para asegurarse de que no había nada fuera de lugar, algo que, por supuesto, no era el caso. Comprobó el cajón de la mesilla y sintió alivio al ver que quedaba lubricante de sobra. Tras preocuparse un momento por parecer demasiado ansioso, dejó el bote encima de la mesilla. No había motivos para hacerse el tímido esa noche. La sinceridad del acuerdo que tenían le parecía excitante. No hacía falta adivinar nada ni ser sutil. Entendía por qué a mucha gente le atraían los rollos de una noche, siempre que fueran con alguien en quien confiara.

Llamaron a la puerta y Eric corrió como el rayo escaleras abajo, con el corazón desbocado de anticipación. Abrió la puerta y se topó con Kyle, abrigado con una bufanda y un gorro, con las mejillas rosadas por el frío.

—Holi —dijo Kyle.

Sonrió y, por un segundo, Eric se quedó sin palabras al ver lo

guapo que iba. Luego por fin salió del ensueño y se apartó para dejar pasar a Kyle.

Kyle dejó la mochila en el suelo y se quitó la cazadora, que Eric recogió para meterla en el armario. Kyle había ido con su look de camarero: una camiseta blanca, vaqueros desteñidos y sin gafas. Era un aspecto diseñado para tentar a los hombres, y Eric supuso que era lo que solía ponerse Kyle cuando quedaba para echar un polvo. Eric no estaba seguro de si sentirse decepcionado porque no hubiera optado por la versión más suave del estudiante universitario.

—Joder, me ha excitado mucho verte parar todos los goles… —dijo Kyle acercándose.

—A mí me ha excitado mucho parar todos los goles —dijo Eric. Inclinó la cabeza y dejó los labios muy cerca de los de Kyle—. Tengo ganas de celebrarlo.

—Claro. Hay que celebrarlo.

Ese beso no fue nada cohibido. No fue una casta toma de contacto. En el instante en que sus labios chocaron empezaron a devorarse y Kyle agarró fuerte la mandíbula de Eric, quien puso la palma en la nuca de Kyle. Todos los nervios del cuerpo de Eric vibraban de necesidad. Se sentía hambriento y listo para beberse hasta la última gota de aquel fabuloso chico.

Kyle lo empujó contra una pared y su espalda impactó al lado del cuadro que habían admirado juntos durante la fiesta. Entonces cogió a Eric por las muñecas y le inmovilizó los brazos contra la pared. La repentina sensación de vulnerabilidad le produjo un escalofrío, y no pudo evitar jadear cuando Kyle le besó el cuello.

—¿Te gusta? —preguntó Kyle pegado a su piel—. ¿Te quedarías así si te lo pidiera?

Eric respondió con un gemido y luego consiguió pronunciar un ahogado «Sí». Se quedaría así todo el tiempo que Kyle quisiera, a la mierda los músculos doloridos. Lucharía contra la incomodidad, igual que hacía cuando practicaba yoga, y obligaría a su cuerpo a aguantarlo. Por Kyle.

Notó la presión de los dientes de Kyle contra la carne tierna junto a su nuez y supuso que Kyle sonreía.

—Creo que te gustó cuando llevé la batuta la otra vez.

—Ya te digo.

—Quizá podríamos seguir a partir de ahí. Porque el otro día hablaba en serio: me encantaría introducirte en el maravilloso mundo de ponerse al límite y aguantar. Me da la impresión de que te encantaría.

Eric asintió.

—Vale. Podemos probarlo.

Kyle acarició con cuidado la barba de Eric y luego lo agarró de la mandíbula y lo besó con pasión. Fue tan fuerte que a Eric le temblaron las piernas. Quería que Kyle hiciera lo que tuviera previsto allí mismo, contra aquella pared, pero Kyle habló con la voz de la razón.

—¿Por qué no vamos arriba y así no tiramos al suelo el cuadro? —murmuró.

Por sorprendente que pareciera, en ese momento a Eric le importaba una mierda el cuadro. Pero Kyle tenía razón, necesitaban una cama.

—Sí, sí. Subamos.

Kyle se quedó rezagado.

—Sube tú. Desnúdate y espérame en la cama. —Chasqueó la lengua, seguramente divertido por la expresión perpleja de Eric—. Ve. Ya.

Kyle jugó dos niveles de *Angry Birds Blast* en el móvil, lo que le pareció tiempo suficiente para que Eric se desnudara y se preparase para recibirlo. Subió a la planta que quedaba debajo del dormitorio principal: el estudio de yoga. Se tomó su tiempo, paseó con calma por el espacio diáfano y oscuro, haciendo ruido con cada paso. Confiaba en que Eric lo oyera y se tensara de ganas.

Cuando por fin subió las escaleras que llevaban al dormitorio de Eric, se lo encontró tumbado en la cama, desnudo, con las manos dobladas sobre el pecho y los tobillos cruzados. Tenía la polla hinchada, pero no del todo dura, que descansaba contra un musculado muslo. Kyle se regaló un momento para absorber esa imagen. Dios, la de cosas que deseaba hacer con ese hombre.

Kyle dejó la mochila encima de la cama. Se planteó quitarse la camiseta, pero decidió dejársela de momento. Le gustaba el desequilibrio de estar vestido del todo mientras Eric estaba desnudo. De cerca podía admirar lo definidos que eran los músculos bien torneados del jugador. Y los numerosos moretones que le cubrían todo el cuerpo. Era asombroso cómo se castigaba ese hombre a diario.

Notó que Eric intentaba aparentar estar cómodo y relajado, pero los nudillos tensos y la forma en que contraía y relajaba los abdominales lo delataban. Kyle le rodeó un tobillo con la mano y apretó. Luego lo soltó y fue pasando los dedos extendidos por la pierna de Eric hasta llegar a la parte alta del muslo. Eric contuvo el aliento cuando la mano se acercó a la entrepierna, pero Kyle la apartó.

—Eres una obra de arte —dijo—. Mira todo ese músculo.

—Hago ejercicio.

—¿Cuánta tensión cargas en esos músculos? —preguntó Kyle, y apretujó uno de los bíceps de Eric—. ¿Cuánta presión soportan esos hombros?

A modo de respuesta, Eric cerró los ojos y exhaló un largo suspiro. Kyle jugó con su pelo y fue peinándole con suavidad los densos rizos. Quería calmarlo y mimarlo, y luego exprimirlo entero.

—Aquí puedes soltarlo todo —dijo Kyle con ternura—. Lo único que tienes que hacer esta noche es pasártelo bien. Y mi labor es asegurarme de que lo haces.

—Sí —susurró Eric sin abrir los ojos.

Kyle se agachó para besarlo. Eric se abrió con avidez y se incorporó un poco para estar en una posición desde la que poder besarlo con más intensidad. Deslizó la mano por debajo de la camiseta de Kyle y luego fue subiendo la palma por el estómago de Kyle para levantarle la prenda.

Kyle le puso la mano encima de la suya para pararlo.

—Buen intento. Creo que me dejaré la ropa puesta un rato.

—Es injusto.

—No he prometido que sería justo. Túmbate.

Eric abrió mucho los ojos, y Kyle lo presionó contra el colchón

poniéndole una mano firme sobre el pecho. Tener tanto control sobre ese hombre guapo y poderoso era adictivo. Kyle quería pasar un fin de semana entero con él. Una semana. Un año.

Una vez que Eric estuvo colocado, Kyle empezó a calentarle el cuerpo con una sutil caricia con las yemas de los dedos. Tenía algunos hematomas nuevos del partido de la tarde y Kyle los evitó mientras recorría el pecho de Eric, bajaba por su estómago bien torneado y luego se hundía en las profundas hondonadas que había bajo sus oblicuos. Observó la polla de Eric, que se iba engordando y se estremecía como respuesta, pero no la tocó. En lugar de eso, se desplazó a la punta de la cama y abrió la mochila.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Eric.

—Ya lo verás.

Kyle decidió que era mejor empezar de una vez; de lo contrario, les daría la medianoche, y no tenía intención de dormir allí. Pensó en chupársela primero a Eric, pero sabía por la vez anterior que eso haría que Eric llegara al orgasmo demasiado rápido. Lo reservaría para la siguiente ronda. La primera sería relajante y lenta, con mucha conversación.

Eric estaba empalmadísimo y Kyle ni siquiera le había tocado aún la polla. Iba a ser divertido. Se fijó en el lubricante que Eric había dejado en la mesilla, pero sacó un bote de su lubricante favorito, que llevaba en la mochila.

—¿Te has hecho una paja hoy? —preguntó Kyle mientras se extendía un poco de lubricante en la palma.

—No.

—Bien. ¿Y ayer?

Eric frunció el ceño, como si tuviera que pensarlo.

—No.

Kyle rodeó la polla de Eric con la mano resbaladiza, y este siseó y contrajo los abdominales al notarlo.

—Pues debes de morirte de ganas de correrte.

—Puedo aguantar… un rato —dijo Eric con voz ronca.

—¿En serio? —preguntó Kyle como si tal cosa mientras le meneaba la polla despacio—. Yo no. Normalmente, tengo que correrme por lo menos una vez al día.

—Eres joven.

—Y tú no eres viejo. —Kyle siguió acariciándolo mientras miraba con atención su cara. Hacía muecas y seguía con el ceño fruncido. Demasiado tenso—. Creo que esto te va a gustar.

—¿Les dices eso a todas las personas a las que torturas?

—Oye, que no hago esto con cualquiera. Lo que te ofrezco es un servicio especial… —Añadió un giro a los meneos cuando bajaba sin dejar de acariciar a Eric y lo agarró con firmeza—. Este va a ser el mejor orgasmo que hayas tenido en tu vida. Te lo prometo.

Eric le respondió con un gruñido. Kyle aceleró un poco el ritmo.

—A mí me encanta ponerme al límite —continuó—. Esta mañana lo he hecho tres o cuatro veces antes de permitirme correrme.

Eric soltó un taco en voz baja y Kyle supo que se lo estaba imaginando. Bien. Quería que Eric se imaginara justo cómo estaba tumbado con las piernas abiertas en su cama, con la polla hinchada y reluciente y la piel sofocada y resbaladiza por el sudor. Dios, Kyle nunca se había hecho una foto marrana —no después de lo que había ocurrido con Ian—, pero podría hacerlo si Eric quería una. Si Eric quería ver cómo estaba Kyle cuando fantaseaba con él. Cuando Kyle estaba cachondísimo y desesperado por correrse.

Kyle apretó un poco más con la mano y siguió hablando, porque quería dejarlo claro.

—¿Sabes en qué pensaba yo mientras lo hacía?

—¿En qué?

—Me imaginaba esto. A ti, tumbado ante mí para que yo jugara todo el tiempo que quisiera. —No era en absoluto una mentira. Kyle había estado fantaseando justo con eso cuando se había puesto al límite varias veces aquella mañana. Bueno. Salvo por algún detalle —. En mi fantasía, llevabas puesto un *plug* anal con vibración, pero ya llegaremos a eso.

—Joder.

Kyle no bromeaba. Sabía muy bien con qué *plug* concreto quería llenar a Eric. Lo controlaría con una aplicación del móvil.

—Avísame cuando estés cerca. Es mi única regla.

—¿Qué pasa…? —Eric inspiró—. ¿Qué pasa si no lo hago?

—Pues que se acabará la diversión, y no creo que quieras eso.

Mejor dicho, sé que no lo quieres.

Kyle no era un sádico y nunca le había gustado mezclar dolor con placer. No tenía la menor intención de sumar moretones al cuerpo de Eric. Lo que de verdad le encantaba a Kyle era ver cómo hombres impresionantes y seguros de sí mismos se rendían ante su control, y nunca había conocido a nadie tan impresionante como Eric Bennett.

Eric no respondió, pero abrió los ojos. Intercambiaron una mirada mientras Kyle empezaba a meneársela más fuerte, más rápido. Utilizó la mano libre para acariciar las pelotas cargadas de Eric. Este se acercaba a velocidad de vértigo al clímax, Kyle lo notaba. Se preguntó si Eric seguiría sus indicaciones y le avisaría cuando estuviera a punto de correrse. ¿Hasta qué punto confiaba en Kyle?

—Ya casi estoy… —advirtió Eric, y Kyle se mordió el labio para evitar que una sonrisa encantada y bobalicona le ocupara toda la cara.

Trataba de parecer autoritario. Le dio un par de meneos más a Eric, luego se soltó la polla, pero siguió acariciándole las pelotas.

—Joder —medio gimió Eric, medio dijo riendo—. Te diviertes con esto, ¿eh?

—Espera y verás. —Kyle se tumbó encima de Eric y lo besó despacio y con pasión durante un minuto o dos. Se detuvo cuando vio que Eric se arqueaba hacia él. Kyle le dio un cachete en el muslo —. Travieso. ¿Quieres que te deje así?

—Podría soportarlo.

—Entonces es que todavía no te he puesto lo bastante cachondo. Probemos otra vez.

En un movimiento fluido, Kyle se deslizó por el cuerpo de Eric y se metió la polla en la boca hasta el fondo.

—¡Ah! Joder…

Era el sonido más fuerte que Kyle le había oído hacer a Eric. Si no hubiera tenido la boca llena, habría sonreído ante la reacción.

Kyle estaba enamorado de la polla de Eric. Era la más gorda que había visto en directo y también tenía una longitud más que decente. Kyle solía preferir hacer de activo, pero, maldita sea, quería saber qué se sentiría al tener esa polla monstruosa dentro. Relajó la

garganta y se metió a Eric tanto como pudo. Quería hacerlo rápido, así que no tuvo piedad; chupaba fuerte y se tragaba el capullo.

—Dios, otra vez estoy a punto. Voy a…

Kyle se apartó y Eric dio un puñetazo al colchón.

—Vaya, vaya. ¿Ya te has enfadado conmigo?

—No —refunfuñó Eric.

—Acabamos de empezar.

Kyle se sentó a horcajadas sobre su cadera y le sonrió desde arriba.

—Podrías quitarte la camiseta por lo menos —se quejó Eric.

—Supongo que te lo has ganado.

Kyle se sacó la camiseta y la tiró al suelo. Eric le puso la mano encima de inmediato, resiguiendo los costados y luego el pecho.

—Eres precioso —dijo Eric, y tiró de él para darle un beso.

Los besos de Eric no habían tardado en convertirse en la cosa favorita de Kyle. Tenían una dulzura que Kyle no habría esperado antes de que empezaran a hacer todo aquello.

Cuando Kyle lo observaba desde lejos, las pocas veces que había ido al bar con Scott a lo largo de los dos últimos años, se había divertido con breves fantasías de Eric dándole fuerte contra la pared en el almacén. Quizá después de que Kyle lo hubiera puesto tan cachondo que Eric ya no pudiera resistirse más. Y se había imaginado a Eric de rodillas para él, sus manos fuertes hincándose en las nalgas de Kyle mientras le hacía una mamada. Habían sido unas fantasías ardientes, pero la realidad superaba de un modo increíble cualquier cosa que Kyle pudiera haberse imaginado. Eric lo besaba como si fuera importante, como si Kyle fuera algo valioso, y Kyle se moría de ganas de más.

Era peligroso pensar así.

Se obligó a terminar el beso, luego se apartó de Eric y se desplazó hasta el final de la cama. Necesitaba tomar distancia un momento para aclararse las ideas, para recordarse qué hacía allí. No era importante ni valioso para Eric. Kyle no era más que un amigo con ganas de ayudar que sabía muy bien cómo tratar una polla.

Metió la mano en la mochila y sacó un masturbador de bolsillo que solo había usado un par de veces, pero que le había vuelto loco

en ambas ocasiones.

—¿Has usado uno de estos alguna vez?

—Ni siquiera sé qué es.

Kyle suspiró con mucho dramatismo, disimulando que le encantaba ser quien llevara a Eric a un sinfín de niveles nuevos de placer.

—Ay, Eric.

Echó lubricante dentro del juguete y lo puso junto a la polla de Eric. Sin más preámbulo, fue bajándolo hasta que cubrió el miembro de Eric por completo.

—Hostia… ¿Qué cojones es eso?

—Es un juguete sexual —dijo Kyle haciéndose el chulo a propósito.

Eric entrecerró los ojos y lo miró a la cara.

—Ya sé lo que son los juguetes sexuales. No soy tan ignorante.

Kyle se echó a reír.

—Es un masturbador que tiene bultitos y ondas por dentro. ¿A que es una sensación genial?

Eric soltó un gemido largo y Kyle le dio unos cuantos meneos cortos.

—Es increíble.

—Ya. La semana pasada lo usé y me corrí como un puto volcán.

Eric gimió de nuevo, seguro que al imaginarse a Kyle usando el mismo juguete o porque tenía envidia del orgasmo de Kyle. O quizá las dos cosas.

Kyle le dio otro meneo largo y lento y observó cómo el juguete se tragaba la polla hinchada y oscura de Eric.

—A ver cuánto aguantas con esto puesto.

Resultó ser más bien poco. Al cabo de dos minutos, los dedos de los pies de Eric empezaron a plegarse.

—¿Hay algo que quieras decirme? —preguntó Kyle en voz baja.

Eric apretó los labios.

—Porque parece que estás a punto de soltar la carga.

Eric respiraba fuerte y Kyle le dejó creer por un segundo que había ganado la batalla, y entonces le sacó el masturbador de golpe. Eric gimoteó mientras su polla rebotaba enfadada contra su

estómago, roja y brillante por el lubricante.

—¿No pensabas decírmelo esta vez? —bromeó Kyle—. Porque igual ni siquiera hace falta. Puede que… lo sepa y ya.

Para demostrárselo, contó hasta diez mentalmente y luego empezó a acariciar a Eric con la mano. En menos de un momento Eric contrajo los abdominales y se le subieron los huevos, y entonces Kyle lo soltó.

—Ay. Dios. Vete a la mierda —jadeó Eric—. He estado a punto.

—Tenías los huevos duros como una piedra. —Kyle chasqueó la lengua y pasó un dedo por encima—. Me muero por ver esa corrida.

Pasó el pulgar con suavidad por el punto sensible que Eric tenía justo debajo del capullo y vio cómo se escapaba una gota de líquido preseminal de la raja. Kyle estaba seguro de que él también debía de estar goteando en ese momento. Cada vez era más difícil mantener el control al ver cómo se entregaba a él Eric.

El pecho de Eric subía y bajaba acelerado mientras luchaba por mantener la compostura.

—¿Puedes… puedes quitarte los pantalones?

Kyle sonrió.

—Me gusta que conviertas esto en una partida de *strip poker*.

Se levantó y se aseguró de que Eric lo miraba mientras se desabrochaba el botón de la bragueta. Su erección era evidente, presionando contra la tela elástica, así que masajeó el paquete con la mano a la par que contemplaba la cara de Eric. Parecía hecho polvo: los ojos vidriosos, la piel sonrojada y el sudor mojándole los rizos en las sienes. Kyle apostaría que sería capaz de hacer casi todo lo que le pidiera en ese momento.

—Quiero que ahora lo hagas tú —decidió Kyle de repente—. Hazte una paja. Ponte a punto, pero no te corras.

Eric soltó un gemido irritado, pero hizo lo que le mandaba. Se cogió la polla y empezó con meneos lentos y cuidadosos mientras el resto de su cuerpo temblaba por el esfuerzo de no correrse.

—Así, muy bien. Despacio —dijo Kyle—. Como la última vez. ¿Recuerdas la última vez?

Eric asintió e hincó los dientes en el labio inferior mientras fruncía el ceño con concentración.

—Bien —susurró Kyle mientras se metía una mano por dentro de la ropa interior—. Lo estás haciendo genial, mi amor. Se me ha puesto durísima.

—Quiero verlo —jadeó Eric.

Kyle se quitó del todo los pantalones y luego se bajó los calzoncillos y se los sacó. Tiró de la polla dura y dejó que rebotara contra su estómago.

—¿Ves lo puto empalmado que voy? Es porque estás fantástico ahora mismo, tocándote para mí. Haciendo lo que te mando.

Eric gimoteó y cerró fuerte los ojos un segundo. Cuando los abrió de nuevo, Kyle se fijó en lo vidriosos que los tenía. Eric fijó la mirada en la polla de Kyle, así que este se dio unos meneos suaves en su honor.

—¿Puedo…? ¿Puedes…? —Eric masculló—: ¡Joder! No puedo. Voy a…

—Para —dijo Kyle con firmeza.

Eric lo hizo, aunque puso cara de sorpresa. Se frotó la cara con la mano y gruñó de frustración. Kyle cogió aire y sintió que se le había parado el corazón. Advertía que Eric estaba pasándolo fatal, pero que deseaba seguir conteniéndose. Por Kyle. Joder, era una pasada. Se agarró la base de la polla y respiró hondo para tranquilizarse antes de volver a coger el juguete.

—Ponte de rodillas —le indicó confiando en que no se notara que le temblaba la voz.

Eric se levantó de inmediato, con las piernas separadas y las rodillas bien clavadas en el colchón. Era magnífico.

Kyle se inclinó para dar un besito a la punta de la lastimera polla de Eric. Era una disculpa y una promesa. Y un agradecimiento. Se irguió, luego colocó el masturbador sobre la punta y la dejó quieta.

—Esta vez vas a trabajar tú. Quiero que te la folles.

A Eric no le hizo falta que se lo dijera dos veces. Ancló las manos en los hombros de Kyle y empezó a embestir con gusto el juguete. Kyle soltó un gemido al verlo, imaginándose qué se sentiría si ese hombre te la metía.

—Ojalá ese juguete fuera yo —dijo retador. No quería presionar a Eric, pero tenía la cabeza llena de alucinantes pensamientos guarros

que quería compartir—. Me encantaría notar esa polla gorda que tienes dentro de mí. Seguro que me destrozarías.

Eric gruñó y empujó más rápido. Era tan fuerte y atlético… Kyle apostaba a que podría seguir durante horas si era capaz de contenerse para no correrse. Podía empotrar a Kyle y darle hasta que se cansara.

—¿Te lo estás imaginando? —preguntó Kyle—. ¿Finges que ese juguete soy yo? Que me estiras y me llenas y…

Eric echó aire fuerte por la nariz mientras cerraba mucho los ojos. Kyle sacó de golpe el juguete y Eric gritó de frustración, dando inútiles embestidas al aire.

Vale, igual empezaba a ser hora…

—Túmbate —dijo Kyle con delicadeza—. Bocarriba.

—Por favor —suplicó Eric.

En cuanto Eric se colocó como Kyle quería, este se puso entre sus muslos extendidos. Dedicó un momento a admirar el fruto de sus esfuerzos: Eric Bennett, sofocado y reluciente de sudor y lubricante. Tenía los ojos salvajes y suplicantes y el pelo húmedo y enredado sobre la almohada. Kyle deslizó una mano por el muslo de Eric y contempló cómo se movía su desesperada polla. Tenía los huevos gigantes, llenos a rebosar, y Kyle quería abrir la compuerta.

Empezó a hacerle una paja. Esta vez no jugó con él; se la meneó fuerte y rápido mientras le sujetaba los huevos con la otra mano. Eric le suplicó con la mirada y Kyle asintió.

—Sí, rey. Vamos a verlo.

En dos sacudidas más, Eric estalló. Se arqueó para separarse de la cama y aulló de alivio cuando el primer chorro le salpicó el pecho. Kyle gimió a la par que él mientras su polla se sacudía y soltaba el líquido preseminal, ansioso por correrse también.

Kyle siguió acariciando a Eric durante ese orgasmo épico, observando con admiración que no paraba de correrse. No lo soltó hasta que Eric se quedó secó, y entonces su polla logró soltar un último chorro que se unió a la impresionante cantidad de semen que cubría el estómago y el pecho de Eric.

—Ay, dios mío —jadeó Eric—. Ha sido…, hostia puta.

—Sí —confirmó Kyle sin aliento.

—Nunca me había corrido así. Joder.

Kyle recuperó la compostura y chasqueó la lengua.

—Ha estado bien, ¿no?

—Alucinante. No sabía que se podía.

—Quédate a mi lado, corazón. —Kyle se inclinó y lo besó—. Conozco un millón de cosas.

Se quedaron el uno junto al otro mientras Eric recuperaba el aliento. Estaba tan hecho polvo que tardó varios minutos en darse cuenta de que Kyle se estaba acariciando con calma. Eric se puso de lado para observarlo.

—¿Te ayudo?

Kyle le sonrió con gesto perezoso.

—Tengo la sensación de que igual prefieres ir a limpiarte.

Eric bajó la cabeza, avergonzado de saber que Kyle tenía razón, pero también conmovido de que ya lo conociera tan bien. Y de lo considerado que era.

—No tardo nada —prometió Eric.

—Tómate tu tiempo.

Se quedó mirando a Kyle un instante más —de verdad daba la sensación de que no tenía ninguna prisa por que aquello terminara, pese a que tenía la polla como una piedra y reluciente de líquido preseminal— y luego fue corriendo al cuarto de baño.

Supuso que estar borracho debía de parecerse a eso. Eric tenía las piernas como un flan y la cabeza en las nubes. Todas las partes de su cuerpo estaban relajadas y… felices. Se sentía pletórico.

Nunca había experimentado nada similar a lo que Kyle acababa de hacerle. Ni por asomo. Sin duda jugaría a ponerse al límite y aguantar la siguiente vez que se hiciera una paja. Sabía que no sería lo mismo que tener a Kyle para guiarlo —o que dejar el control en manos de otra persona—, pero sería un ejercicio de disciplina, y eso no le resultaba nuevo.

Se limpió y se miró bien en el espejo. Tenía el pelo como si acabara de quitarse la máscara de portero, húmedo e indomable. Tenía los ojos vidriosos y la piel sonrojada y reluciente de sudor.

Como dirían algunos de sus compañeros de equipo, se notaba que estaba bien follado.

Y Kyle estaba en su cama en ese momento, acariciándose y tal vez pensando en Eric y en cómo le había hecho perder el control. Eric se sorprendió de no haber sentido vergüenza de soltarse tanto.

No se avergonzaba de nada de lo que habían hecho, solo estaba preocupado por las increíbles ganas que tenía de hacer más. Quería que Kyle le enseñara todo lo que sabía y Eric quería darle lo que fuera que tuviera a cambio. Esa parte le daba bastante miedo, pero lo que de verdad lo aterraba era desear una relación romántica con Kyle más allá del sexo. Quería que pasaran tiempo juntos, aunque no hicieran nada especial. Quería saberlo todo de él y abrirse a él, y Eric necesitaba detener esa línea de pensamiento antes de hacer alguna tontería.

Cuando Eric volvió al dormitorio, Kyle descansaba sobre una pila de almohadones, con un brazo doblado encima de la cabeza mientras con la otra mano se acariciaba lentamente la polla. Era exquisito, tan especial y bello como cualquier obra de arte de la colección de Eric. Sus piernas largas y torneadas estaban extendidas delante de él, sueltas y relajadas. Su polla, con esa preciosa curva, seguía dura y ahora resplandecía por el lubricante.

—¿Qué quieres? —preguntó Eric.

Ver a Kyle dándose placer con calma había devuelto la energía al cuerpo exhausto de Eric. Incluso su polla hacía un esfuerzo por levantarse de nuevo.

—Ven aquí —dijo Kyle.

Dio unas palmaditas en el colchón a su lado y Eric fue al instante. Se sentó erguido con la espalda contra el cabecero, porque temía que si se tumbaba del todo pudiera quedarse dormido, pues estaba agotadísimo. Kyle lo sorprendió colocándose a horcajadas sobre sus caderas y luego se reclinó contra el pecho de Eric.

Él lo rodeó con el brazo y lo acercó hacia su cuerpo; le encantaba la sensación de notarlo tan cerca. Le encantaba lo bien que encajaba Kyle con él.

—¿Te hago daño? —preguntó Kyle.

—¿Eh?

Lo último que hacía Kyle en ese momento era hacerle daño.

—Por el moretón, me refiero. O, mejor dicho, los moretones.

Era adorable cuánto se preocupaba Kyle por los golpes de Eric. Era algo que había acompañado a su piel desde hacía tanto tiempo que no recordaba qué se sentía al no tenerlos. Supuso que pronto lo averiguaría. Cuando dejara el deporte.

—No pasa nada. Estoy acostumbrado. —Besó la sien de Kyle—. Esto me gusta.

Kyle volvió la cabeza y besó el bíceps de Eric.

—¿Sí?

—Mmm.

Eric arrastró la mano libre por el estómago de Kyle y luego le rodeó la polla, sustituyendo a la mano de Kyle. Se la meneó despacio, tratando de mantener el ritmo que llevaba Kyle hasta ese momento.

—Sí. Así me gusta —dijo Kyle medio en trance—. Me encanta que me sujetes así mientras me tocas la polla.

Eric resopló y sintió un escalofrío.

—No te guardas mucho los pensamientos, ¿verdad?

—¿Por qué iba a hacerlo? Creo que te gusta que diga marranadas.

—Sí me gusta —admitió Eric.

No tenía sentido ocultarlo; volvía a tener la polla dura y le daba golpecitos con ella en la espalda a Kyle. Había muchas cosas de ese chico que le gustaban, pero sabía que tenía que callarse la mayor parte.

Observó cómo el reluciente capullo de Kyle salía y entraba en el túnel de su mano conforme se la meneaba más rápido. Apenas era la segunda noche que Eric estaba con un hombre, pero sentía confianza en lo que hacía. El ángulo le era familiar, como si se hiciera una paja él, pero los encantadores gemidos y suspiros de Kyle mientras se estremecía en brazos de Eric eran nuevos y excitantes.

—¿Bien? —preguntó Eric rozando con los labios la oreja de Kyle.

—Joder, mejor que bien —contestó Kyle arrastrando las palabras.

Se movió para rozar con el culo la polla de Eric y la sensación fue

increíble. Eric había pensado mucho esos días en cómo sería metérsela a un hombre. Bueno, si era sincero, en lo que había pensado mucho era en cómo sería metérsela a ese hombre en concreto… Aun estando muerto de cansancio, quería enterrarse dentro de Kyle. Pero quizá esa lección quedaría pendiente para otro día.

Solo de pensarlo se puso a gemir, pero ahogó el sonido contra el hombro de Kyle.

—¿En qué piensas? —preguntó este sin aliento—. Cuéntamelo.

Tan mandón. Eric se había acostumbrado a obedecer órdenes a raíz de toda una vida de jugar al hockey, pero la obediencia nunca le había resultado tan estimulante. Compartió sus pensamientos con Kyle a la desesperada.

—Quiero follarte.

Kyle se tensó encima de él.

—¿Ah, sí?

—Ahora mismo no puedo, pero pronto. Si quieres.

Kyle ya había dicho que le apetecería en otra ocasión. Pero ¿hablaba en serio? ¿O lo decía para ponerlo cachondo?

—Joder, Eric. —Kyle empezó a restregarse por su mano—. Te quiero dentro. Te divertirías tanto conmigo…

—Ya lo sé —dijo Eric en voz baja.

Le besó el pelo a Kyle y lo agarró más fuerte. Hacía poco que se conocían, pero Eric confiaba en que sería paciente y cuidadoso con él. En que haría que la experiencia fuera divertida y relajante, conseguiría que Eric soltara tantas carcajadas como gemidos y jadeos. Sería maravilloso y, justo por eso, Eric debía asegurarse de que no sucedía jamás, porque estaba seguro de que no habría vuelta atrás después. Si hacía eso, le entregaría el corazón.

Kyle apoyó la cabeza en el hombro de Eric, con la boca entreabierta mientras los dos observaban la mano de Eric moverse cada vez más rápido sobre la polla de Kyle. Eric estaba concentrado en su objetivo, apartaba los pensamientos absurdos sobre darle su corazón y se concentraba en el momento presente. Escuchaba el cuerpo de Kyle del mismo modo que escuchaba el suyo cuando hacía yoga y se preguntó si debería parar antes de que Kyle llegara

al orgasmo. ¿Sabría entender su cuerpo lo bastante para llevarlo al límite de forma tan experta como había hecho Kyle con él?

Kyle tensó el cuerpo entre sus brazos, inclinó la cabeza hacia atrás y dobló los dedos de los pies. Soltó un largo gemido y Eric volvió a plantearse parar. Antes de que pudiera decidir qué hacer, ya era demasiado tarde. El semen salió a chorro de Kyle, le cubrió el estómago y rezumó entre los dedos de Eric.

Este lo estrechó entre sus brazos y le besó la sien, la mejilla, la oreja… Todos los puntos a los que llegaba. Murmuró una retahíla de palabras cariñosas, incapaz de evitar que salieran a borbotones de su boca.

—Eres precioso. Estoy contigo. Eres tan sexy.

—Guau —suspiró Kyle, y se deslizó sin fuerzas por el cuerpo de Eric hasta quedar con la cabeza apoyada en su muslo—. Me ha gustado.

Por mucho que le gustara a Eric tener a Kyle encima del pecho, esa estampa del chico, agotado y feliz en su regazo, era magnífica.

—¿Lo he hecho bien?

—Uy, sí. Un diez. —Sonrió al jugador y empezó a vitorearlo medio dormido—. ¡Ben-ny! ¡Ben-ny!

Eric se echó a reír y hundió los dedos en el pelo de Kyle. Sentía el corazón ensanchado, lleno de sentimientos inadecuados que desde luego no correspondían a un acuerdo sin ataduras. Si Eric no tenía cuidado, acabaría enredado en las cuerdas que su mente parecía decidida a crear.

Por suerte, Kyle era más fuerte. O, mejor dicho, no estaba tan colado.

—Dame cinco minutos para recuperarme —le dijo— y luego ya me voy.

Eric quería invitarlo a quedarse. Pero, en lugar de eso, dijo:

—No tengas prisa.

Kyle rodó por la cama y subió hasta que su cara quedó a la altura de la de Eric.

—Eres muy sensual, Eric.

—¿Yo?

Kyle le besó la mejilla, la mandíbula y después la boca.

—No finjas que no lo sabes.

Eric no lo sabía, pero dejó que Kyle creyera que por lo menos tenía un poco de confianza sexual.

—Eres muy… inspirador.

—Es un don. —Kyle bostezó y luego soltó una risa—. Será mejor que me lave y me vaya ahora que todavía puedo caminar.

—Podrías…

Kyle le puso un dedo en los labios a Eric y luego se acercó a besarlo con dulzura.

—Me voy a casa.

«Quédate, por favor».

—Vale. —Pero Eric no podía dejar que Kyle se marchara sin asegurarse de que lo vería de nuevo. Se arriesgó—. Oye, ¿te apetecería ir a la galería de arte de mi amiga esta semana? Me refiero a ir conmigo.

A Eric le costó interpretar la expresión de Kyle. O estaba gratamente sorprendido por la propuesta y decidiendo si sería mala idea decir que no, o estaba enfadado y a punto de decírselo a Eric.

—¿Es una cita? —preguntó Kyle. No era ninguna de las cosas que Eric esperaba oír.

Se percató de que Kyle no sonreía.

—No —dijo Eric, aunque le habría encantado poder decir que sí —. Pero he pensado que podía gustarte ver esa exposición. Si quieres. No pasa nada si prefieres…

—¿Podemos comprar empanadas?

Kyle curvó los labios en una sonrisa y todo el cuerpo de Eric se relajó.

—Pues claro.

Kyle le dio un beso en la mejilla.

—Me apunto.

Fue al lavabo y Eric miró el espacio vacío que había en la cama a su lado. Ojalá las cosas fueran distintas.

Capítulo 15

Mientras entraban juntos en la galería de arte, Eric se recordó por enésima vez que aquello no era una cita.

—¿Hola? —saludó Eric al entrar en la sala vacía.

Oyó los golpes secos de los tacones de aguja resonar contra el suelo de hormigón y al poco apareció Jeanette, que salía de la trastienda.

—¡Eric! —Lo abrazó y le dio un beso en la mejilla. Luego se volvió hacia Kyle—. ¿Y quién es este?

—Jeanette, te presento a mi amigo Kyle. Estudia Historia del arte en Columbia. —Confiaba en no haberse atascado en la palabra «amigo». Aunque no era mentira—. Kyle, te presento a Jeanette Saint-Georges, amiga mía y dueña de esta galería.

—Había pasado por delante mil veces, pero no había entrado nunca —dijo Kyle mientras le daba la mano—. Es un sitio precioso.

—Gracias. Y estoy encantada de conocerte. Creo que es la primera vez que Eric viene por aquí con un «amigo».

Lanzó una mirada a Eric con la que pretendía preguntarle algo que él no tenía la menor intención de responderle. Por dios, ¿de verdad era tan transparente? Nunca le había dicho nada que diera a entender que le atraían los hombres. ¿Acaso lo sabía sin más? ¿Cualquier persona a quien le presentara a Kyle sospecharía que Eric se acostaba con él?

Eric apartó la mirada y preguntó:

—¿Qué tal fue la inauguración?

—Genial. Lo vendimos todo.

—No me sorprende.

—A mí tampoco. Pero todo el mundo te tiene envidia. Tu obra era la gran admirada…

—Me muero de ganas de verla —dijo Kyle—. Eric tiene muy buen gusto.

Jeanette lo miró con ojo experto, como si estuviera planteándose exponerlo en su siguiente muestra.

—Desde luego, tiene ojo para la belleza.

Eric notó que el calor le subía por el cuello. Estaba claro que su amiga sospechaba algo. De pronto se sintió ridículo, como si estuviera mostrando el trofeo de hombre con el que se enrollaba en lugar de llevar a un amigo a su galería de arte favorita.

Un amigo mucho más joven.

Por dios, ¿a qué jugaba Eric?

Jeanette los llevó a la segunda sala y Eric se quedó rezagado para tratar de ordenar sus sentimientos. Tratar de aclararse las ideas.

Pensaba que lo tenía bajo control hasta el momento en que Kyle vio el cuadro que había comprado Eric. A Kyle se le iluminó la cara, y el corazón de Eric, traidor, dio un vuelco emocionado.

—Uf, guau —susurró Kyle con gran admiración—. Es magnífico.

—Sí —dijo Eric en voz baja.

Mientras Kyle contemplaba el cuadro, Eric contemplaba a Kyle. Tenía los largos dedos doblados delante de los labios carnosos en pose de contemplación y había sacado la cadera ligeramente hacia un lado. ¿Por qué todo lo relacionado con él era tan fascinante?

La mente de Eric divagó hasta el domingo por la noche, cuando esos mismos dedos se habían curvado alrededor de su polla. Había sujetado aquel juguete maravilloso mientras Eric la metía y la sacaba. Recordó esos mismos labios carnosos chupándole la punta, rozándole la piel con besos tiernos. Esas mismas caderas habían apresado su regazo cuando Kyle había llegado al clímax mientras Eric lo abrazaba fuerte.

Entonces se dio cuenta de que tanto Jeanette como Kyle lo miraban a la cara y, a juzgar por la expresión de los dos, estaba claro que esperaban que respondiera a algo.

—¿Perdón?

—Le he preguntado a Kyle si le habías enseñado alguna foto de las tuyas.

—Le he dicho que solo una, pero que me encantaría ver más —añadió Kyle.

—Ah. —Eric se sintió incómodo de que hablaran de su afición como si tuviera un gran talento. Y más en presencia de unas auténticas obras de arte tan exquisitas—. No es nada del otro mundo. Soy un turista con una cámara. Y a veces tengo suerte.

—La suerte no tiene nada que ver —le replicó Jeanette sonriendo.

—Bueno —dijo Eric despacio—, si tengo algún talento es la paciencia. Supongo que resulta útil para la fotografía.

—Paciencia y atención a los detalles —dijo Jeanette. Le dio un codazo a Kyle—. A este no se le escapa nada, ¿sabes?

Kyle no respondió, pero aguantó la mirada a Eric mientras esbozaba una sonrisa lenta muy atractiva. Eric dirigió la atención al cuadro de inmediato, porque era un territorio más seguro. Sin embargo, después de esa sonrisa los colores del lienzo le parecían apagados.

Kyle se desplazó hasta quedar junto a Eric y se pusieron a analizar el cuadro en silencio. Al cabo de un minuto, Eric se volvió y se sorprendió al ver que Jeanette se había marchado en algún momento.

—¿Dónde vas a colgarlo? —preguntó Kyle.

Lo dijo en un susurro, aunque se habían quedado solos.

—En el salón. Quiero reorganizar el espacio para que lo domine todo.

—Vas a darle todos los caprichos.

—Como debe ser.

Kyle se rio en voz baja.

—Gracias por enseñármelo.

Eric quería enseñarle muchas cosas. Todo. Quería ver su cara ilusionada en todas las galerías del mundo. En todos los museos. En todos los monumentos históricos y ante todas las vistas espectaculares.

—Me alegro de que hayas venido. Tendrías que ver el resto.

Dedicaron otros veinte minutos a contemplar las obras de arte y comentar cada uno de los cuadros. Al final, Kyle le sonrió y dijo:

—¿Ha llegado el momento empanada?

—Por supuesto.

Dieron las gracias a Jeanette y ella los abrazó antes de que se marcharan. Una vez fuera, Kyle comentó:

—Ha sido chulo.

—¿Ver la galería?

—Sí, pero… me refería a la experiencia general de ir a una galería de arte contigo.

Eric sintió que flotaba.

—A mí también me ha gustado. O sea, me gusta pasar tiempo contigo.

Kyle le sonrió y a Eric se le pasó por la cabeza besarlo. Pero Kyle se apartó.

—¡Empanadas! —dijo—. ¡Vamos!

Kyle olió el delicioso aroma de la carne especiada y la masa recién horneada antes de abrir siquiera la puerta de Córdoba Bakery. Entró en el acogedor calorcillo del local argentino abarrotado y decorado con vivos colores y aguantó la puerta para Eric. Cuando este pasó rozándolo, Kyle se recordó una vez más que aquello no era una cita.

Valentina, la propietaria del local junto con su marido, saludó a Kyle en español y charlaron un momento en su lengua materna. Kyle no bromeaba cuando le había dicho a Eric que había ido mil veces a ese lugar. Pidió lo de siempre: cuatro empanadas de ternera picante; dos para comer en el momento, una para Maria y una para más tarde. Supuso que después se iría directo a casa. Eric y él no habían hecho planes para … otras cosas. Y, además, si Maria se enteraba de que había ido a Córdoba Bakery y no le había llevado una empanada, se pondría hecha una fiera.

—Siempre tan predecible —le tomó el pelo Valentina—. ¿Una es para Maria?

—Puede…

La dueña miró a Eric por encima del hombro de Kyle y pareció reconocerlo, así que cambió al inglés.

—Una de verduras a la brasa, ¿verdad?

—Exacto —le confirmó Eric.

Para Kyle una empanada de verduras a la brasa era un desperdicio de masa, pero lo más probable era que fuese la cosa menos sana que Eric se permitiera comer.

—¿Os conocéis? —preguntó Valentina—. Os pasáis el día viniendo por aquí, pero nunca os había visto juntos.

—Somos amigos —dijo Kyle, y sonrió a Eric por encima del hombro.

Valentina le entregó a Kyle una bolsa de papel llena de empanadas humeantes. Como siempre, había añadido «en secreto» dos empanadas de postre gratis. Y Kyle, como siempre, estaba encantado. Eric recibió lo que había pedido y se apartaron del mostrador para dejar sitio a la siguiente persona. Córdoba siempre estaba abarrotado.

Kyle señaló una mesa que estaba vacía de milagro.

—¿Nos sentamos?

Eric asintió.

—Sí, vale.

Parecía nervioso, algo raro en él. Kyle se había fijado en que en la galería le había ocurrido lo mismo. ¿Sería porque Jeanette le había tomado el pelo sutilmente a propósito de Kyle? ¿Le daría vergüenza que lo vieran con él? ¿Le estresaría que otras personas sospecharan algo?

Kyle quería decirle que no se preocupara por nada de eso, pero un local de empanadas hasta arriba no era el mejor sitio para hablarlo. Y menos cuando acababan de entrar cuatro clientes más, que llenaban casi todo el espacio central.

No estaba seguro de qué quería Eric en realidad. La última vez que habían estado juntos había sido una puta pasada, y Kyle estaba bastante seguro de que los dos pensaban lo mismo. Pero eso no era lo que le había rondado por la cabeza a Kyle durante días. Era lo mucho que le había costado marcharse aquella noche. Las tremendas ganas que tenía de quedarse en la cama de Eric, no para seguir acostándose, sino porque quería que lo abrazara. Deseaba quedarse dormido en sus brazos y despertarse con sus tiernos besos. Deseaba hablar con él mientras desayunaban y hacían planes

para su día juntos.

Y justo por eso Kyle tenía que poner distancia entre Eric y él. Corría el riesgo de enamorarse de aquel hombre y era un error que Kyle no estaba dispuesto a cometer. Por un lado, Eric no parecía del todo preparado para estar en una relación con un hombre y que la gente lo supiera. Por otro lado, saltaba a la vista que no se sentía cómodo con la diferencia de edad que había entre los dos. Lo más seguro era que lograse convencerse de que no era para tanto cuando estaban en la cama de Eric, o cuando iban a una galería de arte juntos, pero Kyle sabía lo frágil que era esa seguridad. Eric podía decidir en cualquier momento que Kyle era demasiado joven, demasiado masculino, demasiado… ridículo para estar en una relación de cualquier tipo con él. Y Kyle prefería que, si eso llegaba a suceder, su corazón sufriera lo mínimo.

Observó cómo Eric sacaba la empanada de la bolsa de papel y daba un mordisco. Cerró los ojos y suspiró feliz con la boca llena de verduras a la brasa. Unas migas de masa se le habían quedado en los labios, y Kyle era incapaz de apartar la mirada.

Eric tragó y dijo:

—Uf, qué rica.

Sacó la punta de la lengua para limpiarse las migajas.

—Sí —confirmó Kyle, aunque todavía no había sacado sus empanadas de la bolsa.

—¿Vas a comer? —le preguntó Eric antes de dar el segundo mordisco.

Kyle salió de su embobamiento y metió la mano en la bolsa. En realidad, se moría de hambre, pero le daba apuro hincarle el diente a su comida delante de Eric. Le parecía de mala educación llenarse la boca de ternera delante de una persona vegetariana.

—No me importa —dijo Eric, como si le leyera la mente—. Come, por favor.

Kyle obedeció y mordió la corteza caliente y mantequillosa y luego el relleno picante y delicioso con queso fundido. Gimió de un modo que recordó a un orgasmo más de lo que le habría gustado, pero es que, joder, aquellas empanadas estaban riquísimas.

Cogió una servilleta de papel del servilletero de la mesa y se

limpió los labios con delicadeza.

—Me encantan estas empanadas —dijo Kyle con cierta timidez.

—Me ha gustado escuchar cómo las pedías.

Los ojos de Eric parecían un punto más oscuros de lo que estaban un momento antes. Kyle se removió en el asiento.

—¿Ah, sí?

—Estoy asombrado. Yo casi no sé español.

—Bueno, era joven y soñaba con casarme con Diego Luna.

Eric lo contempló un momento con esos ojos intensos de color café, como si no estuviera seguro de si Kyle bromeaba o no. Entonces curvó los labios en un atractivo atisbo de sonrisa con la que le gustaba torturar a Kyle, y este desvió la mirada al último trozo de empanada que le quedaba. Su empanada, que era un lugar seguro y nada complicado.

—Ya debe de quedarte poco para acabar el trimestre, ¿no? —comentó Eric.

Kyle tragó la comida.

—Sí. Termino la semana que viene.

—No pareces muy estresado.

—Solo es una asignatura. Tengo que preparar un trabajo final, pero ya lo tengo casi listo. Me falta revisarlo y tal.

Eric volvió a sonreírle.

—¿Qué pasa? —preguntó Kyle.

—Seguro que escribes muy bien.

Kyle se encogió de hombros.

—No se me da mal. Suelo ir rápido. Me gusta más la fase de investigación que la de redacción.

—A mí también me pasaba cuando iba a la uni.

—Creo que eres el primer graduado de Harvard que conozco que dice «la uni» en lugar de «Harvard» —bromeó Kyle.

Eric cogió una servilleta y se limpió los dedos.

—Estudié allí por el hockey, no porque fuera un genio.

Kyle resopló.

—Vale. Y ¿todos tus compañeros de equipo fueron a Harvard?

Eric vaciló y luego admitió:

—No.

—¿Y cuántos jugadores de la NHL tienen un título de Harvard?

Eric hizo una bola con la servilleta de papel y la metió en la bolsa vacía.

—¿Que jueguen ahora?

—Claro. O, me da igual, joder, ¿cuántos de los jugadores que ha habido en la historia se han graduado en Harvard?

Eric torció los labios y dijo:

—De los actuales, solo yo, creo. Y tal vez… No sé. ¿Tres? ¿Cinco? ¿En total? La verdad es que no estoy seguro.

—Entonces ¿estamos de acuerdo? Eres extraordinario.

Todo lo relacionado con Eric era extraordinario. Kyle no podía dejar de pensar que le resultaba increíble que el hombre que estaba comiendo empanadas con él fuera el auténtico Eric Bennett. ¿Cómo podía ser eso la vida real de Kyle?

Acabaron de comer y Kyle descubrió que buscaba a toda costa una excusa para prolongar el tiempo juntos.

—Hay una cafetería genial en la calle de al lado —propuso.

Eric le sonrió con una dulzura que hizo picadillo el corazón de Kyle.

—No me iría mal un café.

Decidieron coger un café para llevar y pasear por la High Line. Mientras caminaban por el parque elevado, Kyle iba dando sorbos al café con leche con los hombros encogidos por el frío. Se notaba que hacía demasiado tiempo que no vivía en Vermont, porque el frío le molestaba muchísimo.

—Oye, ¿y por qué no sales con Jeanette? —le preguntó Kyle—. Parece genial.

—Y lo es —coincidió Eric—. Pero a su mujer no le gustaría.

—Ah. —Kyle comprobó que no le daba mucha pena—. ¿Tu ex se quedó con parte de tu colección de arte cuando os divorciasteis?

—Dividimos todo de forma equitativa. Había un par de obras que a ella le gustaban más que a mí, así que se las llevó. Le dejé que se quedara con la mayor parte de los muebles de nuestra antigua casa. Quería empezar de cero.

—Debió de ser duro.

Kyle nunca había estado en una ruptura en la que hubiera que repartir objetos. No quería ni imaginarse lo que sería gestionar ese estrés además del dolor por la pérdida.

—No fue para tanto. Ni Holly ni yo somos de montar dramas. Además, viene de una familia con dinero, así que la parte económica no fue el jaleo que podría haber sido en otras circunstancias. Me dio bastante igual el partir todo por la mitad. —Resopló—. Supongo que en general me daba bastante igual todo lo relacionado con nuestro matrimonio, sobre todo en los últimos años. Bueno, a los dos nos pasaba.

Kyle solo había estado en relaciones que ardían como el fuego, luego se apagaban rápido y —al menos por su parte— de forma imprevista.

—Entonces ¿el divorcio no fue una sorpresa?

—No mucho. Como te decía, yo no me implicaba demasiado, así que si me sorprendió fue solo por eso. Holly no estaba enfadada conmigo. Me pidió que me sentara una tarde y con cariño comentó que no había motivos para que siguiéramos casados. —Sonrió con nostalgia—. Siempre era muy organizada. Me presentó un argumento muy bien armado y, cuando terminó, le dije que tenía razón. Nos abrazamos y a la mañana siguiente empezamos el proceso.

—Guau. Me parece que los divorcios no suelen ir así.

—Supongo que no. Aunque seguimos llevándonos bien. Y tiene otro novio. Es majo.

Caminaron un momento en silencio.

—¿Se sorprendería si tú también tuvieras? —preguntó Kyle—. Me refiero a novio.

Eric se tomó su tiempo para responder, como si nunca se lo hubiera planteado.

—Creo que le sorprendería mucho.

—¿Te importa?

—Si te soy sincero, no lo sé. Suele importarme lo que piensan los demás. Y no me gusta ser el centro de atención.

—Ya —dijo Kyle algo incómodo.

—Aunque supongo que, si estuviera en una relación con un hombre, con alguien de quien estuviera enamorado, tal vez fuera diferente. Tal vez dejara de importarme lo que pensaran los demás si sintiera algo muy fuerte por alguien.

«Si». Si Eric conocía a alguien que estaba a la altura de sus expectativas. Alguien de quien pudiera estar orgulloso de presentar como su novio. Alguien que no fuera Kyle.

Kyle se obligó a pasar por alto la amargura que se había colado dentro de él.

—Si quieres, puedes presentarme como tu amigo barra profesor sexual —bromeó.

Eric esbozó esa sonrisilla medio contenida que tanto le encantaba a Kyle.

—Te agradezco mucho tu… ayuda.

—No me ha costado nada.

En verdad, había sido lo mejor que había pasado en su vida últimamente. Estaba acabando a medio gas el trabajo final de una asignatura que le daba igual y se arrastraba a un trabajo que sería más divertido si a su jefe le importara una mierda el bar o las sugerencias de sus empleados. Y, para colmo, hacía días que no follaba con nadie aparte de Eric por motivos en los que no quería entrar y se enfrentaba a otra triste Navidad solo en Manhattan.

Como si le leyera la mente, Eric le preguntó:

—¿Tienes planes para Navidad?

—Nop. Ver pelis o algo así.

Kyle notó que Eric iba con pies de plomo para llegar a las preguntas que de verdad quería hacer.

—¿Hablas mucho con tus padres?

—No mucho.

Se detuvieron en un mirador y Kyle se preparó para la pregunta que sabía que llegaría a continuación.

—No tienes que responderme si no quieres hablar del tema, pero… —empezó Eric—. Lo de tu familia. ¿Es porque eres gay? ¿Por eso te han…?

—¿Desterrado? —acabó la frase Kyle.

Eric parecía muy triste.

—Sí.

Kyle suspiró.

—Oficialmente, no. Por lo menos, no es la única razón. Aunque creo que sí tiene algo que ver, digan lo que digan. —Pasó la yema del dedo por el borde de la funda de cartón del vaso de café—. Supongo que nunca lo sabré.

Eric se quedó callado, con la mirada fija en la calle que había abajo. Kyle sabía que trataba de no forzarlo a darle más información. Por esa misma razón, Kyle quería ofrecérsela de forma voluntaria. Hacía mucho tiempo que no le contaba a nadie el episodio más bochornoso de su vida.

—Monté un pequeño escándalo en el tranquilo pueblo de Shaw, en Vermont. —Kyle se esforzó por mantener un tono desenfadado, como si no le costara la vida admitirlo ante alguien tan impresionante como Eric Bennett—. Estuve en una… relación… con un hombre que en aquella época era mi jefe.

—Oh.

—Estaba casado. Con una mujer, me refiero. Y tenía dos hijos.

—Oh —repitió Eric, esta vez más serio—. Ya entiendo.

Eric se agarró tan fuerte con una mano a la barandilla que Kyle estaba seguro de que tenía los nudillos blancos dentro del guante. No le sorprendió… No debía de ser agradable enterarte de que el chico con el que habías salido unas cuantas veces era un monstruo.

—Y —continuó, porque Eric merecía saber hasta dónde llegaba lo más gordo— yo lo sabía. Que quede claro, sabía que tenía familia, pero me dijo que me quería y yo me lo creí. —Se rio con amargura —. Nunca había estado con nadie. Pensaba que me había enamorado.

Eric tensó la mandíbula, como si apretara los dientes.

—¿Cuántos años tenías?

—Acababa de cumplir dieciocho.

—Dios…

—Su mujer se enteró y luego lo supo el pueblo entero. Había… fotos. Vídeos.

Eric negó con la cabeza, tenía la mirada fija en algo a lo lejos. Kyle respiró hondo y lento para recuperar la compostura.

—Después de eso, mis padres consideraron que lo mejor era que me fuera del pueblo. Sé que querían protegerme, pero además… no soportaban verme.

Kyle no quería hablar de cómo se había sentido con todo aquello. Cómo se le había destrozado el frágil y adolescente corazón cuando Ian había cortado todo contacto con él de forma abrupta y luego había tenido que enfrentarse a sus padres. Dios, había sido una tortura. Con el corazón roto, devastado y muerto de vergüenza. Había pasado de ser «ese chaval tan dulce, Kyle Swift» a ser un vampiro sexual depravado que conquistaba a los hombres más respetables del pueblo. A ser el chico de «aquellas fotos».

En ese momento, Kyle se preparó para que Eric se apartara de él. Para que le recriminara que hubiera sido tan tonto y egoísta. Eric había estado casado. Seguro que se ponía de parte de la mujer de Ian.

—Kyle —dijo Eric con ternura, aunque Kyle habría preferido que no lo dijera así. Sería más fácil si se hubiera limitado a gritarle—. Sabes que tú no eres el malo de esa historia, ¿verdad?

—Tampoco soy el héroe.

Eric se volvió para mirarlo a la cara.

—Eras un crío.

—No según la ley.

Ahora que era mayor, Kyle se daba cuenta de que quizá el comportamiento de Ian había sido peor que el suyo. Kyle habría tenido que negarse a sus insinuaciones, pero, para empezar, Ian no debería haberlas hecho. En el fondo de su corazón, Kyle sabía que a él nunca se le hubiera ocurrido seducir a Ian. Ni siquiera habría sabido cómo.

—Eras un crío —repitió Eric, con más firmeza—. Y aquel tío se aprovechó de ti.

—Bueno. Te aseguro que lo hice porque quise.

—Era tu jefe. Creo que es normal que la gente más joven se… pille… de personas mayores a las que admira. Incluso figuras de autoridad. Pero es tarea de esas personas el impedir que pase nada. Un entrenador nunca debería acostarse con un jugador, aunque el jugador quiera.

Maldita sea. Lo que decía Eric tenía mucho sentido. Pero a Kyle aún le quedaban argumentos que sacar.

—Entonces ¿la gente solo debería salir con alguien de su edad?

Eric hizo una mueca y luego dijo:

—Creo que depende de la situación. Pero quizá en la mayor parte de los casos… Supongo que es lo mejor.

Kyle bajó la mirada al suelo. Ya sabía lo que pensaba Eric sobre salir con alguien más joven, así que no debería haberle dolido tanto oírlo de su boca. Kyle sentía muchas cosas a la vez y prefería no pensar en nada. Era menos arriesgado.

—Bah, da igual —dijo obligándose a estar alegre mientras levantaba la cabeza—. Es agua pasada. Y aquello me enseñó algunas cosas. Quizá a él también.

Pero ¿de verdad había aprendido algo Kyle? Seguía dejando que su corazón tomara decisiones pésimas. Seguía perdiendo la cabeza por hombres bastante mayores que él.

Por dios, Eric debería salir corriendo y alejarse de Kyle cuanto antes.

Pero resultó que Eric no se echó a correr. De hecho, en ese momento dejó el vaso de café en un banco y se acercó a Kyle con los brazos abiertos. Kyle también dejó el vaso y aceptó el abrazo. Eric tenía los brazos fuertes, que se estrecharon con firmeza alrededor de los hombros y la espalda de Kyle. Este tenía la cara pegada contra la sólida calidez del hombro de Eric y se permitió cerrar los ojos e inspirar su aroma un momento.

—Siento que tu primera experiencia con, eh…

—¿El sexo? ¿El amor? ¿Los hombres? Eso fue. Todo eso.

—Lo siento.

Kyle parpadeó rápido para luchar contra el escozor en los ojos. No era la primera vez que alguien era comprensivo con él sobre este tema, ni mucho menos. Maria le había dicho eso mismo y más. Kip no lo sabía, porque Kyle nunca había encontrado el valor de contárselo. Lo más probable era que diera por supuesto que los padres de Kyle eran homófobos. Tal vez lo fueran.

—Sigamos andando.

Kyle se alegró de que la voz le saliera tan firme. Por dentro

sentía que se estaba desmoronando.

—Vale.

Se separaron y Eric recuperó los dos cafés del banco. Le tendió a Kyle el suyo y a este le entraron ganas de darle la mano. Le habría gustado ir cogidos mientras caminaban para disfrutar del consuelo que solía darle el contacto físico. Se metió la mano libre en el bolsillo.

Eric caminaba tenso y en silencio, con la mandíbula apretada y la mirada fija en algo que tenían delante. Kyle sospechaba que, pese al apoyo y el consuelo que Eric había mostrado con él después de que le contara su historia, costaba pasar por alto el hecho de que Kyle fuera un rompehogares. Que Kyle había sido egoísta y tonto y que tenía suerte de seguir contando con la ayuda económica de sus padres. No había nada admirable en él. Era un niño rico que había aprendido idiomas por su cuenta porque se sentía solo y aburrido, primero como adolescente gay en un pueblo y luego como ratón de campo nervioso que vivía solo en Manhattan.

—Debería irme a casa —dijo Eric de repente.

Claro.

—Hay una estación de metro aquí cerca. —Kyle señaló una escalera que los llevaría de nuevo al nivel de la calle—. Bajemos por ahí.

Siguió a Eric escaleras abajo. Una vez en la estación, cayeron en la cuenta de que iban a coger la misma línea E, pero en direcciones opuestas. Hubo un momento incómodo en el que Kyle se planteó besar a Eric, pero prefirió no hacerlo. Incluso darle un beso en la mejilla le pareció un privilegio que no se merecía ahora mismo.

Eric se despidió con un gesto de la cabeza.

—Me lo he pasado bien, Kyle. Gracias.

—Yo también.

A Kyle se le hizo un nudo en la garganta, pero consiguió decir esas dos palabras sin delatar lo triste que estaba, o eso creía.

Al cabo de un minuto, estaban cada uno en un andén, con el ancho abismo de las vías del tren entre ellos. Eric miraba el móvil y Kyle miraba a Eric. Cuando el metro entró en la estación y le impidió seguir viéndolo, Kyle se preguntó si volvería a saber de Eric alguna

vez.

Capítulo 16

La historia de Kyle puso el punto final.

Era preciso meter cualquier sentimiento romántico que Eric pudiera tener por Kyle en una caja fuerte y luego tirarla al río Hudson. Si ya pensaba que se sentía como un viejo verde antes…

Kyle no parecía darse cuenta de lo espantosos que habían sido los actos del hombre ese, pero Eric lo vio claro como el agua. Aquel tipo —Ian— había engatusado a su joven empleado. ¿Y si había estado esperando a que cumpliera dieciocho y en cuanto había ocurrido le había ofrecido el puesto? Eric se apostaba su contrato en la NHL a que eso era lo que había ocurrido.

Cabía la posibilidad de que el hombre se hubiera mudado a otra ciudad y hubiera vuelto a hacer lo mismo allí.

Eric odiaba a aquel tío. Le habría reventado la cara.

—Tienes que relajarte, Benny.

—Perdón.

Eric respiró hondo y dejó muerto el brazo derecho en las manos de Sully, el fisioterapeuta del equipo.

—Así está mejor —dijo con alegría Sully.

Faltaban menos de dos horas para que empezase el partido y Eric tenía que dejar de pensar en Kyle. Su obsesión había provocado que jugara de pena en el entreno del día anterior. No podía repetirlo esta noche.

Sully terminó el masaje y Eric fue al gimnasio a estirar a fondo.

Eric siempre era el primer jugador en llegar al estadio antes de los partidos. Tenía una larga rutina previa al partido que era importante para su preparación, tanto física como mental. Le hacían un masaje, luego estiraba, hacía un poco de bicicleta, estiraba otro poco, bebía agua y comía algo sano y vegetariano, para luego

empezar a ponerse el equipamiento.

En cuanto Eric había terminado la primera ronda de estiramientos entró en la sala el entrenador Murdock. Tenía la mandíbula tensa, pero Eric detectó una disculpa en su mirada.

Maldita sea.

—Hoy me toca banquillo, ¿verdad? —preguntó Eric.

El entrenador asintió.

—Vamos a darle a Tommy la oportunidad de empezar. No tienes la cabeza donde debería estar. Quinn opina lo mismo.

Eric se estremeció, pero no discutió. No podía discutir… «Por favor, dejadme que acabe la temporada como portero titular», suplicó en silencio a nadie en concreto.

—No volverá a pasar —prometió.

El entrenador le dio una palmadita en el hombro.

—Todos lo sabemos, Benny.

Aun así, Eric siguió con su rutina. Para cuando terminó, el vestuario se había llenado de jugadores. Tommy saludó a Eric con la cabeza al pasar por delante y Eric le devolvió el saludo de la misma manera. En realidad, se alegraba por el chaval. La temporada siguiente sería quien empezara todos los partidos, y seguro que los entrenadores lo sabían.

«Chaval». Lo más probable era que tuviera la misma edad que Kyle. Al pensarlo se le removió el estómago. ¿En qué coño pensaba Eric, eh?

Kyle era demasiado joven para él. Daba igual que fuera una de las personas más inteligentes y encantadoras que había conocido Eric. Daba igual que se le acelerase el corazón al pensar en besarlo. Daba igual que, en el dormitorio, cuando Kyle llevaba la batuta, Eric no se sintiera en absoluto mayor que él.

De hecho, la diferencia de edad solo parecía existir cuando Eric estaba lejos de Kyle. Era entonces cuando tenía tiempo para pensar y se sentía incómodo. Cuando estaba con Kyle, apenas se percataba.

Pero existía, igual que los sentimientos de Eric por Kyle. Y era una combinación peligrosa.

—Oye, aquello es mañana por la noche —dijo Scott, con lo que sacó a Eric de su espiral de pensamientos confusos—. El espectáculo

drag del que te hablé.

—Ah. —Eric parpadeó y se concentró en su amigo—. Claro. El acto benéfico.

—Sí. ¿Aún te apetece ir?

Se preguntó si Kyle estaría. Se preguntó si quería que estuviese.

Joder, claro que quería que estuviese. Y por eso no podía ir.

—No creo que pueda.

Scott lo miró con el ceño fruncido y Eric supo que tenía ganas de recriminarle que seguramente no tenía nada que hacer. Pero, en lugar de eso, Scott se limitó a suspirar y dijo:

—No pasa nada.

Era el suspiro resignado de un hombre que era amigo de un aguafiestas.

Eric se sintió mal, pero sabía que era la decisión acertada. No se aclaraba sobre Kyle, así que lo mejor era apartarse.

Hacía días que Kyle no tenía noticias de Eric. En otras ocasiones habían estado más tiempo sin comunicarse, pero este lapso se le hizo eterno. Y significativo.

Kyle había entregado el trabajo final y de pronto tenía un montón de tiempo libre. Se había volcado a estudiar griego y ahora estaba sentado en el sofá, echando un vistazo a cursos de idiomas en Grecia. Manhattan empezaba a resultarle asfixiante.

La perspectiva de viajar solo no le apetecía tanto como de costumbre. No paraba de tener fantasías no deseadas en las que exploraba ruinas con Eric. Se imaginaba largos días de excursión juntos por la costa o de nadar en el Mediterráneo. Seguro que Eric estaba espectacular en bañador.

¿A qué venían esos pensamientos? Kyle se había liado con un millón de tíos más o menos y ninguno de ellos lo había hecho fantasear con escapadas por Europa juntos.

Se arrepintió de haberle hablado a Eric de Ian, pero también sabía que Eric merecía saberlo. Había sido comprensivo, pero Kyle no pensaba engañarse soñando con que iba a volver a invitarlo a su preciosa casa.

Su móvil se iluminó con un mensaje de Kip.

Kip: Espectáculo *drag* esta noche. ¡No te olvides!

A Kyle se le había olvidado. No le apetecía salir, pero lo haría porque era un buen amigo.

Kyle: Vale. Allí estaré.

Habría sido una oportunidad genial para que Eric fuera, pensó con tristeza. Dios, se lo habrían pasado genial.

Otro mensaje, que esperaba que fuese un emoticono del pulgar hacia arriba de parte de Kip. Kyle soltó un raro chillido de emoción cuando vio que era de Eric.

Eric: ¿Irás al espectáculo drag de esta noche?

Kyle no sabía qué decir. ¿Eric quería que dijera que no para poder ir él sin reparos? ¿O quería que Kyle dijera que sí por la misma razón?

Kyle: Tenía intención.

Eric: Scott quiere que vaya.

Vale. ¿Qué se suponía que debía decir Kyle a eso?

Kyle: ¿Quieres ir?

Eric: Puede.

Santo dios. ¿Qué demonios era aquello?

Kyle: Creo que sería una buena manera de que entraras en el ambiente gay nocturno.

Eric tardó un siglo en responder, pero la pantalla de Kyle se iluminó por fin.

Eric: Sabes que es muy probable que nunca entre en el ambiente gay nocturno, ¿verdad?

Kyle se rio en la sala de estar vacía.

Kyle: ¡Pero si MOLA!

Eric: Ya soy viejo.

Kyle: Qué va.

Eric: No sé bailar.

Kyle: Qué más da.

Eric: Te lo puedo demostrar.

Kyle sonrió y escribió:

Kyle: Entonces ¿te vienes corriendo esta noche?

Se preguntó si Eric soltaría una broma marrana. La mayor parte de los amigos de Kyle no podrían resistirse a esa provocación. Dudaba que Eric se hubiera dado cuenta siquiera del doble sentido.

Eric: Guau. Te has saltado unos cuantos pasos, ¿no?

Kyle se echó hacia atrás en el sofá entre carcajadas. Sabía que no debería tontear con él, pero no podía evitarlo.

Kyle: Se nota que no has bailado CONMIGO.

Eric estuvo un buen rato sin contestar. Ni siquiera había puntitos que indicaran que Eric estaba escribiendo algo. Kyle se maldijo por ser tan imbécil.

Eric: ¿Te puedo llamar?

Ay, dios. Sonaba… Bueno, en realidad, Kyle no estaba seguro.

¿Fatal? ¿Excitante?

Kyle: Claro.

Al cabo de un momento sonó el teléfono. Kyle se mordió el labio mientras miraba la pantalla y luego contestó.

—Holi.

—Holi.

Bastaba esa única palabra para que las chispas recorrieran el cuerpo entero de Kyle. Cuánto echaba de menos a Eric… Hacía muchos días y, sí, Kyle lo echaba de menos.

—¿Qué ocurre?

—Es que… Quería hablar de… —Eric soltó el aire pegado al móvil —. Si esta noche voy a la fiesta, creo que no deberíamos…

—Ya lo pillo —le interrumpió Kyle. No podía soportar oír cómo acababa esa frase Eric—. Manos fuera.

—Sí. Creo… que es lo mejor.

—Lo que tú quieras. —Kyle consiguió mantener un tono neutro, aunque su hiperdramático corazón le dolía en el pecho—. Además, tendrás un montón de hombres entre los que elegir cuando estés allí.

Eric resopló.

—No me quedaré mucho rato.

—¿Tienes partido mañana?

—No. Solo…

—No te preocupes —bromeó Kyle—. Puedes ver el espectáculo, bailar un par de canciones y aún tendrás tiempo de sobra de volver a casa para hacer tus ejercicios de taichí de antes de ir a dormir.

—No los hago todas las noches.

—Te lo pasarás bien. Te lo prometo. Y si por casualidad hay un tío bueno de poco más de treinta…

—No pienso liarme con una persona cualquiera que conozca en una disco.

—No hablaba de ti.

Eric se rio al oírlo, un sonido que a Kyle siempre le encantaba oír. También se rio, aunque empezaron a escocerle los ojos. Lo cierto era

que solo le apetecía bailar con Eric. Notar el cuerpo de Eric contra el suyo mientras se iban calentando mutuamente hasta que ya no pudieran aguantarlo más. Hasta que tuvieran que correr a casa de Eric —o quizá al piso de Kyle— para arrancarse la ropa con pasión. Podría hacerlo con cualquiera de los cientos de hombres que habría esa noche en el club, pero a Kyle solo le apetecía hacerlo con Eric.

Bueno, tendría que aguantarse. Eric no lo deseaba, así que Kyle necesitaba encontrar a alguien que sí. No es que fuera novato en corazones rotos. Lo mejor que podía hacer era pasar página cuanto antes.

—Vale, pues nos vemos esta noche —dijo Eric.

—Si tienes suerte.

Oyó que Eric suspiraba. Sonaba nostálgico, no enfadado. O quizá cansado.

—Kyle… —Eric vaciló un momento—. Quiero que seamos amigos. Me gustas.

—Ya somos amigos —le aseguró Kyle—. Podemos ser de esos amigos que no follan. Me han contado que algunas amistades funcionan así. Parece raro, pero me apetece probar.

Eric chasqueó la lengua.

—Nos vemos luego.

—Ciao.

Colgaron y Kyle se prometió que podría encontrar a un chico mono que le hiciera olvidar por completo a Eric Bennett.

Capítulo 17

A Eric le preocupaba que Carter se muriera de un ataque de risa.

Scott Hunter estaba en medio del escenario, vestido con un disfraz de elfo muy explícito. Consistía en unos pantalones cortos verdes ajustados, un chaleco rojo abierto sobre el pecho al descubierto y unos zapatos con puntera rizada y campanillas.

—¡Jo, jo, joder, no veas! —gritó Maria—. Eso es mucho Scott.

Sin duda era más cantidad de piel de la que Eric había visto que Scott enseñara nunca fuera de un vestuario. Había hecho algunas sesiones de fotos sin camiseta, pero los pantalones cortos que llevaba ahora eran minúsculos.

La *drag queen* que presentaba el espectáculo de la noche (Helena Santa Montes) acababa de meter un bastón de caramelo en la cintura de los pantalones de Scott, lo que provocó que se sonrojara y Carter se partiera de risa.

—He oído que te vas a casar —dijo Helena.

—Así es.

—Bueno, pues vaya puta mierda —bromeó Helena.

Scott se rio y el público vitoreó.

—Lo siento —dijo Scott.

El público se estaba tragando del todo esa actitud de chico tímido y encantador que Eric sabía a ciencia cierta que no era fingida. Una vez más, le sorprendió lo lejos que había llegado Scott en un par de años. De estar aterrorizado por si alguien descubría que era gay a participar en un espectáculo de *drag queens*, semidesnudo, y bromear sobre casarse con su novio. Mientras Carter no podía dejar de reír, Eric sintió que se le hacía un pequeño nudo en la garganta.

—Le quedan muy bien esos pantaloncitos, ¿no crees? —le

susurró Kyle al oído a Eric.

Él intentó no reaccionar ante el suave roce del aliento contra su piel. No fue fácil. El mero hecho de volver a ver a Kyle casi lo había dejado KO. Esa noche estaba muy guapo; se había puesto ropa de salir de fiesta: una camiseta ajustada de color azul oscuro, unos vaqueros negros aún más ajustados, y tenía la piel un poco brillante por culpa del calor que hacía en la sala, que estaba abarrotada.

—No sé de qué me estás hablando —respondió con la mayor naturalidad posible.

—Y una mierda que no.

—Veo a este tío desnudo casi todos los días —le recordó Eric—. No va a hacer que pierda la cabeza.

Kyle le guiñó un ojo y al estúpido corazón de Eric le dio un vuelco. De verdad que solo quería ser amigo de Kyle, pero le costaba recordarlo cuando cada parte de su ser ansiaba tocarlo.

—¿Está aquí esta noche el afortunado de tu prometido? —le preguntó Helena a Scott.

—Sí. Entre bastidores.

Helena puso los ojos en blanco y se desplomó con dramatismo.

—Vale. Que salga, supongo.

Kip salió con un traje de Papá Noel muy holgado y con una mullida barba blanca. El público silbó y gritó.

—Oye —dijo Scott haciendo su mejor intento de actuar—. Creo que se suponía que ese era mi disfraz.

—Ay, no… —dijo Helena con aire inocente—. Alguien debe de haber cambiado los nombres de los disfraces. —Se encogió de hombros de forma exagerada—. Ups.

—Ahora estás en la lista de chicas traviesas —bromeó Kip.

—Corazón, yo nací ya en esa lista. —Se volvió hacia el público con una sonrisa de presentadora de concursos—. ¿No es genial tener a…? —Miró por encima del hombro a Kip.

—Kip —le dijo él mientras reía.

—¡Kip! —Frunció el ceño y dijo con tono serio—: Kip.

Kyle se partió de risa junto a Eric y Eric sonrió. Se alegraba de haber venido.

—¿Te importa si me quito algo de este disfraz? —preguntó Kip—.

Hace un poco de calor.

—¿Qué opináis, gente chula? ¿Debería quitarse el traje?

Se oyeron gritos, entonces Kip esbozó una sonrisa y se quitó la barba, el gorro y después la chaqueta de Papá Noel. Debajo llevaba una camiseta de tirantes negra, lo cual el público agradeció. Se bajó los pantalones holgados para dejar al descubierto unos vaqueros ajustados.

Eric siempre había pensado que Kip era un chico guapo, pero esa noche estaba… cañón. Scott era un tío con suerte.

Eric miró de reojo a Kyle, porque, si él se había fijado en lo bien que se veía Kip, Kyle debía de estar pasándolo mal. Pero Kyle se reía junto con los demás y los ojos le brillaban de la emoción. Kyle debió de notar la mirada sobre él, porque volvió la cabeza y la belleza de su rostro alegre dejó a Eric sin aliento.

Dirigió su atención al escenario, donde Scott estaba hablando de la organización benéfica para jóvenes LGBTIQ+ para la que estaban recaudando fondos esa noche. Hablaba con sinceridad sobre el gran trabajo que hacía la organización. Eric estaba orgulloso de él. La verdad es que era muy emocionante ver a Scott ser él mismo, tanto dentro como fuera de la pista.

Hubo tres actuaciones de *drag queens* después de que Scott y Kip se fueran del escenario. Eric se quedó de pie mirándolas con el grupo que se había reunido para esa noche: Carter, Kyle, Maria y Matti. Scott y Kip se unieron a ellos en mitad del segundo acto. Scott se había cambiado y llevaba vaqueros y una camiseta.

—¿Qué tal lo he hecho?

—Ha sido divertidísimo, joder —dijo Carter—. Eres muy gracioso, Scotty.

Scott sonrió. Tenía los ojos brillantes y daba saltitos, como si estuviera lleno de la misma adrenalina que le ponía hiperactivo tras una gran victoria.

—Ha sido divertido. O sea, me he sentido ridículo, pero ha sido divertido.

—Te gusta que te devoren con la mirada un montón de hombres, admítelo —bromeó Carter.

—Bueno, no lo voy a negar.

Matti rodeó a Scott con un fuerte abrazo y le besó en la coronilla. Era uno de los hombres heterosexuales más cariñosos en lo físico que Eric había conocido jamás.

—Ha sido épico —dijo Matti con el volumen alto. Lo decía todo en ese tono, pero, al menos en aquel local, su volumen era el adecuado—. Eres una leyenda.

—Necesito tomar algo —anunció Scott—. ¿Qué os traigo, chicos?

—Yo me piro —dijo Carter—. Tengo una cita por Skype con Gloria.

—Yo me muero de hambre —dijo Matti—. Aquí no hay nada para picar.

—Hay un local en la esquina donde se come genial. Está abierto toda la noche —dijo Maria. Eric no pudo evitar sonreír cuando añadió—: Podría comer algo.

Matti le sonrió radiante y dijo:

—Sí. Vamos.

A Eric no se le escapó la mirada de complicidad que se intercambiaron Maria y Kyle.

—¿Vienes, Benny? —preguntó Matti.

Eric miró a Kyle, que tenía las cejas arqueadas mientras esperaba la respuesta.

—Creo que voy a quedarme por aquí un rato más.

A Kyle le gustaba que Eric hubiera decidido quedarse, pero tampoco sabía muy bien qué hacer con él. Había pensado que ese evento sería el lugar perfecto para que Eric se soltara un poco y tal vez intentara ligar con alguien, pero, ahora que estaban ahí, Kyle se dio cuenta de que lo más probable era que Eric no hiciese ninguna de esas dos cosas.

Eric estaba hablando con Scott en ese momento, tomando sorbos de una gaseosa con lima. Kyle observaba la pista de baile, que se había llenado mucho en la última hora.

—Me aburro —se quejó Kip al oído—. Vamos a bailar.

—¿Scott no quiere bailar contigo?

—Creo que tengo que atraerlo hacia aquí. Anda, que hace un montón que no bailo contigo.

Kyle sonrió a su amigo. Había pasado mucho tiempo…

—Vale. Venga.

Kip le agarró de la mano y lo arrastró hacia la multitud de bailarines. La música sonaba fuerte y sensual, y se dejó llevar por ella enseguida. Le encantaba bailar y le encantaba Kip. Y tal vez su amor por él no era justo lo que había creído que era.

Estaban muy juntos, con los brazos, el pecho y las manos rozándose, pero era algo superplatónico. No se tocaban ni se frotaban el uno contra el otro. No se besaban. Solo era… divertido. Y agradable. Dos jóvenes gais haciendo el tonto y pasándolo bien.

Tal y como Kip había predicho, Scott no tardó en llegar a la pista de baile. Kyle se apartó para que Scott pudiera ocupar su sitio. Cuando Scott y Kip bailaban juntos, no tenía nada de platónico. Las grandes manos de Scott agarraban las caderas de su prometido, y Kip rodeó con los brazos el cuello de Scott y le atrajo la cabeza hacia abajo para que pudieran comerse durante un rato. Kyle decidió buscar a algún chico que besar.

Mientras buscaba en la pista a un posible compañero, su mirada se posó en Eric, que estaba solo junto a una pared. Observaba. Kyle ladeó la cabeza hacia la pista de baile en señal de invitación. Eric negó con la cabeza, cosa que le molestó. ¿Qué sentido tenía todo el trabajo que Kyle había estado haciendo con él si ni siquiera iba a intentarlo? Como mínimo, debería disfrutar del roce de un cuerpo duro y sudoroso contra el suyo en la pista de baile. No tenía por qué acabar en un polvo.

Pero si Eric quería ser un tozudo y quedarse solo era su problema. Kyle tenía sus propios dilemas. Como decidir si bailar con el chico rubio mono o con el chico mono del pelo azul.

El del pelo azul ganó cuando Kyle se fijó en que llevaba un piercing en la lengua. Hacía tiempo que Kyle no estaba con alguien que llevara uno de esos. El chico sonrió cuando Kyle lo miró a los ojos y Kyle le devolvió la sonrisa mientras se abría paso entre la gente hasta quedar frente a él. Durante el resto de la canción, ninguno de los dos dijo nada. Kyle bailaba bastante bien; sus años

bajando montañas a toda velocidad le habían enseñado a su cuerpo a tener gracia y agilidad. El otro era muy buen bailarín. Kyle había aprendido rápido que Nueva York estaba llena de muy buenos bailarines.

A mitad de la segunda canción, el tipo acercó la boca al oído de Kyle:

—Me llamo Jesse.

—Kyle.

Jesse le sonrió con picardía, luego enganchó un dedo en una de las presillas del cinturón de Kyle para juntar las entrepiernas y que Kyle pudiera sentir el bulto duro que tenía ahí.

Quizá no debería haber estado pensando en Eric justo en ese momento. No cuando Jesse frotaba sus caderas de forma excelsa contra las de Kyle mientras su propia polla se hinchaba en consecuencia. No cuando la mano de Jesse se deslizaba en el bolsillo trasero de los vaqueros de Kyle y su aliento era cálido en su cuello. Pero tal vez Eric pudiera sacar algo de eso.

«Mira y aprende, rey».

Eric debería irse. No estaba bien quedarse ahí solo mirando como un pervertido a Kyle besarse con otro tío en la pista de baile. Pero, de vez en cuando, Kyle cruzaba la mirada con él, como invitándole a mirar. Quizá se suponía que esto era otra lección para Eric, pero no estaba aprendiendo gran cosa. Excepto que le ponía mucho ver bailar a Kyle. Y que se ponía celoso al ver a Kyle besar a otro. Y quizá esos celos le excitaban.

Eric se sentía una mala persona. Kyle solo quería que se relajara y se divirtiera, pero, en cambio, Eric estaba ahí solo, medio empalmado y lanzando miradas asesinas a un tipo con el pelo azul. Como si fuera su competencia o algo así. Y eso que Eric le había dicho de forma explícita a Kyle que quería poner fin a la parte de «con derecho» de su amistad.

Aquello era ridículo. Eric debería haberse ido a acostar hacía horas. Estaba seguro de que a Kyle no le importaría que se escabullera. Sabía que Scott se iría pronto; era imposible que se

quedara toda la noche de fiesta cuando tenían entrenamiento a la mañana siguiente.

Lo único que tenía que hacer era irse. Bastaba con apartar la mirada del precioso cuerpo de Kyle, que se contoneaba contra el del otro tipo, e irse. Aunque, por muy aterrador que fuera, su instinto lo empujaba a lanzarse a la pista de baile y arrancar a Kyle de los brazos de su principito azul. Apretar el cuerpo de Kyle contra el suyo y dejar que Kyle sintiera su excitación. Besarlo como llevaba días queriéndolo hacer.

Dios. Era evidente que Eric estaba demasiado excitado como para pensar con claridad. Respiró hondo y ordenó a su libido que se calmara. Esa amistad con Kyle se había convertido en un rayo de luz en la vida de Eric; algo que contrarrestaba la agitación de su divorcio y la ansiedad que sentía ante su inminente retirada del hockey. Kyle hacía que Eric sintiera que su vida no había terminado, que simplemente estaba a punto de pasar página. Por primera vez en más de un año, se sentía ilusionado con el futuro.

No iba a arruinar eso.

Se marchó tan rápido que estuvo a punto de dejarse el abrigo. De haberlo hecho, el aire gélido del exterior se lo habría recordado enseguida. Llegó hasta la mitad de la manzana, sin saber muy bien a dónde iba ni por qué no había buscado un taxi, cuando oyó su nombre. Se volvió y vio a Kyle corriendo hacia él con la cazadora en la mano.

—¡Eric! ¡Espera!

Kyle lo alcanzó, con las mejillas sonrojadas y el aliento saliendo en nubes blancas. Eric le quitó la chaqueta de las manos y se la abrió para que metiera los brazos en las mangas. Hacía demasiado frío como para estar fuera solo en camiseta.

—¿No llevabas una bufanda? —preguntó Eric, con el corazón latiéndole con fuerza contra las costillas.

Kyle lo había seguido.

—¿Qué? Ah, sí. La llevaba. Supongo que ahora ya no.

Eric se quitó la bufanda y se la colocó a Kyle. Se subió el cuello del abrigo, que era mucho más abrigado que la chaqueta de pana de Kyle.

—¿Por qué me has seguido?

—¿Por qué te has ido?

—Estoy cansado. Y parecías… ocupado.

—Pensaba que ibas a bailar.

Kyle sacó el labio inferior con malhumor. Eric quería cogerlo entre sus dientes.

—Deberías volver dentro —dijo Eric mientras ajustaba la bufanda para que cubriera mejor el cuello y la barbilla al descubierto de Kyle —. Eres joven y yo… —Suspiró—. No. Deberías estar divirtiéndote con ese chico del pelo azul. No preocupándote por mí.

—No estoy preocupado por ti. Es solo que… —Kyle apretó los labios, como si no quisiera acabar la frase—. Quería bailar contigo. O al menos verte bailar con alguien.

—No se me da bien bailar.

—¡Y yo voy y me lo creo! Durante el partido de la otra noche vi cómo te abrías de piernas como tres veces. Tenemos que llevarte a una pasarela. Podrías estar haciendo *death drops* por todas partes.

Eric le sonrió con cariño. Le gustaba cómo se veía Kyle, envuelto hasta arriba con su bufanda.

—No tengo ni idea de qué significa eso.

—Tienes tanto que aprender… —suspiró Kyle.

—Lo sé.

Dios, era precioso. Sus ojos azul claro brillaban mientras se mordisqueaba el labio inferior rojo e hinchado de haberse estado besuqueando. Eric odiaba que esos labios carnosos fueran el resultado de los esfuerzos de otra persona, pero no lo suficiente como para no querer besarlo. Para borrar todo rastro de aquel otro chico.

Sin siquiera darse cuenta de lo que hacía, Eric apretó los extremos de la bufanda en el puño y atrajo a Kyle hacia sí, retrocediendo hasta que Eric quedó contra la pared. Se quedó mirando la cara de Kyle un momento, como buscando cualquier signo de resistencia. Lo único que vio fue la mirada de Kyle desviándose hacia la boca de Eric y la punta de la lengua asomándose para humedecer su labio inferior.

Sus bocas se fundieron. Quizá a Eric debería haberle dado

vergüenza la falta de control, pero no le importaba. Estaba desesperado, necesitaba hacer suyo a Kyle después de haber estado a punto de perderlo a manos de un pretendiente con el pelo azul.

No era que Kyle le perteneciera. En absoluto. Pero en ese momento, con Kyle correspondiendo a su urgencia mientras se besaban, Eric podía fingir. Kyle lo empujó con fuerza contra el edificio de ladrillo, le metió un muslo entre las piernas y le dejó sentir su excitación. Eric inspiró fuerte y movió las caderas para aumentar la fricción contra su propia erección. Kyle gimió contra su boca, paró el beso y dijo:

—¿Esto es por verme besándome con otro chico?

Eric no quería responder a eso.

—Ven conmigo a casa.

Kyle le sonrió y luego volvió a besarlo.

—La mía está más cerca.

—Tú compartes piso.

—No es raro que llevemos a gente. No pasa nada.

Eric negó con la cabeza, frustrado por el tiempo que estaban perdiendo.

—No podré relajarme si pienso que alguien nos oye. Vamos a la mía.

—Vale.

Kyle dio un paso atrás y Eric sacó el móvil para llamar a su servicio de transporte. Cuando colgó, se fijó en que Kyle se estaba abrazando el cuerpo y que, claramente, estaba helado.

—Necesitas una parka —dijo Eric.

—Tengo una, pero no me la he puesto porque soy idiota —respondió Kyle.

Eric rodeó con sus brazos el cuerpo tembloroso de Kyle. Kyle se relajó contra él y Eric cerró los ojos. Aquello era agradable. Se quedaron así unos minutos, sin hablar. Kyle volvió la cabeza y acarició con la nariz el lado del cuello de Eric, lo que hizo que a Eric se le cortara la respiración.

—Estás calentito —murmuró Kyle.

—Me alegro de ser útil.

Quería ofrecerse a abrazar a Kyle toda la noche. Le encantaba la

idea de tenerlo acurrucado contra él mientras dormía.

—Podría haber sido divertido —dijo Kyle levantando la cabeza para sonreírle con picardía—. Si hubiéramos ido a mi casa. A ver si eras capaz de estar callado. Podríamos haberlo convertido en un juego.

—No quiero estar callado.

A Eric le sorprendió lo ronca que sonaba su voz. Kyle también debió de sorprenderse, porque abrió mucho los ojos.

—Joder. ¿Dónde está el coche?

Eric resopló y lo besó de nuevo. No podía creer lo mucho que lo deseaba y lo descarado que estaba siendo. ¿Alguna vez se había sentido abrumado por la lujuria? Era capaz de mamársela a Kyle en el coche.

Un todoterreno negro paró en la calle frente a ellos y Eric soltó a Kyle a regañadientes.

—Oh —dijo Kyle con voz débil.

Dio un paso atrás y se volvió hacia el coche. Eric lo siguió, mareado por el deseo.

Se sentó manteniendo el asiento central entre ellos vacío. No confiaba en sí mismo como para comportarse sin esa barrera. La mampara entre el asiento trasero y el conductor estaba levantada, pero Eric no estaba del todo preparado para convertirse en el tipo de hombre que se daba el lote en la parte trasera de un taxi.

Un suave gemido procedente del lado de Kyle en el coche llamó la atención de Eric. Kyle estaba con las piernas abiertas, ligeramente girado hacia Eric, y se estaba masajeando la polla con descaro a través de los vaqueros.

Eric lo miró en silencio, con la esperanza de que sus ojos reflejaran su aprobación. Se mordisqueó un poco el labio inferior mientras contemplaba el espectáculo. ¿Cuándo se había convertido esto en su vida? Había pasado de tener sexo esporádico y muy básico con su mujer a no tener sexo en absoluto y a… esto. A estar en compañía de un joven guapísimo que estaba tan cachondo por él que ni siquiera se podía esperar a llegar a casa para tocarse.

—Espérate —se oyó susurrar Eric—. Espérate a que pueda tocarte como es debido.

Kyle se mordió el labio y luego dijo:

—Puedes tocarme ahora mismo.

Eric negó con la cabeza.

—Ten paciencia. Te daré todo lo que quieras cuando lleguemos a casa.

Kyle se la estrujó una vez más y luego estiró el brazo por encima del respaldo del asiento trasero. Sus dedos rozaron el lado del cuello de Eric.

—¿Cualquier cosa?

La mirada de Eric era firme.

—Sí.

Cogió la mano de Kyle y le besó la palma. Pasó la lengua por la piel sensible de esa zona, provocando que Kyle contuviera el aliento.

—Tengo una larga lista de deseos.

—Mmm.

Eric decidió ser atrevido y se metió el dedo índice de Kyle en la boca. Lo rodeó con la lengua y luego lo chupó con fuerza mientras Kyle emitía suaves gemidos. La polla de Eric estaba tan dura que dolía, pero se resistió a tocarla. Como Kyle le había enseñado la última vez que habían estado juntos, a veces era mejor esperar.

Por suerte, el coche llegó a su destino un minuto después. Eric le dio un beso de despedida en la mano a Kyle y luego salió del coche. En cuanto entraron en la casa, Eric se quitó el abrigo y empujó a Kyle contra la pared.

—Holi —dijo Kyle con una sonrisa pícara.

—Holi.

Eric se arrodilló. Casi le arrancó la bragueta a Kyle de la desesperación por meterse la polla en la boca.

—Hostia. Joder —dijo Kyle con voz ronca.

—No puedo esperar.

Eric le bajó los vaqueros y los calzoncillos a Kyle hasta las rodillas.

—Joder, me encanta lo cachondo que estás. ¿Te he cabreado al besar a ese chico?

—Dejemos de hablar de él —gruñó Eric antes de llenarse la boca con la polla de Kyle.

—Sí te he cabreado, ¿verdad? —dijo Kyle, aunque su voz se quebró a mitad de frase—. Te has puesto celoso.

Eric respondió moviendo la cabeza de arriba abajo, chupándosela con fuerza y rápido. Sí, estaba celoso, joder. No le gustaba la idea de que Kyle estuviera con otros hombres y no quería ponerse a analizarlo demasiado. Solo quería hacer gritar a Kyle.

—Joder, está de putísima madre. Hostia puta. —Kyle agarró a Eric por el hombro y Eric notó que luchaba por quedarse quieto—. Me encanta tu boca, Eric.

Eric gruñó, encantado con el sonido de su nombre en la voz rota por la excitación de Kyle. Quería que Kyle lo dijera cuando se corriera.

Todavía había una voz lejana en la cabeza de Eric que le recordaba que aquello era una idea horrible. Era justo lo que se había prometido a sí mismo que no haría. Pero esa parte de su cerebro estaba siendo ahogada por los gemidos y groserías que Kyle susurraba. Era lo que necesitaba.

—Ojalá hubieras bailado conmigo —jadeó Kyle—. Habrías estado sexy de la hostia, joder.

Eric lo dudaba, pero tenía la boca demasiado ocupada como para discutir. Quizá debería haber bailado con Kyle. Quizá debería haberlo besado en la pista de baile, delante de sus amigos y de cualquiera que quisiera mirar. Demostrarle a todo el mundo que ese increíble hombre era suyo.

«No es tuyo».

Eric apartó ese pensamiento de su cabeza. Al menos por esa noche, Kyle era suyo. Del resto ya se preocuparía más tarde.

Aumentó el ritmo con Kyle, deslizando una mano por su muslo para acariciarle las pelotas. Notó cómo su polla se tensaba contra los vaqueros, dura como una roca y ansiosa por que le hicieran caso, pero la ignoró, porque solo quería dar placer a Kyle. Quería que se corriera en su boca. Quería. Lo necesitaba.

—Impaciente… ¿Es que quieres que me corra ya? —jadeó Kyle tras otro minuto de esfuerzos por parte de Eric.

Eric mantuvo la mirada fija en él y asintió lo mejor que pudo. Intentó relajar la mandíbula para poder metérsela más. Estaba lejos

de ser capaz de hacer una garganta profunda, pero consiguió meterse un poco más de la polla de Kyle en la boca.

—Ay, hostia. Es increíble. Joder. Quiero aguantar, pero es demasiado, hostia puta.

Eric notaba el sabor salado de las gotas de líquido preseminal en la lengua. Las pelotas de Kyle estaban duras y tensas entre sus dedos. No quería que Kyle aguantara. Quería que se corriera a lo grande.

—No puedo… Joder, Eric. Me voy a…

Eric continuó y confió en no hacer el ridículo.

La primera ráfaga del orgasmo de Kyle le inundó la boca, pero Eric se las arregló para tragar, aunque Kyle siguiera corriéndose. Más allá del pánico momentáneo de sentir que no podía respirar, a Eric le encantaba lo poderoso que se sentía.

Cuando el orgasmo de Kyle remitió, se desplomó contra la pared mientras Eric lo liberaba de su boca.

—Uuuf —dijo Kyle sin aliento—. Soy muy buen profesor.

Eric se rio entre dientes y se puso de pie. Se limpió los labios con el dorso de la mano. Todavía tenía la boca repleta del sabor de Kyle.

—Lo eres.

—Bueno —dijo Kyle con voz arrastrada—, ¿cómo podría compensártelo?

Eric apoyó una mano en la pared junto a la cabeza de Kyle y se inclinó hacia él.

—Enséñame a metértela.

Los ojos de Kyle se abrieron como platos.

—Hostia puta. ¿En serio?

—En serio.

Kyle lo besó y por un instante Eric pensó que quizá se había olvidado de que hacía muy poco se había corrido en su boca, pero Kyle gimió de placer cuando sus lenguas se rozaron. Eric seguía dolorido de la excitación, pero se dejó llevar por el beso y empujó a Kyle contra la pared y frotó su polla contra la cadera de Kyle. De golpe, le pareció que el dormitorio estaba lejísimos.

Cuando se separaron, ambos jadeaban. Eric se acercó para darle otro beso, odiando que hubiera la más mínima distancia entre sus

bocas, pero Kyle se humedeció los labios y dijo:

—Vamos arriba, encanto. Te prometo que el trayecto merecerá la pena.

Eric cubrió el cuerpo desnudo de Kyle con el suyo mientras se besaban con pasión en la cama, como si fueran adolescentes. Kyle notaba la erección de Eric presionando contra su cadera, pero, a pesar de la urgencia que había mostrado antes, Eric no parecía tener ninguna prisa por hacer nada al respecto. No dejaba de besarle el cuello, los hombros y la mandíbula a Kyle antes de volver a su boca durante largos y placenteros minutos que dejaban a Kyle sin aliento.

Entre lo tarde que era y que se acababa de correr, la mente de Kyle estaba un poco confusa, pero era algo consciente de que no debían estar haciendo eso y de que era extraño que Eric hubiera cambiado de opinión de golpe sobre no acostarse juntos. Y de que quizá fuera una pésima idea.

Pero no se atrevía a pararlo. No cuando Eric lo besaba como si Kyle fuera algo precioso. Ni estando Eric tan ansioso por probar algo nuevo con él.

Eric había dicho «Enséñame a metértela». Dios. Kyle no olvidaría jamás cómo la voz de Eric había retumbado como un trueno cuando lo había dicho.

—Coge el lubricante —dijo Kyle—. Voy a prepararme para que me entre ese pedazo de pollón.

Eric lo besó una vez más antes de apartarse de él y abrir el cajón de la mesita de noche. Kyle le quitó el lubricante y se arrodilló sobre el colchón. Echó el brazo hacia atrás y se puso manos a la obra, masajeando y luego estirando para dilatarse el ano. Aunque últimamente rara vez hacía de pasivo, a Kyle le encantaba juguetear con él. Tenía toda una buena colección de dildos y *plugs* en su habitación y los manejaba muy bien. Ojalá tuviera ahora uno a mano. Podría demostrarle a Eric lo bien que lo aguantaba.

Eric parecía estar disfrutando del espectáculo tal y como era. Observaba a Kyle con claro deseo en el rostro y, lo más probable, también con curiosidad.

—Date la vuelta —dijo en seco— Déjame verlo.

«Joder». Era la hostia de excitante ver a Eric tan dominado por la lujuria que se olvidaba de ser reservado y tímido en lo que al sexo se refería. Kyle se dio la vuelta y apoyó una mano en el colchón mientras con la otra se metía un dedo por el culo. La penetración era demasiado superficial, pero sabía que pronto sería recompensado con algo mucho más grande.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Eric.

Le agarró las nalgas con ambas manos, separándolas, y Kyle gimió de placer.

—Haz lo que te plazca —dijo con voz arrastrada. Oyó el clic del frasco del lubricante y luego sintió cómo uno de los dedos de Eric le acariciaba la entrada. Kyle se quitó el dedo y Eric no dudó en sustituirlo. Kyle se retorció de placer cuando el dedo de Eric se adentró más de lo que él mismo había podido llegar.

—Justo así —gimió Kyle—. Presiona hacia abajo… —Jadeó cuando una oleada de placer familiar le recorrió el cuerpo—. Justo ahí. Joder.

—¿Ahí tienes la próstata? —Eric parecía sorprendido de haber sido capaz de localizarla.

—Joder, sí. Sigue acariciándola.

La polla de Kyle estaba de nuevo superdura, y se acarició un par de veces mientras Eric lo exploraba. Echó un vistazo por encima del hombro y vio a Eric concentrado en su trabajo con el ceño fruncido. Kyle se mordió el labio para no echarse a reír. Eric podía resultar bastante adorable.

—¿Puedes meter dos dedos? —preguntó Kyle.

—Sí —dijo Eric sin aliento.

Un segundo dedo entró en Kyle y este gimió de placer ante la dilatación.

—¿Crees que podrás meterme esa polla tan gorda? —jadeó Kyle.

Entre la forma en que Eric le estaba trabajando la próstata y la anticipación de que le metiera la polla, le costaba mucho mantener las cosas en un plano meramente instructivo.

—Creo que cabrá.

—Sé que cabrá. Joder, la quiero dentro. Tienes condones,

¿verdad?

Eric se movió a la velocidad del rayo y sacó una tira de condones del cajón de la mesilla. Abrió uno de los envoltorios y se lo puso rápido. Kyle observó cómo se echaba el lubricante en la polla, con la boca hecha agua. Iban a hacerlo de verdad.

—Túmbate —ordenó Kyle.

Eric se tumbó bocarriba.

—¿Así?

—Justo así. Te voy a montar con todas mis putas fuerzas.

Kyle se sentó a horcajadas sobre la cintura de Eric y se estiró hacia atrás para cogerle la polla dura. Ambos gimieron con fuerza cuando por fin Kyle se hundió sobre ella hasta el fondo; le ardía la rica sensación de cómo se estiraba mientras notaba cómo Eric lo llenaba del todo.

—Uuuf —dijo Eric con voz ronca—. Joder. Dame un segundo.

Kyle le sonrió.

—Si aún no he ni empezado.

—Notarte es increíble. Y llevo cachondo desde que estábamos en la discoteca.

—Mmm. —Kyle se movió despacio al principio, dando tiempo a su cuerpo para que se adaptara. Le encantaba estar encima (en realidad, follando le gustaba casi cualquier postura), pero se le daba la hostia de bien cabalgar una polla—. ¿Qué tal así?

Eric apretó los ojos con fuerza.

—La puta hostia de increíble.

—Pues abróchate el cinturón, rey.

Kyle empezó a darle duro; rebotaba sobre la polla de Eric mientras movía las caderas y se la metía hasta el fondo. Mientras tanto, su propia polla le golpeaba el estómago.

—Hostia puta —jadeó Eric—. Es putísimo increíble, Kyle.

—¿Sí? ¿Te gusta? ¿Te gusta que lo haga todo yo?

Eric gruñó en lugar de responder. Kyle siguió.

—¿Te gusta tener la polla en mi culo, Eric? ¿Te gusta follar a un hombre?

—Sí —espetó.

—¿Quieres que te follen así, lindo?

Los ojos de Eric estaban oscuros y salvajes.

—Así no.

—A ver. Enséñame cómo quieres que te follen.

Con un gruñido, Eric les dio la vuelta y agarró uno de los tobillos de Kyle con la mano. Entonces se la clavó a Kyle, fuerte y rápido, mientras Kyle aullaba sin vergüenza. Esto superaba todo lo que había esperado. Era la hostia de excitante ver a Eric, que siempre había estado tan feliz de dejar que Kyle llevara las riendas, hartarse y tomar el control.

Kyle se agarró la polla y empezó a meneársela rápido para llegar al límite.

—¿Así es como lo quieres, amor? —jadeó—. ¿Quieres que te folle así de duro?

—Sí. Joder. Estoy a punto.

—Yo también, rey. Ah, mierda. Me voy a…

Kyle llegó al límite y lo cruzó, el segundo orgasmo en menos de una hora golpeándole con fuerza mientras el semen caía en su abdomen.

—Kyle —susurró Eric mientras se quedaba inmóvil y alcanzaba el clímax. Su mirada oscura se clavó en la de Kyle a la vez que se estremecía al llegar al orgasmo.

—Qué rico, amor —murmuró Kyle acariciando los costados de Eric.

Eric se sostenía sobre unos brazos temblorosos encima de él, respirando con dificultad y con la cabeza gacha. Luego se dejó caer sobre él y lo besó con pasión mientras Kyle intentaba ignorar el feliz cosquilleo en su estómago.

Eric se apartó y a Kyle le dolió el corazón al ver sus ojos brillantes y su amplia y alegre sonrisa. Se inclinó para besarla y así no tener que seguir mirándola.

—Te quedarás esta noche, ¿verdad? —dijo Eric con voz grave y ronca.

El primer instinto de Kyle fue decir que no, pero era muy tarde.

—Puedo dormir en la habitación de invitados si prefieres…

—Quédate —le interrumpió Eric—. Aquí. Por favor.

Mantuvo la mirada fija en Kyle, aunque sus ojos parecían

inquietos.

—Vale —dijo Kyle.

Era una idea terrible. La peor de entre todas las ideas. Al día siguiente Eric se arrepentiría de ese descuido y Kyle sabía que sería más difícil de soportar el rechazo después de haber pasado una noche entre los brazos de Eric.

Se asearon y Eric se puso ropa interior, lo que parecía un gesto arbitrario de pudor, pero Kyle hizo lo mismo. Durante el primer minuto de vuelta en la cama juntos, ambos permanecieron en silencio y miraron al techo con incomodidad. Entonces Eric rompió el silencio soltando una risa entrecortada.

—¿Qué? —preguntó Kyle mientras sonreía.

—Nada. No sé por qué esto es como raro.

Los dos se voltearon sobre un costado, mirándose el uno al otro.

—¿Te incomoda follar?

Eric pareció reflexionar sobre la pregunta durante un breve instante.

—Quizá. A veces. No estoy acostumbrado a…

Se mordió el labio, como si tratara de impedir que las palabras se le escaparan.

—¿A qué no estás acostumbrado?

—Suelo tener más control sobre mis… deseos. Mi libido. No sé qué me está pasando últimamente.

Kyle arqueó las cejas.

—Te estoy pasando yo, lindo.

Eric se rio, pero sonó forzado. Kyle bajó el tono.

—Quizá sea solo porque ya…, ya sabes, llevabas tanto tiempo sin follar…

—Quizá.

—Y follar con hombres es algo nuevo y emocionante.

Eric asintió.

—Puede que sea eso.

Kyle le dio un golpecito en el pecho en tono juguetón.

—Se supone que tienes que decirme que es por mi culpa.

Esta vez, la risa de Eric sonó sincera. Después, su expresión se volvió seria, y Kyle se dio cuenta de que estaba a punto de decir

esas mismas palabras y, lo más probable, de decirlas en serio, lo cual no podía suceder si Kyle quería mantener algún control sobre su estúpido corazón.

Así que lo interrumpió bostezando:

—Ha sido increíble, pero ahora estoy agotado.

—Es tarde —coincidió Eric, pero ninguno de los dos se movió.

Ambos siguieron mirándose hasta que, de golpe, volvieron a besarse. Eric puso una mano en la mejilla de Kyle y Kyle se oyó a sí mismo emitir un sonido ansioso y entrecortado mientras la lengua de Eric acariciaba la suya.

¿Había alguna posibilidad de que Eric sintiera lo mismo que Kyle? No es que supiera con certeza cómo se sentía él mismo, pero ¿estaba Eric también confundido? ¿Pensaba en él todo el rato? ¿Era posible que Eric quisiera algo más que lo que fuera que fuese eso?

Kyle quería preguntar, pero tampoco quería estropear ese momento. Cuando por fin se separaron, Eric bajó la cabeza con timidez, pero no pudo ocultar su adorable sonrisa.

—¿Qué? —preguntó Kyle.

Eric negó con la cabeza y lo miró a través de sus largas pestañas.

—No sé si seré capaz de dormirme.

—¿No he hecho lo suficiente para dejarte agotado? —bromeó Kyle.

—No puedo dejar de mirarte.

Eric abrió mucho los ojos, como si no pudiera creer que acabara de decir eso.

Kyle se quedó helado. Sin duda estaban saliendo de la zona de «sexo sin compromiso», y no debía fomentarlo.

—Puedes mirar todo lo que quieras.

Eric acarició con el pulgar la mejilla de Kyle.

—Me alegro de que hayas dicho que sí. A quedarte.

Kyle cerró los ojos, incapaz de soportar la ternura en la expresión de Eric. Eric ahora estaba contento, pero ¿cómo estaría a la mañana siguiente? Kyle se habría ahorrado muchos problemas si se hubiera ido a casa después de los orgasmos. Ahora tenía que lidiar con sus malditos sentimientos.

—Deberíamos ir a dormir —murmuró.

—Vale.

Kyle se puso de lado, dando la espalda al pecho de Eric, y Eric lo rodeó con un brazo. Su bíceps era pesado y cálido y Kyle no pudo evitar acurrucarse contra Eric. Podía fingir, por una noche, que aquello era real.

Capítulo 18

Eric había conseguido dormir, pero no había dejado de entrar y salir de entre sueños. Por lo que podía deducir, Kyle se había quedado dormido enseguida y no se había despertado en toda la noche. Seguía durmiendo cuando Eric abrió los ojos por última vez, con la luz del sol asomándose por los bordes de las persianas.

Le había encantado tener a Kyle abrazado contra él toda la noche. Le encantaba escuchar su respiración mientras dormía. Lo más extraño era que le había encantado la suave presión de la planta del pie de Kyle contra su espinilla.

Kyle seguía de espaldas a él, pero Eric disfrutaba de la vista de sus hombros desnudos y cremosos, la espalda lisa y los bultos de las vértebras. Cada centímetro de Kyle le resultaba más interesante de lo que debería. Estaba peligrosamente obsesionado con ese chico y sabía que eso no le iba a hacer ningún bien. Ver a Kyle bailando con el tipo del pelo azul debería haber servido para advertir la diferencia entre ellos. Kyle era joven, guapo y divertido. Eric no era el caballo al que Kyle debía enganchar su carro.

Resistió el impulso de despertarlo con suaves besos a lo largo de los hombros y salió con cuidado de la cama, porque estaba seguro de que, si lo despertaba, Kyle se iría. Se duchó, lavándose cualquier rastro que quedara de la diversión que habían tenido la noche anterior, y pensó en lo que debería decirle a Kyle cuando se despertara. ¿Qué quería Eric?

Le gustaba demasiado Kyle, eso lo tenía claro. Y nunca en su vida había sentido tanto interés por el sexo. Intentó recordar cómo había sido cuando empezó a salir con Holly. Sin duda se sentía atraído por ella, y sin duda habían tenido sexo apasionado y repleto de hormonas en su habitación de la residencia universitaria.

Y, en algún momento, se había enamorado de ella. Había sido como sumergirse en un baño de agua templada: cómodo, pero no emocionante.

Lo que sentía por Kyle era distinto. Notaba una urgencia, una fuerza de atracción a la que cada vez le resultaba más difícil resistirse. Y quizá no tenía por qué hacerlo. Por lo menos, no todavía.

Cuando volvió al dormitorio, con la toalla bien ajustada a la cintura, se topó con Kyle recostado sobre un codo, parpadeando hacia las ventanas que aún estaban cubiertas por las persianas.

—Buenos días —dijo Eric.

—Buenos días. —La mirada de Kyle recorrió el cuerpo casi desnudo de Eric—. Joder. Me gusta ese atuendo.

—Entonces te encantaría el vestuario de los Admirals.

—Estoy seguro de que sí.

Eric se sentó en el borde de la cama, frente a él.

—¿Has dormido bien?

—Sí. Tienes muy buen gusto para las camas.

—Tengo muy buen gusto para todo.

Kyle esbozó una sonrisa y rozó con los dedos el borde inferior de la toalla de Eric.

—Es verdad. Ojalá me hubieras dicho que te ibas a duchar. Podría haberte acompañado.

—En otra ocasión.

—O, quizá —dijo Kyle con voz seductora mientras deslizaba la mano bajo la toalla—, pueda volver a ensuciarte ahora mismo.

Eric se estremeció, pero atrapó la mano de Kyle con la suya y la inmovilizó.

—Tengo que ir pronto a entrenar. Voy a preparar el desayuno y, si quieres, te puedes dar una ducha.

Se levantó, ajustándose la toalla sobre la erección incipiente.

Kyle se dejó caer sobre la almohada, derrotado.

—Está bien —suspiró.

Le sonrió un poco, y por un momento Eric solo pudo quedarse mirándolo, completamente hipnotizado por aquella criatura preciosa tumbada en su cama.

—A por el desayuno —dijo con firmeza, sacudiéndose el deseo de volver a la cama y dejar que Kyle le hiciera lo que quisiera. Caminó rápido hacia su armario, ansioso por cubrirse el cuerpo y aclararse la mente.

Cuando Kyle bajó las escaleras, ya se había duchado y llevaba puesta la ropa de la noche anterior, y Eric tenía preparadas dos tortillas acompañadas de rodajas de tomate y tostadas.

—Holi —dijo Eric algo tenso—. He preparado café.

—Genial. Gracias.

Kyle supuso que ese era el momento en el que Eric le decía que ya no podían seguir así. Otra vez. Su brazo rozó el de Eric al coger la cafetera y no le pasó desapercibida la forma brusca en que Eric se apartó al sentir el contacto. Dios, eso iba a ser horrible.

—¿Pasa algo? —preguntó Kyle mientras se servía el café, deseando acabar de una vez con aquello.

Eric se agarró a la encimera con ambas manos y Kyle esperó con angustia el rechazo que se avecinaba.

Pero lo que Eric dijo fue:

—¿Puedo contarte algo? Tendrás que mantener el secreto, pero necesito contárselo a alguien.

«¿Qué cojones?».

—Claro.

Eric dudó, como si se estuviera armando de valor y luego soltó:

—Me voy a retirar. Al final de esta temporada.

—Ah. —Así que quizá el mal humor de Eric no tenía nada que ver con Kyle. Y añadió—: Guau.

Eric bajó la barbilla hasta el pecho.

—Sí. Va a ser, eeeh, va a ser difícil.

—¿Estás inseguro por eso?

—No. Sé que es el momento. Es solo que no quiero dar el paso, ¿sabes? Todo el mundo va a darle mucha bola.

Kyle puso una mano sobre el antebrazo de Eric. Tenía los músculos tensos de agarrarse a la encimera.

—Te echarán de menos —dijo Kyle con delicadeza.

Eric suspiró y se frotó la cara con la otra mano.

—Y yo también a ellos. Echaré de menos todo. No sé qué voy a hacer después de esta temporada. —Volvió la cabeza para mirar a Kyle y vio tristeza en sus ojos—. Toda mi vida ha sido el hockey. No sé qué voy a hacer una vez que no tenga eso.

—Ains. Ven aquí, anda.

Kyle lo atrajo hacia sí. Eric apoyó la cara en el cuello de Kyle y ambos se quedaron solo respirando durante un minuto.

A Kyle le sorprendió oír que Eric no sabía qué iba a hacer después de retirarse, porque Eric siempre parecía tan seguro y tener todo bajo control… Había supuesto que, si Eric se retiraba, era porque tenía un plan sólido para lo que viniera después.

—¿Aún no se lo has dicho a nadie? —preguntó—. ¿A nadie del mundo del hockey?

—No. A nadie.

Kyle intentó ignorar cómo se le encogía el corazón al saber que Eric le había confiado algo tan importante. De nuevo.

Eric levantó la cabeza y Kyle lo soltó.

—Voy a anunciarlo pronto —dijo Eric—. Después de Navidad, creo. O quizá después del parón del All-Star. No quiero dar ruedas de prensa ni nada por el estilo. Solo un comunicado por escrito. Pero primero tendré que contárselo a mis compañeros de equipo, y eso no va a ser fácil.

—Parecéis un grupo muy unido.

—Lo somos. Es como alejarte de tu familia, ¿sabes? —Eric hizo una mueca—. Lo siento. No debería haber dicho eso. No quería decir que…

Kyle hizo un gesto con la mano.

—No te preocupes. —No quería que la conversación derivara hacia los problemas que tenía con sus padres—. Pero seguirás viendo a tus compañeros, ¿no? ¿Te quedas en Nueva York?

—Ese es mi plan. Pero no será lo mismo. Y anoche, en el local con Scott, Carter y Matti…, no pude evitar pensar en eso. Quiero mucho a estos chicos, sobre todo a Scott.

—Scott no se va a ir a ningún sitio. Y sabes que seguirá haciendo cosas contigo todo el rato.

—Lo sé. —Eric se puso recto—. Deberíamos comer. Seguro que ya se nos ha enfriado.

Se sentaron el uno al lado del otro en la isla de la cocina. Mientras comían, sus piernas no dejaban de rozarse y Kyle no paraba de lanzar miradas furtivas a Eric. Incluso cuando estaba melancólico seguía siendo sexy.

—Si necesitas a alguien con quien hablar, estoy aquí, ¿vale? Cuando lo necesites. —Kyle sonrió—. Lo digo en serio. Me suelo acostar tarde.

Eric le miró a los ojos y, por un instante, a Kyle le pareció ver en su expresión el mismo anhelo que él intentaba ocultar. Pero luego se desvaneció y Eric se limitó a decir:

—Gracias.

—Y, si necesitas alguna… distracción, estaré encantado de ayudarte.

Eric se rio al oírlo.

—Te lo haré saber.

Kyle decidió tomárselo como una buena señal y se comió feliz su tortilla, pensando formas para distraer a Eric.

—Voy a estar ocupado durante un tiempo —dijo Eric después de estar un minuto en silencio mientras comían—. Mañana por la mañana nos vamos una semana; luego estaré en Hamilton un par de días por Navidad y el veintiocho me voy otra vez cuatro días más.

Kyle no sabía muy bien si Eric le contaba eso por algún motivo en concreto o si solo estaba entablando una conversación, pero casi parecía que le estaba pidiendo disculpas.

—Suena ajetreado —dijo Kyle con indiferencia.

La verdad es que sintió una punzada de decepción al saber que Eric no estaría por ahí. Incluso había pensado en invitarlo a su casa a ver películas el día de Navidad. Pero, claro, Eric iba a pasar las fiestas con su familia. Porque eso era lo que hacían las personas cuyos padres no les tenían asco.

—Lo será —asintió Eric—. Pero tenemos una semana libre a finales de enero. Este año la estoy esperando con más ganas de lo habitual.

—¿Y eso? —Kyle no quería pensar que él tuviera nada que ver.

Eric resopló.

—Porque estoy mayor. Esta temporada la he notado más que otras. Por eso he decidido que ya es hora de retirarme.

—¿Te vas a algún sitio durante las vacaciones?

—No, solo voy a relajarme en casa. Me muero de ganas.

Kyle se mordió el interior de la mejilla. Relajarse en casa podía incluir un montón de cosas. Cosas en las que no le importaría ser partícipe. Si Eric se lo llegase a pedir.

También existía la posibilidad muy real de que unas dos semanas de viaje fueran tiempo suficiente para que Eric perdiera el interés en lo que fuera que él y Kyle estuvieran haciendo. Quizá Eric volviera a encontrarse con un antiguo amor del instituto en su ciudad natal en Canadá. En Navidad. Como en una puta película de Hallmark.

Era molesto lo mucho que Kyle deseaba tener alguna garantía de que Eric quisiera seguir… pasando tiempo con él. Aunque no se liaran, a Kyle le encantaría dar otro paseo con él. O ir a comer otra vez. Visitar alguna otra galería. Era raro que Kyle quisiera pasar tanto tiempo con alguien, pero, si por él fuera, se quedaría el resto del día y de la noche.

Para cuando Kyle logró detener el torrente de pensamientos que se le había pasado por la cabeza, Eric ya había llevado los platos sucios al fregadero y había empezado a lavarlos. Se puso de pie, caminó con torpeza hacia donde estaba y se quedó allí de pie junto a él sin saber muy bien qué hacer.

—¿Te ayudo?

—No hace falta. Tengo que irme enseguida.

—Vale. Entonces me voy.

Dio un paso hacia las escaleras, pero luego dudó.

—Te acompaño abajo —dijo Eric mientras se secaba las manos.

En la puerta, los dos se quedaron el uno frente al otro en silencio durante un momento tenso. Al final, Kyle le dio un abrazo rápido a Eric.

—Que tengas un buen viaje. O dos, supongo. Y feliz Navidad.

—Gracias.

Cuando Kyle se apartó, se encontró con que Eric le miraba la boca con anhelo. Era una oportunidad que no podía dejar pasar. Se

inclinó y murmuró:

—¿Qué tal un beso de despedida?

Eric respondió uniendo sus labios. El beso fue suave y dulce, y Kyle se arrepintió de haberlo pedido. Era demasiado tierno. Demasiado desgarrador.

—Gracias de nuevo —dijo Eric en voz baja—. Anoche fue increíble.

Kyle activó su escudo de coqueto y despreocupado.

—Pues claro que lo fue.

La cálida risa de Eric fue lo último que Kyle oyó mientras abría la puerta y se escapaba del hombre del que corría el gran peligro de enamorarse.

Capítulo 19

—Si alguno de vosotros, cabronazos, decide no jugar el All-Star, os mataré personalmente —dijo Carter. Estaban en el vestuario vistiéndose para su primer partido en casa después de dos semanas.

—¿Por qué? —preguntó Scott.

—Porque Gloria y yo hemos reservado una semana en Gran Caimán y, si alguno de vosotros se raja, lo van a sustituir conmigo.

—Carter —dijo Eric con calma—. Soy portero.

—Cierto. Vale, pues entonces tiene que ir Scotty.

—Yo iré —dijo Scott—. Me encanta el All-Star.

—Eres al único —refunfuñó Carter—. Tengo una lista muy larga de cosas que prefería hacer durante mi semana libre antes que jugar un partido de mierda en puto Buffalo.

—Oye —dijo Scott—. Que yo soy de cerca de Buffalo.

—Y yo de Dakota del Norte, pero tampoco quiero pasar mis vacaciones ahí —bromeó Carter.

Eric no tenía intención de perderse el All-Star. La alineación se había anunciado el día anterior y se había sentido sorprendido y emocionado al ser nombrado para el equipo este año, ya que había algunos porteros jóvenes que eran excelentes y que se merecían el puesto tanto como él. Apreciaba tener una última oportunidad para lucirse en la competición de habilidades y para despedirse en secreto de sus compañeros.

La Navidad, tal cual había llegado, había pasado, y Eric aún no le había dicho a nadie que se retiraría al final de esa temporada. Es que no se atrevía a pronunciar esas palabras. Cada semana encontraba una nueva excusa para justificar la espera. Ahora había decidido esperar hasta febrero, después del All-Star Game. No quería la atención que recibiría de los medios de comunicación y de los

demás jugadores si se enteraran de que esa sería su última participación en el All-Star.

Tampoco había visto ni hablado con Kyle en dos semanas. Había aprovechado que las dos rutas eran consecutivas como una oportunidad para aclarar sus ideas y tal vez permitirse pensar con sensatez sobre lo que estaba haciendo con Kyle. Había pensado que un poco de distancia calmaría su ansia por él.

No había funcionado.

Eric seguía sintiendo mucho calor cada vez que pensaba en la última vez que habían estado juntos. Y eso pasaba a menudo. De hecho, la mayor parte de sus pensamientos habían girado en torno a Kyle. Había pensado en él mientras estaba de viaje (en aviones, en autobuses, haciendo ejercicio y, sin duda, en sus habitaciones de hotel). Había pensado en él mientras estaba en casa con su familia. Había pensado en él una cantidad sorprendente de veces la mañana de Navidad, incluso había deseado que Kyle estuviera ahí con él, conociendo a sus padres y hermanos, lo cual era un poco alarmante.

Eric había querido enviarle un mensaje el día anterior cuando había vuelto a la ciudad. Quizá para ver si le apetecía pasar por su casa. Pero no quería parecer demasiado ansioso, y tampoco le gustaba lo incontrolables que se habían vuelto sus sentimientos. Kyle se estaba abriendo paso a la fuerza en el corazón de Eric como *puck* que se cuela por la escuadra de la portería mientras Eric yace indefenso sobre la pista. No podría controlar lo que estaba pasando y odiaba las cosas que no podía controlar.

Normalmente.

—Vosotros disfrutad pasando el rato con Dallas Kent en la nieve —bromeó Carter—. Yo voy a estar en la playita con el amor de mi vida.

—¿Con el ron? —preguntó Scott con ironía.

Carter le lanzó un rollo de cinta.

Eric: ¿Qué tal vas?

A Kyle no le gustó nada la forma en que se le aceleró el corazón al ver el mensaje de Eric. Era una reacción completamente

inapropiada y desproporcionada.

Kyle: Acabo de salir del campus.

Vio cómo parpadeaban los tres puntos en su pantalla durante lo que pareció una eternidad mientras Eric escribía. Kyle no podía imaginar de qué se trataría. No había sabido nada de Eric en dos semanas. Casi había perdido la esperanza.

Eric: Me preguntaba si te apetecería tomar un café.

Jo, qué mono.

Kyle: Claro. ¿Dónde?

Quedaron en verse en una cafetería cerca de Columbia que le gustaba a Kyle. Se metió un momento al baño antes de salir del campus. Después de un seminario de tres horas, dudaba de que tuviera muy buena cara. Se miró en el espejo y se peinó con los dedos la parte delantera del pelo para que no le cayera sobre la cara. Al final decidió que era una causa perdida y sacó un gorro negro de invierno de la mochila. Por lo menos ese día llevaba puestas sus gafas favoritas.

Quizá fuera triste que estuviera tan emocionado por tomar un café con su amigo, pero últimamente le estaba costando no obsesionarse con Eric Bennett. Cada turno que trabajaba en el Kingfisher esperaba que Eric entrara por la puerta, incluso cuando Kyle sabía que estaba fuera de la ciudad. Había visto la mayoría de los partidos de los Admirals en los que jugaban fuera, algunos en las televisiones del trabajo y otros en casa. El corazón se le aceleraba cada vez que las retransmisiones mostraban la cara de Eric, aunque fuera detrás de una máscara.

Kyle podría haberle enviado un mensaje. Lo sabía, y había estado tentado de hacerlo en varias ocasiones. La mañana de Navidad tenía un mensaje ya escrito (solo un sencillo «Feliz Navidad»), pero lo había acabado borrando. Por algún motivo, se había prometido a sí mismo que dejaría que fuera Eric quien diera el

primer paso. Y si Eric nunca lo hacía, bueno, pues eso sería todo. No sería la primera vez que plantaban a Kyle.

Eric tampoco le había prometido nada.

Así que recibir un mensaje (¡una invitación!) de Eric ahora, tras una clase magistral larga especialmente tediosa, fue de lo más bienvenido.

Cuando Eric entró a la cafetería, a Kyle se le revolvió el estómago. De algún modo había olvidado lo guapo que era ese hombre en persona: alto y vestido tan elegante, con un abrigo largo de lana salpicado de copos de nieve. Cuando vio a Kyle, le sonrió con calidez, y Kyle se ordenó en silencio mantener la calma.

—Hola —dijo Eric.

—Hola.

Se quedaron de pie junto a la barra, el uno frente al otro. A Kyle le temblaba la mano por las ganas de tocarlo, pero no lo hizo. Desde ahí podía ver los copos de nieve que se derretían en el pelo de Eric, haciéndolo brillar.

—Me, eeeh, alegro de verte —dijo Eric—. Hacía tiempo que no nos veíamos.

¿Le había parecido mucho tiempo a Eric? ¿Había echado de menos a Kyle?

—Sí. ¿Has pasado unas buenas Navidades?

—Cortas, pero sí. Siempre es agradable volver a casa. —La sonrisa de Eric se esfumó—. O sea…

—No pasa nada, en serio —respondió Kyle rápido—. Además mi madre me llamó en Navidad. Estuvimos hablando durante diez pedazo de minutos. Fue muy festivo. Al parecer, mis hermanos mayores están haciendo cosas maravillosas y mis padres están muy orgullosos de ellos.

Dios, ¿por qué acababa de decir todo eso? Vio una compasión que no quería en los ojos de Eric, así que cambió de tema:

—Pidamos algo. Necesito cafeína después de esa clase.

Unos minutos más tarde les trajeron los cafés a una mesita en un rincón.

—He oído que te han seleccionado para el equipo All-Star. Enhorabuena.

—Gracias. La verdad es que me ha pillado un poco por sorpresa.

—¿Por qué? Has jugado muy bien esta temporada, ¿no?

Eric retiró con cuidado la tapa de su taza de café y la dejó sobre la mesa.

—Otros porteros lo han hecho mejor. Más jóvenes.

Aaah. Por eso.

—Eric —dijo Kyle con cuidado—, ¿me has escrito porque te sientes viejo?

Eric abrió mucho los ojos.

—¿Qué? No, claro que no.

Pero frunció el ceño de una forma que sugería que estaba pensando en la posibilidad de que sí.

—He disfrutado de todo lo que hemos hecho juntos y, si te soy sincero, de todo el tiempo que hemos pasado juntos. Pero si estás aquí porque te hago sentir joven o algo así…

—No es por eso —dijo Eric rápido—. Eres joven, pero, cuando estamos juntos, no…

Se calló. Kyle necesitaba que terminara esa frase.

—¿No qué?

—No pienso en nuestra diferencia de edad. A veces pienso en eso cuando estamos separados, pero, cada vez que estoy contigo, pues… se me olvida.

Sin duda había algo romántico en esa confesión, pero Kyle hizo todo lo posible por ignorarlo. Lo más probable era que hubiera sido sin querer.

—Quizá no me estoy hidratando tan bien como creía —dijo seco.

Eric se rio entre dientes.

—No me refería a eso. Y no estoy aquí para alimentarme de tu juventud. Estoy rodeado de muchos jóvenes cuando estoy en el trabajo.

—Mira, como yo. —Kyle le dio un sorbo a su café con leche—. ¿De casualidad hay algo que te preocupe?

Eric jugueteaba con su taza de café.

—Todavía no le he dicho a nadie que me voy a retirar. Y estos viajes han sido… duros, supongo. En cada estadio en el que jugábamos, pensaba en que podría ser la última vez que jugara allí.

Esta podría ser la última vez que vuele de San José a Colorado con mis compañeros de equipo. —Sacudió la cabeza—. No sé por qué esos pensamientos me molestaban tanto. Es una tontería.

—No lo es. Estás a punto de cerrar un capítulo inmenso de tu vida.

—Lo sé. —Eric soltó un suspiro y dijo—: En fin. No te he invitado aquí para desahogarme contigo.

Kyle arqueó las cejas de forma sugerente. Cuando Eric se dio cuenta, bajó la cabeza para ocultar su sonrisa avergonzada.

—¿Por qué me has invitado? —preguntó Kyle.

Eric levantó la vista.

—Me he dado cuenta de que… te echaba de menos.

Kyle abrió la boca y luego esbozó una sonrisa embriagadora que intentó, sin éxito, controlar.

—Puede que yo también te haya echado de menos. —Bajó la voz —. He pensado mucho en nuestra última noche juntos.

Eric le sostuvo la mirada, y Kyle vio el ardor que se encendió en sus ojos.

—Yo también.

Se mordió el labio, sopesando si lo que estaba a punto de proponer era una buena idea. Lo más seguro era que no lo fuese, pero…

—Maria acaba de empezar su turno de tarde en Starbucks.

Eric tardó un segundo en reaccionar.

—¿Me estás diciendo que tu piso está vacío?

—Lo tengo todo para mí. Si no estás ocupado…

—No lo estoy. —Eric ya estaba volviendo a tapar el café y preparándose para irse—. Vamos.

Kyle se rio ante su entusiasmo.

—Sabes, si querías enrollarte conmigo, solo tenías que decírmelo. No hacía falta que quedáramos para tomar un café.

—Quería verte, no solo… O sea, me gusta hablar contigo.

Uf. Eric tenía que parar. Kyle se iba a hacer todo tipo de ideas equivocadas si no paraba. Decidió mantener el tono provocador.

—¿Qué tal si hablamos después de que te enseñe lo que llevo dos semanas soñando con hacerte?

Capítulo 20

Eric se retorcía en la cama de Kyle, dominado por el deseo. Kyle ya lo había llevado al límite tres veces sin dejar que se corriera y Eric no estaba seguro de si sobreviviría a una cuarta.

—¡Por favor! —suplicó.

Lo suplicó. Y ni siquiera le daba vergüenza.

Kyle le dedicó una sonrisa pícara. Eric estaba desnudo y tumbado bocarriba. Kyle se cernía sobre él, con toda la ropa.

—¿Quieres probar algo nuevo? —preguntó Kyle.

—¿Vas a dejar que me corra?

Kyle se rio.

—Al final. Un segundo.

Desapareció por el borde del colchón y Eric oyó el roce de algo contra el suelo debajo de la cama. Kyle volvió a levantarse, con una caja de zapatos entre manos. La dejó sobre la cama y la abrió, luego sacó un juego de esposas negras de velcro unidas entre sí con clips metálicos.

—¿Sí o no? —preguntó Kyle mientras le enseñaba las esposas.

La respuesta salió de los labios de Eric antes de que tuviera tiempo de pensarlo:

—Sí.

—¿Confías en mí? —le preguntó Kyle a la par que volvía a subirse a la cama, sentándose a horcajadas sobre la cintura de Eric.

De nuevo, sin ningún tipo de duda, respondió:

—Sí.

Kyle inspiró fuerte.

—Joder, Eric.

Kyle se inclinó y lo besó, con la misma lentitud y autoridad con la que le había acariciado la polla a Eric unos minutos antes. Eric gimió

despacio pegado a su boca, incapaz de decidir si quería que ese beso perfecto durara para siempre o si quería más.

Kyle tomó la decisión por él, se separó y levantó una de las muñecas de Eric. Entonces, Eric cayó en la cuenta de que, de forma inconsciente, ya había dejado las manos inmovilizadas sobre el colchón, anticipando que Kyle lo ataría.

Le colocó una esposa en una muñeca y luego en la otra. Kyle se las dejó separadas por el momento y le preguntó si le apretaban mucho. Eric negó con la cabeza, desconcertado de que estuvieran haciendo eso de verdad, pero demasiado excitado como para preocuparse.

Kyle colocó las manos de Eric sobre la almohada, por encima de su cabeza, y luego utilizó los ganchos de los grilletes para atarlas entre sí.

—Podría sujetarlas al cabecero —dijo—, pero creo que no será necesario. ¿O sí?

—No.

No. No, Eric mantendría las manos justo donde Kyle quería. Podría hacerlo por él. Si algo tenía era disciplina.

—Hay una cosa más —dijo Kyle.

Volvió a la caja de zapatos y sacó otro trozo de tela negra. Eric tardó un momento en reconocer que era una venda para los ojos.

—¿Sí o no? —preguntó otra vez Kyle.

Eric no estaba seguro de eso. Sus ojos (su vista) eran muy importantes para él. Se ganaba la vida observando, prestando atención y reaccionando con rapidez. Que le privaran de eso, aunque fuera solo por un minuto, le aterrorizaba. Pero también… le emocionaba.

—Quiero intentarlo —dijo Eric—. Sí.

La sonrisa de Kyle fue más cálida esta vez, con menos picardía y más afecto.

—Avísame enseguida si no te gusta. ¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Eric respiró hondo, despacio, y a continuación cerró los ojos mientras Kyle le colocaba el antifaz sobre la cabeza y le ajustaba la cinta elástica.

—Vale —dijo Kyle en voz baja—. ¿Qué tal?

Eric abrió los ojos y no vio… nada. Solo oscuridad. Su primer instinto fue arrancárselo de la cara o decirle a Kyle que se lo quitara. Pero se dio un momento para acostumbrarse.

—Dime algo —dijo.

—Estoy aquí —le respondió Kyle, y luego le besó la mandíbula a Eric—. ¿Estás bien?

Eric volvió a respirar para tranquilizarse.

—Creo que sí. Es solo que… es diferente.

—Si en algún momento quieres parar, dímelo. Pero ahora mismo estás superimpresionante. Joder. Deberías verte.

—Tendré que creerte. ¡Aaah!

Todo el cuerpo de Eric se estremeció cuando Kyle le mordió un pezón. El dolor mezclado con placer era tan intenso que no podía creer que solo fuera el pezón. Nunca había sido muy sensible. Sintió el aliento caliente de Kyle rozando la carne caliente que acababa de morder y Eric se preguntó si volvería a hacerlo. La expectación le aceleró el corazón, y apretó las manos atadas en puños.

Notó el calor húmedo de la lengua de Kyle mientras le lamía el pezón, calmándolo con suaves lametones. Eric dejó escapar un largo gemido mezclado con un suspiro mientras se fundía con el colchón. Entonces Kyle le mordió de nuevo y Eric gritó.

—¿Te gusta? —preguntó Kyle.

Eric se dio cuenta de que estaba aguantándose por no reírse.

—Es raro. Intenso. Nunca he hecho nada así.

Kyle deslizó las yemas de los dedos, ligeras como plumas, por el pecho de Eric y bajó por su abdomen, y Eric pensó que, si miraba, vería líneas brillantes de electricidad en su piel a su paso. Su cuerpo ya estaba sobrecargado de sensaciones por los esfuerzos de Kyle para mantenerlo al límite, y ahora pensaba que podría estallar como un fuego artificial si Kyle le tocaba la polla.

Entonces Kyle se apartó. Su peso ya no se apoyaba en la cintura de Eric.

Su calor se había desvanecido. Sus dedos, su lengua. Su respiración. Eric lo buscó con el oído.

—¿Kyle?

No hubo respuesta. Y entonces Eric oyó una cremallera y un suave susurro en algún lugar junto a la cama. Volvió la cabeza para seguir el sonido y sintió que algo le rozaba los labios.

La punta de la polla de Kyle.

Eric podía oler el aroma almizclado, ahora ya familiar, mientras Kyle le rozaba los labios con suaves empujones y caricias. Eric abrió la boca en señal de invitación, se puso de costado y se pasó rápido la lengua por los labios secos. La deseaba. Quería chupársela a Kyle a ciegas, con las manos atrapadas por encima de la cabeza. Quería que se la diera mientras él no podía hacer más que quedarse ahí tumbado y recibirla.

La esponjosa punta de la polla de Kyle se deslizó más allá de sus labios y Eric tarareó feliz junto a ella. Kyle puso una mano sobre la cabeza de Eric, enredando los dedos en su melena mientras ajustaba el ángulo de Eric.

—Dios, ahora mismo estás puto sexy —dijo Kyle con voz ronca—. Eres precioso, amor.

Eric solo pudo responder metiéndosela más en la boca mientras estiraba el cuello para llegar. Sus dedos se retorcían por el deseo de tocarla, pero, como se le daba bien obedecer, los dejó sobre la almohada.

—Joder, esto es mejor de lo que me había imaginado. Te encanta chuparme la polla, ¿eh? Te encanta no tener nada más que hacer que chupármela.

Eric gimió en señal de asentimiento. Sí, le encantaba. Quizá debería resultarle extraño, o degradante, pero en realidad se sentía… en paz. Su mente estaba en silencio. No había presiones, ningún equipo que dependiera de él, ninguna decisión aterradora de las que cambiaban la vida que tuviera que tomar. Solo estaban Kyle y la necesidad de complacerlo.

Aún tenía poca experiencia en lo que se refería a chupar pollas, pero Eric siempre había aprendido rápido. Pasó la lengua por la punta de una forma en que a Kyle le había encantado la última vez.

—Así está genial, amor. Es puto increíble —balbuceó Kyle.

Sus dedos se aferraron al pelo de Eric y luego lo soltó.

Eric oía algunos ruidos, pero los pasó por alto; estaba demasiado

concentrado en lo que hacía como para intentar adivinar qué era. Notaba el sabor salado de las gotas del líquido preseminal y oyó a Kyle contener el aliento y maldecir en voz baja. Entonces, Kyle se apartó y lo dejó sin nada. A Eric se le caía la saliva por la comisura de los labios, pero no podía limpiársela. Se dio la vuelta y se tumbó bocarriba, frustrado.

De forma inesperada y despiadada, una mano resbaladiza le rodeó la polla. Se la meneaba con fuerza y rapidez, y Eric solo podía jadear, maldecir y sacudir las caderas. Sabía que Kyle pararía antes de que se corriera. Sabía que era imposible que Kyle se tomara la molestia de inmovilizarlo y vendarle los ojos como para acabar con todo tan rápido. Pero al cuerpo de Eric le daba igual. Empujaba con optimismo contra el puño apretado de Kyle en busca de alivio. Estaba tan cerca…, justo ahí. Eric podía sentirlo palpitar dentro de él, lo que venía era enorme e inevitable. Con solo un poco más de estimulación ya saldría de él.

Kyle paró, obvio. Eric soltó una grosería mientras su polla se retorcía impotente en el aire, sobre su abdomen, buscando cualquier tipo de fricción.

—Date la vuelta —le ordenó Kyle sin mostrar ni una pizca de compasión en su tono—. De rodillas.

Eric hizo lo que le dijo al instante. Apoyó la frente en el colchón entre sus antebrazos, con las manos aún entrelazadas por encima de la cabeza, como si estuviera colocándose en postura fetal. Levantó el culo en el aire, temblando al sentirse expuesto y vulnerable.

—Tu culo es una puta obra maestra, Eric —dijo Kyle. Le acarició una nalga con la palma de la mano y luego presionó los labios ahí—. Y estos muslos. Joder.

Sin avisar, deslizó un dedo resbaladizo dentro del ano de Eric, y este siseó contra el colchón.

—¿Quieres que entre más esta vez? —preguntó Kyle—. ¿Alguna vez te han estimulado la próstata?

—No…, otra persona no.

Eric solo lo había intentado por su cuenta unas cuantas veces y, por muy flexible que fuera, le había resultado difícil ejercer la presión que quería. Tenía la sensación de que Kyle sería capaz de

darle justo lo que necesitaba.

—Entonces va a ser divertido.

Kyle masajeó el contorno con movimientos circulares, sujetándole con una mano firme una de las nalgas. Eric intentó mantener el control de su respiración, pero alternaba entre contenerla demasiado tiempo y jadear y resoplar mientras Kyle lo abría.

Sin darse cuenta de lo que hacía, se arqueó hacia atrás contra el dedo de Kyle, deseando que lo metiera aún más. El hecho de que dilatara le quemaba, y Kyle le dio una suave palmada en el culo a Eric con la otra mano.

—Ten paciencia —le reprendió—. Solo respira y relájate para mí.

—Como en yoga.

—Eso es. Yoga en el que al final te corres como una fuente.

Eric se rio y luego gimió cuando Kyle lo penetró más profundo.

—Quizá ya lo hayas hecho antes —reflexionó Kyle—. Correrte ahí mismo, en tu estudio de yoga.

Eric respondió con un gruñido. Claro que no lo había hecho.

—Apuesto a que eres lo bastante flexible como para chupártela solo. ¿Lo has probado alguna vez?

—No.

—Pues ya tienes algo en lo que trabajar cuando te retires.

—Deja de hacerme reír —dijo Eric con todo el cuerpo temblando.

Recuperó la compostura con una respiración larga y lenta, y luego se limitó a disfrutar de las oleadas de placer que recorrían su cuerpo mientras Kyle hacía cantar sus terminaciones nerviosas. Era increíble que lo cuidaran así, que le quitaran todas las preocupaciones para que pudiera centrarse solo en el placer. Debería sentirse indefenso, pero en cambio se sentía… seguro. Cuidado. Querido.

Una explosión de placer al rojo vivo atravesó a Eric cuando Kyle le acarició la próstata. Su cuerpo se inclinó hacia delante, como si intentara escapar de la abrumadora sensación.

—¿Es demasiado? —preguntó Kyle con dulzura. Le besó el hombro y luego la sien. Eric sintió su cálido aliento contra la oreja—. ¿Quieres que pare?

—No —respondió con voz ronca—. No pares. Hazlo otra vez. Por favor.

Kyle le besó la comisura de los labios y luego se apartó. Al instante, tenía un dedo (o quizá dos) dentro de él de nuevo. El alivio se abatió sobre Eric, rompiéndose sobre su piel e inundando su interior. Kyle estaba con él, dentro de él, justo donde Eric lo necesitaba. Dándole lo que había anhelado durante más de dos semanas. Estimulaba la próstata de Eric, dándole una sacudida tras otra repletas de placer agudo a través de su cuerpo tembloroso.

La polla de Eric (dios, casi se había olvidado de su polla) se sentía como una pesa rusa entre sus piernas. Colgaba, enorme y pesada como un ancla, mientras Kyle dedicaba toda su atención a su culo. Eric se concentró en ella en ese momento y en lo desesperante que era sentir que necesitaba que se la tocaran. Pensó en cómo cada presión del dedo de Kyle contra su próstata obligaba a que gotas de líquido preseminal le brotaran de la punta. Podía imaginar un rastro de líquido plateado que conectaba su polla hinchada con el colchón. Un charco de su excitación entre las sábanas.

Kyle le apretó con suavidad las pelotas y Eric gritó y apretó con fuerza los dedos que aún tenía en el culo.

—Dios, están duras como el granito —dijo Kyle con voz entrecortada—. No sé dónde quiero que te corras.

Eric quería decirle que se decidiera de una puta vez, pero en lugar de eso solo gimió y dijo:

—Por favor.

Kyle se rio entre dientes a sus espaldas y luego acarició con suavidad la polla de Eric un par de veces. Eric intentó frotarse contra su mano, pero Kyle la quitó en cuanto sus caderas empezaron a moverse.

—Necesito correrme.

—Lo sé. Joder, yo también. Me tienes cachondísimo, joder. ¿Cómo quieres hacerlo? ¿Quieres verlo?

Eric asintió con la cabeza contra el colchón.

—Sí.

Kyle lo tumbó bocarriba y volvió a colocar las manos a Eric por encima de su cabeza. Se sentó a horcadas sobre la cintura de Eric, y

este disfrutó al notar su peso. Le encantaba sentirse atrapado bajo él. El culo de Kyle presionó contra la entrepierna de Eric, y entonces este se dio cuenta de que se había quitado la ropa en algún momento. Kyle movió las caderas y la polla de Eric se deslizó por la raja de su culo. Eric gimió fuerte, dividido entre querer correrse así, derramando su semen sobre el culo de Kyle, o meterle la polla hasta el fondo.

—Nooo hagaaas… —gruñó—. Estoy a puntísimo de correrme como para aguantar eso.

Kyle pareció entenderlo y apartó el culo de la bomba que era la empalmada de Eric. Entonces sus labios se posaron sobre los de Eric y este respondió de inmediato; lo besó con ansia —con locura—, disfrutando de la ardiente necesidad que había en la boca de Kyle. Disfrutando de la intensidad del beso con los ojos aún tapados. Pero, dios, quería poder ver. Quería contemplar a Kyle y ver cómo se contorsionaba su cara cuando se corriera.

—Kyle —murmuró Eric contra sus labios—. Quiero verte.

Dos dedos se deslizaron bajo la goma que sujetaba el antifaz, y entonces desapareció. Eric tardó un momento en darse cuenta de que había tenido los ojos cerrados bajo la tela y los abrió parpadeando. Todo brillaba y estaba borroso, a pesar de que la luz del techo de la habitación estaba apagada.

—Holi —dijo Kyle en voz baja.

Eric volvió a parpadear. Tenía los ojos húmedos por las lágrimas, algo que no podía explicar.

—Holi.

Kyle estaba impresionante. Seguía llevando las gafas, pero nada más, y sonrió cuando Eric se dio cuenta. Su pelo despeinado le caía sobre la frente hasta la altura de los ojos azul invernal. Tenía las mejillas sonrosadas por el esfuerzo y la excitación, y Eric no podía dejar de mirarlo.

—Eres tan guapo… —dijo Eric. Sonó roto, con la voz aguda y tensa.

Kyle se acariciaba despacio la polla, todavía a horcajadas sobre la cintura de Eric. La punta era oscura y brillante, y Eric la deseaba en su boca casi tanto como deseaba ver a Kyle meneársela. Su

mirada se desplazó del antebrazo tenso de Kyle a ese tentador bulto en sus bíceps, a su boca húmeda y marcada por los besos, y luego de vuelta a la punta de su polla brillante.

—Dime qué quieres hacer —dijo Kyle con voz temblorosa—. Dímelo.

—Quiero que te corras. Quiero que te corras encima de mí.

Eric no se había parado a pensar antes de responder. Ya no era capaz de pensar.

Kyle empezó a meneársela más rápido. Su pecho se agitaba a medida que su respiración se aceleraba, y mantenía la mirada fija en la de Eric.

—Dime que pare —dijo—. No dejes que me corra todavía.

Hostia puta. Si Kyle seguía así, Eric iba a correrse sin que le tocara la polla. Asintió porque no encontraba palabras. Intentaría hacerlo por Kyle. Lo haría bien.

Vio la cara de Kyle, vio cada cambio en sus ojos, en su respiración, en la tensión de su cuello mientras él se la meneaba sin piedad. Eric lo observó hasta que los ojos de Kyle empezaron a cerrarse con fuerza para luego volver a abrirse. Hasta que el rojo de sus mejillas se extendió hasta su abdomen. No habló, no dijo que estuviera a punto, pero Eric lo sabía.

—Para.

Fue un simple susurro, pero Kyle soltó su polla y echó la cabeza hacia atrás mientras gemía. Jadeó durante unos instantes y luego bajó la cabeza para encontrarse con la mirada de Eric.

—Ha sido perfecto, amor. Estaba a punto. Hostia puta.

El pecho de Eric también subía y bajaba rápido. Estaba eufórico, lleno de orgullo y adrenalina, y con una necesidad imperiosa y constante de correrse. Kyle se inclinó, lo besó rápido y luego se deslizó hacia abajo hasta quedarse arrodillado entre las piernas de Eric en la cama. Sin ningún tipo de reparo, agarró la polla de Eric y empezó a masturbarlo con fuerza.

—Joder, sí, Kyle. Haz que me corra. Haz que me corra. Haz que me…

Un dedo se deslizó de nuevo dentro del culo de Eric, buscando y encontrando su próstata enseguida, y Eric se arqueó sobre la cama y

gritó mientras su eyaculación por fin brotaba de él. Su semen salió disparado como una fuente antes de salpicarle el abdomen y el pecho, y también parte del pecho de Kyle. Kyle siguió meneándosela, provocándole más espasmos en la polla, más chorros de semen que salían de sus pelotas hasta que la última gota se deslizó fuera de su polla exhausta.

Su dedo siguió dentro de Eric un rato más después de soltarle el miembro. Kyle exploró con suavidad la próstata de Eric, lo que provocó un último temblor que recorrió todo su cuerpo agotado.

—Joder, qué puta fantasía —dijo Kyle—. Joder, es como si lo guardaras todo para mí.

Es que era casi justo lo que había hecho. Eric se había masturbado unas cuantas veces en las dos últimas semanas, pero en lo único que había pensado cada vez era en Kyle. Y llevaba varios días sin correrse, con la esperanza de que la siguiente vez fuera con él.

—Quería estar contigo —dijo Eric—. Quería esto.

—Lo sé.

Kyle se la estaba meneando otra vez. Seguía arrodillado entre las piernas de Eric.

—Ven. Acércate. Quiero hacerlo yo.

Kyle soltó una risita mientras se movía para volver a sentarse a horcajadas sobre Eric.

—No voy a tardar mucho.

—¿Quieres que lo retrase?

—No. No puedo aguantar. Haz que me corra.

Eric creó un estrecho túnel con sus manos atadas y lo colocó delante de la polla de Kyle.

—¿Funcionará?

Kyle empujó su polla contra las manos de Eric y gimió.

—Joder, Eric. Funciona de maravilla. Estás tan sexy con esas esposas puestas… Joder.

Embistió con entusiasmo mientras movía las caderas con fuerza y rápido, y a Eric se le secó la boca al imaginarlo penetrándole el culo. Estaba seguro de que se le había relajado un poco solo de pensarlo.

—Quiero que me la metas, Kyle. Algún día.

—Claro, amor. Yo también quiero. Follarte justo así.

—Quiero… Quiero hacerlo todo. Contigo.

Los ojos de Kyle se abrieron como platos, y a Eric le preocupó haber admitido demasiado, pero entonces Kyle jadeó y dijo:

—Ay, joder. Ay, joder, Eric. Ya está. Me voy a…

Su anuncio se desvaneció en un fuerte gemido, y luego se quedó quieto y descargó el semen por todo el vello del pecho de Eric; le llegó hasta la barba.

Se dejó caer sobre Eric, y este le pasó las manos atadas por encima de la cabeza y las apretó con fuerza contra la espalda de Kyle. Lo abrazó fuerte, con la nariz hundida en el pelo de Kyle mientras escuchaba cómo se calmaba su respiración.

—Puede que me estés jodiendo la vida —murmuró al final Kyle —. Puede que después de esto ya no desee a nadie más.

Bueno, esa era una confesión peligrosa, y la forma en que Kyle se tensó entre sus brazos le indicó a Eric que él lo sabía.

—Ha sido divertido —dijo Eric con cuidado, ignorando por completo cómo se le aceleraba el corazón.

Kyle levantó la cabeza y lo miró la cara.

—Tienes corrida en la cara.

—Lo sé.

—Me pone.

—Pues me la voy a tener que lavar…

—Cobarde.

Eric soltó una risita y abrazó a Kyle con más fuerza.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Kyle con voz somnolienta.

Eric no recordaba por qué le hacía esa pregunta Kyle. ¿Se había sentido mal antes? ¿Aluna vez se había sentido mal en su vida?

—Me siento genial. Gracias.

—Ni se te ocurra decir que eres viejo. —Kyle le besó la clavícula —. No cuando puedes correrte como un géiser.

—Creo que eso es más por ti que por mí.

—¿No te corres así cuando estás solo?

Eric se rio.

—Nunca me había corrido así en mi vida. Eres cósmico.

—Se me da bien…

Eric le besó el pelo.

—Mejor que bien.

Kyle se escabulló de entre las manos de Eric y empezó a quitarle las esposas.

—¿Entonces te ha gustado? —preguntó mientras desabrochaba el velcro—. ¿Las esposas? ¿El antifaz?

—Sí. Me ha, eeeh… —A pesar de todo lo que acababan de hacer, Eric se puso rojo—. Me ha gustado mucho.

—Me alegro.

Kyle le quitó la segunda esposa y empezó a masajearle las manos a Eric, lo cual le sentó de maravilla.

—¿Te gusta? —preguntó Eric—. ¿Que te aten? ¿O solo se lo haces a otras personas?

Una chispa de celos le atravesó el pecho al pensar en otras personas.

—Me gusta. Sobre todo, cuando estoy estresado o agobiado por algo. Puede ser…

—¿Liberador? —completó Eric.

—Sí. Justo. Y tranquilizador, ¿sabes?

—Sí. Así es como me he sentido. Me ha relajado y excitado a la vez.

Kyle le besó la palma de la mano.

—Me alegro. Eso es lo que buscaba.

Dios, este hombre. Eric lo necesitaba en su vida más de lo que era justo para Kyle.

Más tarde, cuando ambos se habían aseado, Kyle se acurrucó contra Eric y jugueteó sin pensar con el vello de su pecho. A Kyle todavía le daba vueltas la cabeza por todo lo que acababan de hacer y por todo lo que aún quería hacer con Eric.

Podía admitir ante sí mismo que sentía algo por él. Eran sentimientos que iban mucho más allá de la amistad o del mero deseo carnal. Kyle quería estar con él, pero sabía que no debería hacerle ilusiones. Sabía que eso solo le llevaría a la decepción y al desengaño. Eric todavía estaba descubriéndose. Ni siquiera había

salido del armario todavía, y encima era famoso. Y, una vez que se hubiera divertido con Kyle, pasaría a estar con alguien más apropiado.

Que tuviera treinta años o más.

Kyle tenía veinticinco, y ¿qué eran cinco años, en realidad? Joder, en unos meses cumpliría veintiséis.

¿De verdad sería tan diferente cuando cumpliera los treinta? ¿Es que Eric no lo veía ya como a un adulto?

Esa idea le molestaba, porque lo más probable era que fuera así. Seguro que Eric lo veía como alguien con quien pasar un buen rato, no como un hombre con el que se planteara tener una relación madura y duradera.

Kyle, una vez más, se estaba precipitando. Eric y él se habían acostado unas cuantas veces durante el último mes más o menos. Desde luego, no era ningún gran romance.

—Quería llamarte en Navidad —dijo Eric de golpe—. O al menos enviarte un mensaje.

—¿Ah, sí?

—Estuve pensado en ti ese día. Bueno… —Le apretó el brazo con el que rodeaba a Kyle—. Pensé en ti todos los días, si te soy sincero. Pero sobre todo en Navidad.

De pronto Kyle se notó la boca muy seca.

—¿Por qué?

—Porque sabía que estabas solo. —Exhaló fuerte—. Debería haberte llamado.

Kyle levantó la cabeza, que había tenido apoyada en el pecho de Eric.

—Estaba bien, aunque… no me habría importado saber de ti.

Sonrió y Eric le devolvió la sonrisa, pero no le llegó a los ojos.

—No quería parecer ansioso. —Eric negó con la cabeza—. Fue una tontería por mi parte preocuparme por eso. Lo siento.

Kyle tampoco había querido parecer ansioso. Había borrado el mensaje que pensaba enviarle en Navidad. Pero no lo dijo porque no serviría de nada.

—Te agradezco el detalle.

Eric puso una mano en la mejilla de Kyle y luego se inclinó para

besarlo. Otro beso tierno y adorable que hizo que Kyle deseara cosas que no debía.

—¿A qué hora llega Maria a casa? —preguntó Eric.

—Suele llegar sobre las once. Tenemos tiempo.

Eric se rio entre dientes.

—¿Tiempo para qué? No me queda nada si estás pensando en…

—Para comer. Me muero de hambre.

—Y yo.

—Deberíamos comer algo.

—Mmm.

Eric se abalanzó sobre él y le besó el cuello mientras Kyle se reía.

La comida podía esperar un poco más.

Capítulo 21

Dos semanas después, Eric se encontraba en un ruidoso vestuario de Buffalo mientras los All-Stars de la Conferencia Este se preparaban para el Concurso de Habilidades. Viejos amigos que por lo general solían ser rivales disfrutaban de la excepcional oportunidad de ponerse al día. Otros se tomaban el pelo entre escandalosas carcajadas. Eric observaba a todo el mundo en silencio.

Era un ejercicio interesante reunir a todos esos rivales a mitad de temporada. El hockey era un deporte cargado de emociones y los rencores eran profundos, pero a todos los unía ese deporte que tanto amaban. En cierto modo, eran como una familia.

Ilya Rozanov y Shane Hollander estaban sentados el uno frente al otro y no dejaban de mirarse a los ojos y sonreírse. Entre ellos había un afecto mutuo que Eric aún no acababa de creerse. Eran rivales muy famosos, pero supuso que también eran seres humanos más allá de sus habilidades en hockey. Era evidente que habían encontrado cosas que les gustaban el uno del otro y se habían convertido en buenos amigos.

Dallas Kent estaba en una esquina, hablando con otro jugador que a Eric no le caía muy bien que digamos. El compañero de equipo de Kent, Troy Barrett, estaba sentado en el vestuario junto a Eric, pero había estado callado todo el tiempo mientras se ponía el equipamiento. En ese momento estaba absorto en su móvil. Eric no tenía ningún motivo para que le cayera bien el chico, pero decidió mostrarse amable.

—Este es tu primer All-Star Game, ¿verdad?

Troy levantó la vista, sorprendido.

—Sí. Se suponía que iba a ir el año pasado, pero me lesioné.

—Me acuerdo de eso. ¿En qué prueba vas a participar?

—En la de patinador más rápido.

Eric asintió.

—Tiene sentido. Aunque hay mucha competencia.

—No creo que gane. Pero la otra opción era participar en esa puta mierda de carrera de obstáculos y no quiero hacer el ridículo en mi primer Concurso de Habilidades.

—Los porteros lo tienen mucho más fácil en estas cosas.

Troy solo tenía veinticuatro años. No era un tipo muy grande (quizá rondara el metro setenta y cinco y tenía muy poca masa muscular). Al igual que Kyle, tenía un cuerpo hecho para la velocidad. A diferencia de Kyle, él tenía el pelo negro y brillante y le caía sobre los penetrantes ojos azules. Esos ojos no parecían felices en aquel momento, y Eric se dio cuenta de que nunca había visto a Troy muy feliz. Tampoco es que lo hubiera visto mucho.

—Normalmente, después de esto, nos reunimos todos en el bar del hotel o a veces se hacen fiestas en las habitaciones —dijo Eric.

—Ya lo suponía. Sería divertido, pero… —Frunció el ceño al ver a alguien al otro lado de la sala, y Eric se dio cuenta de que era Dallas Kent—. ¿Crees que Hunter irá?

—¿Por qué? —Eric sintió un arrebato de rabia.

¿No sería Troy un capullo de esos homófobos que pasaba de relacionarse con Scott?

Troy lo miró con sus grandes ojos color zafiro.

—No es porque… Dios, no soy de esos, ¿vale? No tengo nada en contra de la gente *queer*. Solo quiero, no sé, hablar con él. Pero puede que él no quiera hablar conmigo. Eso es todo.

Eric se relajó.

—Hablará contigo —dijo seguro—. Scotty es el chico más simpático del mundo.

—Eso parece.

Eric decidió que, aunque no hiciera nada más útil en ese último fin de semana del All-Star, al menos podría darle un consejo a aquel chaval.

—Sabes, llevo mucho tiempo en esta liga y he tenido que jugar en equipos con gente que no me caía muy bien. Algunos de ellos

eran incluso jugadores estrella. Por suerte, los vestuarios son grandes y puedes elegir a las personas con las que quieres estar.

Troy frunció el ceño y luego bajó la mirada al suelo. Se ajustó el jersey y dijo:

—Estoy empezando a darme cuenta de eso.

Eric intentó darle una palmadita amistosa en el hombro, de esas que Scott o Carter darían sin esfuerzo. Le salió un poco torpe, pero esperaba que el gesto se entendiera.

Más tarde esa noche, una vez terminada la competición, un numeroso grupo de jugadores de ambos equipos se había reunido en el bar del hotel. Eric estaba sentado en una mesita con Wyatt Hayes, el portero de Ottawa, un tipo muy divertido. Se les acercó Ilya Rozanov.

—Apártate, Hazy —le ordenó Rozanov—. Tengo que hablar con Bennett.

Wyatt negó con la cabeza, pero se levantó.

—No tienes ni una pizca de respeto por el tipo que te salva el culo cuarenta veces por partido.

Rozanov le entregó un billete de diez dólares.

—Ve a pillarte una cerveza.

Wyatt lo miró con rabia.

—Puedo pagarme la cerveza. Yo también soy un All-Star, ¿sabes?

Rozanov lo miró parpadeando, y Wyatt se alejó refunfuñando sobre los ególatras rusos. Rozanov se deslizó en la silla en que había estado Wyatt.

—No has anunciado tu retirada —dijo yendo al grano.

—Tu capacidad de observación nunca deja de sorprenderme, la verdad.

—¿Por qué no?

—Quería esperar hasta después de este fin de semana.

—¿No quieres ser el centro de atención?

—¡Qué va!

Rozanov sonrió.

—Por eso somos distintos. Yo quiero una temporada de

despedida. Un desfile. Que todo el mundo llore en cada partido.

—Estoy seguro de que lo conseguirás.

No se le escapó la forma en que la mirada de Rozanov se desvió brevemente hacia donde estaba Shane Hollander.

—Quizá.

—Scott me ha dicho que quieres que te eche una mano en los campamentos de verano.

—Sí. Pero está ocupado casándose con ese chico al que le gusta besar.

—Creo que te ayudará en el futuro. Lo has impresionado. A todos, de hecho.

Rozanov parecía casi avergonzado. Bajó la cabeza y luego levantó la vista tímidamente.

—¿Sí?

—Claro. Si hay algo en lo que pueda ayudar, dímelo.

—Podrías vender uno de esos trajes caros que te gusta llevar y darnos dinero.

Eric se rio entre dientes.

—Puedo dar dinero sin vender los trajes.

—Nos vendría bien más ayuda con los porteros en los campamentos.

—Quizá podría hacerlo. Me gusta que te hayas esforzado por ser inclusivo en tus campamentos. Supongo que por eso se lo pediste a Scott.

—Sí. Además, no se le da mal el hockey.

—Es lo más bonito que has dicho nunca de él.

—No se lo digas.

Eric no estaba seguro de si debía compartir información personal con Rozanov o no, pero algo le decía que confiara en él.

—No es que sea importante, la verdad, pero soy bisexual. Bueno, parece que ya lo habías adivinado, pero si quieres ese tipo de reputación en tus campamentos…

El rostro de Rozanov se iluminó.

—¡Bisexual! Qué estupendo. ¿Y te has follado ya al adolescente ese rubio?

—No es un… —Eric se mordió la lengua—. Tiene veinticinco

años.

—Hace siglos desde que tú tenías veinticinco. ¿Te acuerdas de cuando tenías veinticinco?

—¿Dónde coño está Wyatt?

Eric fingió mirar por encima del hombro de Rozanov.

—¿Así que sí lo has hecho? ¿Te lo has follado?

Eric debería haberse quedado aterrorizado con esa conversación, pero, en cambio, solo deseaba decirle a Rozanov que no solo había follado con Kyle. Deseaba decirle que salía con él. Que Kyle era su novio.

—No te pienso decir nada.

—Eso es un «sí».

Justo en ese momento, Shane Hollander se acercó a su mesa.

—Hola, Eric.

Shane, en resumen, era todo lo contrario de Rozanov: serio, educado y callado.

—Shane. Buen trabajo en la carrera de obstáculos.

Shane le dedicó una sonrisa burlona a Rozanov, que no lo había hecho ni de lejos tan bien en la misma prueba.

—Gracias. La verdad es que fue bastante fácil.

Rozanov le devolvió la mirada con ojos que ardían de cabreo y algo más. Antes de que Eric pudiera averiguar qué era, Rozanov apartó la vista.

Eric vio a Scott hablando con Troy Barrett cerca de la barra, lo cual le alegró. Dallas Kent no aparecía por ningún lado, pero, a juzgar por su reputación, lo más probable era que hubiera encontrado a alguna admiradora que le hiciera compañía.

—Voy a subir a mi habitación —dijo Shane—. Nos vemos mañana, chicos.

—Buenas noches, Shane —dijo Eric.

—Sí, yo no creo que tarde tampoco en subir —dijo Rozanov.

Shane asintió, luego se dio la vuelta rápido y se fue. Rozanov se quedó en la mesa un minuto más o menos y luego le dijo a Eric que iba al baño. Eric se dio cuenta de que, en lugar de eso, se dirigió hacia los ascensores.

Una hora más tarde, Eric estaba solo en el ascensor con Scott,

de camino a sus habitaciones contiguas del hotel.

—¿Qué crees que harás? —preguntó Eric—. Cuándo te retires, quiero decir.

Scott frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Por curiosidad.

—Pues no lo he pensado. Todavía me queda mucho hockey por jugar.

Eric asintió despacio.

—Últimamente he estado pensando mucho en eso.

—¿Te…? —Scott bajó la voz hasta convertirla en un susurro repleto de horror—. ¿Te refieres a que estás listo para retirarte?

—Tengo cuarenta y un años.

—Sí, pero… O sea… ¡Mírate! Estás en mejor forma que cualquier otro del equipo.

—¿Te has fijado en mí, Scott?

—¡A veces! ¿Acaso me puedes culpar? ¿Te acuerdas de la altura que alcanzaste en los saltos en cuclillas en el entrenamiento de pretemporada de este año?

Scott se abanicó haciendo teatro.

Eric se rio.

—No, pero en serio. No voy a poder jugar siempre.

—Podrías intentarlo.

Eric le sonrió con cariño cuando el ascensor llegó a su planta. De verdad quería a Scott, y era hora de ser sincero con él. Lo siguió por el pasillo y se detuvo al llegar a su habitación. Scott abrió la puerta e hizo un gesto para que Eric entrara.

—¿Intentas decirme algo, Benny?

Eric se armó de valor. Había llegado el momento.

—Voy a anunciarlo pronto. Esta es mi última temporada.

Scott se quedó boquiabierto.

—No se lo digas a nadie —continuó Eric—. Y no intentes hacerme cambiar de opinión. Ha llegado el momento.

Scott abrió y cerró la boca un par de veces, y luego dijo:

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro.

—Pero te echaré de menos —dijo Scott, como si ese fuera todo el argumento que Eric necesitara.

—Compraré un abono de temporada. Iré a todos los partidos.

Scott se dejó caer en la cama.

—No es lo mismo…

—Lo sé. Yo también te echaré de menos. Os echaré de menos a todos.

—¿Lo sabe el entrenador?

Eric se sentó a su lado.

—No. No lo sabe nadie.

Era mentira, pero no quería decirle a Scott que se lo había contado otra vez primero a Kyle. Eso daría pie a toda una serie de preguntas. Y desde luego no quería decirle a Scott que Rozanov lo sabía. Scott nunca se recuperaría.

—Se lo diré a Carter cuando estemos juntos de nuevo. No quiero que se entere por otra persona.

—Vale, bueno. Asegúrate de lo que quieres antes de decírselo a nadie más, ¿vale? —le dijo Scott.

Eric le dio un codazo.

—Haces que parezca que me estoy precipitando en esto en lugar de poner fin a una carrera de dieciocho años.

—Es demasiado pronto.

Eric le dio una palmada en el muslo a Scott.

—Me retiro, no me muero.

Se levantó; Scott hizo lo mismo y enseguida lo abrazó con fuerza.

—Más te vale que vengas a todos los partidos —dijo Scott.

—Lo haré.

¿Qué otra cosa iba a hacer? No es que tuviera nada más que lo mantuviera ocupado.

—No sé si esta televisión es lo bastante grande —bromeó Maria.

Kyle soltó una risita. Kip los había invitado a él y a Maria a ver el All-Star Game. Se había mudado al ático de Scott en Manhattan unos meses después de que empezaran a salir, lo que había

supuesto una mejora considerable respecto a vivir con sus padres en Bay Ridge. Y además contaba con un televisor gigante atornillado a la pared.

—Es que los jugadores se ven casi a tamaño real en esta cosa —dijo Kyle.

—Oye —dijo Kip dejando un bol de Doritos sobre la mesa auxiliar —, a veces hay que ver cada gota de sudor durante un partido de hockey y cada lentejuela durante un episodio de *Drag Race*.

Maria señaló el televisor con el botellín de cerveza.

—Mirad. Están enseñando al feo de tu prometido.

La preciosa cara de Scott, con su mandíbula cuadrada y sus vivos ojos azules, invadió la pantalla.

Estaba hablando con otro jugador durante una pausa en el juego, riéndose de algo que había dicho el otro tipo. Eric aún no había jugado en ese partido porque, como era uno de los tres porteros del equipo del Este, solo iba a jugar en el tercer tiempo.La retransmisión solo lo había enfocado al principio del partido, cuando se había presentado a cada jugador de forma individual. Estaba guapísimo bajo las luces dramáticas, sin la máscara, saludando a la multitud.

Kyle había visto bastante a Eric durante las últimas dos semanas. Tras aquella tarde alucinante en su dormitorio, había ansiado a Eric cada minuto que estaban separados. A juzgar por la cantidad de veces que Eric lo había invitado a su casa, parecía que el sentimiento era mutuo.

Pero solo se acostaban. Eso era lo que Kyle se repetía cada vez que se marchaba de casa de Eric, aunque la mayoría de las veces lo hacía ya por la mañana. Salvo por un polvo de una tarde, todas las demás veces había pasado la noche con Eric, envuelto en sus fuertes brazos en aquella cama celestial. Siempre hablaban después de acostarse, acurrucados y haciendo esfuerzos por no dormirse. Hablar era casi lo que más le gustaba a Kyle.

Casi.

—Anoche tuve otro cliente que nos sugirió que hiciéramos una carta de whiskies en condiciones —dijo Kip durante una pausa publicitaria.

—Sí, el jueves tuve dos así —dijo Kyle, agradecido de tener algo de qué hablar que pudiera calmarle un poco los ánimos—. Se lo diré a Gus, pero ya sabes…

—No va a hacer nada para cambiar el local.

—No.

—¿Qué cojones le pasa a vuestro jefe? —preguntó Maria—. ¿Por qué no quiere que su bar sea bueno?

—Pues no lo sé —dijo Kyle—. Es un tío bastante majo, pero hace tiempo que ya no pone el corazón en el local.

—Ojalá al menos se planteara comprar mesas nuevas —dijo Kip —. Casi todas se tambalean, y están como pegajosas.

—Al menos podría restaurarlas —coincidió Kyle.

—Ojalá fueras el encargado —dijo Kip—. Tienes ideas geniales para el local.

Kyle se sonrojó un poco ante el elogio de Kip. En el fondo, nada le gustaría más que ser el encargado del Kingfisher.

—Ya, bueno. Supongo que ya es bastante conocido así tal y como está.

—Solo porque la gente sigue yendo ahí con la esperanza de toparse con Scott —dijo Maria mientras se levantaba—. Voy al baño y luego a por más birra. ¿Alguien quiere una?

—Claro —dijo Kip.

—¿Por qué no? —asintió Kyle.

Cuando Maria se fue, Kip le dio un codazo a Kyle y le dijo:

—Eric está allí casi tanto tiempo como Scott ahora. Por algún motivo.

—¿Qué estás insinuando?

—Que hay algo entre vosotros dos.

Kyle frunció el ceño.

—Somos amigos. ¿Te acuerdas de cuando dijiste que deberíamos ser amigos? Vale, pues lo somos.

—¿Solo amigos? —preguntó Kip—. Porque me he fijado en cómo te mira…

La verdad era que en realidad Kyle quería hablar del tema con alguien, y eso parecía una invitación.

—Vale. Bueno, le he estado… echando una mano con todo eso

de salir con hombres. Al principio solo hablábamos. Fuimos juntos a un bar gay, solo a tomar algo.

—Creía que Eric no bebía —interrumpió Kip.

—Toma refrescos. Hablamos y fue agradable. Y, luego, pues… nos besamos.

Kip le dio un puñetazo en el brazo.

—¡Te lo he dicho!

—¡Fue él! Te lo prometo. Tipo, le di un beso en la mejilla, pero luego él se lanzó.

—Hostia puta. ¿Y luego qué pasó?

—Nada. Nos besamos. Y luego me ofrecí a ayudarle con cualquier otra… primera vez.

—¿Y qué dijo? —preguntó Kip impaciente.

—Al principio, nada. Cada uno fue a lo suyo. Después, unos días más tarde, me invitó a cenar a su casa. Y luego… tuvimos sexo educativo.

—¿Sexo educativo?

—Sexo educativo la hostia de sexy. Y luego nos hemos acostado unas cuantas veces más.

—Estoy flipando —dijo Kip—. ¿Entonces estáis juntos?

—No —respondió Kyle rápido—. Qué va. Solo nos acostamos. Sin compromiso. —No le estaba gustando el modo en que Kip le sonreía —. ¿Qué?

—Te has pillado.

—Sin más.

—¡Sin más nada, monada!

—¿Sin más el qué? —preguntó Maria al volver de la cocina con tres botellines de cerveza.

—Nada —dijeron ambos a la par.

Maria entrecerró los ojos.

—Ajá, eso para nada suena sospechoso.

Kyle se rio nervioso.

—Son cosas del trabajo.

—¿Y no tiene nada que ver con el hecho de que Kyle está pilladísimo por alguien? —acusó Maria.

—No… ¡no es verdad! —balbuceó Kyle.

—Ajá. Solo digo que puede que haya más de una persona en esta habitación que esté liada con un puto New York Admiral.

Kyle se quedó boquiabierto. La verdad era que le encantaría contarle a Maria todo sobre Eric, pero él aún no había salido del armario del todo. Y, además, no era una relación en serio. Decidió desviar la atención de sí mismo.

—¿Por qué? ¿Te estás follando a Matti Jalo?

—Ojalá —suspiró Maria mientras se dejaba caer en el sofá—. Quedamos para comer una vez después de aquel espectáculo de *drag queens* en diciembre y nunca más volví a saber de él.

—Ay —dijo Kip—. ¿Al menos se portó bien contigo?

—Se rio de mis chistes y me hizo preguntas. ¡Es que…, tíos! ¡Me hizo preguntas! ¡Sobre mí!

Cogió un cojín y lo abrazó.

—Espera. ¿Y escuchó las respuestas? —preguntó Kyle.

—Me hizo preguntas para entrar en detalles. De verdad que fue la mejor cita que he tenido nunca. Excepto por el hecho de que en realidad no era ni una cita.

Kip la abrazó.

—Lo siento, amiga.

—Ya sé que no tengo ninguna posibilidad con Matti Jalo, pero aun así… ¡Jolines, macho!

Kip se quedó boquiabierto.

—¡Obvio que tienes posibilidades con él! ¡Pero si yo me he comprometido con una superestrella del hockey! ¡Yo! Y trabajábamos juntos, ¿te acuerdas?

Kyle asintió.

—Si acaso, lo raro es que tú no salgas con una estrella de la NHL, Maria.

Todos se rieron, y luego se distrajeron de la conversación cuando Scott marcó un gol.

—Ese es mi chico —dijo Kip alegre, y luego se apoyó contra Kyle y descansó la cabeza en su hombro.

El calor que Kyle sintió con ese contacto esporádico fue bienvenido, y no contenía nada de la angustia o la culpa que pudiera

haber sufrido antes. Se inclinó hacia el brazo del sofá para que su amigo pudiera relajarse mejor contra él.

Parecía que el tercer tiempo tardaba una eternidad en llegar, pero por fin Eric estaba entre los palos y Kyle seguía el partido con mucha más atención. La madre de Maria la había llamado, así que se había llevado el móvil a la cocina, dejando a Kip y a Kyle solos de nuevo.

—Deberías hablar con él —le dijo Kip con voz somnolienta.

—¿Con quién? —preguntó Kyle, como si no lo supiera.

—Con Eric. Si sientes algo por él, deberías averiguar si él siente lo mismo.

—¿Y si no es así? —preguntó Kyle, en lugar de negar los sentimientos que sabía que tenía por Eric.

—Entonces, por lo menos lo habrás intentado. Porque ¿y si sí lo siente?

La idea era abrumadora. Kyle no se había permitido imaginar de verdad una vida en la que fuera el novio de Eric. En la que se le permitiera enamorarse de él.

Observó a Eric hacer una parada en el televisor y contempló en silencio la pregunta que le había hecho Kip.

«¿Y si sí lo siente?».

Capítulo 22

—¿Qué te parece?

A Eric le dio rabia mostrar tanta impaciencia, pero es que esperar y mirar cómo Scott leía el comunicado que él había redactado para anunciar su retirada era una tortura. Era el día de su primer partido tras el parón del All-Star, y Eric había decidido hacer oficial su retirada, empezando por sus compañeros de equipo esa misma noche.

—Está bien. —Scott sonrió con tristeza mientras le devolvía el móvil a Eric por encima de la mesa del restaurante—. Así que vas a hacerlo en serio, ¿eh?

—Sí, en serio. Mañana por la mañana se publicará en la página web y en las redes sociales de los Admirals. Y al equipo se lo diré esta noche después del partido.

Scott hinchó las mejillas mientras exhalaba.

—¿Mañana tendrás el móvil apagado todo el día?

—Sin duda.

—¿Tienes algo planeado para distraerte?

Eric pinchó con el tenedor su paella vegana.

—No.

—Te diría de salir por ahí —dijo Scott—, pero justo Kip y yo tenemos una reunión con nuestro organizador de la boda.

—Estaré bien. Quizá vea esa serie que Carter no para de decirme que vea.

—¿Te refieres a esa en la que sale su novia?

«Ah».

—Pues sí. Supongo.

—Quizá cuando dejes el deporte tengas oportunidad de ponerte por fin al día con la cultura pop, Benny.

—Suena agotador.

—¿No hay nadie… más… con quien te gustaría pasar el día? —preguntó Scott con naturalidad.

—¿Me estás preguntando si estoy saliendo con alguien?

—Bueno…

Eric deseaba poder decirle que sí. El tiempo que había pasado con Kyle durante las últimas semanas había sido increíble, pero después siempre se sentía culpable. No tenía derecho a quitarle tanto tiempo a Kyle, y empezaba a preocuparle que le estuviera dando falsas esperanzas. A veces (bueno, muchas veces), Eric podía imaginar un futuro en el que Kyle y él fueran una pareja de verdad. Pero no era justo por su parte desearlo. Por mucho que a Kyle no pareciera importarle la diferencia de edad, Eric sabía que sí importaba. Kyle era tan divertido —tenía tanta vitalidad— que merecía algo más que estar con un viejo portero que seguramente pronto necesitaría una cirugía reconstructiva de hombro. Que tendría el cuerpo de un hombre mucho mayor de lo que era Eric. La diferencia de quince años entre ellos parecería de cuarenta.

—No. Con nadie —le dijo a Scott.

—¿Y qué hay de…?

—No. —Eric dejó el tenedor sobre el plato. Aunque sabía que la situación era desesperada, llevaba semanas deseando hablar con alguien sobre esto, y ahí tenía su oportunidad—. Kyle y yo… hemos estado… haciendo cosas.

Scott arqueó las cejas.

—¿Cosas?

—Acostándonos. Esa clase de cosas. Es, tipo, sin compromiso, pero… él me gusta. Mucho.

—Uy. Vale. Jolín.

Las mejillas de Scott se sonrojaron como siempre que la conversación derivaba hacia lo sexual.

—Tengo que parar. Con lo de acostarnos, quiero decir. No creo que sea el tipo de persona que pueda hacerlo sin que signifique nada más. No me habría acostado con él en primer lugar si no sintiera algo más profundo por él. —Ahora que ya había derribado la barrera, las palabras le salieron a borbotones—. No es justo por mi

parte fingir que cuando nos acostamos no significa nada para mí, cuando en realidad significa mucho.

Hubo un silencio, y entonces Scott dijo:

—Guau. Has estado pasando por algo muy duro, ¿no? Jooolín, no tenía ni idea.

—Lo sé. Y puedo gestionarlo solo, casi siempre, pero…

—¿Estás seguro de que él no siente lo mismo por ti?

—No lo sé. Nos llevamos bien, y me dijo que le atraen los hombres mayores, pero que le atraigan mayores y que se acueste con ellos no es lo mismo que tener una relación con un portero viejo acabado con una libido poco fiable.

—Eeeh…

—Lo siento. Quizá te he dado información de más.

—¡No! No, no pasa nada. —A Scott se le pusieron las mejillas como pimientos—. Es que, eeeh, ¿quieres decir que normalmente no disfrutas en la cama?

—Disfruto mucho, cuando encuentro a alguien con quien hacerlo. Es solo que no es muy frecuente que me sienta atraído por alguien de esa manera. Sé que es raro.

—No es raro —dijo Scott enseguida—. Pasé la mayor parte de mi vida sin acostarme con nadie, aunque se debía más al miedo que a la falta, eeeh, de interés. —Se rio nervioso—. En fin. La cuestión es que te gusta Kyle y te gusta acostarte con él, ¿no?

—Sí.

—Y supongo que a él también le gustas y le gusta acostarse contigo.

Eric se mordió la mejilla para contener una sonrisa al recordar la última vez que habían estado juntos. Kyle le había atado las muñecas y los tobillos y lo había dejado con las piernas y los brazos abiertos en la cama usando unos accesorios que se había traído. Se habían hecho una mamada el uno al otro a la vez, con el cuerpo esbelto de Kyle encima del de Eric, hasta que ambos llegaron al límite. Entonces Kyle se había dado la vuelta y había cabalgado sobre Eric con fuerza hasta que ambos se corrieron.

Y, después, Kyle se había quedado a pasar la noche. Eric lo había abrazado con fuerza mientras dormían, y por la mañana habían

vuelto a acostarse.

En esa ocasión no había habido ni esposas ni juguetes. Solo besos que hicieron que se retorcieran de placer y muchas sonrisas y carcajadas.

Quizá fuera entonces cuando Eric se había dado cuenta de que estaba a punto de enamorarse de Kyle.

—Creo que esto me sobrepasa —admitió Eric.

Los ojos de Scott mostraban compasión, lo que solo hacía que Eric se sintiera aún más patético.

—Como ya he dicho, lo más probable es que no sea la persona más indicada para dar consejos sobre relaciones, pero me parece que deberías hablar con él.

Eric reflexionó sobre la sensata sugerencia de Scott y luego negó con la cabeza.

—No puedo. Aunque él quiera tener una relación conmigo, no es justo para él.

Scott dio un sorbo de agua y luego dijo:

—Sabes, alguna vez había pensado lo mismo sobre Kip. Al principio por lo de las citas a escondidas y luego por la atención que sabía que recibiríamos como pareja. Pero al final me di cuenta de que no era una decisión que me correspondiera a mí. Kip tenía derecho a opinar, y Kyle igual. Es joven, pero ya no es un niño.

—Lo sé. Es que… —Eric suspiró. Sabía que todo lo que decía Scott tenía sentido, pero aún no estaba convencido de que pedirle a Kyle más de lo que tenían fuera justo—. Lo solucionaré. Mejor hablemos de hockey. ¿Crees que los chicos se van a sorprender esta noche?

Scott masticó pensativo el bocado de arroz que tenía en la boca. Después de tragar, dijo:

—Quizá no se sorprendan, pero creo que aun así les afectará. Cuentan contigo, ¿sabes?

—Tommy está listo para sustituirme.

Scott asintió.

—Estoy seguro. Lo hará genial. —Sonrió con tristeza—. Pero él no es tú.

—Me quedaré en Manhattan. Seguirás viéndome. He dedicado

demasiado esfuerzo a esa casa como para dejarla.

—Cuando me mudé a la ciudad, no creía que fuera a acostumbrarme nunca. Pero ahora no me imagino viviendo en ningún otro sitio.

—Me pasa igual. Creo que me quedaré para siempre.

Justo mientras decía eso, se le pasó por la cabeza que podría imaginarse viviendo en otro sitio si saliera en serio con Kyle y él quisiera irse de Nueva York. Era una idea del todo absurda.

—Pues perfecto —dijo Scott sonriendo—, así podremos envejecer juntos.

—Te llevo un poco de ventaja, Scotty.

Scott se rio, pero a Eric le fastidiaba que fuera cierto. Le fastidiaba ser mucho mayor que casi todos sus amigos. Mucho mayor que el hombre en el que parecía no poder dejar de pensar.

Por enésima vez, Eric encerró todos sus pensamientos y sentimientos sobre Kyle en una caja fuerte y la cerró con llave. Tenía que concentrarse en el partido de esa noche contra Toronto. Entre el anuncio de su retirada y el hecho de que su equipo necesitara muy en serio ganar esa noche, su vida amorosa debería ser lo último que le preocupara.

El ambiente en el vestuario era sombrío tras el partido. Los Admirals habían jugado duro, pero no habían podido mantener la ventaja hasta el final. Toronto había empatado el partido cuando quedaba poco más de un minuto para el final del tercer tiempo y luego había marcado de nuevo en la prórroga. Eric se sentía fatal por haber encajado ese gol.

Y ahora tenía que anunciar a sus compañeros que se retiraba. Joder, quizá se sintieran aliviados después de ese partido.

—Oíd —dijo Scott en voz alta. Se dirigió al centro del vestuario, todavía vestido con el equipo de cintura para abajo y desnudo de cintura para arriba—. Ha sido un partido duro. Pero nos hemos dejado la piel, joder, y no tenemos por qué bajar la cabeza por eso, ¿vale? —Señaló a los *rookies*—. Woody, ¿esa jugada que has hecho en el segundo tiempo para conseguir nuestro tercer gol? Una puta

pasada. Una de las mejores que he visto nunca.

Hubo murmullos apoyándolo por todo el vestuario, e incluso algunos aplausos.

—Benny, sé que te estás machacando por esos dos últimos golpes, pero ¿cuarenta y ocho paradas? Y por lo menos cinco de ellas eran casi imposibles. Esta noche te has lucido de verdad.

—¡Sí, Benny! —gritó Carter.

Los demás lo repitieron y aplaudieron.

—Breezy. —Scott se volvió hacia Brisebois—. Has bloqueado ese disparo de Kent. —Eso provocó silbidos y vítores entre los chicos—. Sin cagarte, tío. Con un par. Me encanta. ¿Cómo tienes la pierna?

—Magullada. Pero me arrancaría toda la pierna y la tiraría si eso impidiera que Kent marcara.

Estallaron las risas, e incluso Eric sonrió.

Scott se sentó junto a Eric y le dijo en voz baja:

—Ya está. Los he preparado para ti.

Eric le sonrió agradecido. Scott y Carter eran los únicos en el vestuario que sabían que Eric se retiraba. Se lo había contado a los entrenadores y a la directiva hacía una semana, pero esta parte sería la más complicada.

Eric se levantó y saludó con la mano, lo que hizo que todos se callaran enseguida. Rara vez decía algo, así que era lo bastante extraño como para llamar su atención.

—Hey. Seré breve, pero tengo algo que deciros, chicos.

Estaban todos tan callados que Eric pensó que quizá sus compañeros pudieran oír los latidos acelerados de su corazón. Respiró hondo para tranquilizarse.

—Esta va a ser mi última temporada.

Se oyeron exclamaciones de sorpresa y Eric levantó una mano para hacerlos callar.

—Jugar en la NHL, y sobre todo aquí, en Nueva York, con todos vosotros, ha sido un gran honor. De niño, nunca hubiera imaginado que… —Tuvo que hacer una pausa para aclararse la garganta, porque se le había cortado la voz de golpe. Lo volvió a intentar—. Ha sido impresionante. No cambiaría ni un segundo de nada. Pero es

hora de retirarme. —Hizo una pausa y esbozó una sonrisa irónica—. Ahora que todavía puedo caminar.

Se oyeron algunas risas contenidas, pero advirtió la confusión y el asombro en las caras de sus compañeros. ¿Acaso pensaban que iba a jugar para siempre?

—Venga, tíos —bromeó—. Tengo cuarenta y un años. Esto lo tendríais que haber visto venir.

Hubo un silencio y, entonces, alguien (parecía ser Prentice) dijo:

—¿Solo tienes cuarenta y uno?

Todos se rieron, y eso abrió el melón.

—Pensaba que tenías por lo menos sesenta.

—Cuando eras *rookie,* los porteros ni siquiera llevaban máscara.

—Mi abuelo creció viéndote jugar.

Eric negó con la cabeza.

—Que os den a todos. Qué ganas tengo de no volver a veros nunca más.

Volvió a sentarse, sonriendo, y Scott lo rodeó con un brazo.

—Te quieren.

—Lo sé. —Eric observó lo que sucedía en la sala con los ojos húmedos—. Voy a echar mucho de menos esto.

Se quitó el resto del equipamiento en el mismo orden en que se lo había estado quitando desde que iba al instituto. Se rio con sus compañeros cuando alguien hizo una broma y sonrió cuando Carter se burló de él. Seguía formando parte de ese equipo. Todavía no había terminado.

Kyle no esperaba encontrarse con Eric en el Kingfisher aquella noche. Y menos aún sin Scott. El partido contra Toronto se había retransmitido por televisión en el bar, así que Kyle había visto la brutal derrota en la prórroga. Ni siquiera había tenido la oportunidad de mandarle un mensaje a Eric para intentar animarlo.

Pero ahí estaba. Alto y apuesto, con su abrigo de lana y su bufanda de cachemir al cuello, aunque su cara mostraba signos de cansancio y desdicha. Vio a Kyle detrás de la barra y se dirigió hacia él.

—Holi —dijo Kyle con una sonrisa comprensiva.

—Holi.

—He visto el partido. Lo siento…

Eric asintió con la cabeza.

—Ya, es una mierda.

—Te ofrecería un whisky o algo, pero…

Eric resopló.

—Esta noche, hasta te diría que sí.

Esas palabras fueron desgarradoras.

—Siéntate. —Kyle señaló el taburete de la barra junto a Eric—. Te mantendré bien abastecido de gaseosa y zumo.

—Gracias. —Eric se quitó el abrigo y la bufanda y los colgó con cuidado del respaldo del taburete. Cuando se sentó, se desplomó enseguida hacia delante, apoyando los antebrazos en la barra—. Menuda noche de mierda.

Kyle le puso delante una gaseosa con lima.

—Cuéntamelo todo.

—No te interesa oírlo.

—Soy camarero. Mi trabajo es escuchar historias tristes. —Se echó un trapo de forma juguetona sobre el hombro y se inclinó hacia él—. Suéltalo.

—Les he contado a mis compañeros que me retiro. Se lo he dicho después del partido.

Kyle abrió la boca fingiendo asombro.

—No has jugado tan mal.

Eric se rio.

—El anuncio público será mañana por la mañana. El equipo va a emitir un comunicado.

—¿Cómo se lo han tomado tus compañeros?

—Parecían sorprendidos. Y luego, ya sabes, bromeaban sobre lo mayor que soy. Así que cada uno lo afronta a su modo. —Golpeó un poco el vaso con los dedos—. Bueno, supongo que ya no hay vuelta atrás.

Parecía perdido. Kyle quería llevarlo al almacén y darle un beso para animarlo.

—Imagino que mañana será un desastre.

—Sí —suspiró Eric—. No me hace ninguna gracia. Voy a apagar el móvil y, no sé…, evitarlo.

—¿No tienes entrenamiento mañana?

—No. Quería hacer el anuncio en un día libre para poder al menos evitar a los periodistas.

A Kyle se le ocurrió de golpe una idea maravillosa y muy mala.

—Pues pasa el día conmigo.

Eric levantó las cejas.

—¿En serio?

—Claro. —Kyle se encogió de hombros—. Yo también libro mañana. Podríamos, no sé, ver películas o… salir de la ciudad. —Se rio al decirlo, pero luego se le ocurrió una idea aún mejor—. ¡Oye, pues podríamos ir a hacer senderismo! Conozco unos sitios geniales a las afueras de la ciudad. ¿Has estado en Blue Mountain?

—No. —Eric parecía animarse—. Sería genial pasar todo el día al aire libre.

Kyle casi saltaba de la emoción. Llevaba tiempo necesitando de forma desesperada pasar un rato al aire libre.

—¡Hagámoslo! ¿Tienes coche?

—Sí.

—Ay, va a ser genial. Te sentirás como nuevo después de eso.

—Vale.

Eric le sonreía, con un aire casi tan emocionado como el de Kyle. También parecía que necesitaba algo más de él.

—Esta noche voy a trabajar hasta las dos mínimo —soltó Kyle.

Y no dijo nada más, entendiendo que Eric ya sabía qué quería decir.

—Claro. Ya imaginaba.

—Deberías ir a casa —dijo Kyle con delicadeza—. Descansa para nuestra gran aventura.

Eric asintió.

—Sí. Vale. Escríbeme mañana cuando te hayas despertado.

—Vale.

Kyle tenía muchas ganas de subirse a la barra y besarlo, pero se aguantó. Aparte de los besos frenéticos en la calle, nunca se habían besado delante de otras personas.

—A primera hora, lindo.

Capítulo 23

Eric había estado dudando de su decisión sobre pasar el día de excursión haciendo senderismo con Kyle hasta el mismo momento en que lo vio esperándolo en la acera junto a su edificio. Eric sabía que había sido irresponsable por su parte aceptar esa salida; o bien estaba dándole falsas esperanzas a Kyle, o bien estaba dejando que su propio corazón se dejara engañar. En cualquier caso, eso solo iba a complicar aún más lo que sentía por Kyle. Pero la forma en que le sonrió cuando Eric detuvo el coche frente a él, con la emoción reflejada en toda la cara, hizo que no le importaran demasiado las malas decisiones.

—¡Yupi! ¡Nos vamos de excursión! —cantó Kyle.

Llevaba puestas las gafas y un gorro de punto abrigado. Estaba adorable, y a Eric se le aceleró el corazón sin poder controlarlo.

«No está hecho para ti», se había recordado a sí mismo. «No de ese modo».

Ahora estaban a solas, de pie, juntos en la cima de la Blue Mountain, contemplando las espectaculares vistas del río Hudson y las montañas nevadas que había más allá. Hasta el momento había sido un día perfecto. Kyle era un experto en senderismo, yendo por ahí estaba como pez en el agua, y Eric sentía como si acabara de conocerlo. Estaba el Kyle que tonteaba en el bar y el Kyle que era un brillante estudiante de máster, pero es que además estaba este otro: sonrojado y feliz tras un día de invierno al aire libre.

Eric se estaba enamorando de todas las facetas de Kyle, y no sabía cómo evitarlo.

—¿Has sacado buenas fotos hoy? —preguntó Kyle.

—¿Qué? Ah. Sí, creo que sí. —Pensó en la imagen que había capturado de Kyle, con las mejillas sonrosadas y sonriendo a una

ardilla que había visto en un árbol, y se alegró de haberse llevado la cámara a la excursión—. De hecho, algunas están muy bien.

—Guay. Quizá eso es lo que deberías hacer cuando te retires: viajar y hacer fotos.

—Quizá sea solitario —dijo Eric sin querer.

Había pensado en hacer justo lo que Kyle había propuesto, y así era como había pasado algunos veranos. Le había gustado viajar solo, pero tras dejar el deporte esperaba poder compartir el tiempo con otra persona. Alguien a quien le encantara estar al aire libre y que supiera de historia y arte. Alguien con facilidad para los idiomas y pasión por aprender. Alguien que hiciera reír a Eric, que lo relajara y… que le atrajera. ¿Cuándo fue la última vez que Eric había deseado tanto algo como deseaba ahora a Kyle?

Eso era malo. Era malísimo, joder.

—¿A dónde irías? —preguntó Eric, con la esperanza de desviar esa peligrosa línea de pensamiento—. Si pudieras viajar a cualquier sitio.

—Adonde fuera. A todas partes. Quiero verlo todo, pero últimamente me llama la atención Grecia. Quizá haga algún curso de idiomas ahí.

—Suena bien.

—Quiero hacer senderismo en Pelión.

—¿Y seguir los pasos de Aquiles?

Kyle sonrió.

—Exacto. Y quizá encontrarme un centauro guapo que quiera enseñarme un par de cosas.

—¿Eso es lo que te gusta? ¿Los caballos?

—Nop. Me refería a hombres mayores inteligentes con pollones.

Eric estaba seguro de que tener una erección no mejoraría el descenso de la montaña.

—Pórtate bien —le regañó.

Eric se dijo en silencio a sí mismo que también se portara bien. La noche anterior, cuando había ido al Kingfisher, no había buscado hacer planes para salir hoy. Quería que Kyle se fuera a casa con él, pero ese día improvisado que estaban pasando juntos valía mucho más que el sexo.

—¿Seguimos? —preguntó Kyle.

—Vamos.

Estuvieron un rato en silencio. Kyle caminaba delante de Eric y no dejaba de fijarse en los árboles. No había ni un ruido en el sendero; el silencio solo era interrumpido por los pájaros, las ardillas y alguna que otra ráfaga de viento que sacudía las ramas de los árboles. Era perfecto y apacible, y a Eric le resultaba demasiado fácil pensar mientras caminaban.

Aunque solo fuera caminando detrás de él, se le hinchaba el corazón cada vez que Kyle volvía la cabeza para mirar algo, porque le permitía ver su perfil. Sus mejillas sonrojadas, sus gafas y su media sonrisa de satisfacción. Se imaginaba caminando así detrás de él en Grecia o en Italia. En cualquier lugar al que Kyle quisiera ir.

O podía imaginarse tranquilas noches en casa, en Manhattan. Quizá leyendo juntos en el sofá, con los dedos de los pies de Kyle metidos bajo los muslos de Eric. Y, luego, acostándose juntos, riendo y besándose y…

Eric estuvo a punto de chocar con Kyle, porque se había detenido en seco.

—¿Qu…?

—Chiiist —susurró Kyle—. Mira.

Eric miró hacia donde estaba señalando y vio a dos ciervos en un claro. Se quedó quieto porque no quería asustarlos. Los ciervos se quedaron ahí un rato, comiendo tranquilos algo que crecía cerca del suelo. Cuando por fin desaparecieron hacia el bosque, Eric soltó un suspiro de alivio.

—Guau.

Kyle le sonrió radiante, con los ojos brillantes bajo las gafas.

—Eso no lo ves en la ciudad.

—No.

A Eric le latía con fuerza el corazón contra las costillas. Se sentía invadido por una extraña adrenalina tras haber estado tan cerca de animales salvajes, incluso de unos tan tranquilos como aquellos ciervos. En ese momento, Kyle le pareció precioso.

Kyle lo miró con curiosidad.

—¿Qué?

Eric negó con la cabeza.

—Nada.

Kyle se quedó mirándolo un segundo más, luego sonrió y dijo:

—¿Sabes qué me apetece después de esto? Tortitas.

Eric se rio, en parte aliviado de que la tensión se hubiera disipado.

—No recuerdo la última vez que comí tortitas.

—Uuuf, qué deprimente. Hay un local cerca donde las sirven durante todo el día. Lo he comprobado antes.

—¿Has comprobado si servían tortitas antes de ir de excursión?

Kyle se encogió de hombros sin dejar de sonreír.

—Soy de Vermont. Allí nos tomamos las tortitas muy en serio.

Ay, dios. Esta versión de Kyle era tan encantadora que resultaba peligrosa. Cuando se mostraba alegre, tontorrón y juguetón, derribaba todas las defensas de Eric. De lo único que tenía ganas en ese momento era de empujarlo contra un árbol y besarlo hasta dejarlo sin aliento.

Pero Kyle ya había reanudado su descenso por la montaña, dejando que Eric le siguiera los pasos, hipnotizado.

Una hora más tarde, estaban sentados en una acogedora mesa de un clásico restaurante en Nueva Jersey. El camarero acababa de traerles dos platos grandes de tortitas. Eric solía comer cosas ricas en nutrientes y proteínas, y las tortitas eran, en su mayoría, calorías vacías, pero por una vez podía darse el capricho. Olían de maravilla.

Eric observó cómo Kyle echaba una cantidad desmesurada de sirope de arce a las tortitas.

—De Vermont —le recordó Kyle de nuevo cuando se dio cuenta de que lo estaba mirando fijamente.

Le pasó la botella a Eric y él echó un ligero chorrito en su plato.

Eric gimió al dar el primer bocado a la tortita.

—Dios mío. Están muy buenas.

—¿A que sí? No deberías privarte de las tortitas.

—No sé si eres una buena o una mala influencia.

—Está claro que buena. Antes de conocerme, tu existencia era aburrida, no había tortitas y tenías orgasmos cutres.

Eric casi escupió el siguiente bocado de tortita. Hizo lo que pudo

y se lo tragó.

—Es verdad.

Era verdad. Su vida no había estado mal antes, pero Kyle la había vuelto más divertida.

Kyle le sonreía. Todavía tenía las mejillas rojas de la excursión y el pelo revuelto de haberlo tenido metido bajo un gorro.

Dios, era tan mono…

Eric intentó no imaginarse una vida con Kyle basándose en el increíble día que habían pasado juntos. Ese era uno especial, y no debía dejarse llevar por la idea de que podrían tener algo así todos los días. O de que podrían ser algo más.

En lo que no había pensado en todo el día era en su retirada. Imaginaba que el comunicado se había publicado esa mañana en las redes sociales y en la página web de los Admirals, pero tenía el móvil apagado y era feliz ignorando las reacciones que había suscitado la noticia.

—¿Y cómo te va en el trabajo? —preguntó.

Kyle pareció sorprendido por la pregunta.

—¿En el trabajo? Pues bien, supongo. Gus ha estado aún más ausente de lo habitual. Ojalá se preocupara más por el local. Solo aparece lo justo para asegurarse de que no hemos cambiado nada. No vaya a ser que mejoremos el local.

Eric había oído a Kyle quejarse de Gus muchas veces ya. No parecía odiar al hombre (de hecho, lo había descrito como un encanto), pero le frustraba el desapego de Gus hacia su negocio.

—¿Qué le harías al local? —le preguntó Eric—. ¿Si lo llevaras tú?

Kyle suspiró.

—Bueno, para empezar, tendríamos una carta de cócteles increíble. Incluidos cócteles sin alcohol. —Le guiñó el ojo—. La decoración se podría mejorar. Quizá con una reforma completa, la verdad. Me gusta el ambiente acogedor de taberna, pero no debería dar la sensación de estar desgastada y sucia, ¿sabes?

—Le vendría bien algún arreglito —coincidió Eric.

Él también había pensado lo mismo sobre el bar. Un poco de dinero y esfuerzo podrían marcar una gran diferencia en el local.

—Aram también ha dicho que quiere organizar más eventos.

Quiere crear una comunidad más sólida en el Kingfisher.

—Es una buena idea.

—Y, de hecho, tenemos una chef que es muy buena, pero nadie lo diría. El talento de Lucy está desaprovechado en ese sitio. Si le dieran vía libre en la cocina, tendríamos un menú impresionante.

Eric asimiló lo que le decía y reflexionó con atención.

—Parece que habéis estado dándole muchas vueltas a esto.

—Durante años. Ay, dios mío. Me encanta el sitio, de verdad, pero necesita una buena reforma. No sé por qué Gus no lo vende y se olvida. Aunque los nuevos dueños podrían vaciar el local sin más y despedirnos.

Sería una pena. Eric le había cogido mucho cariño al sitio.

Comieron en silencio durante unos minutos; Kyle devoraba las tortitas con entusiasmo, mientras que Eric saboreaba poco a poco cada bocado dulce y mantecoso del sirope de arce.

—Gracias por sugerir esto hoy —dijo Eric cuando terminó—. Era justo lo que necesitaba.

—No me des las gracias. Yo estoy pasando un día genial.

—Bueno, pero te lo agradezco de todos modos. Sé que no soy la persona más divertida del mundo.

—Ay, dios. ¿Puedes dejar de portarte como si fueras mi tío viejo Eric, con el que me veo obligado a pasar el rato? Eres mi amigo y no me importa mirarte, así que para mí todo esto es una victoria.

Eric lo observó durante un minuto. Kyle le mantuvo la mirada.

—Vale —dijo al final Eric.

Kyle no paraba de darle vueltas a la cabeza durante todo el trayecto de regreso a la ciudad. Le gustaba mucho Eric. Quería decírselo. Quería pasar el resto del día y de la noche con él. Quería enamorarse de él porque sabía que no le faltaba mucho para estarlo. Solo permitírselo.

—¿Tienes que trabajar hoy? —preguntó Eric.

—No, gracias a dios. Si me llega a tocar, me muero, porque estoy agotado.

Levantó la vista y se dio cuenta de que Eric tenía la mandíbula

tensa.

—No estás listo para enfrentarte a eso, ¿verdad? —preguntó Kyle con tacto.

—No.

Cuando llegaron a Chelsea, Kyle dijo:

—¿Por qué no subes un rato? Así podemos escapar del mundo real un poco más.

Eric pareció valorar la oferta y Kyle intuyó que la rechazaría.

—Los dos sabemos qué pasará si subo contigo —dijo Eric.

—Sí. Pensaba que… ¿No quieres que pase?

Eric apretaba con fuerza los nudillos sobre el volante y tenía la mandíbula tensa mientras miraba al frente, evitando la mirada de Kyle.

—Lo que yo quiera da igual. No podemos seguir haciendo esto.

A Kyle se le encogió el corazón.

—¿Por qué?

—Porque no soy el tipo de persona que puede acostarse con un amigo y hacer como si nada y ya. —Dejó caer las manos sobre el regazo y las miró—. Estoy confundiendo lo que hacemos con algo… más. Algo imposible.

Kyle tragó saliva para hacer desaparecer el nudo que tenía en la garganta.

—¿Imposible?

Al final, Eric abrió los ojos y Kyle vio que había lágrimas en ellos.

—Si las cosas fueran diferentes, Kyle…

—No —lo interrumpió mientras sentía cómo le invadía la rabia—. Si me estás diciendo que sientes algo de verdad por mí, que quieres algo más, pero crees que la diferencia de edad es demasiado grande, entonces para.

—Pero es que es verdad.

—No soy un crío.

—Ni yo soy la persona adecuada para ti, Kyle.

Kyle negó con la cabeza, con las lágrimas ardiéndoles los ojos.

—Sí que lo eres. —Ya podía admitirlo. Ya no tenía nada más que perder—. Eres perfecto para mí. ¿No te has dado cuenta de lo bien que estamos juntos? No puedo ser el único de los dos que lo sienta.

Eric le devolvió una sonrisa trise.

—No eres el único.

—¿Pues entonces?

La voz de Kyle se quebró en la segunda palabra.

—Nunca me perdonaría si dejara que malgastaras tu tiempo conmigo. Tu juventud.

—¡Que le den a mi juventud! —Se le escapó más alto de lo que pretendía—. ¡Y a ti también por pensar que no puedo tomar mis propias decisiones!

Eric bajó la cabeza.

—Yo tenía veinticuatro cuando me casé con Holly. Y dieciséis años después nos dimos cuenta de que no éramos el uno para el otro.

—¿Y? ¿Eso significa que no deberías intentarlo por si algún día cambias de opinión? ¿Que no merece la pena correr el riesgo de enamorarse?

Eric abrió mucho los ojos y le resbaló una lágrima por la mejilla hasta caerle en la barba.

—Sé que crees que…

—Lo sé. No lo creo. Sé lo que siento por ti. Quiero estar contigo, Eric. Te…

—Dijiste que sería algo sin compromiso —dijo Eric con la voz temblorosa de la rabia—. Dijiste que el sexo no tenía por qué ser nada serio. Sin ataduras, ¿no?

Kyle resopló y apartó la mirada.

—Ajá. Bueno, pues supongo que la he cagado. —Puso la mano en el pomo de la puerta—. Otra vez.

—Kyle.

—No. Lo pillo. Esto no es lo que esperabas. Solo soy un crío con debilidad por los hombres que solo me ven como un pasatiempo. —Abrió la puerta, se volvió y dijo con amargura—: Por cierto, te has graduado. Con matrícula. Gracias por asistir a la escuela de sexo gay de Kyle.

—Kyle…

Pero Kyle ya había salido del coche y estaba dando un portazo tras de sí.

Las lágrimas le corrían por la cara mientras caminaba rápido hacia el ascensor. ¿Por qué seguía haciendo eso? ¿Por qué no podía enamorarse de un hombre que de verdad quisiera estar con él? Lo peor era que no estaba seguro de que Eric no quisiera estar con él. Si Kyle fuera unos años mayor, lo más probable es que estuvieran celebrando en ese mismo instante su primer mes juntos en serio. O tal vez Eric ni siquiera se había planteado rebajarse a tener una relación con un rompehogares de veinticinco años.

Por fin llegó a su casa, que, por suerte, estaba vacía, y cerró la puerta con fuerza al entrar. Se desplomó en el suelo, de espaldas a la puerta, y se cubrió la cara con las manos, sintiéndose triste y frustrado.

Capítulo 24

Lo que ocurría con los *play-offs* era que Eric nunca estaba seguro de cuándo sería su último partido. Y aún más difícil era saber cuándo sería su último partido jugando en casa.

El último partido acabó siendo fuera de casa en Washington, al final de la primera ronda de los *play-offs*. El marcador ni siquiera estaba reñido, así que Eric se quedó solo junto a los postes de la portería —sus compañeros inseparables— y contó en silencio los últimos diez segundos.

Cuando terminó, le dio una palmadita al larguero que tenía detrás.

—Gracias por todo, compas. Cuidad bien de la próxima generación, ¿vale?

Fue devastador no pasar ni siquiera de la primera ronda, pero a Eric le conmovió la ovación que le dedicó el público de Washington tras el partido. El estadio había puesto su foto en las pantallas gigantes mientras el locutor recordaba a la multitud que ese era el último partido de Eric. Había muchos aficionados de los Admirals, pero todos los de Washington también le aplaudían. Entre el palo de la eliminación y esa conmovedora muestra de afecto del público, cuando Eric por fin llegó al vestuario era un saco de lágrimas.

—Lo siento —le dijo a Scott, cuyos ojos estaban tan rojos y llenos de lágrimas como los de Eric—. Quería que llegásemos más lejos.

—Hemos perdido juntos —respondió Scott con firmeza, a pesar de las lágrimas—. Solo lamento que tu último partido no fuera en casa.

Lo abrazó, y luego Carter se unió a ellos, y enseguida todo el equipo se abrazó con Eric en el centro. Quería muchísimo a esos

chicos.

El ambiente se volvió sombrío por un momento, pero Carter no tardó en animar de nuevo a todos.

—Pues mi último partido —dijo— será legendario. Marcaré cinco goles y el último dejará un boquete en el cuerpo de Dallas Kent.

Todos se rieron y vitorearon. Eric estaba agradecido a Carter. No creía que pudiera aguantar que su última vez compartiendo vestuario con sus compañeros fuera silenciosa y triste.

Eric había tenido su propia celebración discreta durante su último partido de la temporada regular en casa. Su familia (padres, hermanos, sobrinas y sobrinos) había bajado desde Hamilton para ver el partido, y después habían salido y pasado el día siguiente juntos. Había sido agradable, pero hacía mucho tiempo que Eric no estaba de humor para celebrar. No desde que Kyle le había dado un portazo en la cara.

Habían pasado dos meses desde el día en que habían ido de excursión. Dos meses desde que había visto a Kyle o había hablado con él. Había pensado en enviarle un mensaje. Había pensado en aparecer sin más por el Kingfisher. Pensaba en Kyle todos y cada uno de los días. Pero Eric tenía que centrarse en los *play-offs*, y seguía creyendo que le había hecho un favor a Kyle al alejarse de él. Estar lejos de él le dolía como si se hubiera roto todos los huesos del cuerpo, pero era lo mejor. Al igual que un hueso roto, se curaría con el tiempo.

Pero, dios, ojalá hubiera podido presentar a Kyle a su familia. Sabía que sería impactante cuando les dijera que se sentía atraído por hombres. Y aún más si presentaba a Kyle como su novio, pero estaba empezando a dejar de preocuparse por escandalizar a la gente. La verdad era que no podía dejar de pensar en la apasionada declaración de Kyle: «Eres perfecto para mí».

Y a pesar de que su mente, quizá tratando de ser sensata, le decía lo contrario, Eric sabía que era verdad. Su corazón sabía que era verdad.

Kyle había sido lo más especial en la vida de Eric, y a Eric le costaba mucho encontrar alegría en cualquier cosa desde que lo había perdido. Había dedicado el tiempo libre sobre todo a redecorar

el salón para que combinara mejor con el cuadro nuevo. Ahora pasaba las noches mirándolo fijamente, solo, y se arrepentía de haberse tomado tantas molestias para dar cabida a algo tan soso. Se preguntaba si, en cambio, debería haber hecho espacio en su vida para algo más cálido.

Los pensamientos de Eric giraron en torno a Kyle durante el breve vuelo de vuelta a casa del equipo aquella noche. Quizá fuera la montaña rusa emocional de los *play-offs*, o quizá el salto al vacío que suponía poner fin de manera oficial a su carrera en el hockey, pero Eric se encontró preguntándose si no sería demasiado tarde para volver a intentarlo con él. Kyle podría estar con otra persona ahora. Podría haberse olvidado por completo de Eric. ¿Y no era eso lo que Eric quería?

No. Dios. Solo pensar en esa posibilidad ya le parecía una tortura. Eric no quería que Kyle estuviera con nadie más. Y Eric no quería estar con nadie más que con Kyle. Se quedó mirando por la ventana mientras observaba cómo las luces de Nueva York titilaban en la oscuridad. El hockey había terminado. Ese capítulo de su vida había llegado oficialmente a su fin. Cuando bajara de aquel avión, se despediría de sus compañeros de equipo y de su carrera. Y, cuando pensaba en el resto de su vida, lo único que sabía era que quería a Kyle en ella.

Tenía que ser valiente una vez más. Esta vez sin máscara ni armaduras. Tenía que ir a ver a Kyle con el corazón en la mano y pedirle perdón por no haberle dado una oportunidad. Por no haberle dado una oportunidad a la relación.

Y, ay, dios mío, esperaba no haber llegado demasiado tarde.

Kyle se quedó paralizado cuando Eric entró en el Kingfisher. ¿No acababa de jugar su último partido esa noche? ¿¡En Washington!?

Kyle miró a ver si encontraba a Scott, pero no estaba ahí. Tenía sentido, ya que Kip no trabajaba esa noche. Estaba solo Eric, y se dirigía decidido hacia Kyle.

¿Qué narices era eso? ¿Estaba Eric triste porque su carrera había terminado y esperaba enrollarse con Kyle para distraerse? Kyle no

iba a aceptar eso de ninguna de las maneras.

Bueno, quizá.

Se armó de valor mientras Eric se acercaba y dijo, con la mayor indiferencia posible:

—Hey.

—Hola…

Eric tenía los ojos muy abiertos y parecía inseguro. Si tenía algo más que decir, no parecía tener ninguna prisa en decirlo.

—¿Qué? —preguntó Kyle al final, sin apenas ya paciencia.

—Pues… —Eric echó un vistazo al bar—. ¿Hay algún sitio donde podamos hablar? ¿Solo un momento?

—¿Por qué? ¿Quieres echarme un polvo rápido? Paso.

Kyle fingió secar una jarra de cerveza que ya estaba seca, con la esperanza de parecer que la presencia de Eric le dejaba indiferente.

—No, no es eso por lo que estoy aquí. Te lo prometo. Es solo que… Me gustaría mucho hablar contigo.

—Insisto, ¿por qué?

—Porque necesito pedirte perdón.

Kyle se rio.

—Te ha costado dos meses darte cuenta de eso, ¿eh?

—Sí —dijo Eric con sinceridad—. Es verdad. Pero eso no significa que no haya pensado en ti todos los días.

Joder. Kyle no pudo evitar que el corazón se le acelerara al oír eso. Había pensado mucho en Eric durante los últimos dos meses, con una mezcla de rabia, tristeza y arrepentimiento. Al mirarlo ahora, tan guapo con el traje con el que debía de haberse ido del estadio, Kyle no podía negar que todavía lo deseaba.

Buscó a Aram, que estaba merodeando junto a la mesa de tres chicos muy guapos.

—Dame un segundo —le dijo a Eric.

Se acercó a Aram y le dio un golpecito suave en el brazo para llamar su atención.

—¿Qué pasa? —le preguntó su compañero.

—¿Puedes echar un vistazo al bar unos minutos? Eric quiere hablar conmigo de algo en privado.

Kyle sabía lo intrigante que sonaba aquello, pero era lo mejor

que se le había ocurrido.

—Claro —dijo Aram, aunque lo miró con curiosidad.

Kyle se alejó antes de que pudiera haber más preguntas. Llevó a Eric al almacén que había detrás de la barra. Cerró la puerta con firmeza al entrar y luego se quedó de pie frente a Eric, sin saber muy bien qué esperar.

Kyle cruzó los brazos sobre el pecho en actitud defensiva.

—Solo tengo unos minutos.

—Lo siento —dijo Eric enseguida—. Me equivoqué y lo siento mucho. Lo eché todo a perder y ojalá hubiera subido contigo después de la excursión.

Kyle lo miró con el ceño fruncido.

—¿Te arrepientes de no habernos acostado hace dos meses?

—No. Me arrepiento de todo lo que podría haber ocurrido después de habernos acostado hace dos meses.

A Kyle se le paró el corazón. ¿Estaba pasando eso de verdad?

—¿Qué podría haber sucedido?

Eric dio un paso hacia él.

—Podría haberte dicho lo que siento de verdad. Que he disfrutado cada momento que hemos estado juntos, ya fuera acostándonos o hablando. Que quiero tener más momentos así. Estar años así.

Kyle tragó saliva, con los ojos en llamas.

—Ah. —Dejó que las palabras calaran hondo, y luego recordó las que Eric había dicho meses atrás, que eran todo lo contrario—. ¿Y qué pasa con eso de que la gente solo debería salir con personas de su misma edad? Porque no he envejecido quince años por arte de magia en los últimos dos meses.

—Siento haber dicho eso. Siento muchas cosas… —Eric miró a Kyle con expresión de súplica—. ¿Me odias?

Kyle relajó los brazos y suspiró.

—Lo he intentado.

Los labios de Eric se curvaron un poco hacia arriba.

—¿Y ha funcionado?

—No. Joder, Eric. No puedo odiarte. Quiero todo lo que acabas de decir. Lo he querido durante meses.

Eric estaba un poco más cerca. Su mirada no dejaba de desviarse de Kyle y se mordisqueaba el labio inferior. Kyle preferiría ser él quien lo hiciera.

—Quiero estar contigo, Kyle. Quiero ser tu novio. Tu pareja. Mientras tú me quieras.

Las lágrimas brotaban sin control de los ojos de Kyle. No le importaba. Sonrió con los ojos llorosos y dijo:

—¿Cómo te atreves a decirme esto en la trastienda del trabajo?

Eric se rio entre dientes y dio un paso hacia él.

—No era así como lo había planeado.

Kyle le rodeó el cuello con los brazos.

—Sabes que después de esto tengo que volver ahí fuera a atender clientes, ¿verdad?

Y entonces los labios de Eric se posaron sobre los suyos, y se besaron con pasión. El cuerpo de Kyle se estremeció de alivio tras tantas semanas sin eso. Eric le agarró la cabeza a Kyle, enredando los dedos en su pelo y despeinándolo.

—No deberíamos… —jadeó Kyle interrumpiendo el beso.

—Lo sé —dijo Eric, y luego lo besó de nuevo.

Deslizó la mano por debajo del dobladillo de la camiseta de Kyle y se la subió para dejar al descubierto su abdomen.

—Ay, joder —jadeó Kyle.

Empujó las caderas hacia delante para que su entrepierna entrara en contacto con la de Eric, y luego volvió a comérselo a besos. No podía creer que estuviera ocurriendo de verdad, y estaba tan abrumado por el deseo que se estaba planteando follarse a Eric en ese almacén.

Eric de pronto se apartó.

—Lo siento —dijo mientras se limpiaba la boca con el antebrazo. Tenía la cara roja por la excitación y, lo más probable, por algo de vergüenza—. No debería haberlo hecho… No era mi intención…

—No pasa nada. De verdad que no me importa.

Eric le sonrió como si no pudiera creer que fuera de verdad. Kyle estaba seguro de que él tenía la misma expresión en el rostro.

—Quiero ir a Grecia contigo —soltó Eric.

—¿De verdad?

—Sí. Pronto. ¿Cuándo puedes ir?

—Pues…

—Y estaba pensando… ¿Crees que Gus vendería el local? ¿A mí, quiero decir? Y quizá a Scott también. No lo sé. Todavía no he hablado con él sobre el tema. Pero creo que le encantaría ser copropietario conmigo, y tú podrías ser el encargado y…

Kyle lo interrumpió con otro beso, pero fue algo torpe porque se estaba riendo del balbuceo tan poco común de Eric.

—Todo suena increíble, pero ahora mismo tengo que ir a acabar mi turno.

—Vale. Claro. —Eric lo besó de nuevo—. Deberíamos hablar. Después.

—Después —asintió Kyle—. Terminaré en una hora.

—¿Quieres venir a mi casa?

—Es muy pasada tu hora de acostarte. ¿Estás seguro?

Eric se inclinó y lo besó de nuevo.

—Que le den a la hora de acostarse. Me he retirado.

Epílogo

—Yo os declaro unidos en matrimonio —proclamó el oficiante de la boda—. Ya os podéis besar a gusto.

Todos se rieron y aplaudieron mientras Scott y Kip hacían justo eso. A Eric se le llenó el corazón de emoción al verlos. Cruzó la mirada con Kyle, que estaba frente a él, junto a Kip. Kyle tenía los ojos llenos de lágrimas y le sonrió a Eric.

Había sido un día perfecto de julio que se había convertido en una tarde perfecta, con una brisa fresca que soplaba desde el océano. La ceremonia se celebraba al aire libre, justo cuando se ponía el sol, en una colina cubierta de hierba con vistas a la Gran Bahía del Sur. Scott había hecho todo lo necesario para asegurarse de que la boda fuera un evento muy privado. Había reservado el complejo turístico entero y no se permitía la entrada a la prensa. Ese día era solo para amigos y familiares.

Sin embargo, había muchos amigos y familiares; asistieron más de doscientos invitados, pero Eric solo tenía ojos para Kyle. Estaba tan guapo con su traje… Sobre todo, con las gafas puestas.

Scott se volvió y abrazó a Eric.

—Gracias por estar aquí.

—No me lo habría perdido por nada. Me alegro por ti.

Eric lo decía de todo corazón. Estaba encantado por su mejor amigo. Y era bonito estar en la boda de dos personas que se amaban de verdad. Él esperaba tener una boda así algún día.

—Yo también me alegro por ti —dijo Scott. Asintió con la cabeza en dirección a Kyle—. Es bueno para ti. Deberías seguir con él.

—Eso espero.

Scott le dio un último apretón y luego se volvió para coger la mano de su nuevo marido. Todos los invitados habían permanecido

de pie durante la breve ceremonia, y la gran multitud envolvió a los recién casados en un mar de abrazos y palmadas en la espalda.

Kyle se acercó a Eric.

—No ha sido tan repugnante.

—No ha estado nada mal —coincidió Eric.

Kyle se inclinó y lo besó, lo cual fue un alivio después de mirarlo durante tanto tiempo sin poder tocarlo. Sus labios eran suaves y estaban un poco fríos por haber estado de pie al aire libre junto al mar, y Eric se derritió pegado a él.

—¿Damos un paseo? —preguntó Kyle.

El restaurante tenía un sendero que bajaba hasta la playa. Cuando llegaron a la arena, Eric se quitó los zapatos y luego se agachó para quitarse los calcetines. Kyle sonrió e hizo lo mismo. Estar con Kyle había hecho que Eric se sintiera más relajado. Seguía gustándole la rutina (seguía haciendo ejercicio y llevando una dieta equilibrada), pero era más impulsivo y le preocupaba menos lo que los demás pensaran de él. No sentía la necesidad de ser perfecto y, por supuesto, se había liberado de la presión de tener que rendir en la pista.

Haberse retirado, hasta el momento, le estaba yendo superbién.

Hacía un mes que Scott y él se habían convertido oficialmente en los nuevos dueños del Kingfisher. Todavía se estaban llevando a cabo las reformas, pero tenían planeada una gran fiesta de reapertura cuando Scott y Kip volvieran en agosto de su mes de luna de miel por Europa. Eric le había recomendado algunos sitios en Grecia que a Kyle y a él les habían gustado mucho durante el viaje que habían hecho a finales de mayo.

—No es Creta, pero no está mal —dijo Kyle en ese momento mientras contemplaban juntos la bahía con los pies hundidos en la arena.

En la playa de Creta, Kyle había estado precioso. Su piel húmeda brillaba al sol, al descubierto salvo por las partes que cubría su bañador corto. Eric le había hecho una foto mientras él miraba hacia atrás, con sus largas piernas desnudas estiradas sobre la arena. Esa foto ahora estaba en un marco en el dormitorio de Eric. Pensó que, si hubiera llevado la cámara en ese momento, podría haberle hecho

una foto igual de impresionante a Kyle con su traje bajo la luz púrpura del atardecer.

Seguían viviendo separados, pero Kyle pasaba la mayoría de las noches en casa de Eric. Eric esperaba que acabara mudándose con él, pero sabía que mudarse complicaría las cosas para Maria, a menos que Kyle no se molestara en decirles a sus padres que ya no vivía ahí sin más. Era una opción que Kyle había estado considerando muy en serio. ¿Por qué no dejar que los ricachones de sus padres de mierda le pagaran el piso a su amiga?

—Deberíamos volver a Grecia —dijo Eric—. Pronto.

—¡Pero si acabamos de volver!

—Lo sé, pero…

Kyle siempre era un encanto, pero en Grecia se había mostrado todavía más tal y como era. Además de disfrutar de lo bien que le quedaba el bañador, a Eric le había impresionado constantemente el conocimiento de Kyle cuando habían visitado lugares históricos y museos, y la facilidad con la que le había traducido el griego. Tras días enteros excitado por la inteligencia de Kyle, Eric había estado ansioso por devorar su cuerpo por las noches.

—Deberíamos ir a otro sitio. A Italia, quizá. —Kyle dio una palmada— ¡A Sicilia!

—Donde tú quieras —le respondió Eric. Y era verdad. Kyle podría sugerirle ir al vertedero municipal y a Eric le seguiría encantando.

—Por ahora, quizá deberíamos volver dentro. La parte importante de la recepción está punto de empezar.

—Quizá sí.

Eric le robó otro beso y luego volvieron juntos al restaurante para celebrar la boda de los amigos que, sin quererlo, los habían unido.

—¿Y si le pido que baile conmigo y ya?

Kyle sonrió a Maria, que estaba mirando fijamente la espalda de Matti Jalo al otro lado de la sala.

—Entonces sería el hombre más afortunado del mundo.

Maria enderezó los hombros, lo que hizo que su pecho luciera

aún más increíble.

—Pues mira, sí.

—¿Quizá deberías esperar a una canción lenta? — Kyle señaló al DJ, que en ese momento estaba poniendo un temazo de Pitbull.

—Claro. Vale. Bien. Entonces es hora de otra copa de vino.

Kyle se rio mientras ella se iba hacia un camarero con una bandeja llena de copas de vino. Al momento, unos brazos fuertes y familiares lo rodearon por detrás.

—¿Te estás divirtiendo? —preguntó Eric.

—Ay, me lo estoy pasando genial.

Kyle se dio la vuelta para mirarlo.

—¿Dónde estabas?

—Hablando con algunos de los chicos. Ya sabes…

—¿Ya los echas de menos?

Eric arrugó la nariz.

—Casi.

—¿Quieres bailar con Pitbull?

—No.

Kyle lo besó. La música cambió a una canción lenta y Eric dijo:

—Quizá con esta sí.

Se cogieron de la mano mientras caminaban juntos hacia la pista de baile. La canción era un clásico de las bodas —«Can’t Help Falling in Love», de Elvis Presley—, pero, envuelto en los brazos del hombre al que amaba, Kyle sintió como si fuera la primera vez que la escuchaba.

Rozó con los labios la oreja de Eric y murmuró:

—¿Te acuerdas de cuando salió esta canción?

Eric resopló.

—Que te jodan.

Kyle se rio pegado al cuello de Eric. Le había gastado muchas bromas sobre la edad de Eric durante el viaje por Grecia, explorando templos antiguos.

—Oye —susurró Eric—. Maria está bailando con Matti.

Kyle volvió la cabeza de una forma muy poco sutil. Enseguida vio a Matti, ya que era el más alto de la sala, y, en efecto, Maria tenía los brazos extendidos rodeándole el cuello. Se miraban y sonreían, y

Kyle esperaba de verdad que esa noche fuera la noche en la que se enrollaran, porque cada vez estaba más claro que a Matti le gustaba.

—Mira lo pillado que está de ella —dijo Kyle mientras sonreía.

—Sería un tonto si no diera el paso esta noche.

—Bueno, algunas personas solo necesitan un poco de tiempo, ¿sabes?

—No todo el mundo tiene tanta confianza sexual como yo —asintió Eric.

El camino para convertirse en una pareja de verdad había sido extraño para ambos, pero Kyle no podía estar más feliz con el lugar al que los había llevado. Le encantaba que estuvieran montando un negocio juntos al mismo tiempo que profundizaban en su relación. Todo en la vida de Kyle era tan perfecto en ese momento que le preocupaba que las cosas se torcieran.

Pero no había motivo para pensar en eso ahora. No mientras bailaba con su maravilloso novio en una sala llena de amigos.

—Te quiero —le dijo.

Se lo decían el uno al otro constantemente, pero aún no se les había hecho pesado.

Eric lo besó mientras detenía sus giros en la pista de baile. Kyle se derritió en ese beso, mareado a pesar de haber bebido solo una copa de vino.

—Yo también te quiero —dijo Eric cuando por fin se separaron. Y entonces bostezó.

—¿Se te ha pasado la hora de ir a acostarte? —bromeó Kyle.

—Llevo unas horas deseando estar en la cama contigo.

Los ojos de Eric brillaban con picardía.

—Dios, he creado un monstruo.

—Tu monstruo —gruñó Eric.

Luego le mordisqueó el lóbulo de la oreja a Kyle.

La canción terminó y, en ese momento, Eric apretó a Kyle contra él con fuerza.

—Me alegro tanto de que estés en mi vida. Siento que no haya sido antes.

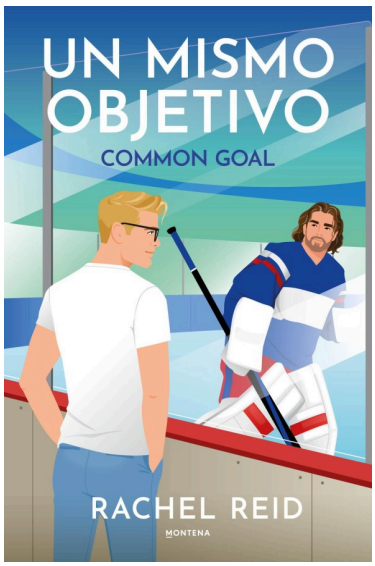
Kyle puso una mano en la mejilla de Eric y miró al hombre que por fin había sido digno de su corazón.

—Me has guardado tus mejores años, rey.

Agradecimientos

Como siempre, muchísimas gracias a mi maravillosa editora, Mackenzie Walton, que consigue que todo lo que escribo sea mucho mejor. A mi marido, Matt, y a mis hijos, por su apoyo y paciencia. A mi agente, Deidre Knight, por creer en mí. A todos los que me han dicho que les gustan mis libros, porque de verdad significa mucho para mí y vuestro ánimo me empuja a seguir escribiendo cuando estoy frustrada y cansada. Y a la aplicación que me permite ver partidos de la NHL en directo en mi iPad mientras escribo, para poder hacer más de una cosa a la vez.

Vuelve al mundo de Game Changers con la cuarta entrega de la saga de Rachel Reid, la autora superventas de The New York Times y USA TODAY. Un portero veterano acepta que un chico bastante más joven le introduzca en el ambiente queer de Nueva York en todos los sentidos…



Eric Bennett se ha enfrentado a algunos de los jugadores de la NHL más duros desde la portería, pero nada le ha preparado para su último reto: la vida después del hockey. Es hora de hacer algunos cambios importantes, empezando por salir con hombres por primera vez.

El estudiante de máster Kyle Swift se mudó a Nueva York con el corazón roto. Por una vez, está decidido a encontrar a alguien de su edad de quien enamorarse. Hasta que conoce a un sexy jugador de hockey quince años mayor que él. A pesar de la intensa atracción entre ellos, Kyle no tiene intención de involucrarse emocionalmente.

Le enseñará a Eric algunos trucos, se divertirán juntos y la cosa se quedará ahí.

Eric está encantado de aprender de todo con Kyle. Y Kyle piensa que con ese acuerdo tendrá más que suficiente. Pero quizás tengan delante al amor de su vida, y no podrán compartirlo si son demasiado tercos para sincerarse sobre sus sentimientos.

Todo lo que desean está a su alcance... De ellos depende que se atrevan a conseguirlo.

Rachel Reid es la autora superventas de *The New York Times* de la serie romántica sobre hockey «**Game Changers**», así como de las novelas románticas independientes sobre hockey *Time to Shine* y *The Shots You Take*. Vive en Nueva Escocia, Canadá. Siempre ha vivido allí y parece que probablemente siempre lo hará. Tiene dos grados universitarios aburridos y dos hijos interesantes.

Título original: *Common Goal*

Primera edición: junio de 2026

© 2024, 2026, Rachelle Goguen
Todos los derechos reservados
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Anaís Badilla y Ana Mata Buil, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial a partir del diseño original de Harlequin
Imágenes de portada: © Monika Roe

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-88222-10-8

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Un mismo objetivo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Rachel Reid
Créditos